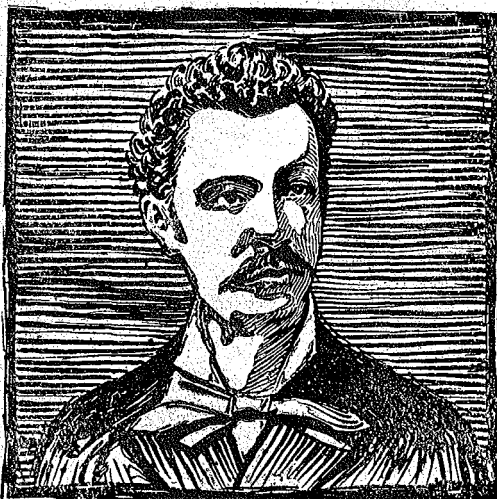


AMERICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA

HOMENAJE A



DON JUAN MONTALVO

Imprenta Nacional

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Directores:

Augusto Arias

César E. Arroyo

Alfredo Martínez

Suscripción, en América y Extranjero,
entrega de seis números:
Un dólar

Dirección postal:

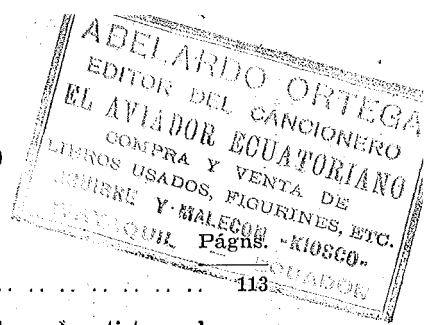
GRUPO AMERICA,

Casilla 75. Quito, Ecuador. S. A.

A los escritores de lengua española

El GRUPO AMERICA se verá muy honrado y satisfecho si sus amigos y compañeros le envían sus publicaciones para dedicarlas a la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos, que tiene en formación. El Grupo, en cambio, enviará su revista y las obras que publique con el propósito de contribuir a la realización de los ideales de confraternidad entre los pueblos del mundo hispánico.

Sumario



HUGO MONCAYO: Liminar	113
JUAN PABLO MUÑOZ: Don Juan Montalvo, el artista y el hombre	115
ISAAC J. BARRERA: Montalvo, ensayista	197
NICOLAS JIMENEZ: Montalvo, poeta	209
REMIGIO CRESPO TORAL: Montalvo, el hablista	215
JOSE RAFAEL BUSTAMANTE: La rebeldía de Montalvo	227
CESAR E. ARROYO: Montalvo, clásico español	238
ANTONIO MONTALVO: El quijotismo de Don Juan Montalvo	254
ALEJANDRO ANDRADE COELLO: El aislamiento del genio	267
PIO JARAMILLO ALVARADO: Montalvo, político	289
MANUEL ELICIO FLOR: El espíritu religioso de Don Juan Montalvo	311
OSCAR EFREN REYES: La vida de Don Juan Montalvo	342
MANUEL MORENO MORA: Don Juan Montalvo	361
LUIS BOSSANO: El Ecuador y Montalvo	375
ALFREDO PEREZ GUERRERO: Montalvo moralista	381
JULIO TOBAR DONOSO: La época de Montalvo	386
CARLOS ALBERTO FLORES: Aspectos político y literario de Montalvo	311 391
MIGUEL ANGEL ALBORNOZ: La Mercurial Eclesiástica	395
ALFREDO MARTINEZ: El diálogo eterno	401
REINALDO CABEZAS BORJA: Montalvo, encauzador y constructor	409
AUGUSTO ARIAS: Los viajes de Montalvo	415

GRUPO AMERICA

SOCIOS:

Arias Augusto
Arroyo César E.
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Hipatia Cárdenas de
Bustamante Guillermo
Barrera Isaac J.
Bossano Luis
Carrión Benjamín
Escudero Gonzalo (ausente)
Jaramillo Alvarado Pío
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María
Velasco Ibarra J. M. (ausente)
Zaldumbide Gonzalo (ausente)

SOCIAS COLABORADORAS :

Ade!aida Velasco Galdós, en Guayaquil
María de la Torre id.

SOCIOS REPRESENTANTES :

Víctor Hugo Escala, en Venezuela
Hernán Pallares Z., en Inglaterra

SUR

Revista trimestral

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

Suscripción: Países del convenio
postal hispanoamericano. \$ 8,50

Rufino de Elizalde 2847.
Buenos Aires, Argentina.

LA ANTORCHA

Director:
José Vasconcelos

Gerente:
Carlos Desembrosis Martins

Suscripción:
Un año, 3 dólares 60 ctvs.

Dirección postal:
19, rue La Condamine, París

ELITE

Revista semanal ilustrada

Director-editor:
Juan de Guruceaga

Redactor literario:
Carlos Eduardo Frías

Suscripción anual:

60 bolívares
Caracas, Venezuela

La Cruz del Sur

Revista de Artes y Letras

Director:
ALBERTO LASPLACES

Dirección y Administración:
Cerrito 688.

Montevideo, Uruguay.

PORTUCALE

Revista ilustrada de cultura
literaria, científica, e artistica

Directores:
Augusto Martins
Claudio Basto
Pedro Vitorino

R. dos Mártires da Liberdade, 178.
Porto, Portugal.

MONDE

Directeur:
Henri Barbusse

Redacteur en Chef:
León Werth

Comité directeur: **Albert Einstein**,
P. Fireman, **M. Gorki**, **M. Karolyi**,
M. Morhardt, **Upton Sinclair**,
Mmanuel Ugarte, **Miguel de Unamuno**

50, rue Etienne-Marcel, (París (2e.

CRISOL

Revista de crítica, publicada por
el Bloque de Obreros Intelectuales
de México

Jefe de Redacción:
M. D. Martínez Rendón

Administrador:
A. Martínez de Aguilar

Suscripción anual, 2 dólares
México, D. F. — Apartado N° 1979

LETRAS

Revista de Arte y Ciencia

Director:
Arturo CAMBOURS OCAMPO

Suscripción: 6 números, \$ 6,00.

Callao 86. Buenos Aires, Argentina

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la Unión Ibero-
Americana

Suscripción anual, en España y
América:
15 pesetas

Dirección postal:
Calle del Duque de Medinaceli, 8
Madrid, España

LA REVUE MONDIALE

Ancienne Revue des Revues
Encyclopédie de quinzaine

Fundateur:
Jean Finot

Directeur:
Louis Jean Finot

Dirección postal:
París, 45, rue Jacob (6e)

O R T O

Revista de difusión cultural

Director fundador:
Juan F. Sariol

Suscripción anual, \$ 3,50

Manzanillo, Cuba

ECUADOR

Revista de cultura
y propaganda

Dirige:

Victor H. Escala

Caracas, Venezuela



Bronce de Michelet

EL COSMOPOLITA

LIMINAR

HUGO MONCAYO

“Voy a tomar un baño de poesía, a darme un toque de silencio y olvido en el seno de la naturaleza”, escribió en “El Espectador” el hombre torrente, el hombre ballista sin esquilas, el hombre hoguera. Y salió de la selva, según su propia palabra, “león”, habiendo entrado en ella, “tigre cebado”. Este bíblico lenguaje teñido en arcaica pujanza lo revela integral: la pluma airada toma el suave orín de la naturaleza generosa y el felino de garra rampante, torna su lucible pelambre en la fastuosa melena del señor de los trópicos.

Los amigos lo están abandonando; los eternos precitos de su fama lo quieren vencer y cada día lo zahieren y lo punzan; su voz retumba en la caverna destemplada de la opinión vacilante; ya su prestanza se mancilla con el arrebató periódico y lo vuelve “tigre cebado”... El grande esgrimidor quiere para su espada flamígera, resina fresca, de esa que se cuaja por milagro del tiempo y de la montaña; busca para su espejo anímico, perspectivas dilatadas de nuevas sugerencias; su clarín de oro requiere el roce de alas, el toque de silencio que le dará la tierra; y por eso, pide el contacto nuevo que la naturaleza puede ofrecerle en favor de su transfiguración y se augura un retorno optimista, ya que habiendo partido de ella recio y soleado, volverá de ella nuevamente, sereno y fuerte, como el león que un día sostuvo a la madre Juno.

“Tigre cebado”, el Tirano ha caído bajo su formidable rabia y su estrépito le llegará más tarde, cuando en pos del remanso, Ipiales le brinde su silencio. Pero él, labrando los cantos rodados del corazón, rendirá a la belleza tomándola donde la encuentre, en el roble o en el rayo, en la cigarra o en la alondra y coronándose con las olivas que la filosofía sabe dar al espíritu, dejará que corra espontánea su vena de pensador, ahita de lid y campamento, por las umbrosas serranías, **sub tegmine fagis**, a la sombra del haya del recuerdo, como anhelaba Virgilio.

He aquí que el grande hombre, erecto como un bastón de ébano, pasa los días enfundado en su levita impecable, dando sol a los anillos de azabache que burlan al viento desde su cabeza de medalla antigua; y he aquí que pronto, mayores desengaños retemplarán su indignación y aguzando su ariete el blanco de sus endriagos, recibirá su rebote mortal.

Labor incansable la suya, personalidad acusada a través de su turbulencia, el acero puro de sus entrañas es el más auténtico índice racial de América.

* * *

Así mismo, como el “toque de silencio” que él pedía para sí, este homenaje que el GRUPO AMÉRICA, que primigeniamente se llamó AMIGOS DE MONTALVO, ofrece a su memoria, quiere ser la voz sincera de la selva inexplorada en la orquestación de su fama y el simple estallido de la antigua y constante devoción que esta parte de la juventud siempre tuvo para su obra.

Abro, a nombre de tan noble agrupación, las páginas que encierran su ofrenda.

DON JUAN MONTALVO EL ARTISTA Y EL HOMBRE

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ

Don Juan Montalvo es, por su espíritu, un renacentista que emigró desde el continente de una cultura envejecida aunque superiormente bella, para anclar en pleno Siglo XIX y refugiarse en la Isla Encantada de su gran ensueño de civismo americanista y redención humana. Ajeno a las profundas inquietudes precursoras de maremotos artísticos y sociales, si bien palpa la epidermis temblorosa de los problemas, levanta su palacio de Gran Señor de las Letras con los mejores mármoles del clasicismo castellano y los cánones virtuales del helenismo.

¿Ab Ovo?

Un paisaje, una vida, una idea, en su génesis tanto como en su perspectiva, tienen algo previo, cierta adecuada lejanía que es preciso no olvidar: en reconocerlo nadie pierde inútilmente su emoción: la bruma del paisaje, el aliento de la vida, la ambigüedad de la idea nos han de traer sorpresas mejores cuando lleguen paulatinas como la aurora, porque la noche se nos figuró eterna, o inquietantes como una caravana, porque en el desierto infinito no habíamos percibido hasta entonces sino una mancha.

“Un paisaje es un estado de alma”. ¿Será el alma la única realidad posible, suprema del Paisaje Universal? De cualquier modo, ningún placer más puro que el de iluminar estas maravillosas cámaras receptoras del paisaje infinito, creadoras de realidad. ¡Cuántos raudales de luz son necesarios para iluminar almas escogidas, a conciencia de que ciertas penumbras huyen irremisiblemente, proyectadas hacia la eternidad!

El conocimiento, **nuestra** verdad, es síntesis de elementos antagónicos; puente echado por la inteligencia humana entre lo —para ella— inconciliable, sobre el abismo del tiempo.

Artista

¿Contribuirá su definición a destacar la silueta gigante del biografiado? Hay palabras que gozan privilegio de inefables, profundas, eternas, casi diríamos sagradas; palabras con atributos de entes fabulosos: invocados por todos, conocidos por nadie; que adquieren corporeidad bajo el palio nocturno y se desvanecen con el alba; que celebran aquelarres y fiestas en las entrañas del globo. Así, la palabra "artista", así, ciertas palabras que no han sufrido en nosotros el juicio crítico indispensable, y van flotando a la deriva, prontas a surgir en todo momento y donde menos falta hacen, como frutos de subconsciencia que, por lo mismo que desfilan confusos por nuestros sueños, dejan un silencio hondo, brusco, desencantado al despertar.

Definición de palabras: ¿no fué éste un oasis de espejismo en el que la vieja filosofía quiso beber el agua impregnada en verdad absoluta? No obstante, venga en nuestra ayuda el léxico.

Artista: El que ejerce algún arte o estudia artes.—**Que ejerce un arte liberal.**—El que estudia artes. (Así desde la antigüedad: *liberalium artium studiosus auditor*; un paso más adelante, *artifex*).

Arte: Conjunto de reglas para hacer bien alguna cosa. **Todo lo que se hace por industria y habilidad del hombre.**

¿A qué torturar más a estos mansos y útiles consejeros de cubiertas doradas? El camino de sus definiciones conduce al "arte... de ser artistas", vilipendiado de tiempo inmemorial; camino al huerto de sazoadas trufas y rábanos exuberantes, al molino oloroso, al... llano de la mediocridad.

El léxico empaña, no bien acoge, todo el fulgor de ciertos vocablos, tritura y esparce la materia definida. ¿Puede hacer algo mejor? No lo sabríamos decir: consignamos impresiones, no juicios condenatorios ni sugerencias a la violeta.

Invoquemos Ciencia y Filosofía que salven el abismo de lo indefinible, conjuren el peligro de que el concepto propio, la intuición certera de las palabras **Arte y Artista** se desvanezcan igual que los gnomos y espíritus burlones de la fábula.

“El arte es la expresión de las armonías de la naturaleza, la fijación bajo una forma sensible de esas armonías fugitivas e imponderables que sentimos confusamente y que él sabe revelarnos”. (1)

¿Y el artista? “Sentir la armonía de los espectáculos de la naturaleza, tratar de apoderarse de ella y de fijar su esencia, es decir, el ritmo y el equilibrio, comunicar esta sensación a otros, llegar a aquella alma social que es sujeto por excelencia, porque no es sensible ni al hambre, ni a la sed, ni al calor, ni al frío, y no se conmueve más que por sensaciones por decirlo así inmateriales: aquí está su objeto supremo”. (2)

Tenemos ya al artista, no tan familiar como la col del huerto (los diccionarios no consignan otra cosa), pero tan majestuoso como un cometa en la bóveda azul, en viaje hacia lo desconocido o girando en órbita inaleculable.

Si nos representamos la belleza como un país de maravilla, todo oculto en las entrañas del Universo, y del cual sólo aparecen a los ojos vulgares algunos breves o incoloros aspectos en un torrente impetuoso, un bosque apacible, una puesta de sol, una sinfonía de hojas y gorjeos mezclados por los vientos de otoño; el artista es el único guía seguro en el viaje a ese país, el guardián fiel de templos y tesoros, el que hace de todo lo creado símbolos, formas representativas. Ir con él es acompañarse con el ritmo de la naturaleza de modo más completo, afinado y profundo, a fin de realizar sus designios, apenas bocetados en las ingentes fuerzas con que ensaya la vida, ya que “el verdadero misterio del mundo es lo visible no lo invisible”. como dijera Wilde.

¿No sabemos, además, que el artista adivina lo que el sabio demostrará después? ¿A qué divagaciones eruditas si todos conocemos los proféticos cantos de Virgilio, Dante, Hugo o Bartrina?

¡Profecías!... ¿Acaso el mayor triunfo del arte es ese? La existencia toda es una aspiración perpetua, sorda en unos, viva en otros, angustiada y tiránica en contados, a lo bello. “Todos malgastamos nuestros días buscando el secreto de la vida. Pues bien: el secreto de la vida está en el arte”. El mis-

(1) F. Marguery, “La obra de Arte y la “Evolución”.

(2) E. Marguery, ob. cit.

mo doliente creador de "De Profundis" aconseja: "Amad el arte por sí mismo, y todas las cosas que necesitéis os serán dadas de añadidura. Esta devoción a la creación de cosas bellas es el testimonio de todas las grandes civilizaciones; es la que hace la vida de cada ciudadano un sacramento y no una especulación".

Es Montalvo el que surge, apenas dichas estas palabras; su dantesca sombra la que vuelve a la vida, infunde serena confianza, da a nuestros ojos una luz desconocida: está estremeciéndose de gozo a la hora de su anunciación. ¿No es precisamente él un elegido, sacerdote, guía? Y no de aquellos que —afanosos buscadores de oro en las montañas de su ética audaz— violan el código del buen vivir, pisotean sus mejores atributos humanos, inyectan sus ojos soñadores con luz enrojecida por los vicios; que logran ofrecer al mundo el paraíso de un libro inimitable y al sepulturero un cadáver lacerado por alucinantes flagelos; sino de esos guías que encuentran, a la vez, para su obra y su vida la arquitectura adecuada y perdurable; de aquellos sacerdotes a lo Vinci, a lo Goethe, que edifican sobre las recias columnatas de su poderoso vivir, el castillo señorial de su obra.

Artista, sí, de estirpe regia y de blasón sagrado. Linaje espiritual tan puro sólo es posible cuando vienen unidas tantas y preciosas cualidades en una misma alma, vienen desde la aurora para disipar la noche espiritual de un pueblo.

Desde el profético don (la historia ecuatoriana así lo prueba) hasta la gaya ciencia, con matices innumerables, resplandecen en el fuero montalvino. Sabiduría nunca petulante, unción siempre despierta a las divinas intenciones del esteta. Espontaneidad, claridad, vigor, contacto íntimo con la naturaleza, vuelo incansable a través del espíritu en sus manifestaciones múltiples: cualidades propias suyas. Cada una trae su brillante cortejo, y todas acuden como gracias emigrantes en la misma galera de marfil de su estilo.

Importa consignar que, como artista, no ignora sus verdaderas aptitudes, y nunca sus aficiones van por camino distinto del de su inteligencia; jamás contraría las buenas propensiones de su carácter, gustos y tendencias. Ama la soledad, y hacia ella acude, para encender en silencio las llamaradas de su fe artística y religiosa. El barranco sombrío, el río tumultuoso, la aldea apacible le proporcionan goces acabados. He aquí un

aguafuerte de sus peregrinaciones diarias: "Esa aldea --Baños-- es una égloga de Virgilio puesta en carnes por Salvador Rosa: si hay paisaje bello en el mundo, ese es. Naturaleza ha hecho un horrible gesto a orillas del Pastaza: después de una revolución de piedras condenadas y rocas feroces que están protestando en eterna mudez contra la paz y el orden de las cosas, se apacigua y cobra el aspecto con que brilla por la hermosura que condecora ese recodo selvático de la creación. Allá gustaba yo de hacer mis incursiones de hijo melancólico de la soledad y el silencio, llevando a veces mi amor por las bellezas de la tierra hasta exponer la vida en los despeñaderos del río formidable, o en los riscos del monte que sobresalen en forma de torres arruinadas, templos caídos o agujas de piedra viva".

Lo tenebroso de los tiempos y la dureza de los hombres le empujaron más allá de la soledad apetecida: el ostracismo, esa soledad de calvario que tiene, por sangrienta burla, una multitud alrededor. Sus obras maestras son frutos del maridaje, un tanto paradójal, entre el dolor del proscrito y la felicidad del solitario.

Artistas hay de quienes se puede hablar por sus obras y sobre ellas, sin que haga vacío irreparable la obscuridad de su vida. Con los pensadores, el caso es frecuente; con los sabios, de escasa utilidad. Poesía y bellas artes reclaman con mayor empeño las dilucidaciones biográficas. Erwin von Steinbach, Jhon Webster, Matías Grünwald, ¿quiénes fueron? ¿Qué se sabe a ciencia cierta de Rembrandt o de Shakespeare? Son inmensos los tesoros literarios que a fuerza de universalidad han absorbido, por decirlo así, el nombre del autor glorioso, como la tierra absorbe rayos de sol y agua fresca, y recoge las semillas que convertidas en plantas nunca llevan el nombre del sembrador. Pero no sucede lo mismo con todos los artistas y sus obras. En algunas naturalezas de excepción, hombre y artista nacen de tal modo ligados, unívocos, inseparables, que si miramos al primero significa habernos detenido en las raíces o en el tronco del gran árbol, y si contemplamos al segundo, es que hemos alzado los ojos hasta la copa majestuosa.

Montalvo, ejemplo vivo de hombre y de artista, indivisible, integral, deja una obra cuajada con todos sus vitales jugos, reflejo perenne del mundo físico, intelectual y moral que en sí lleva. Todo intento de separarlos constituye una mutilación. Jamás olvida, por ejemplo, en sus mejores páginas, la excelsi-

tud de su abolengo americano. "Hijo de los Andes" se nombra con frecuencia, exaltado por legítimo orgullo, y lo hace con vanidad oportuna en ocasiones, sobre todo al hablar de ingenios europeos; no parece sino que trajera el nombre del Chimborazo, porque evocó más arriba al Jura: gallarda actitud, no del retórico sino del hombre, del hijo soberbio de las cordilleras inaccesibles.

La vida por él contemplada y descrita, es una para el literato y para el cazador furtivo de églogas agrestes y mujeres bellas: sus caudales no quedan ennegrecidos en la memoria del hombre, mientras lucen en la prosa del estilista.

Medio ambiente

Si las ideas de Taine sobre "temperatura moral" de los pueblos en épocas dadas como determinantes del "carácter", en las artes, y de la personalidad, en los artistas fueran exactas, Montalvo no habría nacido aún en el Ecuador, o sería necesario investigar su nacionalidad verdadera. Describir su vida y obras, parangonarlas con las de compatriotas contemporáneos suyos lleva a las mismas contradicciones desfavorables al filósofo, que si se estudian las monografías artísticas y literarias de países más venturosos que el nuestro.

Montalvo es la refutación encarnada de los axiomas que sustentan la "Philosophie de l'Arte". Su gusto no es el que imponía el medio, ni el que solicitaba, ni siquiera —nos atrevemos a decirlo— el que mejor le convenía... El carácter que imprimió a sus escritos (didácticos, moralizadores, variados, cortos) ciertamente podría pasar como adecuado si consideramos lo externo; pero, en el fondo, nada hay menos asimilable para las inteligencias de su medio social que esa prosa erudita, impecable, amena, sabia. "Al vulgo no llegará nunca. Es un literato para literatos". (1)

Tampoco su estilo correspondía a aquella hora del mundo, ya revuelto por tempestades políticas y sociales, desconcertado por audacias literarias, vacilante por los duros choques entre el positivismo y las doctrinas seculares; coincidía menos.

(1) R. Blanco Fombona. Prólogo a los "Siete Tratados".

con la hora ecuatoriana: el triunfo de Montalvo sobre el medio no es del artista sino del héroe. Apenas han quedado en las páginas de aquél huellas de esos abigarrados toques propios de la raza heterogénea que le crió en su seno, las indispensables para volver menos borroso el perfil de algunos sectarios o sombríos políticos de la época, escarnecidos y clavados sin piedad en la preciosa cruz de sus libelos — ¡perdón, manes de Montalvo! — a golpes de su martillo de oro.

Si en alguna medida contribuyó el medio ambiente al desarrollo artístico de Montalvo fué con valores negativos, por antítesis y reacción, y esto acontecerá *ad vitam aeternam*.

Alguna vez el Cosmopolita despierta de su encantado sueño y mira en derredor: entonces halla el acento y modalidad adecuados. "En pueblos de escasas luces y abundante mala fe; entre partidos y hombres aviesos, para quienes las virtudes no tienen resplandor, ni la honestidad pública atractivos; que ven las cosas por el aspecto de su interés personal, sin buscarle el viso a la razón, tenemos que explicar las cosas más sencillas, distinguir lo más distinto, dar con el mazo en la cabeza de las verdades más notorias, para que puedan entrar en la de los meneguados que no las ven, o que las niegan teniéndolas a la vista". (1)

Temperamento y carácter

El grupo de los grandes sensitivos, de inteligencia sutil y sensibilidad viva, de la clasificación de Ribot parece creado para el Montalvo íntimo; pero aquel fondo robusto de actividad, aquella voluntad férrea del apóstol obligan a elegir un grupo mixto, el de los sensitivos — activos, para dar cabida a todos los matices de tan rica naturaleza.

Con Spranger, avanzaremos un paso más al asignarle categoría entre los entusiastas-estéticos, según la forma de orientación espiritual de su adolescencia, lo que halla confirmación en las palabras de Rodó, cuando dice: "Su niñez fue concentrada y penserosa: el espectáculo de la naturaleza donde está perenne lo sublime le educó en el gusto de la soledad".

(1) "Catilinarias", Cuarta.

Su romanticismo siempre palpitante, si bien constreñido, casi ahogado por tendencias superiores; su panerotismo no apagado sino acrecentado y sublimizado por la edad --léase "Don Juan de Flor"--, ¿no encuadran perfectamente en la categoría propuesta? Pero a reglón seguido, Spranger se vería obligado a añadir que, quizás ante todo y sobre todo, es un entusiasta moral: tanta su intransigencia con el mal y su devoción del bien.

Kretschmer habría hallado un magnífico tipo esquizotímico y es posible que lo denominara hiperestésico. ¿Puro?, jamás; ninguna clasificación es absoluta en este dominio; bien saben, los que a tan delicados estudios se consagran, que las reacciones temperamentales están sujetas a muchas variaciones y posibles combinaciones. Como un esquizotímico de la mejor clase, tiene esa propensión al romanticismo, temperado por esa otra característica también de este tipo: la aristocracia de la forma. Es patético (1), sublime (2) y cuando lo quiere, tierno (3). Su delicado humorismo, que le haría tocar en las fronteras del ciclotímico más bien que del esquizotímico, es demasiado intelectual, el temperamento no ha añadido sus inagotables matices subconscientes: he ahí señalada la causa de relativa debilidad en su imitación del Quijote.

Impetuoso, colérico, magnánimo, dulce según fueran las circunstancias y los seres interpuestos en su camino. Ardiente, apasionado si acude a su imaginación la mujer bella, el gesto heroico o la virtud consoladora; frío, terriblemente frío, cuando la adulación pasa rozando su mano desdeñosa.

No es de este sitio hablar de otras características, reservadas al trazo de aspectos que más adelante se leerán.

De su iracundia sea él quien nos hable. "A la cólera de Jesús cuando echa a latigazos del Templo a los mercaderes indignos; a la cólera de San Pablo, a la cólera de San Juan Crisóstomo no renunciaré jamás..." (4) Nos apresuraremos a consignar nuestra evidencia de que su cólera vivía agazapada

(1) Conjuración de Marco Bruto, en "El Cosmopolita"; el sombrío cuadro del jugador, en las "Catilinarias", o el indio, en "El Espectador".

(2) Los Héroes de la Emancipación Americana, en los "Siete Tratados".

(3) Cartas de un Padre Joven, El Cura de Santa Ingracia.

(4) "El Espectador", t. 10. El Secreto del Triunfo de la Bogotana.

bajo el severo control de noble raciocinio, no tenía legítima expansión más allá del papel entintado con fulmíneo gesto, y nunca cegaría, como Hamlet, pongamos por caso, hasta desconocer al padre de la mujer que lo ama y darle muerte... aún si éste fuera el tirano de su patria. La sangre no fué hecha para sus manos de aristócrata.

Insensiblemente hemos ascendido por el mundo moral, donde el carácter logra su más completa significación. Aquí nos sale al paso la más discutida y solemne virtud del carácter humano, mejor dicho, de su conducta: la templanza. No quiero detenerme con dilucidaciones extemporáneas acerca de las cualidades que se le atribuyen y los méritos que se le niegan; lo único indiscutible para el hondo conocedor de achaques del alma es que su nombre no puede pasar en silencio si hemos de apellidar de algún modo al más adecuado de todos los medios para la realización de la vida psíquica normal o, mejor todavía, plena. Allí donde y cuando las tendencias son tan poderosas, variadas y opuestas que traducen al sujeto insaciable, ávido de gooces imposibles, ¿qué fuerzas pueden venir en auxilio de una personalidad que anuncia naufragio? ¿Inercia?, no; ¿desconfianza?, tampoco; ¿pusilanimidad?, menos aún. Valor, confianza, entusiasmo en todo momento son hijos de la templanza. Demás advertir que a esta le atribuimos un significado más concreto, psicológico, humano, realizable que el dignificado por el cuadrivirato de las virtudes cardinales.

Montalvo sabía lo que puede esperarse de su imperio moderado, del que no exaspera por reacción, o apaga por inelencencia las pasiones legítimas y encumbradas; Montalvo, que si tuvo pasión, la crió noble; si deseo, lo cultivó puro; si desengaño, lo volvió esperanza. Y en todo momento fué el arte — no se olvide jamás — el dispensador, el árbitro de esa templanza.

La firmeza moral ¿no es la cúpula grandiosa de su carácter?

¡El carácter! Nos habíamos propuesto decir algo del que tan buena figura dió al Cosmopolita, y acabamos de persuadirnos de nuestra ilusión fatua. ¿No es el carácter un complejo que desafía al análisis? ¿No es un espíritu, una calidad no sujeta a medida ni descripción? Teofrasto o La Bruyère no me persuaden aún de lo contrario; su estilo inimitable, la sobriedad y colorido de los cuadros, el **documento** humano: eso es cosa distinta, joyas invalorable.

Que la vida, las actitudes, las obras de los grandes que en el mundo han sido difundidas por sí solas ese espíritu, esa calidad, y que nosotros estemos dispuestos a percibirlos: sería prosaico verterlos en una o muchas páginas, como lo sería guardar en un tubo de ensayo los perfumes de un jardín granadino.

El romántico

Hemos aludido al matiz romántico en la personalidad montalvina. Juicio ligero sería el de quien viera esa afirmación suspendida por un cabello.

No ya como contribución debida al siglo, contribución tardía, eso sí; ni como elemento literario de valor convencional, sino como algo profundo, permanente, hemos de aceptar ese romanticismo: lo contrario, significaría la pérdida de un elemento explicativo de numerosos fenómenos.

“Los momentos históricos en que pueden nacer el romanticismo y los románticos, son aquellas épocas en que, frente a un antiguo sistema, insuficiente ya, se levanta uno nuevo que, incompleto aún e informe, parece negativo en presencia del completo desarrollo del otro. En esas épocas de crisis, los hombres en quienes el sentimiento y la imaginación vencen al pensamiento y las almas tienen más calor que luz, miran siempre hacia lo pasado. (1)

La aplicación literal de esta teoría de Strauss, buena para la historia de las grandes corrientes políticas, religiosas o literarias, no aclararía nada en nuestro caso concreto; pero, si aplicamos un criterio de relación, si vemos surgir al hombre excepcional, nacido en un medio que para él, ante todo, resulta insuficiente, hombre en quien el “sentimiento y la imaginación vencen al pensamiento”, como lo demostraremos en breve, ya no parecerá inaplicable el principio straussiano.

Todavía, hay que recordar su temperamento apasionado, que le dicta manifestaciones de un pañerotismo enfático. Su ya citado “Don Juan de Flor”, gran parte de su “Geometría Moral” y muchas páginas confirman nuestra aseveración. Si

(1) D. F. Strauss, “Estudios Literarios y Religiosos”, Un romántico en el trono de los Césares.

habla del cometa Biela, deteriorado por algún cataclismo sideral, no se resiste a escribir: “¿Qué ladrón le salió al paso al triste viajero? ¿o fué éste víctima de los celos de algún gigante más poderoso que él? No le había dado sino un sablazo en la cabeza, y le partió hasta la cola? Pero qué celos sin amor?” (1)

Difícil habría sido a tan compleja naturaleza, plena de sensibilidad e imaginación, no implicar manifestaciones típicas de ese jaez, aunque disimuladas o, más bien, expresadas bajo formas que corresponden a características dominantes de clásico. ¿Cómo había de escapar, en pleno siglo XIX, de la acción silenciosa del fenómeno romántico, un buen hijo de esta América en la que “las indias pusieron la mitad, y de ellas y los Almagros, Sotos, Valdivias, Encisos, Ojedas se ha formado esta hibridación admirable, tan superior por la sensibilidad como por la inteligencia”? ¿Por qué íbamos a tener que habérmolas con un flemático del septentrión, si “la robusta clase que dirige las riendas del gobierno, empuña la espada, mueve la pluma y ase el cayado en la América del Sud, atrás del cutis europeo deja ver cómo corre veloz la sangre ardiente agitada por una gota de ébano disuelto en un licor encantado”? (2)

Además, “en todo lo perfectible cabe un romanticismo: su orientación varía con los tiempos y con las inclinaciones”. (3) Las de Montalvo le indujeron en clasicismo; y esto se explica también con las palabras del célebre argentino: “Toda clasicidad proviene de una selección natural entre ideales que fueron en su tiempo románticos y que han sobrevivido a través de los siglos”. (4)

Frente a los problemas sociales de su siglo, es el mismo romántico el que anuda o desata las dificultades, sopesa las soluciones, echa sobre todo el conjunto la más piadosa de sus miradas... y cierra con premura los ojos para no ver el fin. “Mirad allí ese rico que ve para abajo a los demás. Su casa es un palacio: el cedro oloroso, el ébano, labrados de mano maestra, componen su mobiliario. La seda anda rodando: alcatifas primorosas ofrecen bellos colores a los ojos, suavidad a las plantas de su dueño ...”; y después de habernos hecho saborear la

(1) “El Espectador” t. 1o., La lluvia de estrellas del 27 de Nbre.

(2) “Siete Tratados”, De la Nobleza.

(3) José Ingenieros, “El Hombre Mediocre”.

(4) José Ingenieros. Ob. cit.

mesa de este señor, en la cual "los dos reinos son sus tributarios", desde la "perdiz provocativa" hasta el faisán, libre y feliz en sus amores" de los bosques de Fontainebleau, concluye: "Ahora pues, ¿este gran señor labró la riqueza con el sudor de su frente? ¿Empuñó la esteva, borneó el hacha en el profundo monte? No; ni corrió los mares desafiando las tempestades, ni fué a la guerra y dio grandes bazañas por cuantiosos estipendios. La inteligencia, no la beneficia; el vigor natural, no lo ejercita: no compra ni vende para comer, no arrima el hombro al trabajo a ninguna hora: heredó el inepto, y en la herencia funda su orgullo; o robó el miserable, y en el crimen finca su gloria". (1) En la página siguiente, son las miserias del griego Homero y del inglés Milton las que le ocupan: todo este magnífico paralelo (2) le ha servido únicamente para probar las injusticias de la suerte, mas no para ver en el fondo de las sociedades algo que merezca ser reformado, si bien insiste en que aquel principio del seudo-filósofo: "Todo hombre es autor de su propia fortuna" es "principio que trae consigo una torpe falsedad y una calumnia a los desgraciados ilustres que no han perdido una hora de la vida ni se han dado punto de reposo, trabajando en la obra de los buenos, que es la civilización y la felicidad del género humano".

El aristócrata, piadoso pero no familiar con las masas, el artista mitad héroe, mitad príncipe, el poeta que abraza un corazón de trovador antiguo le dictan, como corolario de sus fogosas demostraciones, dignas del mismo Proudhon, estas sencillas líneas: "El comunismo y el socialismo, azotes de las sociedades modernas no han salido, no podían haber salido de pueblo --Roma-- donde cada ciudadano se contentaba con una porción de tierra que él podía laborar con sus propias manos". (3)

Y si las citadas doctrinas son ruinosas para la Humanidad, ¿qué remedio halla Montalvo? "No quiero ley agraria, no porque ella no es esencialmente justa, sino por las injusticias y males sin cuento que traería consigo, caso que fuera posible llevarla a cabo, lo cual es muy dudoso. La revolución francesa

(1) "El Buscapié", pág. I.VIII.

(2) Juan Montalvo, ob. cit.

(3) "Siete Tratados", Réplica a un Sofista Seudocatólico.

no lo pudo, ¿quién lo podría?" "La sociedad humana es una escala; escala sin escalones no puede haber: suprimid las clases sociales, y dicha sociedad queda suprimida. En una sembradura de trigo mismo unas espigas son mayores que otras, si por la elevación, si por el volumen: tienen las espiguitas bajas y flacas derecho de conspirar para ser iguales a las gordas y altas? Allí está la naturaleza que tal hizo; pegaos con ella". (1) Pero Montalvo nos probó en el Tratado de la Nobleza que procedemos de un mismo linaje, de una pareja común, y en otro Tratado, que no es el rico el autor de su riqueza....

El romántico llama en su auxilio a la cuadriga más veloz de su fantasía y escapa hacia el Olimpo, donde todos los problemas se hallan resueltos desde la creación.

Su Tratado de la Nobleza, ¿no es una prueba fidedigna de su aristocratismo místico, no muy alejado del que sustentó el "Ensayo sobre la Desigualdad de las razas humanas" del conde de Gobineau, pese a ciertas digresiones de colorido democrático, muy propias de una época en que todo buen americano debía preciarse de conocer a Montesquieu y los enciclopedistas? Y este aristocratismo místico no otra cosa es que un agudo síntoma romántico. "Si los conocedores de la naturaleza, sopeando en la mano sus entrañas e iluminando sus tinieblas con los ojos han visto que descendemos del orangután de Sumatra, **simia satyrus**, antes que del hombre hecho por la mano de Dios, ufánense ellos de prosapia tan ilustre, y ansíen por volver a su origen, cuando la raza bastardee: nosotros que ni esperamos ni deseamos llegar a ese extremo de sabiduría, veamos rodar nuestra cuna en las encañadas deliciosas y los recodos encantados del Edén". (2)

Comentario de algún interés para estas frases todo beatitud y melodía, lo dejamos, por oportuno para próximo capítulo. Baste decir, ahora, que este romanticismo, si bien fue causa de estancamiento ideológico en el pensador, tuvo resonancia gloriosa en el artista, suavizando, vivificando, infundiendo espíritu inmortal a la materia literaria que el clásico iba a emplear en su obra.

(1) Réplica a un Sofista Sencocatólico.

(2) "Siete Tratados", De la Nobleza.

El idealista

Bello calificativo, si no original ni garantía segura de excelencia. ¡Cuántos en el mundo han recibido tan alta dignidad sin merecerlo! Idealismo, según aquí lo empleamos, no se opone a realismo o positivismo: simplemente, repudia al mediocristo. Hay un idealismo generador de escuelas filosóficas e ideologías particulares; hay otro, universal, de todos los tiempos y países, correspondiente a la vida del espíritu, a sus valoraciones éticas.

Este linaje de idealismo filosófico es, precisamente, la antítesis del sensualismo y del materialismo; este otro, mantenedor del fuego sagrado en el corazón de hombres excepcionales, no indaga hacia donde nos conducirá la materia o la idea, ni piensa en divorciarlas o en unir las: quiere únicamente vivir las más difíciles, arder como el incienso ante el tabernáculo donde se guardan las hostias de las más puras concepciones humanas.

Si fuera suficiente -- y para muchos, entre los que se cuenta el autor de estas líneas, lo es -- un signo, uno solo para medir la talla de un artista y de un hombre, yo lo señalaría en Montalvo: su antimediocristo formidable.

Eso de alimentar, como él, una hoguera santa sin que la apague ningún huracán, ni el de la duda interior, que es más peligroso que todos los desencadenados de fuera por la envidia, la ignorancia, la estupidez; eso de perseguir la luz de un Ideal, lo mismo si la fortuna sopla nuestras velas hacia el Puerto, que si la adversidad nos arroja en playa desconocida; eso, para los admiradores devotos de la humana perfección es el equivalente moral del milagro de la Ascensión, símbolo mítico de todos los ideales. Y cuando un hombre ha conseguido, por la fuerza de su Ideal, gravitar hacia las constelaciones, fuerza es que le sigamos a cualquier distancia, que procuremos obtener la medición de su órbita, sabiendo que los elementos de ese cálculo residen ya en la vida real del hombre estudiado, ya en su proyección sobre la obra, en su estética realizada y en su ética vivida.

Montalvo es idealista completo: persigue un fin, lleva un camino en el que no vacila ni se detiene, acaso para descansar, porque hay una rúbrica de luz que ya sus ojos han trazado en

el horizonte; el dolor, la realidad no le han vencido, antes bien, le han educado; las asechanzas de la mediocridad, disfrazadas con ofertas, murieron a sus pies aniquiladas por su desprecio. Solo, en lucha con un medio hostil, respirando las emanaciones deletéreas de la marisma de nuestras democracias; seguido por las miradas aviesas del servil, torvas del fanático, bovinas del ignorante, pero enamorado perpetuo de la naturaleza y de la vida, halla su refugio más propicio, amén del estudio, en la contemplación, oasis de los que anteponen el verbo a la lucha, la belleza a la acción, la virtud al triunfo. Pero la suya ni remotamente quiere parecerse a la schopenhaueriana, ¡cómo iba a querer!, la pura contemplación intelectual que le habría dado la salvación cumplida, la serenidad olímpica del sabio que contempla las cosas a las cuales no se acerca "como si fueran la nada ante la anulación de la voluntad ciega", sino la del artista, enamorado del cosmos, que ve detrás de todas las cosas una imagen digna de exégesis, un pensamiento, una intención, y en el todo, la sonrisa de Dios.

¿Es posible consignar, en forma sintética o descriptiva, los ideales de un hombre? Novelistas y psicólogos ensayan la fecunda prueba: a mi vez; caeré en tentación, a sabiendas del reproche.

No puedo ni quiero discutir *ex cathedra* sobre psicología general y menos experimental; queden para sabios como Godard, Tschudi, Friedrich las delicadas investigaciones sobre nacimiento y desarrollo de los ideales en el hombre; pero, ¡cuánto daría por haber asistido al nobilísimo alumbramiento de los que elevaron al poeta de Ficoa por sobre la obscuridad de su siglo (el correspondiente a la cultura ecuatoriana de entonces)!

Sigámosle, guiados por la biografía viviente de sus hechos.

Hay un ideal, llamémoslo así, económico. El vulgo lo traduce por un **pasarlo bien**; quiere pasarlo bien: no lo consigue, porque imagina decisivo, concluyente, soberano el valor del dinero; el filósofo sabe pasarlo bien porque lleva en su mente la proporción, el límite de lo preciso, de lo valorable desde cuando ocupó el Universo con la sombra de su propio pensamiento, no dejando entre él y la vida sino un rincón más o menos confortable; el artista llega hasta ignorar la existencia del rincón que el filósofo reservó para su cuerpo: Montalvo cultiva este ideal.

¿Bienestar?, el del corazón sin remordimientos; ¿fortuna?, la de la inteligencia millonaria de ideas; la imaginación, de ensueños; la memoria, de conocimientos. ¿Viajes de placer?, al reino de la fantasía y, si alguno real, el del turista crítico, filósofo, cronista acabado.

Hasta aquí, Montalvo sólo culmina la curva ascensional propia de la buena raza humana, según lo ha demostrado Barnes, con experimentos que hablan de cómo el aprecio de la riqueza material disminuye con los años en los niños y niñas, mientras la estima de las cualidades del carácter aumenta. Pero Montalvo fué más lejos que la generalidad de los hombres, más que muchos filósofos, y al rayar de los grandes sensitivos.

El ideal amoroso: alienta con vigor extraordinario en todas sus acciones. Nunca ha podido convenir en otra forma de amor que no tuviera la gentil misiva por prólogo, el madrigal por acto primero, el epitalamio por nudo, la oración del recuerdo por epílogo. Si no tuvo fortuna en realizarlo se debió a esa misma exaltación del ideal: fue tanta que viniendo estrecha o bastarda la figura de Don Juan, el sevillano, hubo de crear la de Don Juan de Flor, "obra magna de la Geometría Moral", según las palabras textuales de Montalvo.

El ideal político. Que la política es un deber lo dice, lo siente y lo practica; conoce bien la historia para no haber meditado en que al hombre se le calificó de animal político y de animal metafísico. Pero va más lejos por el camino de este ideal: tiene el instinto del que nace odiando el oficio de político, y el buen gusto de Petronio cuando tiene que hablar a la multitud: se tapa las narices.

Su ideal concreto uno muy grande, tal que se desvanece, que escapa a la enunciación. Democracia, democracia... libertad, libertad... Así, tan indefinida como el cielo, tan suave como las góndolas, tan saludable y amplia como las brisas del mar. Sin tiranías, que el mundo siga... como hasta aquí, excepto su ignorancia.

Tanto asco le infunde traficar con el entusiasmo político ajeno, que rechaza una candidatura senatorial.

La Patria, el ideal patriótico no constituye en él un juego de colores, bueno para la armonía del conjunto, un traje de ceremonias para lucirlo en las solemnidades diplomáticas. Es sentimiento vivo, como preocupación constante, como sacrificio perpetuo.

Como aspiración generosa, reflejo suave de ese amor a la Patria, un hispano-americanismo de la mejor calidad. Bien merece de Rodó estas palabras encomiásticas: "Sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento **americano**".

Un ideal físico no es extraño a su bien equilibrada psicología. El ideal helénico de belleza humana le dicta párrafos vibrantes: esto no es suficiente para acreditar un propósito. Mas, no queda en simple recuento admirativo de plásticas evocaciones sino que halla perpetua devoción en el goce íntimo de sentir, con cada aurora, cómo el torrente impetuoso de su sangre y la elasticidad de sus músculos siempre jóvenes le prueban cuánto beneficia a las fuentes de la vida y a la multiplicación de los goces materiales y morales, al ensanchamiento de esas mismas fuentes la templanza, el aire libre, las costumbres puras, el respeto a las leyes naturales. Y bajo su piel morena de "hijo de los Andes" el ideal físico forjó un espartano.

¿Tuvo Montalvo un ideal profesional? La pregunta es sorpresiva, y no parece la respuesta fácil. De paso, anotemos que quien juzgue secundaria o prosaica la existencia de este ideal ignora cómo ha influido en el triunfo de las aptitudes más prominentes, ignora que su acción recorre y sirve una gama extensísima que va desde el ganapán hasta el sabio, desde el labrador hasta el sacerdote, desde el soldado raso hasta el conductor de pueblos. Bien lo sabía Confucio cuando escribió: "Si trabajáis para otro, trabajad con el mismo ardor que si trabajáis para vosotros mismos".

El Cosmopolita tuvo su ideal profesional por excelencia y lo cumplió de modo perfecto. Era escritor, pensador, polemista, y de tal manera supo realizar esos propósitos que el ditirambo huye tímido ante la magnitud del objeto exaltado. Antes de confiar una sola línea al papel ya tenía en su acervo la erudición necesaria, el entusiasmo indispensable, el respeto debido a la nobleza de su labor. Cada página suya es ofrenda generosa a este ideal, pero rendida al ideal supremo, al autonomástico: al ideal artístico.

A éste le hemos señalado el último lugar, no por irreverencia. Es cierto que alborea con la infancia, mejor si se trata de un elegido; pero necesita de la existencia y realización de otros ideales para devenir más completo, perdurable, constructivo. Gracias a este ideal ni un sólo día fué el espíritu de Montalvo

verno al que azotan fríos desoladores y tormentas de apocalipsis: cuando el cierzo se muestra implacable, allí está la tibia caricia del ideal artístico, allí está invitando a la reconciliación con el destino, señalando la vida inmortal.

¿Éra factible que quien realizó tantos ideales hallara muchos compañeros de camino en su país? Los idealistas abundan en este como en todos los rincones del globo; pero acercaos a ellos y examinad sus acciones: sus ideales resultan simples pseudópodos de una personalidad claudicante. "Tener o dejar de tener un ideal, tener tal o cual ideal: he ahí lo que abre abismos entre los hombres, hasta entre los que viven en el mismo círculo, bajo el mismo techo, o en el mismo cuarto. Es preciso amar con el mismo amor, pensar con el mismo pensamiento para escapar de la soledad". (1) La soledad de Montalvo, por eso, fué absoluta.

El creyente

Ardua misión la de ir hasta el sagrado retiro de la conciencia privada, a cuya puerta de bronce hemos de llamar, talvez sin que nadie responda, quizá para cerciorarnos de que en el interior sólo hay tinieblas o la luz tenue de una capilla. Desconfiemos un tanto de nosotros mismos cuando se trate de esas visitas solemnes: nuestro criterio personal suele disfrazarse con la toga del magistrado o las insignias del alguacil, y ¡en nombre del Rey!, es decir de nosotros mismos, de nuestra cultura nos constituimos jueces y árbitros.

No, mi propósito es distinto: si no he de acompañar a Montalvo en sus coloquios con el misterio, pondré oído alerta a sus imprecaciones, para gozar con respeto su dulce abandono en brazos de la fe.

"La fe es holgazana que vive sin trabajo: la duda la irrita, la investigación la mata". (2) Así lo reconoce el filósofo, ¿y qué decide el poeta, el creyente?: no turbar la paz milenaria de la Ciega.

Psicología de esteta y creyente a la vez, el castillo de sus preocupaciones no ha cambiado una sola piedra de tiempo in-

(1) Federico Amiel, "Diario Intimo".

(2) "Siete Tratados", De la Nobleza.

memorial, un solo tapiz de los que la crédula infancia vió maravillada. Montalvo, el castellano, se apresta con la reluciente armadura de su verbo, y sale al camino para conminar a la ciencia por su prisa en ir destruyendo los bosques seculares que brindaban encantado refugio a los ciervos (con evidencia, sier-vos) de la raza humana.

Ciencia y sabiduría deben respetar (así lo pide el creyente) las **conquistas** de la fábula, las remembranzas del pastor mosaico o prehomérico que sueña, tendido en el albo vellón de sus ovejas, con la visita de cornudos enemigos o de alados coros, mensajeros de paz.

Nada que obligue a descender los escalones de la mitología para mirar, sin ambages, por los fueros de la naturaleza. Amargos reproches inspiran al Cosmopolita los paladines de la psicología materialista. (1) ¿Alma en los animales? ¡Cuándo! Va más lejos aún: refiriéndose al "falso sabio" que osó afirmar de Jesucristo: "este hombre de carne y hueso es como todos nosotros: abajo el impostor!", concluye: "¿por qué no guardó para sí la noticia perjudicial a todos; útil a nadie? qué gana él con que los pueblos dejen de creer que en ese cuerpo humano está encerrado el espíritu divino? Este sabio no sabe, sin duda, que el pueblo debe ignorar muchas cosas ciertas y creer muchas falsas". (2)

Y si del origen del hombre se trata, no le preocupa substituir, ya que repudia, una hipótesis científica con otra. Su lógica mística y poética no ha sabido ver en la teoría darwiniana una hipótesis de "buena voluntad", un reto valeroso al Enigma, algo que, en fin, todos tienen derecho a refutar, que de hecho hemos comenzado en nuestro siglo a ver sin apego, ante la obscuridad de ciertas conclusiones y la esperanza de mejor solución. Montalvo declara simplemente: "La sabiduría que envilece debe ser prohibida: aspiremos a mejorar, no a empeorar; a subir, no a descender. Moisés merece más crédito que el doctor Buchner". (3) Nos parece oír la voz solemne de Helvecio al confirmar: "La falsa ciencia es una ignorancia adquirida".

(1) Léase su disertación acerca del instinto animal en "El Cosmopolita".

(2) Réplica a un Sofista Seudocatólico.

(3) "Siete Tratados", De la Nobleza.

Sin la idea de un Dios infinito, de la divinidad del alma, de la unión de los actos humanos con El, de la idea del bien y del mal, según la exégesis bíblica, nada se habrá comprendido de la ética ni de la estética montalvina.

Quiero llevar mi audacia hasta decir que la causa por qué Montalvo no llega hasta el corazón remoto de las cosas, no obstante su exquisita sensibilidad, su intuición luminosa, su cultura formidable; por qué retrocede y no apoya su planta excelsa de escritor en la encrucijada de los "cien senderos" de que habla la filosofía india, cada vez y tantas que aborda enigmas universales, la raíz de su miedo sublime está en la repugnancia instintiva a una visión panteísta del mundo, que en un Goethe, por ejemplo, constituye el marco indispensable.

El Epicureo

Es de todos los tiempos y de ayer todavía ese desdén majestuoso del artista, esa resistencia constante del filósofo a concebir como fuente originaria de sus eternas concepciones algo que provenga de los instintos: la sospecha misma de complicidad entre estos y los productos del espíritu enturbia sus ojos visionarios. Que la victoria regia de sus sueños eche raíces en el pantano de la carne, que la porcelana de sus ánforas y el oro de sus custodias hayan servido, en último término, para eternizar las palpitaciones, las delicias, los terrores, los alaridos o los deseos que están brotando *in saecula saeculorum* del fondo común de los instintos no se le antoja cosa digna de su grandeza, ni siquiera de su curiosidad. Pero el Psicoanálisis ha derribado las últimas fronteras o, más bien, ha tendido un puente sobre el abismo, y al unir lo que el hombre antiguo creía diferente y separado por una eternidad ha facilitado el acceso a lo inaccesible, ha puesto los primeros hilos del milagro en manos del hombre: el Arte nada ha perdido, antes bien aprenderá nuevas siembras fructíferas, estaciones desconocidas para la recolección, multiplicará las especies y los reinos de su fantasía con entes menos hipotéticos pero más significativos. ¡Crédulo! oígo exclamar a mis espaldas. Perdón si no vuelvo la cabeza: imagino cuánta nostalgia se cierne sobre la dolida humanidad al estrépito de cada ídolo roto, sea ángel o cupido, satanás o sátiro, ninfa o serafín...

Que el placer y el dolor sean los polos de la vida humana es inútil y necio desconocer. Cómo el espíritu se eleva en espirales sublimes hacia la altura de sus creaciones, partiendo de uno de esos focos, no corresponde aclararlo en este lugar, ni sería posible al que estas líneas traza; por otra parte, la ciencia portentosa que ha de conseguirlo todavía está en formación.

Insensiblemente, los hombres son arrastrados de uno a otro polo, del dolor al placer, del desco a la satisfacción; de ahí qué su moral, sus aficiones artísticas o sus ideas filosóficas contengan un matiz genérico y otro específico: por el uno, la humanidad se divide en pocas y abigarradas agrupaciones; por el otro, se subdivide en sectas y escuelas, en concilios y cenáculos. El platonismo, el pirronismo, el epicureismo, el estoicismo y todos los **ismos** que desde épocas prehistóricas hasta nuestros días sirven a los hombres para agruparse, en su eterno afán gregario, han existido antes que sus fundadores. Platón nace para ver que ya los hombres duermen bajo la luna, velando el sueño de amadas invisibles; Epicuro, para aprender de otros cautos la dosificación de los placeres, de modo que el faisán, la mujer y la viña los tengan siempre bien dispuestos; antes de Zenón, morían los hombres sin pestañear o vivían sin conmoverse gran cosa por ajenas tribulaciones; antes de... La enumeración sería infinita si la paciencia humana diera para ello: la de mis lectores no me pertenece y temo haber vapuleado su paciencia, convicciones y buen gusto. Montalvo llama Episodios a sus bienazonadas escapatorias del tema: el mío, que es apenas un paréntesis, debe llamarse cambio de tono, y para modular al tema primero con suavidad relativa, continuaré.

¿En qué medida sirven, pues, todos los ismos que ingenios aventajados consagran? La verdad: a los incautos y arrebañados, para decidirles a jurar flamantes banderas; a los tontos, para hacerles creer que algo nuevo ha nacido bajo el sol; a los curiosos, benévolos y pacientes, para obligarles a hojear un diccionario, pedir consulta a los doctos o husmear por asambleas y academias; y a los eruditos, ¡vive Dios! para sepultarles en fechas, citas, enmiendas y comentarios.

Apenas habría penetrado en nuestro pensamiento, a riesgo de falsearlo, quién pensara traer a este sitio y propósito una exposición de la doctrina epicúrea forjada ad hoc para pulverizar nuestro punto de vista. Explicaciones sobre el hedonismo de Aristipo, o la clasificación de los deseos en tres categorías he-

cha por Epicuro, de nada aprovechará en el presente caso; mas, sí la intuición rápida, honda del espíritu que circula en las entrañas de esa doctrina, de la verdadera, y se desprende como una emanación de vino añejo de las obras de muchos buenos filósofos y poetas que en el mundo han sido.

Desde el instante en que nos habituemos a mirar con interés, mejor, con simpatía, quizá, con respeto la evolución y metamorfosis del Trieb (Instinto) o la Libido freudianos; desde que, siguiendo ese camino, podamos medir en su justa valía el esfuerzo de pensadores y artistas por sublimizar las manifestaciones vitales de esas fuentes de emoción; y una vez que recojamos datos numerosos, meditemos bien sobre todo cuanto arroje luz en la mal comprendida doctrina del filósofo de Samos, objeto final de nuestro viaje, no nos será difícil llegar al convencimiento de que hay "historias de la filosofía" que deben leerse con precaución, de que el sectarismo no teme esgrimir armas de tiniebla, de que no es bastante llamarse Cicerón para estrangular a la verdad, de que Epicuro no es el genitor de la pira que Horacio estigmatiza con su "Epicuri de grege porcum", sino el filósofo calumniado, el que mejor había intuido la trascendencia del placer y del instinto en la vida humana, al mismo tiempo que medía con rapidez genial la responsabilidad inmensa del hombre frente a su destino, que le obliga a escoger entre las groseras satisfacciones de la carne y las altas exigencias del espíritu, para erigirse ante su pueblo y señalarle un camino: el de arriba, el que tiene por sendero la virtud y por meta la perfección; sólo que, para ascender, no ha creído factible ni necesario abandonar el pellejo bajo un álamo, como querían ciertos espiritualistas, antes de subir al Gólgota.

Ese epicureismo que elige para su placer intelectual lo mismo que el hombre común aunque bien organizado y sin ascéticas trabas olvida en aras de su placer corporal; ese que practica la templanza (ésta sí recomendada por el griego, 300 años antes de Jesús), para gozar mejor de lo que a nuestros mortales ojos se ofrece, pero no en beneficio de los sentidos y holgorio de los humores sino recreo pausado del espíritu: ese epicureismo lo vemos palpar en Montalvo, artista.

"El Banquete de los Filósofos", en mi concepto es la obra maestra de un epicúreo auténtico. Esa afición a perseguir el conocimiento en el seno mismo de los placeres de la vida, ese deliberado propósito de intelectualizar las más sencillas y ele-

mentales relaciones de la especie humana, ese perseguir el bien, la enseñanza a propósito de todo lo creado, y mejor si cuenta con la inocente complicidad de los sentidos es un acierto que Epicuro se habría considerado orgulloso en conseguir y feliz en expresar: de buena gana y sin vacilación lo habría suscrito.

Por lo demás, Montalvo, lo mismo en su vida que en sus obras, demostró no haber aherrojado las buenas inclinaciones epicúreas. Un banquete descrito por él ¿no es el tormento de un gastrónomo arruinado?; una mujer pintada con su pluma, digna de reposar en la misma caja de ébano de la inmortalidad junto con el púcel de Velázquez, una mujer, digo, llámese Briscida, Zizi o Nardina ¿no es la tortura de un don Juan envejecido?

El estoico

“Para los hombres sujetos a las improvisaciones de la suerte, para los que viven en épocas de violencia y dependen de amos bruscos y variables, puede ser muy conveniente el estoicismo”. (1)

¿Conveniencia en Montalvo? No; inteligencia, nobleza, rebeldía, a toda hora. Atenuad, pues, la dureza de la frase con su adaptación al caso y al medio en que vive el Cosmopolita; recordad que si él, individualmente, no soporta servidumbre lucha en el seno de ella, contra mandatarios que saben envenenar una democracia a fuerza de obscurantismo. “Varón excelso, amigo del procomún, patriota sin mancilla, lepra en estos tiempos en que el crimen y la ignorancia dan la ley en la República”. (2)

¿Qué otra cosa debía ser sino un estoico quien odiara de corazón toda bajeza, quien amara tanto a su país, quien no quisiera morir de rabia y de dolor, por eso mismo?

Ningún otro momento como este para apresurarnos en confirmar la impresión que produce la personalidad montalvina, cuando se la estudia en sus más típicos rasgos. El imperativo moral constituye el centro de gravitación de toda su alma, su

(1) F. Nietzsche, “La Gaya Ciencia”, 306.

(2) “Catilinarías”, Primera.

vida y su obra. Ese imperativo no proviene sólo de su instinto religioso, del remanente de cristianismo puro, inmarcesible en su corazón, que alimentará siempre sus concepciones y dará color a la llama de su pensamiento; lo que mantiene sereno e inmutable el equilibrio de su conducta, la energía de sus propósitos y su ardor intelectual reside en su misma naturaleza que, rebasando las limitaciones propias del estoicismo puro, helénico, y del cristianismo dogmático, no se limita a sufrir su propio dolor con altivez, no sabe mirar el ajeno con indiferencia curiosa, no quiere ser propagandista de máximas referentes a tal o cual actitud o credo; mas bien, tenida su moral en categoría de verdad eterna, se acerca al medio social y lo agita con verbo candente, en un empeño titánico de transformar, de imponer, de mejorar. El fenómeno ético y el fenómeno artístico que tan contiguos se muestran en el fondo común de todos los escritores, en Montalvo se subordinan, dictando el primero sus leyes. Entendido así el lugar que corresponde al estoicismo en el complejo de esta alma, podemos concretar algunas observaciones.

Del estoico tiene muchas cualidades: pureza en las costumbres, que ya era nota singular del epicúreo y necesaria del buen cristiano; cierta iconolatría por las virtudes más veneradas en todos los siglos; resistencia al dolor, que tolera sin vacilaciones lo misma una grave intervención quirúrgica sin anestesia, que un destierro, sin claudicación. En el caso de Galileo no se habría visto obligado a decir en voz baja, después de la retractación, "e pur, si muove". Amigo, fue intachable, aunque sin familiaridades en las relaciones cotidianas: quien así en él confía no lleva riesgo de comprobar el proverbio árabe: "el que busca amigo sin defectos, se queda sin amigos". La amistad para Montalvo fue, como para Pitágoras, "el vínculo de dos almas virtuosas".

Pero, al fustigador de grandes culpas individuales y sociales no le era factible abrir hondo surco de amor en el alma de sus contemporáneos... de casa adentro. Si las conveniencias o desconveniencias personales forman o rompen vínculos, si la diferencia de caracteres e ideales separa mientras la semejanza une, no eran muchos, los que en su país iban a vibrar con simpatía armoniosa a cada golpe de su gran corazón.

Su estoicismo, en fin, no persigue nunca la anulación de las pasiones, la ataraxia, la quietud perfecta; conoce los derechos de la naturaleza, la profundidad de los sentimientos y el sabor de las lágrimas. Pero, nuevo Lucilio, recibe el consejo de su maestro Séneca, como dirigido a él: "Prepárate a la muerte. Y al decir esto, te digo: prepárate a la libertad. El que sabe morir no sabe servir".

El estoicismo tiene su raíz en un pesimismo radical, y Montalvo tuvo sobrados motivos para acogerlo, aunque no llegue a destruir los cimientos de su optimismo innato.

A la hora de su muerte viste de etiqueta y pide flores. Viste de etiqueta, recordando quizá aquello de: "Un emperador debe morir de pié", conque Vespasiano pide le incorporen en su lecho mortuario. No resuena en aquella hora la queja de Gregorio VII, a la que tanto derecho tiene: "He amado la justicia y he aborrecido la iniquidad; he aquí por qué muero en el desierto". Pide flores para perfumar su agonía. Está casi solo, como Bolívar; solo, como la generalidad de los grandes de espíritu; pero el perfume es siempre una ofrenda de manos invisibles que nos quieren acompañar sin ser vistas. Montalvo lo sabe: el estoico pide calma, silencio; el artista aguarda unas violetas de invierno.

Entra en escena el sacerdote católico: el estoico —creyente responde, amable pero con firme rechazo, a las amonestaciones de quien reclama su confesión. En su oído están resonando las palabras del mismo Séneca: "El culto que conviene a Dios es conocerlo. Dios no necesita servidores; El mismo es el servidor del género humano; por todas partes y a todos extiende su ayuda".

La vida de Montalvo fue una Sinfonía Patética, cuyos últimos acordes poderosos nadie supo escuchar.

"Sólo siento que la vida se concentra en mi cerebro. Podría componer una elegía hoy, como no la he hecho en mi juventud". ¿No suenan estas palabras, últimas suyas, con la misma dulzura intensa, nostálgica, prolongada conque las posturas de Mozart: "Dejadme oír esta música que ha sido siempre mi delicia y mi consuelo"? Pensamiento y frase distintos, claro está; expresión de vocación y vida diferentes, peregrinas en senderos opuestos. Pero, a la hora de tinieblas ¡qué anhelo tan semejante a juzgar por el timbre que les presta el ideal artís-

tico! Mas aún: estos grandes que nunca se hubieran comprendido bien en la amistad ¡cómo llegan con trayectorias paralelas, y así, por mandato del destino, son lanzados a la eternidad! Ambos mueren en la pobreza, los dos en invierno, juntos en el olvido. En el dolor, cierta atenuante para el úno; cruel acicate, para el otro: Juan, el dulce, el de la Sinfonía en Mi bemol, tiene para recostar su cabeza el pecho amante de su familia... y ¡coincidencia sublime!, ha concluído su propio Requiem; ya puede no tener cortejo fúnebre—, no lo tiene; ya puede borrarse su tumba, confundida entre las anónimas—, se borra, y ni su mujercita la descubre con la lámpara de su amor: Don Juan, el noble, el de los "Siete Tratados", nada de eso tiene; quisiera una Elegía, pero nunca la ha compuesto; flores, hay pocas en la noche del 17 de Enero de 1889, bajo la nieve de París; amigos, cortejo... bien poco, si la Patria duerme en la lejanía. ¡Sólo la tumba se ha salvado!

El rebelde. El héroe

"No se representa bien a Montalvo quien no le imagine en la actitud de pelear, y siempre por causa generosa y flaca". (1)

Montalvo fué lo que hacía y hace falta en América, lo que su fecundo suelo parece no hallarse dispuesto a prodigar: un hombre, un rebelde, un héroe, y para complemento, un artista. "Hombres ilustrados y doctos, cargados de títulos académicos, educados algunos en el extranjero o que habían viajado por Europa y Estados Unidos", los había en el Ecuador; pero "una intelectualidad dinámica que trabajara, luchara y se esforzara por redimir gradualmente al país de sus enfermedades sociales", casi no existía.

Dignidad social, respeto a las libertades públicas, fraternidad entre los hombres han sido los constantes motivos del escritor. ¿Qué género de sentimientos dicta al estoico, al moralista cristiano, la idea del tiranicidio? ¿Qué le impulsa a proclamarlo, a ejemplarizarlo? El amor a la patria, algo más, la rebeldía; mucho más, el heroísmo que alienta perpetuo en su corazón. Donde el discípulo de Séneca y de Jesús hallaría más grato el silencio, la oración, la epístola moral o el sermón de la

(1) J. E. Rodó, "Don Juan Montalvo".

montaña, el rebelde, el héroe reta a duelo, sentencia a muerte, arroja sus panfletos como antorchas humeantes entre la multitud.

"Todo le parece bien. Por dondequiera ve el progreso, así en la vida presente como en la futura, así en la tierra como en el cielo". (1) No; Valera duerme al tiempo que dicta este párrafo: "Todo le parece bien". ... menos las tribulaciones de su país, menos la estulticia de sus mandatarios, menos la debilidad de los parias; todo, menos la cobardía, la prevaricación, la simonía. ... Quien no entiende de manera precisa este optimismo, señalará en Montalvo o en sus biógrafos deplorables contradicciones.

Mide con certera intuición al héroe que lleva en sí creyéndolo digno y capaz de sonreír con honda complacencia cuando el tiempo realiza una de sus empresas idealmente acariciadas: "Mi pluma lo mató", es la certeza plenaria del dios que ha desencadenado una tormenta de purificación. Todavía, en la Tercera Catilinaria se ve que el arrepentimiento no ha hecho presa en su corazón, pues no conceptúa el tiranicidio un crimen. El héroe, esta vez, sentencia con amargura; porque la tiranía es planta venenosa que da retoños.

Hay que advertir: el Cosmopolito, revolucionario no va muy lejos; su cristianismo, tan puro como el que yace en la tumba del último de los doce apóstoles y que hoy es un mito, le impide soportar o dirigir verdaderas revoluciones. "¡Ah, si pudiéramos hacer revoluciones en paz!" (2)

Se resigna al destierro, más a título de protesta que de castigo. Conoce bien el símbolo del calvario, y sabe que mientras empuñe su pluma el cetro de su imperio está seguro. Alza su frente al cielo, y con gesto digno de Eneas proclama el "**Sacra deosque dabo**" (3) con que Virgilio canta el momento en que su héroe reserva para sí la dignidad de sumo pontífice.

Ni un momento puede soportar el baldón de cobarde. ¡Con qué energía refuta la aseveración maliciosa de un corresponsal que escribe: "La audacia de Montalvo es pura ficción; al instante que vea a Don Gabriel, no sabe por dónde es más derecho"! Replica: "Me pascó siempre solo y siempre por despo-

(1) Juan Valera, Carta--Prólogo a la "Geometría Moral".

(2) De la Nobleza, "Siete Tratados".

(3) Virgilio, "Encida" libro XII.

blado, y a tanto va **mi extravagancia**, que me paseo de noche. Nunca he topado pastuso ni pastusa en mis soledades: esos valientes de media plaza, no prometen gran cosa. Si no es verdad al pie de la letra lo que he dicho, ya saben los Rodomontes en donde me han de hallar para desmentirme. No tengo audacia por sistema. Dios me guarde; mas pienso que el hombre no debe vivir, si no vive respetado de los buenos y temido de los ruines. En este concepto cualquier enemigo tiene mi vida pronta, si no es infame". (1)

Gesto digno de un caballero medieval, de un hombre que ha tenido a Rocinante en su caballeriza. Por sí a este desafío de circunstancias le hace falta una declaración de principios, algo como síntesis de votos jurados, aquí está: "Humilde con el Señor, alto con los altos, me hago pequeño, como Filotas, cuando la hé con gente bondadosa y modesta. Para los viles, desprecio; para los malvados, odio; para los criminales, espanto. Si por esto soy un **monstruo**, monstruo quiero ser; y en tanto que el cielo favorece mis maldades, no he perdido la esperanza de la gloria". (2) Demostrando así cuánto y de qué manera sabe que es necesario "luchar, ser gladiador de ideas, águila de confianza en sí mismo, superhombre de firmeza".

Dando frente a las tiranías, las dictaduras, los nepotismos de nuestras guaridas democráticas, colérico, envía su mensaje de proscrito, el libelo, santificado como pocos lo fueron en la historia por la justicia y la nobleza romana de su intención. Los envía como enviaría galeras un libertador corsario... Corsario, porque para muchos compatriotas este cristiano ejemplar fue renegado moro. Esas galeras no aguardan a la noche, acometen en pleno día, llevando por toda tripulación su nombre, y por cañones el fuego hirviente de sus protestas, imprecaciones, sarcasmos y condenación.

La Verdad ¿qué culto le merece? Su amor a ella es amor lírico, amor de héroe, no amor sabio, amor faústico. Sus afanes se dirigen siempre más que a descubrirla a **decirla**, a proclamarla cuando es descubierta; pero entonces tiene sobrado coraje para precipitarla como diluvio o simún vengador. Para el rebelde ambateño, la verdad es un bien a imponer a los malos y a compartir con los buenos, y embebido en tan ardua tarea

(1) "El Cosmopolita", pág. 117.

(2) "Siete Tratados", A otro estilo otro lenguaje.

teje apóstrofes o evangélicas remembranzas con hilos de oro que ya sirvieron, en parecidas circunstancias, a pretéritos apóstoles.

Su heroísmo tiene un sentido pagano en la prédica y un sentimiento cristiano en el predicador. Retrocede ante el orgulloso, casi envanecido acatamiento a la fatalidad que el heroísmo pagano implica. Leamos su declaración: "Luzbel fue uno de los principales querubines; pensó mucho acerca de sí mismo, dudó acerca de la superioridad del Todopoderoso, tuvo ánimo levantado, y se rebeló arrastrando consigo la tercera parte de los Coros y las Dominaciones celestiales. Cayó ese gran arcángel, pero fundó un reino en el abismo. . . No, no envidiemos la suerte de Luzbel: los ángeles secundarios, que por menos soberbios quedaron fieles al Altísimo, son más felices que los otros, y lo serán eternamente. Desdichado del que quiere ser superior a su especie!" (1)

¿Hay cierta ironía delicada en el fondo? Es posible; pero más seguro y valioso, que el héroe venció al creyente, y que su pluma derribó tiranos.

Nadie mejor que el Cosmopolita pudo decir, con Epicteto, que podían cargarle de cadenas, porque su alma siempre estaría libre. ¡Jamás habló el instinto de rebaño en sus horas de abandono!

En autorretrato de mano maestra, signa con energía su blason de héroe. Los que le conocieron saben cómo en el fondo de sus pupilas velaban, agazapados, leones de bravura y de nobleza. Pero quizá Montalvo mismo desconoce que en la puerta de su alcázar hay un águila, y que su nobleza es de las más inaccesibles, como que aquella águila tuvo largas horas de soledad y de ir muy lejos, hasta lo más interno y alto, donde no hay limitaciones posibles y donde únicamente vivía el príncipe de su Ideal y el ave azul de su ternura. Noble peregrino que ama los horizontes, que recorre la historia humana, con rauda visión; la ciencia, con insaciable curiosidad; el arte, con devota alegría; que sigue tras una onda de luz o de sonido camino del retorno hacia la Vida, más enamorado de ella, pero nunca temeroso de la Muerte. . .

Hidalguía la suya, de aquellas que saben empinarse por encima de las humanas y tristes cosas, a mirar con ojos limpios

(1) "El Cosmopolita": I.a Salud y la Medicina, Carta sentimental.

y serenos esa vida, desafiándola si es preciso, amándola, porque es mejor. "En calidad de ideas, como en temple de ánimo, como en gusto de estilo, caballero de punto en blanco", declara Rodó.

Las bellas letras, campo de batalla también, como la política y la religión, más bien dicho, la política de los religiosos. El héroe siempre erguido en los caminos reales, sin miedo a las encrucijadas: el bueno de don Aureliano Fernández Guerra y Orbe lo supo en vida... y, de seguro, ni a la hora de la muerte se percató de que el desprecio del ecuatoriano le acababa de conceder un rinconcillo en la inmortalidad. Por los ámbitos de la Española debe estar resonando aquel "yo existo fuera de la Academia", con que dió al través con el orgullo de los celosos guardianes de la Lengua.

El héroe vive bien en la soledad. "En la soledad crece lo que cada cual lleva consigo, incluso la bestia interior", escribe Nietzsche; la soledad de Montalvo, como la de Cervantes o la de Emerson engendra los "Siete Tratados", "Don Quijote" o los "Representantes de la Humanidad".

Cada día se levanta con propósito de pedir a la vida una jornada fecunda para su espíritu: nuevos conocimientos, páginas bellas, emociones puras. Nada, como no sea justicia y libertad, aceptándolo todo, menos error consciente o esclavitud sumisa. El hondo surco, abierto y castigado por su pluma, crece en la historia patria hasta rebasar el horizonte de un futuro que se confunde con la aurora.

Quiso ser más que el poeta épico de su espíritu, el héroe de su propia vida, y lo consiguió.

Rebelde y héroe: ¡qué dinamismo en esta fusión divina para acoplarse con almas gemelas, de un siglo a otro! Don Miguel de Unamuno se alza en el presente, para establecer la eterna sucesión.

¿Egotismo o demagogia?

"Hay egotismo de tal naturaleza que es el embeleso del lector". (1) No quiera ver la suspicacia ningún otro género de

(1) "Siete Tratados", Del Genio.

egotismo en esta alma, toda "firmeza y luz, como cristal de roca". Fuera de aquel, todo egotismo empaña. El suyo es de noble alcurña: jamás cobra proporciones antisociales, sirve más bien para delinear mejor los dominios de su yo vigoroso, amenazado por el gran romanticismo democrático que le invade.

"Individualista, aborreciendo a los gregarios y a los sectarios, fué, sin embargo, núcleo de aspiraciones populares". (1) ¿Es factible tal prodigio? ¿Hay un sentido oportunista en el fondo? ¡Inmenso error! A igual distancia del individualismo desdeñoso que de la demagogia corruptora, lo que persigue es la mayor moralidad, la mayor inteligencia, el mayor bien posibles para el mayor número posible: prueba palmaria de que su intuición de la ley natural de la sociedad fué espontánea en el pensador Montalvo, sólo que el camino para llegar a fondo en esta ley, mediante el conocimiento de los ciclos de necesidades en lo orgánico, lo económico, lo ético le fué desconocido, ya que sus tendencias y gustos no le confinaron en meditaciones sociológicas o jurídicas, que le hubieran permitido no únicamente presentar los problemas sino buscarles solución. Montalvo el moralista, el artista, el creyente, a la vez que se acerca a la sociedad por el amor, la repudia por el gusto, desencantado ante el mediocrismo y las dolencias inherentes a ella.

"Si la demagogia consiste en corromper al pueblo, infundirle ambición insensata y aborrecimiento parricida, no soy demagogo, nunca lo he sido. En mis manos, el pueblo andaría a buen paso, la cerviz alta, garbosa y noble; pero su freno de oro no se llevara nunca, porque las riendas estuvieran en puño firme". Y por si alguien creyera habérselas con un dictador codicioso, de ambiciones ahogadas en su origen, por impotencia o inoportunismo, añade: "Pero no: cuando pienso como filósofo, no anhelo sino por el valle sombrío de la Arcadía, por la felicidad del viejo Aglao; y cuando siento como poeta, denme una roca ahuecada, a cuya sombra hunda por un instante mis pesares en el abismo del sueño; o un mirto cuyas hojas amontonen sobre mí las palomas de Apulia, sacudiéndolo en sus lúbricas chacotas". (2)

(1) R. Blanco Fombona, Prólogo a los "Siete Tratados".

(2) "Siete Tratados", Los Banquetes de los Filósofos, pág. 224.

Síntesis

Lo que resulta de tan vasta complejidad anímica es algún embarazo en sustentar la realidad ambiente, la del propio siglo, sobre los cimientos áureos de una cultura e ideología clásicas; cierta fuga de ideas maravillosa. ¡Cuidad de entender esa fuga como yo la pienso! Fuga, como la de bandadas de gaviotas que vuelan del continente a los buques que parten hacia tierras desconocidas; fuga, como la de las golondrinas que pasan al África, si la nieve de Europa las ahuyenta.

Cierto embarazo, dijimos... Sólo la maestría del hablista incomparable, del artífice soberano, del erudito prodigioso echa puentes vertiginosos dentro de su mismo espíritu para comunicar al hombre "del siglo de Pericles" con el del siglo del transformismo. Pero la grandeza de Montalvo consiste en haber dado a ese espíritu la consistencia y poder que hacían falta para la misión social que se propuso; a sus ideas, la elasticidad requerida para no romperse al contacto de nuevas forjas; a su estilo, energía y limpieza que no se empañó ni aún cuando envuelve con su "manto azul bordado de constelaciones" nombres y hechos que repugnan al escritor.

Para conseguir tanto ha debido someterse a disciplinas arduas, ha debido hallar para su virtud, para su valor, para su ciencia literaria el ritmo justo, el ritmo que prolonga vidas y centuplica fuerzas. "La virtud puede ser impetuosa; pero cuando arde sin freno es loca sublime que se consume sin tardanza. La virtud tranquila es virtud sabia, porque ella da lugar a la meditación y el buen juicio, sin los cuales no suele haber obras de consecuencia". Además, "el talento, el valor acometen, devoran, si obran sin regla ni medida; pero si se dejan domesticar por la sana razón y educar por la cordura, son la llama que está ardiendo en la lámpara de Minerva, o el rayo del dios severo que no se desata sino contra los que han hollado bajo su planta las leyes de la virtud y la justicia". (1)

(1) "El Espectador" t. III, pág. 7.

El erudito .

“Caracteres hay que, como la luz, necesitan extensas llanuras para dilatar, desahogadamente, su vivificante espíritu”; como afirma un joven pensador antillano. El conocimiento integral del alma montalvina nos lleva a reconocer en ella la existencia de inquietudes por todos los problemas culturales y sociales, consagración generosa al estudio, sacrificio del bienestar y olvido de las tentaciones de la fortuna a cambio de tesoros intelectuales. “Así se explica su clara noticia de cuanto en Europa se ha pensado, inventado y fantaseado, la prodigalidad con que lo aduce y lo recuerda todo en sus tratados y disertaciones, y la viva fe con que admira cuánto fue o es grande, acompañando la admiración con el ahinco y con la esperanza de engrandecerlo más todavía”. (1)

A este fin, no perdió un minuto de tiempo ni se detuvo a esperar que prolijos traductores y editores tardíos le brindaran frutos del íngenio universal en bandejas falsas de casticismo.

¿Ha sido fácil esta acumulación de mieses y frutos delicados, de experiencias, de ideas, de plantas exóticas, de arcaísmos, de símbolos, de palabras relucientes como monedas de oro? Nosotros, hombres de hoy, difícilmente conseguimos alcanzar con la imaginación las angustias del hambre intelectual de nuestros mayores, en épocas de obscurantismo. El Ecuador, como tantos países de América, al tiempo de la educación de Montalvo atravesaba un período que no sabríamos describir mejor que recordando las palabras de Francisco Bacon, aplicadas a la Europa del siglo XVII: “Por otra parte, descúbrese que todo es contrario al progreso de las ciencias, en las costumbres y en los estatutos de las escuelas, de las academias, de los colegios, y otros establecimientos semejantes destinados a ser la residencia de los hombres doctos y el foco de la ciencia. De tal modo están en ellos dispuestos las lecturas y los ejercicios, que no puede el espíritu pensar ni estudiar, sea lo que fuere, fuera de aquellos hábitos. Si uno u otro se impone la tarea de usar de la libertad de su juicio, se crea una tarea solitaria, pues no

(1) Don Juan Valera, Carta—Prólogo.

puede esperar socorro alguno de la sociedad de sus colegas". (1)

Añadid a esto mayor intolerancia, menos escuelas, eso sí, mas cargadas de sombras, libros a hurtadillas para leer con lámparas de kerosén...

¿Qué elementos, en especial, integran su erudición? El panorama es magnífico, sorprendente por su riqueza. Moisés, David, Isaías... la Biblia en suma; todo el clasicismo greco-latino, en su poesía, filosofía, teatro, historia; todo el Renacimiento español y el siglo de Calderón, Cervantes, Lope; todo el siglo XVIII y parte del XIX español, francés, inglés y alemán... América, representada por sus mejores prosistas, poetas, filólogos, gramáticos, pensadores, sabios. ¡Cómo se ve que Montalvo no ha seguido otro plan de aprendizaje que su potente sentido de lo bello, lo agradable, lo útil, lo raro, lo inmortal!

Augusto Comte, en su célebre "Catecismo Positivista", regaló al mundo un catálogo de obras que convenían leer al buen discípulo del nuevo credo. En "La Dicha de la Vida", ameno libro, John Lubock hace otro tanto; y autores que sería largo citar han consignado resúmenes iguales. Jamás job irreverencia! he visto con buenos ojos tales consejos o **menús** protocolarios para banquetes intelectuales. No desconozco la utilidad de una "guía de lecturas" para personas desocupadas, de imaginación lenta y memoria frágil...; pero aquel que no tiene ese don bastante raro de descubrir **sus** libros, poca esperanza lleva de aprovechar los apuntados en tan flamantes catálogos.

La erudición del Cosmopolita es la de un abeja prodigiosa que no ha succionado, hasta agotar con método, los geranios para pesar a los claveles, sino que hoy y varios días en el cáliz de una rosa, y de pronto, una mañana, el jardín entero le vendrá corto: la calidad de la obra le predispone, la naturaleza del asunto y la vehemencia del lector le deciden.

En todos sus libros hay un continuo ir y venir de la historia a la fábula, de la filosofía a la nigromancia, de la ciencia a la tradición, de la fe en la gracia cristiana al fatalismo búdico, de la encumbrada lírica a la minucia anecdótica, sin que el punto de llegada y el de partida ofrezcan otro visible enlace que la ondulación de su curiosidad y el aroma del título propuesto. En los "Siete Tratados" pasa con facilidad notoria de un mun-

(1) Francisco Bacón, "Novum Organum", párrafo 90.

do visible a otro invisible, de un campo todo realidades a otro todo metáforas, de la "América democrática en la cual los bosques, por dicha nunca han servido de templo a las salvajes divinidades que habitan los del Africa, sátiros, silvanos, faunos, títeres, o sean orangutanes, jocos, pongos, mandriles y otros miembros de esa real prosapia", hasta su apología del Genio, tan rica en aparecidos.

Reunidos en un solo hombre, espíritu batallador, vivir proscrito y anhelando por el retorno, inquietud por todos los problemas, acompañada de disgusto hacia las soluciones violentas o radicales, curiosidad erudita que abarca todo sin profundizarlo, respeto excesivo a la gloria de los demás y temor de no merecerla semejante perjudicaron no poco el libre florecimiento de su genio. Nadie mejor que él ha descrito la única sabiduría que hace falta a un poeta, a un creador literario, pudo haberlo dicho casi en general (no se me ocultan las excepciones y los géneros en que la erudición se vuelve indispensable); pero nadie tuvo más cariño a las adquisiciones de la civilización y a las riquezas acumuladas amorosamente por la memoria, en un afán perpetuo de prodigalidad.

Leamos sus propias palabras: "La época del Arte es la de madurez de las naciones, dado que el arte es el conjunto armónico de los conocimientos humanos recogidos en un punto y componiendo obras maestras, bien así como los rayos de luz forman el fuego en los espejos ustorios. El poeta no ha menester otra sabiduría que la natural. Sabiduría natural es la idea que tenemos del Hacedor del mundo y sus portentos visibles e invisibles; la sensibilidad, que embebiéndose en un objeto, da nacimiento al amor; la facultad de gozar de las bellezas físicas y morales, y de ver por detrás de ellas el principio creador de las cosas; la tendencia a la contemplación, cuando, engolfados en una vasta soledad, clavamos los ojos y el pensamiento en la bóveda celeste; la correlación inexplicable con los seres incorpóreos que andamos buscando en el espacio, las nubes, los astros; el cariño inocente que nos infunden las estrellas que resplandecen y palpitan en la alta obscuridad, cual serafines recién nacidos a quienes el Sacerdote del universo da el bautismo de la bienaventuranza eterna; estas y muchas otras componen la

ciencia de los que no saben aún la aprendida en la escuela de una larga civilización". (1)

Henri de Regnier, por su parte, ha dicho: "¿Qué necesita un escritor para escribir un buen libro? Una buena pluma, tinta, bastante papel... y en mi caso especial, un buen cigarrillo". Montalvo no necesitó otra cosa para escribir los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", si bien, en su caso particular, el mismo cigarrillo sobrara.

El pensador

Error no liviano sería buscar en el Cosmopolita al filósofo antes que al pensador. El primero se nos escaparía constantemente como una sombra, mientras el segundo está pronto a regalarnos con sabrosos frutos.

Renán dijo en sus "Cahiers de Jeunesse": "Mi filosofía es, poco más o menos, lo que otros llaman literatura". ¿No es la literatura de Montalvo, en muchos lugares y por elevado concepto, lo que otros llaman filosofía? Lo repetiremos: el autor de los "Siete Tratados" es pensador antes que filósofo.

"El pensador es al filósofo, lo que el aficionado es al artista. Juega con el pensamiento y le hace producir una multitud de cosas bellas en los pormenores; pero se inquieta por las verdades, más que por la verdad, y lo esencial del pensamiento, su consecuencia, su unidad, se le escapan". (2)

El pensador debe tener su filosofía, su credo, su sistema: esto es diferente.

"Filósofo moralista, mitad estoico, mitad cristiano", lo llama Fombona. Poco edificante resulta el calificativo para un filósofo: pensador puede ser todo ello, y, como tal, Montalvo reúne lo de estoico en páginas esparcidas a todo lo largo de su labor literaria, acerbos, irónicas o punzantes; pues, ciertamente, "en el alma de un estoico vive como en las de los dioses una risa perenne y un sarcasmo hiriente y aristocrático". La piedad del cristiano le ayuda para acariciar con frases leves como plumas las debilidades del niño, del desvalido, del siervo o del irrespon-

(1) "El Buscapié", pág. XXX.

(2) F. Amiel, "Diario Intimo", 27 de Febrero de 1851.

sable. Moralista, cuántas veces le brinda ocasión un tema, y lo sería más si su buen gusto no pusiera vallas al sacerdote, mientras deja libre la atmósfera al poeta.

Es de lamentar que en sus momentos más lúcidos y serenos, Montalvo haya olvidado un buen capítulo acerca de sus ideas filosóficas. La elección de tal o cual doctrina, al contrario de ser indiferente, deja huellas profundas en la obra literaria. Tener una opinión acerca de la naturaleza del hombre y de su destino equivale a elegir un tono, una modalidad, un colorido. Aún más, las estratificaciones de una ideología se pueden comparar con ciertas acciones geológicas sobre las tierras de cultivo, o a esas formaciones de radiolarios y foraminíferos que sustentan islas enteras. Jenofonte es un discípulo de Sócrates, moralista sobre todas las cosas; Lucrecio, Horacio son epicúreos; los grandes escritores del siglo XVII algo tienen que ver con Descartes; Condillac y Locke no fueron extraños al materialismo o al sensualismo artísticos del siglo XVIII y los enciclopedistas; el yo de Fichte, el monadismo de Schelling, la idea trascendente de Hegel, el panpsiquismo de Schopenhauer y Hartmann impulsan las artes y las escuelas literarias del XIX, desde la poesía de Leopardi y Heine hasta la música de Wagner.

“Dos filosofías principales subsisten hoy en Francia, y se encuentran con pequeños matices en Alemania e Inglaterra: la una, para uso de las letras; la otra, para uso de los sabios; la una se apellida a sí misma espiritualismo; la otra, positivismo”. (1) Así nos da Taine la clave para juzgar del influjo de la filosofía en la Francia literaria del siglo pasado.

¿Hacia falta que Montalvo nos declare su filiación? Las dos primeras páginas de sus “Siete Tratados” son por demás elocuentes, y, en adelante, sabemos bien qué entonación dará a sus discursos cuando hable de la naturaleza y del espíritu, de la religión, del arte, de la vida, de la moral o de la ciencia. Su animismo es el de Stahl, restringido al hombre, como puede verse en “El Cosmopolita”, cuando niega a los animales “alma” con atributos en el sentido escolástico.

(1) H. Taine, “Los Filósofos Clásicos del Siglo XIX”, Introducción.

“Filósofo, es idealista”, nos dice Lombona; el error del distinguido venezolano, si muy explicable, no es pequeño: falta añadir que, si en efecto es un verdadero idealista (en sentido moral, como lo hemos analizado), desde el punto y hora en que logró formarse ideales y ajustar a ellos su conducta, su inteligencia y sentimiento son espiritualistas, calificativo único en el que puede quedar encuadrada su personalidad, en todos sus lineamientos y sin contradicciones de viso. Idealismo y espiritualismo no siempre marchan juntos, y si del idealismo metafísico se trata, peor aún. “El idealismo se opone enérgicamente al espiritualismo dualista. Para el idealista todo está impregnado de pensamiento. Naturaleza e ideal, lejos de excluirse, están de acuerdo, tendiendo la naturaleza a un ideal, y estando necesariamente el ideal que nosotros podemos concebir en la prolongación de la naturaleza”. (1)

El espiritualismo de Montalvo impide que su ideal esté en la prolongación de la naturaleza. “Un ente con alma no podía nacer para ser esclavo de otro, y menos para la satisfacción de su apetito. Los animales no tienen alma; empero qué razón habría para privarles de la inteligencia?... Condillac se propuso animar una estatua haciéndola ver, oír, gustar y palpar. Insensato Condillac! Ya ve, ya oye tu estatua; me dirás que por eso es hombre? Demos que le hubieras dado sentidos; bastaba eso? Y el alma, miserable, y el alma?” (2)

La fe de Montalvo en la filosofía espiritualista era tan profunda como la de los espíritus más selectos del siglo de Descartes, pues cree que la filosofía puede salvar al hombre de los tres peligros a que se halla expuesto: el error, el mal gusto y la mala conducta. Para decirlo de una vez, “las artes van a un paso con la literatura, la filosofía, la política, la civilización en una palabra”. (3)

El valor de la religión en la cultura de los pueblos ha sido explicada por él con no menos vehemencia que por el mismo León XIII. “Si Renán triunfara, la mayor parte de las virtudes cristianas se hubieran ido ya en el humo de las Tullerías; sin el freno de la religión, el hombre hace lo posible para perder su semejanza con el Hacedor: solamente los filósofos pu-

(1) G. L. Duprat, “La Moral” pág. 34.

(2) “El Cosmopolita”, De los Animales.

(3) “El Cosmopolita”, De la Pintura.

dieran vivir sin él como viven con él, si ya hubiera filosofía negado la Soberana Esencia. Estamos huyendo de Felipe II, y hemos de ir a dar en manos de Robespierre?" (1)

Sincero en la exposición de sus ideas como en todas las manifestaciones de su vida moral, porque posee los consejos humildes y sólidos del aislamiento.

Y ahora, sepamos como explica ese otro factor importante del alma antigua y moderna, el Destino. "La Fortuna, divinidad de los gentiles, ha venido a ser Genio para los cristianos, llamándose Destino. El destino es cosa tan fuerte, que por mucho que nos neguemos a confesarlo, viéndolo estamos y devorando sus agravios. Destino es poder oculto, profundo, misterioso: destino es persona invisible de obras que tienen cuerpo: destino es ser inaverguado: su corazón está en el centro de la nada, y su mano recorre el mundo hiriendo en las teclas de la vida. Los hombres, figuras diminutas puestas sobre ese órgano gigantesco saltan a su vez cada uno, cuando el destino o la fortuna ha puesto el dedo en la suya, y unos caen derribados, otros se yerguen más; estos dan saltos y se quedan a medio caer; esos suben de un bote a otro andamio del instrumento; tales bailan en buen compás, cuales se resbalan y andan a gatas, formando ese conjunto triste unas veces, ridículo otras, y ruidoso siempre, que llamamos comedia humana". (2)

Tenemos ya el resorte oculto de la filosofía íntima de Montalvo.

El esteta

¿Cómo concibe la esencia del Arte, la extensión de sus dominios, su posición frente al mundo? ¿Qué alcance tienen los conceptos de bello y útil en su estética? ¿Na parecen demasiado subordinados a una autocracia moral? Plantear hoy estos puntos de vista sería más expuesto a error que a dilucidación. La psicología del hombre y la naturaleza del medio, la cultura adquirida por autoeducación y tendencias dieron un resultado que hoy nos exponemos a considerar insatisfactorio;

(1) "Siete Tratados", De la Nobleza.

(2) "El Buscapié" pág. LV.

pero que es bueno, grande, inmortal como síntesis bien nacida de aquellos factores.

Antes que establecer comparaciones pedantescas, llevemos nuestra alma a girar en la misma órbita del Cosmopolita, y un nuevo sol nos saludará, insinuándose con toda la plenitud de su luz para darnos a comprender que hoy, como entonces, y como siempre, la Belleza, astro rey, alumbra a todos sus planetas, los hombres, y son ellos los que girando al compás de los tiempos, al ritmo de las costumbres, al són de las características raciales presentan a la crítica —cosmografía del espíritu— los diversos fenómenos llamados escuelas artísticas y literarias, renacimientos y decadencias: tal las estaciones, los eclipses, el día y la noche.

Montalvo lamenta la no subordinación de la belleza al bien, mejor dicho, cierta autonomía demasiado visible cuando a la humana se refiere. "Por desgracia la belleza no es hermana de la virtud, ni siquiera de la bondad. Si no fuese poner tacha impía a la obra de la Providencia, sería yo capaz de afirmar que hubiera sido mejor que sin virtud no reconociésemos belleza de ningún linaje, y que la fealdad fuese anexa a la maldad y las propensiones indignas". (1)

¿No quiso reconocer que el dominio del arte es mucho más amplio que el dominio de lo simétrico, lo bueno y lo útil? Si alguna vez lo pensó, la peregrina idea le produjo casi espanto. "Tanto como esto es verdadero el principio del divino Sócrates, cual es que sólo por medio de la virtud podemos componer las obras maestras. Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes, les hará un bien con tirar su pluma al fuego: provecho moral, universal; no el que proclaman los seudosabios que adoran al dios Egoísmo y la casan a furto con la diosa Utilidad en el ara de la Impudicia". (2) Y diciendo esto, echa camino adelante hacia "un lugar de la Mancha" donde se ha de entrevistar con todos los que ocupan sitio encumbrado en el Siglo de Oro. Con ellos platica, de ellos aprende, y, un buen día, está junto a ellos en el Parnaso. ¿Qué nó? Cuando alguna vez el "buen Homero duerme" en las obras de esos in-

(1) "Siete Tratados", De la Belleza en el Género Humano.

(2) "El Buscapié".

mortales, Montalvo vigila: desconfía más y cuida mejor de sí mismo.

“El Arte supremo, en su sentido absoluto, es la región de los iguales”. (1) Arte supremo: igualdad bien ganada la del ecuatoriano.

Su instinto de la belleza colabora de un modo eficaz con su teoría; no hay esa trepidación, ese jadear de los que buscan acomodo entre el gusto y el propósito, entre la predilección y la conveniencia.

Amor, odio, desco, contemplación, sensación pura a veces, bastan a Montalvo para que enseguida el espíritu y la fuerza del ensueño descendan hasta él y le ayuden a trepar a las cumbres y a las torres de la imaginación. Pero el vértigo nunca lo posee en forma despiadada, ni pierde la brújula de su imperio moral.

Acerca del buen gusto ha dicho cosas que llamaríamos confesiones estéticas hoy día. El buen gusto fue su cualidad literaria específica, y por lo mismo que ése, el gusto selecto, “tiene siempre en su contra el algo que encierra de investigación y de tentativa, cierta cosa que no es seguro que será entendida”, como afirma Nietzsche, Montalvo no llegará nunca al vulgo: “es un literato para literatos”.

Más de una vez su anhelo se fijó y ahincó en el extraño aunque magnífico propósito de conseguir que las cosas se vuelvan bellas, atractivas y apetecibles cuando no lo son, o a él se le figura así; pero es, ante todo, en presencia del hombre y sus imperfecciones que cree justo elevar una queja hasta el Hacedor.

Se escruta a sí mismo, pero no con la prolijidad despiadada de los introvertidos, que dijera Young; con aquella “crítica de sí mismo que es el corrosivo de toda espontaneidad oratoria o literaria”, según frase de Amiel, protoanalista de sí mismo. Montalvo no cae en el egoísmo del contemplativo puro, antes bien, trata de conocer sus bondades y miserias por el bien humano, o dice de sus benevolencias y exquisitas malicias para firmeza y lustre de su discreción estoica. De aquí la semejanza que, por otros aspectos, ha sido señalada como semejanza de Don Juan con el señor de Montaigne.

(1) V. Hugo, “W. Shakespeare”.

Teme el cieno de donde nace el populacho. "Vulgo, animal de mil cabezas, de cuya jurisdicción no se escapan sino los hombres altamente distinguidos". (1) Don Juan lo es, sin esfuerzo. Cree ¡lógico! en los hombres providenciales y en el heroísmo a lo Carlyle.

No repugna exhibir cierto narcisismo delicado, de buen humor. La belleza humana — Montalvo lo sabe — es cosa digna de cultivo, conservación y alabanza: mejor que él nadie lo prueba en lengua cervantina. El esteta va más lejos que el escritor: acaricia en su fuero interno un ideal que Byron, Brumel o Wilde consideraban supremo. "Los a quienes Dios nos ha dado buen pelo, negro y crespo, nos estamos siempre dando al diablo con esta extravagancia de los franceses y los ingleses — el cortarse el pelo al recaso, — y esta obra de Satanás de los peluqueros". (2)

Don Juan, admirador de su pelo, no muy disgustado con su rostro y figura, y menos de su buena suerte como galanteador (leer sus "Siete Tratados), vistiendo de etiqueta para morir es bastante en apoyo de nuestras afirmaciones. Si las bellas artes, una por una, no le hubieran arrancado páginas de emoción, el esteta no sería cabal. Ni en sus disertaciones filosóficas las olvida. Si de psicología comparada (él se habría resistido a llamarla así) trata, al afirmar que "ni es verdad que todas las ideas nos vengan por medio de los sentidos", continúa: "tenemos ideas de los sonidos, porque los oímos; los animales oyen, luego tienen ideas de los sonidos. Ni cómo sin tener perfecta idea de ellos habían de ser tan armoniosos? El Rossini del huerto vale más que el Rossini de San Carlos de Nápoles; el Weber del jardín es más tierno que el de las ciudades de Alemania; el salvaje Mozart del bosque se expresa mejor que el Mozart civilizado del Concerto de París". (3)

A Montalvo no hay que reprocharle olvido, si de fruiciones artísticas se trata. A los conciertos musicales asiste como devoto iniciado, y sus impresiones cristalizan en frases no menos resplandecientes que las de un Amiel, un Nietzsche, un Romain Rolland, un Maclair. La música embriaga sus sentidos, y a ella se refiere con frecuencia, ya para hacernos el recuento maravilloso de sus virtudes y emociones propias, de su inmaterial-

(1) "El Buscapié".

(2) "El Espectador" t. I. Flammarión.

(3) "El Cosmopolita", De los Animales.

lidad suprema, su delicadeza y variedad incomparables; ya para tildar a Napoleón, insensible a las ondas estremecidas.

“Llegan a vuestros oídos esas voces remotas, aéreas; esos como suspiros de sombras dichosas que en el seno de la oscuridad están quejándose de un contratiempo sobrevenido a su felicidad, pero quejas resignadas, tenues, dulces, que se pierden en los confines de la alegría y la tristeza, el consuelo y el despecho, la desesperación y la esperanza de placeres y triunfos renovados? Esa es la “Obertura de la flauta encantada” de Mozart”. (1)

El esteta empuña el cetro de crítico, y ni un momento su dignidad pierde en elevación. Su crítica no es el análisis frío sino la síntesis cálida del entusiasmo. Sea Rodó quien explique la génesis de tan bellas digresiones. “Al comentario y juicio de las obras del arte llegaba con esa a modo de inspiración refleja; con esa lúcida y enamorada simpatía, que participa del estremecimiento y la virtualidad de la creación”. (2)

Es deliciosa la armonía que guardan los elementos aportados por las lucubraciones del creyente y las cualidades del esteta. Con giros elegantes salva las umbrosas fronteras de un paganismo al que constantemente le inclinan ciertas aficiones intelectuales y tendencias que hemos señalado ya. No de otro modo, grandes prosistas y poetas de todos los tiempos han destilado las más puras esencias de lo sobrenatural, lo místico, la tradición, la superstición popular en los crisoles de su estética, fundiéndolas con aquella materia literaria que por ningún otro concepto pertenecería a los yacimientos religiosos. El peligro de obtener en su vocabulario e ideología una mezcla deleznable para una creación que aspire a perdurar desaparece sólo a fuerza de disciplina, de temperamento, de arte.

Montalvo logra combinaciones y refundiciones prodigiosas que no repugnan al gusto más exigente y refractario a las mitificaciones. Con tales antecedentes, insisto en señalar esa tendencia creadora de mitos, esa rica vena metafórica en la prosa montalvina. ¡Con qué placer acoge relatos bíblicos! “El dragón del Apocalipsis barre con su cola la mitad de las estrellas del firmamento; ¿por qué el mar, este dragón más poderoso, no

(1) “Siete Tratados”, Del Genio.

(2) J. E. Rodó, “El Mirador de Próspero”, Don Juan Montalvo.

ha de barrer un continente con la suya?" De este modo nos describe la catástrofe geológica que hundió un mundo para dar cabida a otro. Un renglón más y nos hallamos en pleno paganismo. "No está fuera de la naturaleza de las cosas el que dos océanos rompan la porción de tierra más o menos grande que los separa, y pasen a comunicar sus caudales, yendo y viniendo poderosos con asombro de la tierra quebrantada: Neptuno y Anfítrite tienen amores perpetuos: cansados de visitarse a hurtadillas por debajo de las montañas y las sierras, extienden los brazos por encima en ocasiones y se dan esos besos gigantescos que van a resonar en la bóveda celeste". (1)

La aurora boreal o el origen del hombre, la belleza del cuerpo o las virtudes morales brindan a cada paso motivo al esteta para exteriorizar todo aquello que le es común con el creyente, el romántico y el pagano, en feliz consorcio.

Lo que quisiera resucitar de Grecia no es algo incompatible con el espíritu de hoy; tampoco lo que admira y extraña de Roma: de la una, el amor a la sabiduría, a la belleza corporal, la actividad armónica y libre de la vida (buen cuidado tuvo de echar una mirada a la esclavitud de entonces para compadecerla), y de la otra, el civismo, la virilidad y las empresas magnas.

Meridiano estético

Cada artista (¿y por qué no cada hombre?) gira, durante su evolución psíquica, hasta presentar una sola faz a la iluminación de la Belleza, astro rey, como la nombramos en sitio oportuno; gira como un planeta colocado en órbita diferente, poseyendo una constitución física distinta, una orografía --si se permite la palabra-- dispar con la de cualquier otro artista, lo que no impide que uno y muchos de los que poseen personalidad vigorosa coincidan en recibir la luz desde un mismo punto meridiano, perteneciendo esos artistas a distintas épocas, ya que en nuestro símil (todo símil adolece de alguna incongruencia), lo espacial ha reemplazado en su función a lo temporal, gira, decimos, según factores no siempre bien determinados al-

(1) "Siete Tratados", De la Nobleza.

rededor de esa única fuente de energía; pero, al contrario de los cuerpos celestes, se detiene en un momento dado para ofrecer esa faz única y en adelante inmóvil: trazar un meridiano estético equivaldría a determinar un meridiano geográfico, con las salvedades apuntadas, y entendiéndose que en cada alma hay un solo punto en que la luz de la belleza brilla con claridad de mediodía, mientras lo demás duerme en penumbra: no son muchos los espíritus que a semejanza de Leonardo de Vinci, Miguel Angel o Goethe ofrecen la posibilidad de ser iluminados con igual fuerza en muchos puntos. Se puede decir que para la generalidad de los espíritus hay un solo meridiano.

El instintivo y poderoso reconocimiento del valor del arte en la vida social es la más alta característica en la ética y estética montalvina. Para él, las únicas obras dignas de impercedera fama son las que han sido queridas por las costumbres, los gustos, las aspiraciones de la época y el medio en que aparecieron.

Estas ideas vistas así, de primera intención, no adquieren importancia ni revelan mayor sentido; pero pensad en que Montalvo fué hijo de un medio hostil que le condenó a ostracismo y soledad; que en esas condiciones su ingenio pudo haber tomado cauces imprevistos, saltando como Niágara impetuoso, ahogando sus ideales americanistas y sus ansias patrióticas; pensad en que, según la teoría justa de Plejanov, la tendencia hacia el "arte por el arte" surge allí donde existe discrepancia entre los artistas y el medio que los rodea, y comprenderéis cuánto amor, cuántos resortes morales que se apoyan en el altruismo existieron en el alma de Montalvo para que nunca desmayara en sus empeños ni quisiera hacer otra literatura que la enderezada al bien común; ¡Qué lejos se halla de poder exclamar, como Teófilo Gautier: "Renunciaría muy satisfecho a mis derechos de francés y de ciudadano por ver un cuadro auténtico de Rafael o una hermosa mujer desnuda"! (1) Montalvo habría querido ver todo eso pero sin renunciar, ni con el pensamiento, a la vida política.

Resumamos los elementos gracias a los cuales se ha de trazar el meridiano que para él se busca: un sentimiento renacentista, a través del cual aprendió a ver la filosofía y el arte de Grecia, Roma y el antiguo Oriente; un espíritu eminente-

(1) J. Plejanov, "El Arte y la Vida Social", cita pág. 34.

mente religioso y, lo que es más concreto, severamente cristiano, dispuesto a rechazar con energía las encantadoras tentaciones de un Voltaire o de un Renán; un instinto romántico que le impulsó hacia todas las manifestaciones características de ese estilo en la historia de las formas literarias, instinto que se detiene y hace gravitar la atención sólo en el movimiento del que Lamartine es el primer heraldo y Hugo el pontífice máximo: en el que Chateaubriand (tan caro a Montalvo, como lo demuestra en repetidas alusiones) es el "restaurador de la catedral gótica, el que descubre la naturaleza olvidada e inventa la melancolía moderna", según frase de Teófilo Gautier: para decirlo de una vez, es el iniciador del nuevo renacimiento, con Mme. Stel; una propensión más poderosa que todo esto al clasicismo, nacida de cierta índole peculiar en Montalvo, índole que le impide expresarse con la arbitrariedad de un romántico, vestir, amar y desear como los hombres de chaleco rojo y melena alborotada. Elementos culturales, preferencias, gustos, temperamento y carácter ayudan a preveer hacia qué región histórica brillará el mediodía de su estilo: no en pleno siglo de oro castellano, como a primera vista se juzgaría sino más adelante, hacia fines del siglo XVIII, cuando ya la cultura, la crítica, la preceptiva francesas han producido en Europa enérgica influencia; cuando España ha visto desenvolverse un fervor nuevo por los clásicos de la antigüedad interpretados al modo de Boileau; cuando las agudas polémicas entre empedernidos galicistas y defensores de la pureza tradicional, la labor del "Diario de los Literatos" y otras publicaciones periódicas similares preparan el advenimiento del Romanticismo. ¡Con qué arrogante complacencia habría don Juan Montalvo asistido a la Tertulia de la Fonda de San Sebastián, para tomar partido por Romea y Tapia y Mariano Nipho contra Clavijo y Fajardo y Nicolás Fernández de Moratín! Sólo que, siendo de todos los contertulios el más apasionado por la gloria de Cervantes, Quevedo, Calderón y Lope, habría fundado en defensa de ellos un periódico más ardiente, más pulcro -- ¿por qué no decirlo?--, más castizo y de envidia que los tan celebrados de la época.

¿Tendríamos que llamar a Montalvo, por todo lo expuesto, un decadente? No; un hijo de América joven, que sufre influencias diferentes de las que presidieron la actividad de los espíritus en la decadencia española, no puede flaquear con las

mismas debilidades; posee un núcleo de aspiraciones nuevas, la experiencia es mayor; la madurez, perfecta; las inquietudes, los horizontes, más amplios. Si me fuera dado emplear un neologismo, antes que clásico puro, renacentista o decadente, le llamaría reminiscentista clásico.

Todos los esfuerzos del Cosmopolita por alejarse de este cenit para captar la idiosincracia americana, la cultura del siglo XIX aplicada al florecimiento literario autóctono han sido fructíferos, sin duda; han sido bellos, sin mácula; únicos, para gloria del suelo que vió nacer a tan excelso literato; pero han tenido algo de crepúsculo para su genio.

Géneros literarios

Montalvo graba en el prólogo de su estética un axioma que dice: la prosa es invención del genio que quiso instruir a sus semejantes, y todo ha de subordinarlo a ese fin.

Ni variada ni rica es la elección de géneros hecha por nuestro literato. No vamos a seguir con prolijo recuento sus tentativas, antes bien, seremos sintéticos.

El periodismo figura como uno de sus predilectos: jamás en la forma rápida del profesional moderno; el suyo remonta al adoptado por Addison, cuyo "Espectador" atesora tantos alardes de buen gusto y delicadeza. "Escribir en los periódicos deteriora el estilo", aseguraba Wilde; Montalvo consigue salvarlo, escribiendo poco para los periódicos... de los demás, y componiendo con ardor los suyos: "El Regenerador", para darle a Borrero la lección merecida por los mandatarios que intentan hallar almas fuertes y a la vez serviles en el mercado de honras, cuando la estipulación es un Ministerio; "El Cosmopolita", para quitarle al pueblo sus escrúpulos de conciencia cuando lo que madura es un tiranicidio, y el déspota se llama García Moreno... Su obra de periodista es la mejor conocida, y no requiere detalle ni comentario.

Como crítico, se limitó siempre a rápidas anotaciones referentes a la forma. No le faltaban cualidades magníficas: juicio seguro, gusto delicado, imaginación, sensibilidad, conocimientos profundos; pero todo ello no evita que escrute demasiado el

aspecto formal antes que el mundo interno que bulle y cristaliza en toda producción humana. "Sin delicadeza no puede haber donaire: la sátira ha de venir debajo de una alcorza dulce y fina, para que sea grata al paladar: si ocurre que a lo grosero de la sustancia agregamos lo ruin de la forma, el ceño de los lectores le advertirá al mal censor que sus ingeniosidades se han ido por el albañal. Quede el libelo para que lo conteste Judas: yo tomaré de él los puntos que frisan con el arte de escribir, y a modo de aprendizaje diré en ellos lo que se me entiende, según que suelo adolecer de un flaquillo en esto de vestir con pulcritud a nuestra buena lengua castellana". (1)

Si Montalvo no ostenta primores de versificador, poeta grande es en cada línea de sus escritos y aún en los silencios de su vida; versos no le exijáis, pues, desde la adolescencia, **durior puer videbatur ud studia musarum**, que dijera Cicerón; pero algo más profundo y perdurable que la métrica hay en su prosa. "No debemos alvidar que los grandes maestros de la prosa fueron casi todos poetas, unos públicamente, otros en el secreto de la intimidad, y es lo cierto que la buena prosa se escribe pensando en la poesía. Aquella está en cortés y continua guerra con el verso, y todo su encanto consiste en huír de la poesía y contradecirla: cualquier abstracción ha de ser expresada en tono burlón, como embromando a la poesía, y cada sequedad y cada frialdad de la prosa debe producir a la amable diosa de los versos un interesante desconuelo; a veces hay aproximaciones y reconciliaciones, seguidas de un repentino retroceso y una carcajada". (2) Montalvo solo tiene olímpicas sonrisas.

Con su magnífica imitación del Quijote da principio y fin a sus tentaciones de novelista. Episodios llamaba a sus cortos relatos: episodios exquisitos son, ya que no tienden sino a confirmar una idea rápida, un precepto, una tesis. Cuadros de costumbres muy vivos surgen de su pluma en cualquier instante; pero tan rápidos concluyen que se nos figuran escenas vistas en una pompa de jabón. "Don Juan de Flor" es ensayo de mucha cuenta del que nos ocupamos en otro sitio; "El Cura de Santa Engracia", "Sáfira", "La Tenebrosa aventura del doctor Acevedo", "Gaspar Blondín", escrito en acceso de fiebre en París, no definen suficientemente al verdadero cuentista.

(1) "Siete Tratados", A otro estilo otro lenguaje.

(2) F. Nietzsche. "La Gaya Ciencia", Prosa y verso.

Ni la historia ni la elocuencia le contaron entre sus paladines. ¿Cómo si la historia en sus manos había de adquirir entonación épica y sentido mítico? Allí donde un escritor atildado consiguiera con justo orgullo el calificativo de biógrafo elegante, Montalvo descuella épico genial. "Los Héroes de la Emancipación de la Raza Hispano-Americana" exhiben calidades homéricas. Bolívar retratado por él cobra proporciones dignas de un hijo de los Andes que engendró el Genio en el vientre de la Inmortalidad, y cuya sombra no alcanza a recostarse en el Continente, porque la Gloria, más poderosa que el sol, la proyecta sobre las constelaciones.

En cuanto a la elocuencia no sabríamos decir nada con exactitud; pero acuden a nuestra imaginación las palabras de un crítico cuando afirma que "en los países en donde florece la libertad hay que buscar la elocuencia", y el Ecuador de entonces no era la Roma de Cicerón.

"Granja" y "El Descomulgado" son obras teatrales que no demuestran vocación decidida. No consiguió apoderarse y manejar como arcilla dócil las costumbres y los caracteres, lo particular y lo universal, lo mudable y lo eterno de la naturaleza humana. Cierta grandilocuencia unida a su sinceridad, a su afán moralizador le cierran el camino para la conquista de una técnica adecuada.

El género filosófico literario, que se concreta de manera especial en el folleto, en el ensayo, constituye su triunfo definitivo.

Bajo esta forma el alma del poderoso escritor vuela sin trabas; sus ideas aparecen sin escollos, palpita con todas las arterias su gran corazón, aspira los vientos de todas las latitudes, crece sin tregua hasta alcanzar las alturas que en los demás géneros parecían vedadas; es moralista, filósofo, poeta, humorista, historiador, pintor, músico... todo! Ahora no tiene que ceñirse a cánones: nadie le detendrá a preguntar cómo hablando de filosofía griega y de banquetes dos mil años ha realizados puede intercalar con tanto donaire succulentas disquisiciones acerca de cocina americana. El saldrá airoso de más difíciles pruebas.

"Las obras largas que versan sobre una materia o sobre materias análogas son adecuadas para los hombres de estudio que buscan la profundidad de la sabiduría; un libro en el cual

toda clase de lectores halle alimento, puede llegar a ser libro de todos, como sucede con los Ensayos de Montaigne, como sucede con "El Espectador" de Addison". (1)

Cuán optimista era Montalvo, se ve por estas palabras. ¿Que un libro como el del señor de Montaigne pueda ser para todos? Al Cosmopolita la humanidad le mereció demasiado respeto.

"En los Ensayos de Montaigne nada hay seguido; esa es cadena de oro sin eslabones, cadena larga y resonante, de la cual están sacando joyas los beneficiadores del espíritu, sin que se gaste jamás: la filosofía, la moral, la historia, no se gastan". (2)

El optimismo aquí raya en lo conmovedor. Filosofía, moral, historia no se gastan cuando no se usan: nada hay que más agote el pensamiento como su explotación continua en una misma fuente, hasta cuando se cambia de sentido. Los sistemas mueren por eso; los siglos transforman los conceptos morales; la misma historia, su exégesis, la manera de ordenar y enunciar los hechos, estos mismos, cambian profundamente. Lo que hay es que todo se gasta pero se regenera; que el pensamiento nace, se desarrolla y muere, no siempre para renacer, antes bien para ser sustituido.

"Egotista desaforado, ese gascón sin escrúpulos --Montaigne-- pasa con admirable desparpajo de la historia romana a sus enfermedades personales, de la cumbre del Parnaso a las ocurrencias de su casa".

"Addison y Montaigne cumplen con el precepto de enseñar deleitando, porque siempre deleitan y nunca dejan de enseñar". (3)

Estas preferencias montalvianas encierra todo el secreto de la índole y forma de sus libros.

(1) "El Espectador", t. I Prólogo.

(2) "El Espectador", t. I, Prólogo.

(3) "El Espectador", t. I, Prólogo.

Paralelos útiles: con el

señor de Montaigne

Incurro en debilidad e inconsecuencia conmigo mismo al esbozar un paralelo: en su mayoría, los paralelos resultan poco viables, y por mucho que los griegos hayan hecho un ensayo definitivo, los paralelos me siguen dando la impresión de ejercicios retóricos o juegos de ingenio. En nuestros días, Carlos Pereyra ha dedicado un voluminoso libro a probarnos que el paralelo entre Washington y Bolívar, por ejemplo, es sencillamente imposible. Creo que Montalvo mismo lo probó al escribirlo, aunque no se propuso.

Un paralelo no es una ecuación, y no debe proponerse otra cosa que marcar ciertos relieves, facilitar perspectivas, para lo cual le sirven lo mismo las **coincidencias o equivalencias** que los contrastes visibles o las antítesis inconciliables.

Comparada con la de Montaigne, la de Montalvo es figura que se individualiza mejor ante ese modelo único. Precisamente les separa todo lo profundo de la naturaleza humana: temperamento, instintos, pasiones, y les acerca - ¡paradojas del espíritu! - preferencias y gustos intelectuales, matices morales, también.

De Montalvo nadie podría decir lo que Pascal del filósofo de Perigueux, que "sólo se había preocupado de morir cobardemente, del mismo modo que había procurado vivir tranquilamente". Violenta es la antítesis; por lo demás, ambos aman con pasión todo lo noble, grande y hermoso; ambos son espíritus profundamente religiosos y cristianos. A Montaigne no le entusiasma la Reforma, a Montalvo no le convence el confesor. Montaigne da consejos útiles para habituarse a no temer la muerte... si bien huye de una epidemia que asuela su país, olvidando sus deberes de funcionario público. ¡A Montalvo lo conocemos ya!

En política, es la afición del francés por las repúblicas de la antigüedad es como la de muchos grandes intelectuales de hoy al socialismo: puramente literaria; en el ecuatoriano, aquella afición figura como un culto.

¿Hay en Don Juan ese egoísmo quintaesenciado, ese magnífico desdén cuyas palpitaciones apenas se perciben con ritmo lejano en el señor Don Miguel?

Pero qué conformes en lo de no exhibir propósitos, en olvidar con frecuencia el punto de partida, en ver todo el presente a través del pasado, en lo de conservar el optimismo para un hemisferio y para otro de su p. r. o. al. d. a. el pesimismo, no según conveniencias reprobables — ¡en Montalvo, menos! — sino porque un hemisferio daba cara al pensamiento, que es luz serena, y el otro a la vida, que es encrucijada. Estoicos o epicúreos, según se trate de vivir o de contemplar; creyentes o **rene-gados**, según alcen los ojos al firmamento o bajen hasta las humanas simonías.

El señor de Montaigne deja transcurrir a su siglo como un ensimismado cazador de mariposas o nidos singulares deja pasar a sus plantas un río, mientras la codiciada presa retiene su atención una jornada cabal hasta el crepúsculo, sin percatarse de la fuga de su sombrero en la corriente. Cuando en la noche del 24 de agosto de 1572 las campanas de Saint-Germain-l'Auxerrois estremecieron los siglos con su furor de muerte, la noble humanidad del filósofo gascón tuvo calofrío...; pero nunca sus páginas recibieron la confidencia de su terror. ¡Qué rugidos de protesta habría consignado el Cosmopolita en el más ardiente de sus libros la noche de San Bartolomé.

El autor de los "Ensayos" desprecia al hombre por su maldad y pequeñez, el de los "Siete Tratados" le ama... con ciertas precauciones y a prudente distancia. Ambos esperan milagros de la educación. El de las sierras andinas ve en el cristianismo, en la filosofía y en la ciencia un mundo sin límites del que la razón humana puede lograr lo que su perseverancia quiera; el de Perigord ha diagnosticado impotencia en la razón y vanidad en el dogmatismo. La resignación que éste predica no puede ser jamás del agrado del otro. Los dos repudian todo gregarismo; pero Montaigne se reconcilia con los hombres, si quiera con amable gesto y aún rendida pleitesía, cuando ciñen diadema; Don Juan, ni a la hora del tránsito. La ética de la soledad en Montaigne nace más de la inteligencia que del corazón; al revés, en Montalvo. "Soledad es infracción de esa ley — ley de la naturaleza—; infracción que trae consigo desazones a las veces envueltas en la dulce amargura que saboreamos como deleite del orgullo, o tenemos por descuento de la ojeriza y los males con los cuales nos despechan nuestros seme-

jantes y nos arrojan del seno de la comunión social". (1) Y corrobora por boca de Platón: "aconsejaba a sus camaradas sacrificar a las Musas, y no entregarse a las melancolías de la soledad y las amarguras secretas del aislamiento, las cuales, sobre ser ellas mismas grave pensión, suelen criar y alimentar ese afecto que se llama orgullo o fiereza del alma". (2)

Con José Addison

Contrastes duros hemos obtenido del paralelo con Montaigne. El perfil de Addison parece menos inconciliable: con éste le unen ese afán por mejorar las costumbres y ennoblecer la vida política de su patria; justicia equitativa en fustigar a libertinos y a puritanos terroristas; consagración amoroso al humanismo, conocimientos sólidos y variados.

Como escritor político, el Cosmopolita no supera al inglés en mesura, en amplitud y madurez de doctrina aunque le iguale en nobleza de sentimientos; pero, ardor, vehemencia, amenidad, donaire, humor; ¡del ecuatoriano!

Montalvo imita con el suyo al clásico "The Spectator"; mas no se resigna a concederle índole puramente literaria, como Addison y su compañero Steele: ataca y defiende; se reconoce ciudadano del mundo, y se acerca al corazón de lejanos países para comentar, con interés apasionado, las incidencias de su vida cívica; formula reparos hasta en lo tocante al nombre que debería llevar el arma legítima del polemista (¡siempre la tiranía de la forma!): "Las armas del polemista son el periódico y el opúsculo, lo que llamamos folleto malamente; mala e irremisiblemente por desgracia, pues el folleto en su acepción genuina y castiza se acerca mucho al libelo; y folletos hay que son obras maestras de política, moral y filosofía". (3) Addison no llega a ser tan meticuloso.

¡Qué lejos —aquí el violento contraste— de aceptar Montalvo canchales, empleos rumbosos, rentas pingües, como el famoso caudillo de los whigs!

(1) "Siete Tratados", Los Banquetes de los Filósofos, Preliminar.

(2) Los Banquetes de los Filósofos. Banquete de Platón.

(3) "El Espectador", t. I. El Polemista.

Adversarios, por igual, de la tiranía y del jacobinismo. Es curioso, en fin, que ninguno haya sido afortunado en tentativas teatrales.

Influencias recibidas. Afinidades notables

¿Hay algo más difícil de evitar en la humana creación que las influencias? En polémicas literarias de los siglos pasado y presente menudean clamorosas confusiones entre plagio, imitación e influencia, representados por conceptos que derivan de los anteriores, y que cada crítico emplea según conveniencias o impresiones del momento.

Las influencias invaden todos los campos del saber, son los hilos invisibles de la tradición, los que dan unidad al pensamiento de las razas y al de la humanidad entera. En las artes, de modo especial, hay influencias poderosas, comparables tan sólo al magnetismo terrestre que orienta la brújula: ellas determinan el rumbo no únicamente de contados genios sino de épocas enteras. La historia de las literaturas, en el fondo, es un recuento de hilos de esa malla invisible, misteriosa y potente de las influencias que va estructurando las cristalizaciones de la idea.

Demás parece decir que el genio proporciona los tipos fundamentales que determinarán influencias poderosas durante años y siglos. ¿Y el genio será extraño a toda influencia? Imposible; sus raíces no se nutren más que de savia humana, en las profundidades oscuras de la tradición y de la herencia.

Al azar de nuestra memoria acude el "Libro de Patronio" o "El Conde Lucanor" del célebre don Juan Manuel: Cervantes, el inagotable, el multimillonario de la imaginación, no resiste al deseo vivo de arrancarle materia áurea para su "Retablo de las Maravillas"; Shakespeare —¿por qué no Shakespeare?— le pide un apólogo al libro español para su "Fierrecilla domada"; y Andersen, el mago de los cuentos, y Lope de Vega, y Calderón... ¡Feliz, dichoso alumbramiento el de don Juan Manuel!

En Montalvo las influencias obran al modo que suelen hacerlo en los hombres geniales: no contaminan lo esencial de la naturaleza literaria, respetan al individuo, a sus características personales y raciales. En estas condiciones, lo que hay que es-

tudiar en el literato se refiere más a las propensiones de su espíritu, a cierta visión íntima de la cultura de los pueblos y de la ética y estética de la vida, que si no consiguen dejar huellas profundas en el hombre no pueden menos que modelar al escritor.

No en vano se cita al Siglo de Oro cuando de Montalvo se habla. Fuentes de mejor consulta no creyó hallar antes ni después: lo primitivo, bien está para acrecentar los caudales, para descubrir los orígenes, como toque de erudición; lo posterior, venga, como renovación saludable, como gusto variado, como alarde de sabiduría.

No cae en las peligrosas tentaciones del conceptismo ni del culteranismo que, en definitiva, parecen muy proclives a medrar juntos en un mismo hombre de letras, como lo probó Gracián al proponer modelos de ambas tendencias en su célebre "Tratado de Agudeza". Tampoco llega a penetrarse de esa otra característica tan bien explotada y que se refleja omnipotente en las creaciones de un Cervantes, un Quevedo, un Gracián y que consiste en la huida del mundo como nota esencial de la filosofía de la vida española.

Montalvo posee, en compensación, aquella otra tendencia casi tiránica en la literatura española del gran siglo: la de la filosofía de la vida en su aspecto moral, tendencia que, depurada y sutilizada, impregnó casi toda aquella producción, desde la mística hasta la novelesca, histórica, poética y humorística, desde el "Marco Aurelio" de Guevara hasta "El Héroe" de Gracián; pero el Cosmopolita, más ingenuo y respetuoso cristiano que el célebre hijo de Loyola, no llegará nunca a decirle cara a cara al Creador que su obra magna, la Vida, es un ser que engaña con intención, es una celada monstruosa; Montalvo, el que suscribió la "Mercurial Eclesiástica", no habría firmado "El Crítico".

Las influencias lamartinianas que, en sus artículos de los veinte años para el hebdomedario de Quito "La Democracia", descubre el periodista Corral, pasan muy pronto; personalidad tan vigorosa halla sin tardanza en su hirviente mundo interior los materiales propios, y si los crisoles pueden reconocerse como de glorioso origen, nada más justo que admirar la forma felicísima con que ha conseguido apropiarse de ellos para uso exclusivo y sorprendente, que equivale a la invención misma. Más

que utilizar modelos célebres, lo que hizo fué seguir las grandes corrientes del idioma, remontar cauces, detenerse en los más encantados remansos, a riesgo de parecer caduco, pero con la intuitiva seguridad de bañarse en fuentes que le comunicarían el secreto de la inmortalidad.

“La literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí”. (1)

Expresión personal, valor de nobleza y hermosura que no medran a la sombra de influjos extraños. El Cosmopolita ni siquiera puede mirar con irónico desdén, como lo hicieron tantos audaces imitadores, la algarabía de los que no perdonan al ingenio ninguna debilidad. ¡Con qué gallardía se defiende del cargo de imitador, y desprecia el de plagiarlo! ¡Cómo lamenta que ciertas imágenes únicas, ciertas metáforas sin par hayan podido ser dichas antes de él! Pero no deplora, como La Bruyère, su venida al mundo cuando nada queda por decir: Montalvo tiene más fe en sí mismo.

Disciplina literaria

El taller formidable de la civilización mecánica aturde sin piedad a las generaciones nuevas; el arte sigue el vuelo de los dragones mecánicos, de las ballenas voladoras de gas; se insinúa para penetrar con relámpago intuitivo hasta las entrañas del mundo, ahora que tiene ante sus ojos la máquina del átomo y empieza a comprender como giran las **ruedas** en el interior de ese prodigio.

Estudio, meditación, serenidad, precauciones, respeto huyen con lentitud segura del alma contemporánea, como el hidrógeno de los globos abandonados. ¿Evolución? Los optimistas anuncian transformaciones y conquistas inverosímiles: también nosotros creemos en la resurrección de la cultura, no en esta vida sino en **otra**, más repleta de espíritu, cuando las máquinas, cerebro del mundo presente, cansadas de fabricar, de calcular, de cantar, se detengan para que se escuche el latido del corazón en el Universo.

(1) J. E. Rodó, “El Mirador de Próspero”, Don Juan Montalvo.

¿Significa esto añorar por el reinado de la preceptiva, la diligencia y la luz de candil? No; el **torbiamo all' antico e será un progreso** de Verdi es un absurdo biológico: queremos menos trabas pero más profundidad; superlocomoción, sin ofuscación de la inteligencia; más luz en alma nueva, menos fórmulas y sí belleza perdurable: del hombre antiguo, la serenidad, la honradez intelectual, si queréis, la honradez profesional; estudio antes que repentización, control de las riquezas interiores.

Montalvo, como la mayoría de los espíritus poderosos, observa el **festina lente** con devoción. No desprecia jamás las disciplinas necesarias al buen cultivo y fortaleza del ingenio: largas horas de consagración le permiten utilizar con raro acierto esa técnica para romper los bloques de mármol del idioma. Cuando llega la hora de construir distribuye sin vacilaciones materiales e ideas, en forma tal que el pensamiento no eclipse a la emoción, que el erudito no haga sombra al poeta, que la luz del estilo filtre por los rosetones prodigiosos de su fantasía y contribuya a realzar los contornos más delicados, los rincones más íntimos de su yo.

“Al elemento inconsciente, activo y eficaz en su inspiración de escritor, se unía un elemento consciente y reflexivo, que nutre sus raíces en el mucho saber y en el acrisolado dominio de su arte”. (1)

Al hablar del erudito apuntamos que si el escritor hubiera sido menos grande, todavía el gramático, el filólogo se alzarían gigantesco. El artista lamenta no poco la aridez, mas pide sumisión a la gramática, por indispensable. “Darle algún aderezo a la gramática, pergeño sería de la habilidad misma: la gramática no es tierra para flores; mas como ella da los frutos del idioma, preciso es cultivar ese campo de espinos y plantas sosas”. (2)

Cuando los cánones se alzan severos, Montalvo, el indomable, no protesta: guardaos de interpretar su veneración consciente, mística, si queréis, como esclavitud fatigada bajo el peso de las reglas.

“Las reglas en el arte no son sino observaciones confirmadas por la experiencia: el buen juicio de los doctos, de esos

(1) J. E. Rodó, *ob. cit.*

(2) “Siete Tratados”, A otro estilo otro lenguaje.

cuyo discernimiento separa con tanteo infalible el oro fino del bajo, el bajo de la escoria; ese buen juicio transmitido de generación en generación, admitido por el buen gusto, se convierte en leyes que sanciona el unánime consentimiento: una vez promulgada por los grandes maestros, nadie falta a ellos que no cometa una punible transgresión". (1)

Se ve claramente que el azar no ha guiado esta obra; que el inconsciente o el subconsciente montalvinos no trabajan en la sombra, con mano ciega e invisible: la potencia creadora se ha hecho dócil a la voluntad del artista, y aguarda a que éste resuelva el problema de los medios en presencia de los fines.

¿Elevación o evolución?

Siu temor a sutileza podríamos decir que el desarrollo de la personalidad de un artista puede operarse en dos direcciones que, materializadas en el espacio, se alejarían indefinidamente entre sí como perpendiculares prolongadas: a la una la llamaríamos sentido de elevación, y a la otra, de evolución. Cada artista en general, tiende a escoger una con preferencia a la otra: genio que se yergue buscando contacto con ambas perpendiculares cubre con su sombra los siglos.

Hay espíritus que, sobre la base de una cultura sabia, se alzan en sentido que podríamos llamar vertical: sus ideas, sus preocupaciones permanecen estacionarios como sus dogmas; su maestría formal adquiere vuelo indefinido. Otros avanzan en novedad de ideas, en ductilidad de criterio: son emigrantes que obedecen a la señal de las estaciones, es decir de las corrientes nuevas del pensamiento, con la diferencia de que unos, a manera de pájaros emigrantes, vuelven al punto de partida cuando los sistemas envejecen o las escuelas pasan de moda, y otros, como los colonizadores del siglo XVI, levantan civilizaciones nuevas. Aquellos, en fin, que avanzan con las ideas o se adelantan a su enunciación, que revolucionan las formas, que modelan un siglo, y que en la realización conservan el vuelo de la concepción aparecen sólo como heraldos de culturas nacientes.

(1) "El Buscapié".

Cuando el artista en vez de evolucionar se eleva mucho, si es de talento enorme— aquí el caso de Montalvo— tiene ojos claros para avizorar los horizontes; pero en su mirada poderosa hay simpatía ardiente hacia el pasado e invencible recelo sobre el porvenir: el hombre, por grande que sea, en condiciones tales se halla expuesto a confundir el estremecimiento cósmico de las alas de la humanidad que asciende con el de una tempestad que baja.

Cuando Montalvo eligió sitio en la altura que más convenía a su temperamento y convicciones, se radicó allí para consagrar largas horas al estudio o a la contemplación, a cincelar los nimios detalles de la regia morada que sueña para su espíritu, y de allí no sale más que para descender hasta el valle donde los hombres ventilan sus disputas a garrotazos, o para ascender como las águilas, perpendicularmente.

“De las ciencias puede gustarme el tronco; pero lo que me embriaga es la flor, y esta la tomo al vuelo”. (1)

No es así como debe atormentar la sabiduría a un alma fáustica, en lenguaje spengleriano. “Lo mismo en las regiones de la superioridad de espíritu que en el nivel de la vulgaridad, hállanse almas constituidas para una mayor permanencia que las otras; almas que parecen substraerse al imperio omnívoro del cambio y la evolución. ... La igualdad perenne, yendo unida a un don superior del alma; la alteza trágica de esa sublimidad, ya estática y austera, como la del desierto y la montaña; la de la abnegación activa y silenciosa, la de la voluntad firmísima acompañada de poco ímpetu de sensibilidad; ya dinámica y violenta, como la del huracán y el mar desencadenado: la de una formidable pasión en movimiento; la del alma en perpetua erupción de amor o de heroísmo”. (2)

Montalvo amaba demasiado a su patria y demasiado a la antigüedad sublime, para que su corazón pudiera abrigar nuevas inquietudes.

¡Ecuador: medita, cuando a bien tengas, en que el alma de Montalvo está encadenada a tus cordilleras, por la audacia de haber ido hasta el sol para traerte un poco más de lumbre de la que diariamente reciben tus rebaños; cuando quieras que

(1) “El Espectador”, t. I. Flammarión.

(2) J. E. Rodó, “Motivos de Proteo”.

esta alma baja convertida en lluvia de amor y beneficio, no tienes sino que abrir sus libros y practicar sus enseñanzas!

Renacentismo

Renacentista lo llamamos en el epígrafe al presente estudio: lo es por muchas consideraciones. Mirad más al espíritu que a la obra y echaréis de ver pronto que aquel alimenta sus raíces en fuentes puras de renacentismo. Se percibe con poco esfuerzo que la solución de los mayores problemas artísticos e intelectuales procede, más que de ningún otro, de un instinto renacentista. Cultivo de humanidades clásicas, polémicas a propósito de simples cuestiones de gusto, de estilo, de forma.

¿Qué hombre preclaro del Renacimiento escribió con más énfasis aquello de: "No me cerréis las puertas de la antigüedad, porque os la rompo a hachazos"? (1)

En claridad luminosa, orden, proporción, grandeza, plástica (perdónesele el trasplante de vocablos), curiosidad más insaciable que profunda, iguala a los más nobles renacentistas. En ocasiones, a juzgar por el acento de ciertas frases que hasta vienen subrayadas con arcaísmos, no parece sino que hubiera presenciado la triunfal invasión italiana de fines del siglo XIV a las letras españolas; que hubiera convivido en sabrosas pláticas con Enrique de Villena, Francisco Imperial o el Marqués de Santillana, ardiendo en sacro entusiasmo por los autores de la más pura latinidad; que hubiera terciado en la contienda de Villasandino contra Manuel de Lando, a propósito de las influencias del gusto italiano en la poesía vernácula; que hubiera colaborado, anónimo, en las crónicas caballerescas, para seguir más tarde —el tiempo vuelve irónico al amor— las huellas del Quijote, con la fe de un escudero genial.

Su propósito mismo de imitación del "libro inimitable", ¿no es un puro alarde renacentista? Y la suya es imitación de tan buena ley como la de aquellos del siglo XIV que, poseídos de entusiasmo, se arrancaban unos a otros las antorchas encendidas en las hogueras inextinguibles del Dante, de Petrarca, de Boccaccio, los formidables incendiarios del espíritu de aquella

(1) "Siete Tratados". Réplica a un Sofista Seudocatólico.

época, y dejaban correr su inspiración en estos cauces únicos, y transportaban a sus obras pensamientos, imágenes, metáforas, fórmulas de expresión; pero sabían imprimir al conjunto el sello peculiar al artista y a la raza: transformaban y, muchas veces, embellecían.

Clasicismo

Clasicismo es virtud de escogidos amantes de la perfección: el producto de su decadencia se llama academismo.

Vocablo y arquitectura son preocupaciones fundamentales del clásico verdadero; pero hay un conjunto de matices, más todavía, de modalidades en el pensamiento y en el sentimiento cuyo símbolo adecuado él solo conoce.

El Cosmopolita fué un clásico: sus libros nos ponen en presencia de un clásico medular, bajo cualquier aspecto, de esos que llevan como calidades específicas del alma dones de verdadero y alto clasicismo. Respeto a las normas, nacido por estímulo de la contemplación de las obras clásicas y del propósito de emular su perfección merced a un juego equivalente de valores que han recibido la aprobación de los tiempos. Equilibrio estructural — en el capítulo, el fragmento, la página y la misma frase — de forma y contenido, idiosineracia y pensamiento, sentido del fenómeno y modalidad de la expresión, elementos que gracias a un perfecto ajuste recogen, sin filtraciones ni resquebrajaduras, todo el metal precioso de la personalidad del artista.

Semejanzas idiomáticas, acopio de giros y fraseología no son más que otros tantos medios indispensables al devoto para alcanzar totalmente el objeto de su predilección, la obra clásica. Entender así el clasicismo de Montalvo: pedantería, arcaísmo repugnante o hueco, servilismo imitativo, jamás. "El núcleo de su saber, la medida y norma de su gusto, fueron siempre lo clásico: lo clásico de su lengua y las de la materna antigüedad". (1)

Así, en lo más saliente de su obra, deja entrever un singular sentido de aquilatación de los valores, que acepta no tanto por

(1) J. E. Rodó, "El Miradôr de Próspero", Don Juan Montalvo.

consagrados como por el hecho de que su sensibilidad los halla significativos.

Su moneda verbal es oro reluciente que no circula en mercado público ni es entregada por manos plebeyas al diario consumo.

Estirpe clara de latinidad, blasón castizo de impecable origen, lo defendería hasta con su sangre este buen hijo de América y de España. "Por dicha, bien así en España como en América, los que van a la guerra debajo del pendón del siglo de oro, no son pocos. Ignorancia y ridiculez están en el bando opuesto, el cual es más numeroso que los ejércitos que sitiaban a Albraca". (1) Y entre aquella hueste aguerrida, bajo el pendón glorioso, con no disimulado orgullo colócase Don Juan.

¿Cómo han de conciliarse los impulsos románticos, más arriba indicados, con este clasicismo profundo? Hay dos razones de orden psicológico lo bastante poderosas para determinar esta orientación falsamente paradójica.

Es propio del romántico temperamental ir hacia los extremos, en armonía con las circunstancias y ambiente en que vive, los principios normativos de su educación primera y la índole mismo de su mente: el desenfreno o el estoicismo, en las relaciones sociales; las formas revolucionarias o la vuelta a los tiempos más severos del clasicismo, en gustos del intelecto y simpatías espirituales. Los románticos de esta naturaleza, en épocas de romanticismo histórico pueden hacer clasicismo, y lo contrario, en períodos históricos de evidente clasicismo.

¿Qué le impide a Montalvo ser, ante todo y sobre todo un romántico? Su instinto de aristócrata. (Democracia, hay dos maneras de amarte y de sentirte: con el corazón, muy cerca de tí; con la inteligencia y el gusto, un poco lejos...), y bien sabemos, pero no está mal que Ortega y Gasset nos repita, que "el romanticismo ha sido por excelencia el estilo popular" (2)

De otra parte, el clasicismo es precisamente el "meridiano estético" de todas las escuelas artísticas y literarias, de todos los estilos y de todas las culturas que alcanzan su madurez: antes de ese meridiano todo es alborozo, vacaciones de la juventud en las campiñas frescas, al amanecer; se tiene una conciencia nueva de vivir, pero se ignora a dónde se va y lo que se

(1) "El Buscapié".

(2) Ortega y Gasset, "La Deshumanización del Arte".

quiere; después de la hora meridiana, comienza el pesado sol de la tarde, sobreviene el ocaso. Ya dijimos que cada artista puede mostrar su faz a ese meridiano, aún perteneciendo a época diferente: la posición de Montalvo en la literatura prueba la verosimilitud de nuestra hipótesis.

El clasicismo de Montalvo, en consecuencia, no es el falso de "los pedantes que intentaron codificar las aportaciones de cada uno de aquellos creadores para paralizarlos en nombre del respeto a sus predecesores", sino virtud congénita que imprime vigor, atractivo desconocido, vida perenne a sus páginas: nada de lo árido, lo aburrido, lo escolástico-literario tiene allí su escondite.

El clasicismo del Cosmopolita es hondamente espiritual y, sólo por tal razón, soberbiamente formal. "El romanticismo, el anarquismo, el energumenismo acaso no sean más que ensayos para justificar la debilidad del hombre en la pugna con su orangután interior. —Para mí el clasicismo significa, por el contrario, el amor a la ley, el lujo del hombre fuerte que se posee a sí mismo y somete a un cauce de normas la fluencia excesiva de su energía; en suma: el sistema de la ironía, de la continencia". (1)

Un elogio del clasicismo en Montalvo no puede ser hecho con mayor gallardía y profundidad: las palabras del filósofo español, dirigidas a Renán, contienen cuanto de justo es aplicable al clásico de Ficoa.

Humorismo

La palabra sola, apenas leída, entrea-bre un mirador bañado en luz tenue, de matices delicadísimos, sobre el alma de Montalvo.

El humorismo de Quevedo y Gracián tiene algo de incisivo, penetrante, que marcaría, si quisiéramos representarnos el humorismo como en proyección espectroscópica, una zona extrema, un infrarrojo; el de Cervantes ocuparía una zona intermedia y el de Montalvo las proximidades del ultravioletado. Tan innumerables como pueden ser los matices del humorismo no

(1) Ortega y Gasset, "Personas, Obras, Cosas" segunda edición página 99.

se concibe antes de haber recorrido desde el Arcipreste de Hita, recio y sano, hasta nuestro escritor, fino y pulcro.

No al acaso hemos establecido esos dos puntos extremos de referencia que, en efecto, marcan fronteras: el humorismo del Arcipreste es el más genuinamente español, el que no ha sufrido influencia italiana como el de Cervantes, ni esa otra del fanatismo místico-guerrero de siglos memorables; por el contrario, el del Cosmopolita se roza ya con el genio francés. Pero, en compensación, cuántas afinidades con el humorismo típico de la raza! No sin razones poderosas, Cervantes ocupa trono en su espíritu. Hélas aquí: "No hay en Cervantes alegría grosera; apenas se ve en él un poco de cinismo elegante. El burlón es fino, acerado, culto, delicado, casi galante. Habría corrido el riesgo de achicarse con sus coqueterías si no hubiera tenido el profundo sentido poético del Renacimiento". (1) Sentido este que no fué extraño al Cosmopolita.

El humorismo de Montalvo se propone hacer meditar antes que reír. Con referencia al "Quijote" dice: "Una obra que no tuviese objeto sino el de hacer reír, nunca habría removido el temperamento casi melancólico del que está trazando estos renglones". (2)

Y cuando ríe, no es la carcajada que viene desde las cavidades inferiores sino el alma que entrecubre los balcones de los ojos para hacer un guiño; pues, "de la risa culta, risa de príncipes y poetas, a la risa del albardán, alguna diferencia va". (3)

Obras

Conocemos ya las causas de orden intelectual, ético y cultural que inducen al autor de los "Capítulos" a encastillarse en la forma pequeña, a preferir un encantado rincón, una playa semiescondida, un templete para todas sus adoraciones, sus cantos, sus protestas y sus sueños, en vez de esas construcciones babilónicas, esos templos de austeridad donde la vida calla temerosa de la muerte.

-
- (1) V. Hugo, "William Shakespeare".
 - (2) "El Buscapicé".
 - (3) "El Buscapicé".

Jamás emprendió en obra de recia arquitectura, tampoco en una de psicología trascendental, creación de caracteres, tipos humanos, de aquellos que a lo penetrante de la idea unen lo representativo de la forma. Su imaginación robusta no habría experimentado fatiga en crear tipos de esa laya: conoce y penetra a fondo en los Cyrano, Tartufo, Gil Blas, Hamlet, Stockman, Claudio Frollo...; pero con qué premura nos deja estrechar la mano de personajes como Don Juan de Flor o el cura de Santa Engracia. ¡Qué amables apariciones, qué destellos tan inquietantes, qué sombras tan fugitivas, qué relámpagos de almas dignas de perdurar las de Safira, Lippa de Bolonia, Oliva de Sabuco, Cintia Guindalla, Prusia Fincoya, El Padre Yerovi, don Prudencio Santibáñez, don Alejo de Mayorga, y tantos personajes del numen montalvino! Antonio Moro, el pintor del Duque de Alba y Olivia Campana, más tarde condesa de Arenberg, son figuras que empiezan a destacarse con fulgores trágicos... para morir desvanecidas pronto, como todas.

Es cierto que quiso fundir en nuevo crisol platónico el Don Juan y que imitó con maestría el Quijote: razones son estas para que hubiera logrado engendrar un hijo vigoroso y legítimo de su genio. ¿Cómo explicarnos esta especie singularísima de esterilidad?

Hay una razón, entre varias, que parece contener la clave que se busca: el parentesco espiritual nada común con los hombres de Grecia y con muchos del Renacimiento. "Los griegos no eran analíticos en la matemática ni en el estudio del espíritu" (1), y, por lo mismo, nada podía ser más acorde con este escritor diáfano que "tiene del poeta, junto con el pensar a menudo por imágenes, el don de la objetivación" (2), que el arte griego, nítido, armónico, de evidente musicalidad, con intenso sabor de la naturaleza, serena expresión de lo creado, embriaguez de luz y de sonoridades. ¡Con qué maravillosa resonancia brotan de su pluma los nombres de artistas griegos y —su ausencia era imposible— los de héroes romanos! Fidias, Polignoto, Apeles, Praxiteles, Homero, Esquilo, Sófocles, Platón, los Hortensio, Bruto o Julio César le sugieren más espontáneas y abundantes disquisiciones que el Dante, Shakespeare o Goe-

(1) O. Spengler, "La Decadencia de Occidente, t. II, pág. 159

(2) Blanco Fombona, Prólogo a los "Siete Tratados".

the, a quienes, desde luego, conoce como el más bien informado compatriota de esos genios.

Demuestra ese conocimiento al estudiar el influjo de la pasión amorosa en la obra y vida de Goethe, ese "gnomo de la Selva Negra, convertido en dios del Olimpo", cuya vida "es un poema" (1) Y añade todavía: "Hay hombres que pasan como un brillante y muchas veces terrible misterio. De estos fue Goethe, de éstos Byron... poetas del dolor, apóstoles de la desesperación, han pasado, ciertamente, cual esos meteoros (los cometas) que van dejando tras sí una larga huella de miserias y desventuras". De Shakespeare ha dicho: "en los tiempos modernos, el intérprete más poderoso de las pasiones mundanas, el gran levita del terrenal amor". (2)

Pero esta comprensión racional y sentimental no es suficiente para abrir cauce a las corrientes emocionales que van por el fondo más oscuro de la conciencia, operando transformaciones, sirviendo de vehículo a simpatías en verdad fecundas, arrastrando el fuego constructivo como los materiales ígneos en las entrañas del globo. Prueba irrecusable de la necesidad de esas profundas simpatías como condición no sólo de acercamiento sino de fuerza, de impulso orientado hacia las creaciones equivalentes, nos proporciona el mismo Don Juan cuando escribe: "Me alegro mucho de que en la América no sean oídos los nombres de Flaubert, Daudet, Sardou, y otros de estos que están llenando los ámbitos de ... París". (3) ¡El magnífico artista que escribió el tratado del Genio, no cree digno de América el eco del nombre que figura al pie de "Salambó"! ¿Es que el genio mismo no puede comprender al genio? ¿son cuestiones de gusto, de sensibilidad? ¿diferencias cualitativas? No es de este sitio y propósito el dilucidarlas.

(1) "Geometría Moral".

(2) "El Buscapié".

(3) "El Espectador", t. I.

“Siete Tratados” (1)

Tan propia, indispensable, plena vino a ser para Montalvo la forma del antiguo opúsculo o folleto de los polemistas y eruditos del siglo XVIII, la de ensayo, la del “tratado” que a ella quiso confiar sus caudales; a su virtud, la conservación íntegra de portentosa herencia; a su concisión, el milagro de evocar todo lo que su pluma callaba pero su mente vivía. Así debió acontecer, por un extraño designio, que su pensamiento se quebrara en pequeñísimos prismas, en el artículo vibrante de unción artística, apasionado de actualidad política, en el panfleto llameante y demoleador aunque digno de Júpiter; que su corazón estallara en cálices, en lluvia intermitente y perfumada; en semillas aladas que aún están flotando en el viento porque nuestros corazones no las han sabido recoger. Todo respondía a las necesidades de su temperamento, a la hora en que vivía, al ambiente social que le solicitaba; y de pronto, hacia los cuarenta años, se halló con que toda su inmensa cultura, las consuetudines de sus pensamientos, los seres múltiples que habían desfilado por su imaginación, venidos del fondo de la historia o de la gruta de sus cavilaciones, ya se habían congregado en un libro que contenía todo pero que, en definitiva, no era nada. ¡Nada! ¿Así hemos de hablar de los “Siete Tratados”? Oh! impío. No en vano ha sido evocada por Montalvo en persona la figura del Señor de Montaigne. También él dió al mundo la sorpresa de un libro, los “Essais de Messire Michel, Seigneur de Montaigne”, que tampoco era nada... y del cual los mejores poetas de Francia han bebido sutilezas, han copiado actitudes, han extraído jugos raros, pero no han superado jamás. Montalvo halla la forma que le conviene: es una genialidad del artista; y construye el templo que ambiciona: es un triunfo del pensador.

Algunas veces los “Siete Tratados” me han parecido poemas en prosa, grandes y bellos como poemas sinfónicos, sólo

(1) El orden que hemos adoptado en la enumeración de las obras corresponde únicamente a preferencia personal, y no indica orden cronológico ni jerarquía literaria. Tampoco hemos pretendido agotar la producción.

que los de este libro arrancan sus melodías y su armonización a la Historia, a la Ética y a la Estética de los mejores siglos: sus temas hallaron eco siempre en las mejores almas.

Capítulos que se le Olvidaron

a Cervantes

Con los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" y el "Don Juan de Flor", Montalvo puso de relieve su inclinación decidida por imitar lo inimitable.

No son pocos los autores que en todas las literaturas han acometido la empresa de reconquistar (no decimos arrebatarse) lo conquistado por otros, como si el ingenio también fuera campo propicio a guerras coloniales o a batallas de honor por un mismo trofeo de gloria.

Unas veces el poeta, el novelista o el dramaturgo recogen lo que el pueblo dejó olvidado en un rincón de su memoria, y que muy de tarde en tarde hace su aparición junto al fuego de la chimenea, cuando los labios temblorosos del abuelo evocan el pasado, y los niños se acurrucan temerosos, porque afuera el invierno ronda como un lobo... Fausto, los Nibelungos pertenecen a esa categoría; pero cuando el genio de Goethe o de Wagner los convocan, surgen dóciles porque es llegada la hora de su reinado inmortal.

Hay temas que sin ser esencialmente populares (aún cuando su origen remonte a la tradición o al mito religioso) tienen la suerte, buena o mala, de provocar la ambición de muchos que en aquellos ven el material dócil anhelado por su temperamento. La Salomé, por ejemplo, halla intérpretes en un Wilde, un Flaubert, un Mallarmé, un Eugenio de Castro, un Apollinaire.

Hay temas, en fin, que son creaciones afortunadas de autores conocidos poco o mucho de sus contemporáneos, pero no respetados hasta el punto de retroceder ante una imitación descarada de su acierto.

Se conocen, todavía, algunos que a su cualidad de originales unen la de inimitables. Hamlet y el Quijote, para no citar sino una antítesis capaz de resumir el alma humana, son de estos.

¡Debía ser un hombre de la libre América, un visionario de las altas cordilleras, un poeta nacido entre naranjos y frutos del Edén, el que se levantara un día con el propósito de interrumpir el sueño del Manchego, como en efecto lo interrumpe, sin respetar la pereza de Sancho, la fatiga de Rocinante ni las pocas tentaciones de recomenzar del rucio.

Cuán a fondo comprendió Montalvo la creación cervantina lo expresan de modo elocuente sus palabras: "Don Quijote es una dualidad; la epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos: el uno visible para todos; el otro, emblema de un misterio, no está a los alcances del vulgo, sino de los lectores perspicaces y contemplativos que, rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van a dar con las lágrimas anexas a la naturaleza humana guiados hasta por la risa". (1)

Rasgo más profundo de lo que parece es el de haber boquejado esta obra en el destierro, sin libros... y sin felicidad! Es entonces cuando aprende a reír mejor que nunca. La estupidez y la rudeza del alma, la falta de imaginación y de vivacidad del espíritu, según Teofrasto, impídeles reír a solas a muchos congéneres nuestros. "Los animales no ríen solos ni en sociedad". (2)

Hemos apuntado más arriba el valor relativo de la comprensión intelectual y sentimental; leamos ahora a Rodó: "Montalvo, en su natural de escritor, se parecía poco al modelo que en esta ocasión trató de imitar. Cervantes, en quien la invención novelesca conserva mucha parte del candor del primitivo épico, tuvo la divina inspiración del estilo, y como su arte infuso; pero careció, en fuerza de su propia absoluta naturalidad, de la **conciencia del estilo**, que es intensísima y predominante en Montalvo..."

¿Cómo había de acontecer lo contrario si el Cosmopolita, pese al formidable esfuerzo apologético de la obra cervantina, se ha servido del personaje con un singular sentido anecdótico? ¿si ha gozado más en la descripción del paisaje, en la trama episódica, en el primor de la frase, en la oportunidad del arcaísmo, en lo formal y en lo intelectual, sin que tuviera tiempo de sentirse invadido, aislado, crepitando en el soliloquio formidable de esa gran alma que Cervantes descubrió en el fondo

(25) "El Buscapié".

(26) Schopenhauer, "Alrededor de la Filosofía", cit..

de sí mismo, que era común a su raza y a la humanidad, y la nombró Don Quijote?

Y no obstante, la maestría de Montalvo aparece tal, su ingenio ha derrochado tan sabrosas pláticas, felices aventuras, sabias lecciones; en el lenguaje ha escanciado vinos sin duda los mejores de la bodega cervantina, que no dejamos sin tristeza el libro al leer, con simpatía, aquello de: "Capítulo LX. Donde el historiador da fin a su atrevido empeño, no de hombrearse con el inmortal Cervantes, ni de imitarle siquiera, sino de suplir, con profundo respeto, lo que a él se le fue por alto".

¿Ha sido la imitación un desengaño, arresto superior a las fuerzas del atrevido? En manera alguna; lo único que hay es la ausencia de una condición capital, en la que residen las fuerzas y encantos mayores de toda obra modelo, fuerzas que están dormidas o agazapadas en lo hondo, lo insignificante de un grano perdido en la montaña pero que han de surgir más pujantes en un abeto o en un baobab: esa virtud extraordinaria y única es la improvisación, que participa del "devenir" hegeliano y la intuición bergsoniana, que es evolución paulatina de lo desconocido en el alma de un hombre, un tejar incesante con hilos invisibles que llegan vibrando en la rueca del genio desde la eternidad, para asombro del mismo creador, del artista, que hallando los primeros hilos tuvo curiosidad divina y los atrajo más y más, de manera que al fin, entonces y sólo entonces inteligencia y corazón se entregaran mutuamente su secreto.

Pero hay algo que estremece en el "Quijote" montalvino, cualidad superior a sus inmensas cualidades, es una llama que recorre todas sus páginas, llama de admiración y amor, y de la que perduran los resplandores aún concluida la obra, cuando sobre la tumba de los héroes y del autor castellano queda encendida como por mano invisible, después de aquel ingenuo testamento, cuyo olvido por parte de Cervantes, que Montalvo finge suplir, es artificio literario para dar un ¡adiós! que oculte sus lágrimas bajo el humorismo, al libro que amó sobre todos los libros.

Geometría Moral

Si aún no se hubiera descubierto el manuscrito de "Geometría Moral", un psicólogo avisado, conocedor profundo del

alma montalvina aconsejara continuar la búsqueda de “cierta” obra consagrada a la psicología del amor, y diera por seguro el hallazgo, como Adams y Leverrier anunciaron la posición de Neptuno que descubrió Gall; y una vez descubierto, apenas hacía falta su lectura para comprender hasta donde sublimizaría sus conceptos ese gran cantor de las pasiones bellas.

“Las fuentes del amor son tan desconocidas como las del Nilo; las de éste han sido al fin descubiertas; para ese raudal estrepitoso, que corre fecundando y marchando al mismo tiempo, ese raudal de emociones indefinibles, comprendidas bajo el título de “amor”, no hay todavía un Livingstone ni un Stanley”. No obstante, Montalvo, el platónico, señala que “las fuentes del amor, como de todas las pasiones, están en el corazón”; y continúa: “lo que tratamos de saber es por qué y cuándo nace esa afección angélica”.

La ciencia del siglo XX ha contestado ya, los Livingstone y los Stanley han nacido: son los Freud, los Havelock Ellis, los Stekel, los Saussure, los Hirschmann, los Lemaitre, los Flournoy y cien más, y en la misma literatura no han escaseado los Zola, France, Remy de Gourmont, Bendel, Mauriac, Huysmans. ¿Pero qué nos han dicho unos y otros del amor y aún del arte? Con poca o mucha diferencia de ingenio o de forma, pero con implacable similitud de fondo, han confirmado las rudas palabras de Nietzsche, un contemporáneo de Don Juan, que sintetiza la sabiduría de todos así: “la Estética no es sino una fisiología aplicada”. ¿No os imagináis el formidable gesto reprobatario de Montalvo ante la audacia sacrilega del filósofo alemán? ¿Es que no conocéis al Cosmopolita.

Razón tiene Valera cuando dice no percibir lo más substancial que hay en la “Geometría”, y, por tanto, “lo simbólico, la doctrina misteriosa, la enseñanza esotérica que puede haber en este tratado son puntos que no escudriño yo, ni toco”. ¿Es que Valera creía posible descubrir por caminos literarios lo simbólico del libro? ¿Es que hubiera querido hallar en él la exposición de una doctrina sabia, y tuvo una desilusión que oculta en frase de buen corte?

A mi juicio, la “Geometría” es la más acabada síntesis del hombre y del artista, por más que no tenga las hercúneas proporciones de los “Capítulos”. En ella nos ha entregado las mayores confidencias de su arte, allí se ve cómo gracias al domi-

nio supremo de los instintos, su voluntad va puliendo, magnificando su vida; se vislumbra el triunfo del espíritu que no ha hecho fáciles concesiones de sensualidad a su adolescencia ni a su juventud. Se descubre el camino por donde han llegado los más benéficos influjos a fortalecer el ímpetu de su temperamento y vocación artísticos.

Si el instinto fue tan sabiamente domeñado, ya podían venir otras satisfacciones sublimes, ya los sueños llegarían sin miedo a perder sus alas en la hoguera de brutales pasiones, ya el dolor tenía un santuario de donde no es fácil que lo arroje ni la desesperación ni el miedo.

Es que Montalvo mismo, al igual de tantos otros, no pudo tener conciencia cabal de hasta qué punto se hallaban contenidos en su obra la silueta impecable de su ser moral y su mensaje literario.

En este libro debe verse el reflejo de toda una psicología y de un pensamiento constelado por el más puro idealismo. ¿Tendríamos razones para negarle algo más: la intuición del papel que, medio siglo más tarde, iba a desempeñar el estudio de los fenómenos amorosos, de la sexualidad en su amplio dominio, para la explicación de los resortes del alma con miras a resolver problemas educacionales, sobre todo?

Esa intuición no podía tener en él otro carácter que literario, oscurecido antes que iluminado por simbolismos. De ahí que sería poco menos que absurdo y pedantesco hallar anticipaciones de psicoanálisis, por ejemplo, ni de psicología del amor siquiera.

El valor, el significado del "sí" y el "no" amorosos en lenguaje montalvino alcanza un poder de sugestión que el más ardiente discípulo freudiano, de ser poeta, no lo habría empleado en éste siglo. "El **sí** es vida, fuerza, poder; es el universo iluminado por la misericordia del Todopoderoso, que gira eternamente en la órbita de lo infinito, obedeciendo a la voluntad soberana, que es el inmenso **sí**, figura del Creador. Multiplicador sublime, el **sí** es origen y fuente de todo cuanto existe; el amor es un **sí** incrustado en el corazón; el placer es un **sí** echado al mundo en forma de atrevimiento; el deseo es el **sí** que sube a Dios y lo alegra, en siendo legítimo y puro. **No**, genio tenebroso, agente de la desesperación, yo te maldigo".

Bajo otro aspecto, me atrevería a decir que la "Geometría Moral", aún en la forma incompleta con que nos ha quedado, constituye el más brillante ensayo de historia y apología del irrealismo en lengua castellana.

Esa concepción del alma antigua y moderna que se traduce en triángulos, esferas, cuadrados, parábolas, elipses, círculos en que han de circunscribirse los que tengan la personalidad de Julio César, Alejandro, Napoleón, Byron y Goethe, Chateaubriand y Lamartine, Petrarca y Alfieri; esta concepción euclidiana, digo, se me figura una muy original forma de Irrealismo.

Don Juan Tenorio no fué como Don Juan de Flor, "porque éste sí que ha amado con el corazón, ha amado con el amor, no con la vanidad, como los necios; ni con la codicia como los ruines".

Del tipo vayamos a la doctrina, de la síntesis al análisis. Una clasificación: "El amor de primera clase es príncipe coronado. Los de segunda no son ya tan comunes. Los amores de tercera clase sobreabundan: son mariposas en el prado, ave-cillas en el huerto".

El problema del amor, diamante inmenso del alma, bajo la pluma de Montalvo se pulveriza para engastarse en diminutos joyales que envidiarían las ninfas del Olimpo que tanto añoró.

Revelación de cierto donjuanismo que constantemente va pasando por el fuego y el laminador del idealista y del poeta, convirtiéndose en hojas de oro que salvan al hombre de los estigmas del donjuanismo constitucional, señalados por Gregorio Marañón.

Stendhal o Mantegazza en sus tratados del Amor no consiguen superarle desde el punto de vista fantástico y evocativo aunque lleguen mucho más a fondo en las categorías del fenómeno amoroso, y en exégesis de las mismas.

Este esfuerzo de Montalvo por arrancar a los oscuros designios sexuales una categoría gloriosa de amor "incontaminado", "voraz", "ciego", "fuerte", "útil", "alto como el firmamento", "satánico", "santo", no es una contribución de su genio a la literatura galante, más o menos graciosa, más o menos liviana: es tributación de homenaje a ese espíritu que vibró con Pedro Abelardo, que hizo a los caballeros medievales hincar sus

espuelas de oro para fantásticas conquistas; a ese romanticismo del cual procede y del cual huye en busca del clasicismo bien amado.

“El Cosmopolita”. “El Espectador”.

¿Los reconocéis? ¡Tanto como Don Juan los amaba! Son hijos legítimos de su humanitarismo. Contienen las aladas semillas de que os hablé, y a las que no hemos preparado todavía un surco en el corazón.

“De entre los múltiples aspectos de esta naturaleza genial, llama aquí la atención en primer término, por cierta frescura juvenil o novedad de descubrimiento que más tarde serán atenuadas, el de viajero sentimental, de peregrino meditabundo, de “hárbaro” que defiende, al contacto de la civilización, no sin ingenua altivez, su pureza de corazón y su nativa grandeza de alma”. Gonzalo Zaldumbide, miniador silencioso y exquisito de sus nostalgias cosmopolitas, nos habla así del que soñó en serlo por antonomasia.

El origen de esas publicaciones remonta demasiado en el ser montalvino, y sería ir hacia el alfa de su personalidad si nos propusiéramos investigarlo. Los elementos, múltiples y en extremo valiosos: el patriota puso toda su vehemencia; el erudito, sus inagotables adquisiciones; el apóstol, su fe; el héroe, su gallardía; el poeta, sus encantamientos; el pensador, su sabiduría; el moralista, su consejo; el hombre, su amor.

“El Espectador” es un atalaya: ¡cuidad, ingratos, que el sudamericano, tan celoso de su civilización y de los atractivos de su suelo como el inglés que firmaba el homónimo “The Spectator”, no perdona a los extranjeros que pagan hospitalidad con menosprecio: don Manuel Llorente Vásquez, diplomático, mal que bien lo aprendió de su pluma.

“Catilinarías”. “El Regenerador”.

“Mercurial Eclesiástica”

Ni demagogia ni ateísmo han echado raíces en esta alma, predilecta de los dioses si hubiera nacido entre paganos; respetada por los buenos y excomulgada por los demás en tierra de cristianos. La atribilís tampoco lo posee: melancolía dulce o

severidad justa y noble no son del misántropo. “Vous êtes un noble esprit”, le dijo Víctor Hugo a Montalvo, en carta inolvidable. ¿Cómo, pues, fueron escritas páginas que no firman sino los hombres de pelo en pecho como Don Juan, porque los otros las imprimen con seudónimo?

¿Será que el apóstol, para traducir un estado social que no acepta, para conseguir una transformación indispensable, para dejar por un momento que obren, con estallido y estrago, como la naturaleza sus volcanes y géysers, las más ocultas fuerzas de su ser, deja que acentúen su intensidad los movimientos, el acento, el gesto, la palabra ardida, ya que el arte puro obligaría a metamorfosearlos, a convertirlos en símbolos?

Hay algo más doloroso todavía, que no quiero recordar a nuestro siglo, pero que puede resumirse así: un ambiente social y político agobiado con sombras de pesadilla, y “alguien” que en su angustia de despertar primero lanza uno y repetidos gritos contra los fantasmas que le oprimen; mas, lo hace con tanta sinceridad, razón y belleza que le habrían conquistado merced y alabanza del dulce Francisco de Asís que, por conocerlos, amó un poco más a los lobos que a los hombres.

El estilo

En su prosa todo Montalvo se ha vertido: diríase un espejo que tuviera la magia de retener lo físico y lo psíquico de la figura que ante él posa. Allí se ve hasta el fondo de su corazón— ¡el agua es tan cristalina!—, se encuentra su credo, se aquilata el valor de su entereza y se recorre la anchurosa vía: de sus ideales.

Montalvo es alquimista con su pluma, por eso ella es de materia variable: pluma de cisne, cuando hay que hablar de la mujer; oro refulgente, si del corazón; diamante puro, si ha de trazar aristas en el pensamiento; acero toledano, cuando hay que clavar una daga a la maldad.

Lo delicioso en el estilo del Cosmopolita es la inquietud de su ritmo, quiero decir, la inquietud, que se parece a un desorden elegante en el movimiento que imprime a sus ideas, y en la manera con que afina y ordena el más leve estremecimiento de ese ritmo, que es vida y expresión.

Tiene la conciencia absoluta de los valores que el arte ha confiado a ese instrumento, único en precisión y delicadeza, que se llama estilo. Sabe que está dispuesto a dar luz o sombra excesivas, pronto a sepultar los mejores propósitos y concepciones cuando lo maneja un cantero desconocido: fiel y seguro esclavizador del rayo de la idea y de los destellos del bloque idiomático si quien lo oprime, a la vez, lo ama y ha consagrado sus desvelos a tallarle un santuario en el corazón antes de pedirle sus últimos secretos.

Riqueza, orden, armonía: tres virtudes de su espíritu, tres elementos de la atmósfera montalvina, toda abundancia y pureza, en que ha de vivir el estilo más noble de linaje americano.

¿Qué influjo alcanzó la cultura clásica en la estructuración de los recursos expresivos de Montalvo? ¿Que materiales aprovecha mejor?

“Montalvo fué artífice original con piedras de las ruinas; innovador con aliento de antigüedad. Se **embriagó** de arcaísmo; esta es la imagen propia; se embriagó con aquella báquica sensación de lo bello antiguo remozado, con que los heraldos del Renacimiento, al modo como los que trasiegan el mosto suelen marearse del capitoso vaho, se marearon divinamente trasegando el generoso vino de los clásicos, y llevaron sobre su nativa lengua la reconquista romana, en aquella prosa, hirviente de latín, que empezó en el reinado de Don Juan II”. (1)

¿Hay, como consecuencia, en el Cosmopolita un esfuerzo consciente, sistemático por resucitar estilo y forma de épocas concluidas por evolución, que es muerte fatal sin estertores? En la enorme tentativa veo, más bien, la expresión de fuerzas interiores subconscientes y, por modo singular, geniales. Veo un romanticismo anacrónico orientado hacia la tradición, un amor profundo a la herencia artística de la madre racial, un sentido clásico tan vigoroso que domeña fuerzas contradictorias y consigue dar vida a una personalidad literaria que escapa --¡triumfo del genio!-- a la condenación rotunda de las leyes históricas.

Nadie, ni Montalvo mismo, tiene derecho a olvidar que “un arte es un organismo, no un sistema”, y que, por consiguiente,

(1) J. E. Rodó, ob. cit.

“no hay un género artístico que atraviese los siglos y las culturas”, según el concepto spengleriano.

Esta pugna con los tiempos, este reto a las leyes históricas, únicas que limitan las artes (“límites de su alma convertida en forma”) (1) vuelven tan impopular la obra como bella, olímpica la actitud del escritor.

Montalvo tiene la evidencia de ser representante genuino de la madurez de una cultura: sabe hasta qué punto avanzan los creadores en un sector del Arte, la Poesía, guiados por feliz instinto, y desde cuándo las formas requieren ese lastre, ese milagroso humus de la civilización envejecida. Hemos citado, al hablar del erudito, las palabras pertinentes de Montalvo y, de propósito, reparamos apenas en un aspecto de la afirmación que sin ser substancial con la idea del Maestro nos daba pie en la tesis que dilucidábamos. Conviene, ahora, decir que el Cosmopolita ha tocado el fondo del problema que se relaciona con la madurez del estilo y de las formas de expresión; lo ha tocado con pensamiento digno de un renacentista. Como de costumbre, el pensador ecuatoriano repugna agotar las felices cuestiones que plantea, y nosotros no podemos seguir su pensamiento hasta sus últimas consecuencias, y menos aventurar conclusiones.

Si como lo quiere la moderna Psicología, se ha planteado esta ecuación directa: “a mayor caudal de medios de expresión corresponde una mayor facilidad para exteriorizar las representaciones internas” (2), y, de otra parte, el estilo “no es otra cosa que una limitación del lenguaje de la expresión estética”, ¿qué prosista del idioma castellano puede vanagloriarse de superar al de los “Siete Tratados” en el don de transmitir cuanto sabe, imagina o siente? “El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite”. (3)

Hay cierta locuacidad en nuestro escritor de aquella, precisamente, que el filósofo de “Así hablaba Zarathustra” especifica así, refiriéndose a Montaigne: “Hay otra locuacidad, cuyo origen está en el gusto de dar muchas vueltas a una misma cosa

(1) O. Spengler, “La Decadencia de Occidente”.

(2) Bernardo Gastelúm, “Inteligencia y Símbolo”.

(3) J. E. Rodó, ob. cit.

para presentarla cada vez con novedad"; y, en fin, "hay locuacidad nacida del deleite que proporcionan las palabras apropiadas y las formas bellas del discurso". (1)

Locuacidad que tiene la virtud rarísima de limitar "el lenguaje de la expresión estética" lo indispensable para conseguir que el estilo, de benedictina hechura, no tome espíritu en fluencias sin aroma ni en alambicadas síntesis, y obtenga las más puras esencias idiomáticas.

Sus frases han utilizado todos los matices de intensidad y colorido, al conjuro de un pensamiento que ordena sus legiones con exactitud y autoridad incontrastables para la cruzada magna del buen decir.

En sus libros, resonando están desde las clarinadas épicas hasta las zampoñas eglógicas, desde el huracán temible hasta la brisa aromada, desde el torrente que persigue purificar la humana perversión hasta el murmullo de arroyuelo que acompaña a los rimadores de lo azul.

Dionisiaco o apolíneo, no según el ritmo de la edad, que los quiere en ese orden, sino de acuerdo con la emoción, la calidad del asunto o la "estación" de su espíritu, los plateados remos de su prosa nos llevan hacia las más desconocidas playas de su imaginación inagotable.

"El arte es solamente el acto de dar relieve al pensamiento obscurecido de la naturaleza; es la simplificación de las líneas y el desprendimiento de los grupos invisibles. El fuego de la inspiración hace resaltar los dibujos trazados con tinta simpática. Lo misterioso llega a ser evidente, lo confuso llega a ser claro, lo complicado se hace sencillo y lo fortuito llega a ser necesario. El gran artista es un simplificador" (2) Montalvo, en cuya prosa "lo más abstruso y abstracto asume concreción, figura coercible" (3), es artista y estilista supremo.

Montalvo, literato, es pintor de fuerza irresistible; lo es hasta cuando nos quiere entregar encadenada una idea filosófica o un sencillo relato moral. ¿Qué relieve, sabor, colorido no alcanzarán las minucias del vivir cotidiano descritas por él? ¿Quién trazó, antes de él, cuadros tan vivos como aquellos de "Los Banquetes de los Filósofos", dignos de ser trasladados al

(1) F. Nietzsche, "La Gaya Ciencia", No. 97.

(2) F. Amiel, "Diario Intimo", 25 de Noviembre de 1861.

(3) Blanco Fombona. ob. cit.

lienzo para figurar en la maravillosa galería Mauritshuis de La Haya?

Nuestra asociación de ideas no es caprichosa: surge como consecuencia de habernos detenido a saborear ciertas páginas coloristas con preferencia a otras. Es tanta la fuerza de evocación pictórica, gracias a la riqueza, a la frescura, a la oportunidad del lenguaje, al brillo de la metáfora, al fulgor del símil que, concluido —se nos figura— uno de aquellos cuadros, Don Juan debió haber sonreído satisfecho y un tanto socarrón al recordar las palabras de Horacio, tan justas para cualquiera que no se llame Montalvo: “cuando el poeastro no puede más, principia a pintar un bosque, un altar, un río caudaloso, una campiña amena surcada por un riachuelo que serpentea, un arco iris”. ¡Si pinta con primor acabado hasta lo que no había de ver jamás! He aquí un paisaje digno de la delicadeza de Gainsborough: “La paja silvadora, el frailejón solitario y triste de los altos páramos sirven de placer y consuelo, si contemplamos en la aridez mortal de esas regiones; el sol las mira desde lejos, y se vuelve desconfiado de ellas; el calórico, sangre invisible de la naturaleza, no tiene cabida en ese limbo descubierto, donde impera el frío, dios enemigo de la vida. Ni plantas ni animales: alguna vez una sombra rápida cruza a lo lejos ese mar empedernido, y se desvanece a mayor distancia: es el renjifero que pasa de un abismo a otro en busca de un amor imaginario, o el alee que va huyendo de un fantástico cazador que le persigue en sueños”. (1)

“Cada escritor tiene su virtud propia y singular, aquella que en la memoria signa toda su obra. Uno tiene el color, otro la luz, otro el dibujo opaco y fuerte, otro la música de las palabras, otro aún el trazo escultural y firme que al verso o a la prosa da la belleza tangible del mármol modelado, otro todavía tiene el matiz ...” (2) ¿Cuál la virtud propia de Montalvo? Por más que Cansinos-Assens nos jure que es virtud singular que “ha de ser discernida cuidadosamente, ni más ni menos que una raya simbólica en la palma de la mano”, tendríamos que señalar más de una raya simbólica en la de Don Juan.

(1) “Siete Tratados”, t. I. La flor de nieve.

(2) R. Cansinos-Assens, “Los Temas Literarios y su Interpretación”, página 14.

Perpetuidad y actualidad

¡Si Montalvo fue un genio!... El concepto "genio" ha provocado controversias agudas. Bovio, Nordau, Baldwin nos obligan a dar largos rodeos por la Historia y la Psicología. De Bergson a Freud el problema se ilumina con inquietantes destellos. ¿La juventud de hoy ama al genio, respeta al héroe como la de ayer? Es posible; pero se ama a sí misma sobre todas las cosas, y aunque aguarda con fe sorpresas del Genio por venir, vive más bien de prejuicios y de iconoclasticismo.

Nosotros, ante la figura de Montalvo, limpia de ciertos estigmas que tan gratos y valiosos parecen como garantía de la existencia de genio en algunos contemporáneos, hacemos nuestras las palabras de un distinguido psicólogo: "Saber que los más grandes hombres de la tierra son hombres que piensan como yo, pero más profundamente; que ven lo real como yo, pero más claramente; que obran por motivos como yo, pero más firmemente; y sirven a la humanidad como yo, pero mejor, todo esto puede ser un excitante de mi humildad, pero es también una inspiración para mi vida". (1)

A aquellos de nuestros escritores contemporáneos de América y España que a título de "arte moderno" y "gusto moderno" desconocen, olvidan o cierran con no poco aburrimiento los libros de Montalvo antes de haber leído página completa, queremos recordarles que el clásico ambateño cultivó en su estilo más de una aspiración del verdadero arte moderno. La diáfana claridad: ¿quién puede substraerse al particular encanto de ésta a modo de atmósfera en la que va dibujándose el paisaje, fluyendo la idea, palpitando la figura humana, tejiéndose el relato, insinuándose la ática sonrisa, al capricho de este Gran Señor de las letras castellanas? ¿Y aquél respeto de las jerarquías, del vigor, exactitud y nobleza de las metáforas, si bien no son signos de "actualidad", no llevan sello de eternidad?

Fe más que religiosa en la trascendencia de su arte; ansia de liberrar el alma de lo vulgar, lo prosaico, lo inteligente, ¿no

(1) J. M. Baldwin, "Historia del alma". El genio y su medio.

le acercan, tampoco, a nuestro espíritu? “Así como la fuerza de la poesía proviene del grano invisible de locura que le da color, olor y sabor, así no hay política suprema sin ese grano de locura, que es la lumbre del genio. Locura, muchas veces, es sabiduría, sabedlo, oh sesudos ineptos, cuerdos sosos, que andáis echando vuestra agua puerca sobre esa luz divina”. (1)

¡Qué importa que las raíces de este creador se hundan un poco lejos de su siglo, si las ramas alcanzan al nuestro y dejan caer una placentera sombra sobre el alma de los contemporáneos!

“La ciencia es perfectible y el arte no. Lo relativo está en la ciencia, y lo definitivo en el arte. El progreso que es punto movible y etapa constantemente renovada, tiene cambios de horizonte; el ideal no los tiene. Un sabio hace olvidar a otro sabio, y un poeta no hace olvidar jamás a otro poeta”. Así defiende Hugo la inmutable verdad del arte y la perpetuidad y “actualidad” del artista.

Que la influencia literaria de Montalvo en los escritores de Hispano-América no pueda ser ya tan activa como en el siglo pasado es una cosa, y otra muy distinta que las maravillas de sus libros no sean hoy bien conocidas por las juventudes literarias: tengo lo primero por ley de la historia, y lo segundo por ignorancia imperdonable.

“Sin Montalvo, el mal gusto no se habría extinguido aún (en el Ecuador): con el Cosmopolita surgen los Meras, los Espinosas, los Proaños, los Corderos, los Crespos, etc... Dígase lo que se quiera, en el terreno de las letras, aún cuando muchos divergiendo en la manera de pensar, han seguido las huellas de Montalvo una legión de escritores que todavía infunden su aliento a la patria”. (2) La responsabilidad de afirmaciones tan concretas pertenece a un erudito conocedor de la literatura ecuatoriana del siglo pasado. Blanco Bombona es más indeterminado en la aseveración: “Su influencia, la influencia de su estilo, si no la de su ética, es patente a través de las generaciones”.

Gonzalo Zaldumbide generaliza: “Heredados de Montalvo, y de toda una generación de gramáticos y puristas sus contemporáneos y sucesores, aún circulan en el periodismo ecuatoriano

(1) “El Espectador”, t. III, La República Francesa.

(2) A. Andrade Coello. “Motivos Nacionales”, D. Juan Montalvo.

iano, en la conversación, en el parlamento, giros y modos de decir, de la más genuina proveniencia clásica”.

Montalvo, ejemplo vivo de hombre y de artista, indivisible, integral, dijimos al comienzo de nuestro estudio. Es preciso decir algo más: si el artista duerme al margen de nuestra alma de “hombres nuevos”, a la sombra de nuestro imperdonable olvido, sin que por ello su obra la eclipsen los tiempos; el nombre, símbolo de rebeldía y heroísmo, tiene que erguirse en nuestra conciencia para acusarnos de grandes cobardías y de inconsistencias clamorosas.

Talvez Montalvo fue “uno de esos hombres que están muy por encima de sus obras”, y, por lo mismo, su pluma, instrumento de una voluntad fuerte, de un soberbio corazón y un claro pensamiento, no ha de perdonar nuestra apatía ni en su eterna quietud.

“Su genio mezcló en un solo crisol las tres Unidades:
 prestóle el Verbo el apoyo de todas sus facultades,
 y el Sueño, carbón ardiente, verificó la fusión:
 El Arte daba la pauta con su instinto soberano,
 la Naturaleza el vaho cálido, cordial y humano
 y era la Verdad la síntesis final de su religión”. (1)

Quito, Marzo de 1932.

(1) Tomás Morales, “La Ofrenda Emocionada”.

MONTALVO, ENSAYISTA

ISAAC J. BARRERA

Hay un género literario que ha tomado carta de ciudadanía en las letras castellanas. Este género es el ensayo. Se ha escrito que el ensayo no es ajeno a la literatura española, porque ya Séneca lo escribió en latín y los escritores del Siglo de Oro lo escribieron también, como divagaciones de la novela picaresca o como los interregnos de los tratados de moral. Puede ser así; pero este género del cual es preciso que la didáctica posterior trate con el mismo cuidado que pone al referirse a los otros conocidos, ha venido creciendo tan solamente desde el día en que al escribir sus disertaciones Montaigne las puso el título de "Ensayos". El viejo gascón quiso conversar con el lector sobre todas las cosas, las ideas y los sentimientos que le visitaban en su apacible retiro. Sus conversaciones eran preguntas que se hacía constantemente sobre todas las cuestiones de la vida y sobre las cuales se interrogaba sin nunca darse contestación satisfactoria, porque siempre encontraba que la naturaleza era contradictoria y que lo que ayer se pudo decir que era mejor, hoy no lo era y mañana podía volver a ser. Los "Ensayos" de Montaigne son disertaciones en las que se diluye un pensamiento en medio de eruditas divagaciones, y como el autor se propone averiguar la verdad, con sus propios medios y con su propia experiencia, las divagaciones están llenas de recuerdos personales y de investigaciones de su propio yo.

Esta fué la primera vez que el género obtuvo el nombre, que luego fué adoptado, principalmente en la literatura inglesa en la que se encuentran los nombres de los principales y más ilustres ensayistas. En la actualidad es el género preferido por los grandes escritores de todos los países.

Montalvo fué uno de los más avanzados ensayistas en la literatura moderna. Hay que tomar en cuenta para confirmar

esta aseveración que su "Cosmopolita" fué escrito el año 1866 y que los "Siete Tratados" lo estuvieron desde 1873. Fué tan honda la repercusión que hizo esta última obra, que, puede decirse muy bien, a Montalvo correspondió poner en la literatura española, en evidencia y en crédito, este antiguo género de indudable procedencia extranjera.

El ensayo, tal cual fué concebido por Montaigne y ejercitado por los escritores ingleses, ha ido modificándose y adoptando una forma nueva, sin que pueda decirse hasta ahora que esta variedad literaria tenga una modalidad fija y cánones estrictos a los cuales ceñirse en su composición.

Actualmente cultivan el ensayo los escritores más notables de Europa y de América: ensayistas son Papini, Gide y Montherlant; Unamuno, Ortega y Gasset y Azorín; los García Calderón y Lugones y Sanín Cano, y muchos otros nombres que se pudieran juntar a los nombrados, con igual prestigio.

Gómez de Baquero, al tratar de definir el género, manifestaba que el ensayo era una estilización amena, en vez de una investigación severa y rigurosa; es decir, una interpretación personal del espectáculo interior.

La palabra "crítica" ha servido para muchos desbarros en la literatura; se ha creído que criticar era menospreciar, encontrar y rebuscar los defectos para vituperarlos, y ello ha sido causa para que el estudio que pudo ser ameno y provechoso se convirtiera en murmuración y maledicencia. Cuando Valbuena escribía sus popularizados "Ripios" la maledicencia, natural en todo individuo humano, se complacía en la sátira graciosa y acerba que se hacía de todos los poetas de la época en que el **Crítico** vivió. Muchos años después de conocer esos "Ripios" no pude leer versos sin encontrar reminiscencias de los defectos puestos en solfa por Valbuena. En el Ecuador se fundó un periódico que se llamó "Don Venancio", otro de los pseudónimos del entonces afamado Valbuena. Nuestro eximio periodista Calle me escribía en diciembre de 1915 y a propósito de la publicación de un periódico llamado "El Arlequín": "sabe usted quiénes son los que lo escriben? A mí se me antoja que muchachos traviesos y audaces, pues se advierte inexperiencia, y todo el periódico está horriblemente escrito. ¡Y tan falto de gracia! Me sorprende que se haya agotado la sal quiteña, y que en la tierra donde se han publicado "Don Venancio", "El Ají",

etc., se den ahora papeles que parecen redactados por el difunto Emilio Terán..." Calle, al mostrar su recelo contra los jóvenes, no hacía el despropósito de confundir la sátira con la crítica. Lo valbuenezco fué lo satírico, lo gracioso, lo fácil y lo mal intencionado. Con "Don Venancio" se hicieron célebres muchos autores que pusieron toda la monta en ser malvados, en desviar y en descarriar; que no dieron nunca la mano a un escritor novel y que, por el contrario, procuraron hundir a todo el que principiaba bien.

Al través de esta concepción de la crítica ha existido otra que ha consistido en arrojar lauros para todo aquello que ha sido leído, sin encontrar mácula ni reparo. La crítica laudatoria ha hecho tanto mal como la negativa, la que no encuentra nada digno de alabanza. Esa crítica ha ensalzado a muchas mediocridades indignas de todo renombre.

Entre la crítica negativa y la laudatoria **a outrance** se ha escrito otra en que al hablar de una obra no se ha tratado solamente de la técnica literaria sino que asumiendo una perspectiva de consideración se contempla el problema estético con la mayor buena fe y se le trata de ilustrar con las observaciones de objetos afines a los cuales hemos sido conducidos por nuestra propia experimentación. Así se hallan concebidos los ensayos literarios de Macaulay; pero hay muchos otros ensayos que no se refieren a la literatura solamente y que sin embargo pertenecen al género. El ensayo será, pues, el argumento literario o científico tratado a la manera de Montaigne, como una divagación amena y como una divagación sabia. El lector se encontrará en el ensayo no solamente encantado con la delicia del revolar gracioso, sino con el cúmulo de conocimientos que como al desgaire van desprendiéndose de tan livianos escritos. Los ensayos tienen la gravedad bondadosa, el convencimiento agradable, aquél que no choca con nuestras propias convicciones, sino que las descubre y al ponerlas de manifiesto las ensalza para nuestra propia estimación y orgullo.

El ensayo, así concebido, es el zumbir de las abejas áticas que decían de las cosas eternas y de las cosas agradables en los jardines de Academo o en las gratas reuniones de los banquetes de los filósofos. Es la ciencia, es la filosofía, es el arte, presentados con el ánimo alegre de no amargar la vida con los descubrimientos eternos de nuestra insignificancia, sino con el de-

seo de calmar toda inquietud para buscar en la vida una facilidad agradable.

No es necesario examinar la obra de los principales ensayistas para decir que Montalvo fué uno de los escritores que pusieron en evidencia y en crédito el género en tiempo muy adelantado de nuestra literatura, de la literatura castellana, en general. Por qué, qué ha sido la literatura castellana? Encuentro muy bien que se tenga reverencia y adoración por aquellos nombres que en los siglos XVI y XVII hicieron obra tan admirable como la de Cervantes, Lope de Vega, Calderón, Góngora, Quevedo y otros. Pero si ello fue una corriente de pensamiento español que dió por consecuencia la plasmación de ingenios y de caracteres, el curso de la literatura española no tiene nada de excepcional y por el contrario mucho de morboso. Una elevación fue la de los Siglos de Oro; pero un descenso inexplicable, dentro de la continuidad intelectual, la decadencia del siglo XVIII, que no se explica sino por la influencia avasalladora de la decadencia que se produjo en España por la pobreza, primero y por la emancipación de las posesiones americanas, después.

Montalvo no fué a revolucionar la literatura, como Darío; sino que constituyó uno de los agentes principales de renovación en la España envejecida y caduca. España se apartó del ritmo universal desde el siglo XVI, para seguir devotamente la evolución de su sentimiento, que no podía trasladarse sino del corazón de Jesús al de María. Por eso, con la mayor buena fe, con los mejores sentimientos, se perseguía a Servet o se quemaba y perseguía a otros hombres ilustres. El castellano viejo fue el hombre empecinado en sus creencias y enfurecido por lo mismo por la intolerancia. Hombres que se consumían en fervor intransigente no tenían tiempo para dedicar al arte. El amor a Dios es lo primero; lo demás son frivolidades de la vida; y el siglo XVIII fue un siglo de una tremenda opacidad. Se necesitó que España se sacudiera al influjo de la invasión de los ejércitos y de las ideas francesas, y con el vivo despertar de América, y con la tragedia final de Cuba, para que creyera que no debía vivirse en el mundo de los fantasmas. Y entonces vino una floración enorme dentro de esa vida que parecía caduca.

No hablo de la generación llamada del 98. Antes de élla, dando razón de ser a ésta, estuvo aquella en que sobresalieron el polígrafo Menéndez y Pelayo, el gigantesco Pérez Galdós, la admirable figura de doña Emilia Pardo Bazán, Pereda, Palacio Valdés, Alarcón, Valera, Castelar, **Clarín**, Núñez de Arce, Campoamor, Echegaray y otros.

Dentro de esta generación fué de los primeros el ecuatoriano Juan Montalvo.

Pocos de los papeles íntimos que pertenecieron a Montalvo se han publicado, y, además, el español es poco dado a escribir memorias y recuerdos, que en los franceses constituyen no solamente rica contribución para la historia general, sino mayor para la del desenvolvimiento del espíritu del propio autor. Así han podido conocerse muchos datos interesantes para la historia contemporánea de Francia con los **Cahiers** de Barrés y, sobre todo el desarrollo de sus sentimientos y la manera como se iban documentando sus obras.

Si algunos de estos papeles existieran o se publicaran supiéramos lo que pensaron los escritores españoles cuando Montalvo se presentó en la Península con el aporte extraordinario de los "Siete Tratados". Bien sabemos que para entonces Montalvo era ya un escritor famoso; pero en el aislamiento en que hasta ahora se mantienen las naciones de América, la prosa llena de nervio y brillantez del "Cosmopolita" apenas había podido desbordar las fronteras patrias por el lado de Colombia, de donde le llegaron a Montalvo frases de entusiasta aprobación, de parte de esos famosos literatos y gramáticos que siempre ha tenido Colombia. "Digo a Ud. sin lisonja que me ha sorprendido en sus escritos un raro conjunto de condiciones por una parte difíciles de conciliar, y por otra nada comunes en escritores americanos. Hallo en Ud. un estilo natural y riguroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada", le escribía Miguel Antonio Caro. Rufino Cuervo alababa también el deslumbrante estilo del escritor de Ambato y si algo más pudo extenderse el nombre lo debió a las ideas que mantenía Montalvo, quien se presentó ya como el campeón de las ideas liberales, en esta América azotada por la guerra y llena de tiranuelos, tal como nos la muestra en el segundo número de "El Cosmopolita", al dar una ojeada sobre América.

Pero en España la repercusión debió ser insignificante, por mucho que Montalvo enviara su folleto a los principales escritores, que no lo habrá hecho. Solamente más tarde cuando desde París envió sus "Siete Tratados" y después los números del "Espectador", los escritores españoles le tomaron en cuenta. De esta situación de Montalvo en las letras españolas no nos podemos enterar bien por falta de documentación. Los famosos escritores de España por ese tiempo no escribían sus memorias, seguramente, y no se ha publicado el epistolario de ellos. En cuanto a estudios de crítica nada conozco de Menéndez y Pelayo, ni de Valera tan informado de la literatura americana, ni de **Clarín**.

Lo que podemos saber es muy poco, es solamente aquello que puede descubrirse en los escritos de Montalvo o en la correspondencia que de éste se ha conservado. Cuando llegaron a España los "Siete Tratados", el escritor ecuatoriano, ya madurado con sus luchas de libelista ilustre, era un estilista consumado; y si los escritos de Montalvo sorprendieron a Caro en 1867, mucho más debió ocurrir en 1882 cuando la perfección estilística había sido lograda absolutamente. Pero Montalvo no era un escritor de materia literaria tan sólo, que si así fuera, su deslumbrante prosa posiblemente hubiera conquistado a los maestros de la literatura española; Montalvo, aún en esos ensayos en que se intentaba tratar de asuntos de filosofía y de moral, se manifestaba gran amador de las ideas revolucionarias y censor frecuente del mal catolicismo y sobre todo de la frailecía y de la clrigalla que en su tierra era empecatada. Esta actitud tenía que provocar la resistencia de los cristianos viejos, que eran la mayor parte de esos literatos y la simpatía de los liberales, que eran los del menor número. No podía dejarse de reconocer el mérito del escritor eminente; pero Mefistófeles no podía entrar en casa de los viejos castellanos sin llevar certificado de confesión, por mucho que enseñara la bien cortada o mal tajada péñola que Cide Hamete dejara en otro tiempo colgada de una espetera y de un hilo de alambre.

Esta circunstancia y la de ser americano eran suficientes para provocar la resistencia en contra de Montalvo, y para que ni aún las simpatías fueran fervorosas. Y eso que para entonces había llegado ya la célebre carta del escritor Cantú en que decía que Montalvo, con su obra, era la honra del género humano,

porque veía en ella "grandes intenciones, rectitud moral, elevación constante". "Los "Siete Tratados" han alcanzado un gran triunfo, escribía Montalvo. La carta de Cantú vale mucho. Me han dicho aquí que a ningún autor ha dirigido carta semejante".

Después de este triunfo fué cuando Montalvo se trasladó de París a España, a fines de 1883, y entonces fué también cuando ocurrió lo de la visita tempestuosa, contada por el mismo Montalvo. El escritor venezolano Eduardo Calcaño, Ministro Plenipotenciario de su país en España, tomó a su cargo, orgulloso de su amigo, pilotear a Montalvo en la villa y corte; y así, un día, le llevó en su coche y en el sitio de honor a la Academia Española, como había sido convenido anticipadamente. En la Academia estaban el Secretario don Manuel Tamayo y Baus y el Bibliotecario, don Aureliano Fernández Guerra y Orbe. Entablada la conversación se llegó a tratar de José Antonio Calcaño, quien, según su hermano el Ministro, estaba perdido porque se hallaba metido en las iglesias de día y de noche. Don Aureliano era un hombre muy bueno, un erudito de aquellos que encuentran el mayor placer en escudriñar papeles viejos para aumentar algún dato de admiración a un hombre ilustre. Algunos poetas antiguos le deben mucho, en la difusión de su gloria, a don Aureliano. Pero aquel día... oír la inocente broma del Ministro Calcaño y relacionarla con el influjo liberal de don Juan Montalvo, todo fué uno. Se le subió la sangre a la cabeza al viejecito y replicó vivamente: "Y a eso llama usted perdido?"; y luego, volviéndose a Montalvo, añadió: "Y usted con su clerofobia, hasta cuando nos perseguirá?"

La escena cuenta Montalvo en el opúsculo que escribió para castigar la descortesía de don Aureliano. "Y luego tomando un libro de su estante, agregó: Por donde se abra este maldito libro se halla un pasaje elocuentísimo; pero qué demonio! pero qué demonio! la clerofobia está por donde quiera derramando su veneno".

Esta fué la manera de pensar de la mayor parte de los literatos españoles, que encontraron en Montalvo un espíritu libre y digno de condenación. Se confirma esta observación cuando se lee la carta que Montalvo escribió a Julio Calcaño en 1887. Calcaño había escrito en un periódico de Venezuela

un artículo laudatorio del tomo segundo del "Espectador" en el que se cita una carta de Tamayo y Baus, admirándose de que Montalvo no estuviera en la Academia.

Montalvo al referirse a esta frase de Tamayo manifiesta que tiene mucha gente envidiosa de su mérito. "Cada tomo del Espectador, me ha dicho un sujeto de gran responsabilidad, es un golpe mortal para ciertos individuos que están en pecado con usted y se desatan en raudales de torpes murmuraciones". En esa misma carta refiere Montalvo que había un poeta --Jabalí que andaba vociferando en contra del escritor ecuatoriano. ¿Quién sería este poeta? En cuanto a la admiración del Secretario de la Academia, Montalvo expresa que no había razón para ella, desde que la Academia no había dejado en ningún tiempo de enviar diplomas de miembros correspondientes a todas las repúblicas de América, " y los siguen prodigando sin averiguación ni empacho".

Montalvo sabía que quien había escrito la "Replica a un sofista" y la "Mercurial eclesiástica", no podía entrar en la Academia española; que aún cuando Castelar, Núñez de Arce u otro de los miembros de buenas ideas, viniese a proponerle, Menéndez y Pelayo, quien sin embargo la había honrado con sus cartas como a escritor, don Aureliano que no podía ver ese maldito libro y el mismo Tamayo, le hecharían bola negra. Castelar había afirmado que cuando tentó el vado en la Academia "halló en los viejos devotos de la calle de Valverde tal tempestad contra el autor de los "Siete Tratados", que juzgando como ortodoxos y no como literatos, le negaban los sacramentos".

Menéndez y Pelayo le había escrito muchas veces felicitándole por las obras y lo hizo una vez más cuando la publicación del **Espectador**, en 1886, pero nada conozco que sobre Montalvo hubiera escrito el sabio polígrafo. Doña Emilia Pardo Bazán dedicaba sus obras a Montalvo y aún parece que le escribió muchas cartas afectuosas; pero de allí no pasó, y en los escritos publicados de la insigne literata no se encuentra el nombre del escritor americano.

Y sin embargo, Montalvo es el mayor literato de esos tiempos, en lengua castellana y es el que manejó el ensayo con una maestría a la que no pudieron llegar Campoamor, Valera ni **Clarín** con sus célebres **Folletos Literarios**. No era solamente

ensayista, era el estilista por excelencia y quien manejaba con mayor pureza y donosura el idioma castellano. Rodó dice muy bien al afirmar que la prosa de Montalvo es el dominio absoluto del idioma; pero no estoy de acuerdo cuando dice que ese estilo es una sabia reconstrucción de quien se propuso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes. Montalvo es un alquimista, es verdad, que revuelve en el crisol de sus manipulaciones el oro viejo castellano; pero la gallardía y la nerviosidad de la frase nada tienen que ver con la solemne pausa de la prosa del Siglo de Oro. Lo personal hace que se convierta en original aún la frase reminiscente. Hasta entonces no se había hecho un ensayo mayor para la renovación del castellano adiposo y desmedualdo. Después irían Darío y la generación del 98.

Puesto a un lado como estilista hay que decir que el ensayista es de suma notoriedad. Rodó, quien con tanta comprensión ha examinado la vida y obras de Montalvo, hace notar que en nuestro escritor el ensayo tiene el gusto a Montaigne, porque es desordenado y libre de todo plan metódico. En efecto, examinemos el procedimiento del gascón y comparémosle con el que observa Montalvo para comprobar la similitud. Bastaría con recordar la devoción con que en todo momento Montalvo cita al ensayista francés, hasta como un antecedente para las notas egotistas.

Montaigne vive aislado en su castillo, mientras las bandas de protestantes y católicos se degüellan. El castillo está mal guardado y no es tiempo para confiar en tan poca seguridad. Llega un amigo y le hace notar tan grave descuido. La conversación se establece al rededor de un tema afín a este acontecimiento: ¿cuál sería la manera de detener a un enemigo victorioso? Cuando el amigo se ha despedido, Montaigne entra en su biblioteca y se pone a reflexionar y como fruto de su reflexión escribe: "La manera más fácil de ablandar los corazones de aquellos a quienes se ha ofendido, cuando éstos nos tienen a su merced y la venganza a la mano, es la de inspirar conmiseración y piedad. Sin embargo, la valentía, la constancia y la resolución han servido algunas veces para llegar al mismo fin". Sentada esta proporción, de la manera contradictoria que vemos, Montaigne recurre a sus lecturas, a su memoria y a su experiencia y va alineando ejemplos, según los cuales los

personajes históricos en veces perdonaron conmovidos por la desgracia y en otras contuvieron el ardor de su venganza ante la admiración que les causó la valentía desesperada de unos pocos. Antes de escribir los ejemplos, Montaigne recurre a las obras morales de Plutarco. Pero como los ejemplos no le dan ninguna solución, escribe: "Ciertamente, el hombre es un sujeto enteramente vano, diverso y ondulante; se hará muy mal si se funda en él un juicio constante y uniforme".

He aquí el análisis del procedimiento de Montaigne, según Strowski, el sabio profesor de la Universidad de Burdeos. Analicemos ahora un ensayo de Montalvo. En el tomo tercero del "Espectador" escribe un artículo sobre las Patinadoras; puesto el título, el escritor comienza con una divagación: recuerda a un Ministro francés, irascible, que se quejaba, sin razón, del casi uniforme clima de Quito, país del demonio donde jamás se sentía frío ni calor. Esta injusta queja le sirve para hacer una hermosa descripción del valle comprendido entre las dos crestas de los Andes, desde el Azuay hasta las caídas de Pasto al Patía. Si el tal Ministro hubiera hecho observaciones sobre educación pública y la ilustración de estos pueblos, sus observaciones hubieran sido provechosas; pero, lo del clima! Y no había estado solo en este despropósito el Ministro francés, que también el Ministro español Llorente se había quejado de frío, él que era de Castilla, región en la que Eva carece de las fuentes donde bebe la vida el recién nacido, azotada por los cierzos glaciales del Guadarrama. Y luego se extiende en consideraciones acerca de la naturaleza de los países elevados y de la influencia de la tierra sobre el hombre. Siete páginas ha gastado ya del ensayo cuando se acuerda del título que lleva. "Y mis patinadoras, ¿dónde están?", pregunta. Se acordó del tema; pero será muy difícil que se ciña a él. Prosigue el escrito con la descripción del invierno y del año nuevo en París, convencido de que del clima a su asunto hay poco trecho. El año nuevo en París es feliz para los felices y alegre para los capaces de alegría. ¡Qué de aglomeración de gente en las calles! ¡Qué algazara y bullicio! Montalvo sale de la ciudad y atraviesa parques y jardines; dos preciosas niñas, de cinco a seis años, le salen al encuentro y le desencapotan la frente y el corazón. Sigue andando. Las puertas de Neully y de San James se quedan atrás; llega donde se levanta la vieja encina, árbol ilustre de ochocientos años, que

ha visto pasar tantos acontecimientos históricos; diserta sobre ese Néstor silencioso, antes de continuar su paseo y de entrar al bosque por la puerta de Madrid. Tres páginas más han pasado; ya no faltan sino dos para que se termine el ensayo. Ya era hora, pues, de que llegue al Círculo de las patinadoras en el que había bellísimas mujeres a las que el **home venido de lueños tierras** se complace en admirarlas en la suavidad y velocidad de los giros. Embebecido estaba en las patinadoras, a las que dedica una página de su escrito, cuando repara en un perrillo que se hacía tener de un hombrote barbudo y majadero. Iba tal vez a lanzarse Montalvo contra el zanguango, como sobre aquel otro de Ipiales a quién le pegaba su mujer, cuando su atención se distrajo con la vista de dos amazonas que cruzaban la alameda de las Acacias, como dos Clorindas. Y nada más, porque el sol se ponía ya.

Desmenzado así un ensayo de Montalvo se ve que se aleja completamente de la manera de Montaigne. Gusta de la divagación; pero no plantea ninguna cuestión sobre la cual pueda establecerse una ley filosófica. Lo hermoso en el ensayo de Montalvo es la divagación que nos recrea y nos ilustra. También Montalvo tiene al alcance de la mano al viejo Plutarco y los hechos históricos descaminan nuestra atención del tiempo en que vivimos para trasladarnos a Roma y a Grecia. Y qué bellamente escrito está todo eso; la frase, llena de nervio, burbujea y salta, nos conmueve, nos incita, nos exalta. Podía la frase no tener la pureza gramatical que tiene, que no por ello, sino a pesar de ello, dejará de ser admirable. Tenía razón Rodó al decir que la prosa de Montalvo es el mayor desquite que de América tomó España, después de las guerras de la Emancipación. 126

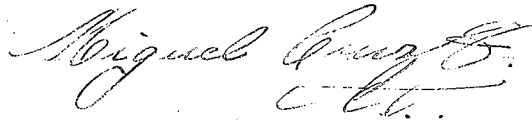
Cuando el bueno de don Aureliano Fernández Guerra y Orbe demostraba ante Montalvo una furiosa exaltación en contra de los "Siete Tratados", preguntaba con ira: "¿De qué trata Ud. en ellos?" Montalvo responde, por boca de Calcaño, que de asuntos filosóficos y morales. Es verdad. Montalvo es un gran propagador de ideas, pero nada más que un propagador. Amaba la libertad y la justicia y toda su vida se halló empeñada en ello. En otro país, distinto hubiera sido el rumbo que alcanzara a tomar su pensamiento; aún en el Ecuador, en otra época, otras hubieran sido las ideas de las que se sirviera

para su propaganda. Le tocó vivir en un tiempo en que un político genial, más por conveniencia que por convencimiento, impuso la religión de la hipocresía. Todos tenían que ser católicos, apostólicos, romanos; todos tenían que hacer demostraciones religiosas y el pecado debía ser perseguido con implacable crueldad. No era la religiosidad civilizada y comprensiva que después se ha predicado desde el mismo Vaticano; no era la religión que esparce la bondad en busca de prosélitos, sino el furor intransigente. Y la política marchaba al paso de la religiosidad. Contra estos conceptos tiránicos se lanzó denodadamente Montalvo, y fué un luchador y un civilizado.

La intransigencia de la época hacía a los ecuatorianos tan devotos que apenas eran cristianos, y fué parte para que divulgaran contra Montalvo la fama de anticatólico. Lo que sí era es cleróforo: el clero estaba tan corrompido que todo cuanto contra él se dijera era poco. Por lo demás era espiritual y religioso, como lo es hoy Unamuno. —“Yo no soy católico”, decía hace pocos días, indignado, el escritor español; pero se le replicaba que su falta de catolicismo no implicaba falta de espiritualidad y de religiosidad.

Religioso era Montalvo; creyente mismo. Espantado ante las doctrinas de la evolución, decía que Moisés merecía más crédito que cualquiera de los modernos investigadores; y cuando se refería a Renán, el religioso, el bueno, el sabio, escribía: “un gran escándalo que no trae consigo favor ninguno para la sociedad humana, no es sino una gran locura”. He aquí un juicio enteramente conservador. Y cuando visita al Proudhon no considera en él al socialista ni al publicista, sino al antereligioso, de quien cuenta que felizmente murió arrepentido. Con todo, los beatos ecuatorianos le provocaron discusión por haber sido citado el nombre de María junto al de las heroínas y mujeres admirables de la antigüedad. La hipocresía fanática veía en Montalvo un demonio, lo que era completamente falso. Además, le persiguieron porque Montalvo se presentó en la prensa, sin mayor preparación de propaganda, como un escritor que deslumbraba y dejaba pálidos a los maestros de la prensa de ese tiempo.

Y esta última razón era de peso: Montalvo casi ha desbancado a todos los escritores ecuatorianos, para quedarse solo.



MONTALVO, POETA

NICOLAS JIMENEZ

Leo apresuradamente algunas páginas de Montalvo y, al admirar su vastísima erudición y al saborear el conocimiento perfecto del idioma que se manifiesta en la frase castiza y en los vocablos selectos, de pronto me detengo sorprendido y repito una y otra vez la lectura de algunos párrafos, mejor dicho, de páginas enteras, porque allí encuentro algo más que el saber, algo más que la fuerza del idioma, la belleza en toda su magnificencia y esplendor.

“¿Qué pasos lentos van retumbando por allá? Es el elefante que rompe la selva con su movimiento de rey majestuoso y se dirige a beber a orillas del Lualaba. Ruge el león y comparece infundiendo terror a todo ser viviente con sus ojos encendidos. El tigre agazapado al pie de un tronco, está acechando al boa que se viene con su meneo formidable...”

Y tras leer y releer toda esa magnífica descripción, continuando con otras páginas, vuelvo a detenerme para gustar repetidas veces esta otra evocación de Homero: “Un anciano está bajando a tientas por un cerro del Atica apoyado en un bordón: paso entre paso, en una hora no ha descendido diez toesas... Le importa poco que el sol se ponga: oriente y occidente, mañana y tarde, día y noche, todo es lo mismo para él; sus ojos duermen a la luz...”

No he avanzado mucho desde la página en que, sugestionado por la imagen de Homero, cerrados también mis ojos por un momento, he seguido con la fantasía ese viaje del cantor de Aquiles por entre sombras espesas y caminos pedregosos, cuando al reanudar la lectura penetro en la gruta del genio: “La peña, en socavón curioso, compone una bóveda adornada de estalactitas que son obra maestra de la naturaleza: al pie de ellas está brotando a la continua un caudal de agua purísima, cuyo lecho taracean peladillas de colores varios: puro césped

suaviza y enverdece el suelo, mientras las plantas trepadoras suben por las paredes y forman inextricables laberintos con los árboles que circunvalan la fuente..."

Y así voy, de belleza en belleza, figurándome que veo con mis propios ojos los sitios que Montalvo describe, sea copiándolos del natural, sea forjándolos en su fantasía, que posee una inagotable riqueza de colores, de líneas, de sonidos, de formas, para hacer visibles a los ojos de los demás lo que él mismo mira con las dilatadas pupilas de su alma.

Es que Montalvo nació con todos los dones del poeta: amor a la naturaleza, sentimiento innato de lo bello para descubrirlo intuitivamente donde quiera que palpita, sensibilidad exquisita para enternecerse con lo delicado y tierno, pecho abierto al amor, corazón que se empapaba de afectos como la esponja de agua en la plenitud del mar, fantasía para recrear y adornar lo que sus sentidos le ofrecían en forma de percepciones e impresiones de la retina y del oído, entusiasmo comunicativo como de un corazón que se desborda y no puede contenerse, ritmo interior que se exteriorizaba en la musicalidad suave o en la sonoridad épica de la frase; todo aquello, en fin, que palpita en las estrofas no de uno solo, sino de muchos poetas reunidos, porque la misma libertad con que sus facultades se desplegan en la prosa, le permitían ser más descriptivo, más tierno, más magnífico, más colorista, más variado, más hondo, más sentimental que los que aprisionan su estro en las áureas cadenas --pero cadenas, al fin-- de las estrofas, de la métrica y de las rimas.

* * *

La poesía busca la edad juvenil. Sus dones van de preferencia en favor de los que acaban de cumplir veinte años. Hay casos en que se adelanta a ungir con su óleo sacro la frente de tiernos adolescentes y a desatar la lengua que aún conserva su frescura virginal en un labio sin bozo todavía. Pero el poeta se revela, con regularidad, en la primera juventud, cuando el cuerpo en su completo desarrollo exterioriza la belleza del espíritu, ávido de novedades, sediento de espacios y horizontes, afectuoso con las dulzuras de las primeras sensaciones cordiales.

Es la edad de los proyectos para el poeta. Entonces se forjan planes de poemas y de dramas, se quiere dar vado a esa afluencia de vida sobrehumana que se acumula cada día en el pecho, libre aun de los desengaños y de las traiciones de la vida.

Montalvo a esa edad, aun no era el político terrible y combativo, no era el panfletista formidable, no era el satírico mordaz, no era tampoco el cultor idólatra del idioma: era el poeta de los afectos íntimos, de las líricas entonaciones, de la vida byroniana y amorosa. En esa edad escribió seguramente ese trozo maravilloso que se titula "Carta de un padre joven".

A un amigo, al recordar esa edad, le hizo un día esta confidencia: "En mi juventud compuse versos; compuse un poema de viajes por el estilo de "Childe Harold"... lo publicaré algún día, pero anónimo".

No necesitaba del verso para ser poeta; más aun, el verso le era perjudicial, porque le era rebelde. Ha publicado algunas composiciones en medio de sus ensayos; pero ellas nos convencen de que la libertad que pedían y anhelaban sus portentosas facultades de poeta, encontraban ancho cauce en la prosa, derramándose entonces ampliamente como el Amazonas, pero que se atrofiaban en las estrechas medidas de los versos, como si ese río majestuoso, el rey de los ríos orientales, se viese encauzado y obligado a correr en estrechas y encajonadas riberas.

El caso de Montalvo es el de los raros escritores que son poetas a pesar de no escribir en verso y que lo son maravillosos y en sumo grado precisamente porque prescindieron de la estrofa, ya que, al tener que emplear el verso, habrían tenido que romper sus moldes silábicos y, por su propia cuenta, inventar combinaciones, estrofas, medidas y consonancias, que pedían sus geniales facultades; empresa que les vedaba acometer, por otra parte, su estricta sujeción a las reglas clásicas del arte.

¡Especialísimo espíritu el de Montalvo! Rebelde como el que más, enemigo de toda sujeción y yugo, apasionado, vehementemente, fantasista, creador, con magnos ímpetus líricos; uno de los más ricos temperamentos románticos que hayan aparecido en la América en el siglo XIX, y, sin embargo, en los medios de expresión ni quiso ser el innovador que pudo, destrozando las consagradas estrofas de los poetas clásicos, ni quiso dar

el ejemplo de una revolución innovadora en el idioma, antes bien retrocedió a la lengua de los Luises y Cervantes, y abandonó los versos antes que profanarlos con la menor alternación de las medidas convencionales.

* * *

Quedan arriba enumeradas las múltiples facultades de Montalvo, cada una de ellas esencialmente poética, engendradora de belleza en la forma y en el contenido de ella. Larga sería una enumeración de las páginas, de los escritos, de los poemas en prosa, de los ensayos, en que Montalvo dejó huellas poderosas de todos esos dones poéticos que se albergaban a caudales, en su alma.

La descripción del terremoto de Imbabura, obra de pura fantasía, le revela como a poeta imaginativo por excelencia. Cuadros y escenas dantescas, compenetrados del horror misterioso que produce lo sublime, cuando la naturaleza gigantesca se estremece y arrolla, anonada, aplasta al hombre que es como una ornilga bajo las plantas de un gigante.

Los afectos más delicados, más tiernos, más dulces, más hondamente humanos, en la expresión de los cuales las palabras toman el tono suave de arrullos, esmaltan las páginas de sus libros. Allí hablan, con su propio lenguaje de poesía, el corazón del padre, del hijo, del amante, del patriota. Parece que Montalvo pusiera al descubierto su corazón y que se lo viera, además del eterno ritmo con que comunica la vida al cuerpo enviando sangre pura y nueva a todos los miembros, palpar de modo especial, con un latido nervioso, estremecido, casi sonoro, como si adquiriera voz y hablara tan suavemente que solo las almas pudieran oír su lenguaje.

Además de las descripciones, que revelan fantasía, las comparaciones son otra de las expresiones propias de un poeta. Se siente que Montalvo ve con ojos de vidente las cosas que evoca o las ideas que desmenuza y que, en su afán de hacerlas visibles también para sus lectores, acude a las comparaciones más expresivas y propias, hablando a veces en términos figurados

y agotando, en su anhelo explicativo, cuanto hay de bello y caro en el universo.

Abunda su lenguaje en exclamaciones y apóstrofes, como que su alma desbordaba de pasión y como que su imaginación personificaba los conceptos más abstractos y como que obligaba a comparecer en su presencia, para ser más preciso en sus afectos suaves o terribles — porque este poeta maldice también con la ira de los profetas y de los grandes satíricos— a los que eran objeto de su amor o de su odio.

Nada de cuanto es propio de un poeta le fue extraño. Tuvo el don de animar lo que tocaba con su pluma, semejante a esos genios de los cuentos orientales que, con su varilla mágica, al tocar las piedras de los castillos encantados, vuelven a la vida a los seres que yacían petrificados bajo la dura costra de esos objetos insensibles.

* * *

¿Qué decir del lenguaje con que él mismo habla de la poesía y de los poetas? Homero, Milton, Lamartine reconocerían el eco de sus propios cantos en la frase majestuosa, solemne, elevada, o en la pasión cívica con que defiende a la libertad contra sus opresores o en la melodía con que celebra y describe las armonías del universo.

El poeta se revela cuando habla de la belleza; el poeta se levanta al mismo nivel de los poetas a quien ensalza. Inter pares, se puede decir, cuando el que es poeta tiene que celebrar a otro que le precedió, a otro que le guió, a otro que le enseñó el lenguaje de las musas. Así como Montalvo sabía herir en lo vivo con sus saetas agudas, buscando siempre el corazón o afeando el rostro, al combatir a sus enemigos —que esa es también poesía, la poesía de los magnos vengadores de los pueblos oprimidos— así también endulzaba su acento y encontraba las palabras más musicales y los conceptos más hermosos para hablar de los que eran poetas como él, de los que al nacer fueron ungidos —labios y boca— con el beso de las nueve musas.

* * *

En general, nuestra literatura es pobre en páginas de prosa poética. Se escribe bien, se conoce el idioma, el estilo es a veces hermoso, la frase cincelada con arte, pero solo en pocos prosadores se adivina al poeta. No todos saben trasladar la naturaleza a sus libros en forma plástica y sobriamente artística.

Montalvo es el mayor poeta en prosa que tiene el Ecuador y, aun en América, si le igualan otros en la pureza del idioma y le vencen en espíritu de modernidad aun entre sus contemporáneos, ninguno le supera en dones esencialmente poéticos.

MONTALVO, EL HABLISTA

REMIGIO CRESPO TORAL

El pensamiento y la forma primordial coexisten. Nacen a un tiempo, y no pueden separarse sin romper vínculos de naturaleza.

El idioma— expresión trascendental— traduce ésta en dinamismo espontáneo, bien que no acierte hasta hoy a trasladar íntegramente las facetas del pensamiento, las gradaciones del diseño y el color y las sinuosidades flexibles y complicadas de las crisis sentimentales. La intensidad del pensamiento, la viveza de la imagen, la sinceridad de la pasión, en el signo se animan y esplendoran, convirtiendo el idioma en instrumento de belleza, indumentaria al corte de la idea, vaso translúcido de la emoción, lienzo para el paisaje interior.

De ahí que la lengua representa altísima creación de arte, vasta, colectiva, a la que concurren el pueblo y los seres de elección, niños y ancianos, gañanes y obreros; creación honda de psicología, de observación de la naturaleza, musical en el ritmo de la idea, universal, porque abraza los horizontes del espíritu, suprasensible y divina, por exaltación y elevación del alma a las esferas superiores de lo sobrenatural y lo sublime, a donde nos lleva también el prodigio de la palabra.

A fijar los diversos estados anímicos, el idioma se desenvuelve elásticamente, se contrae, se amolda a las curvas del pensar y el sentir. De esta suerte él resulta forma básica de la literatura. El idioma va paralelo a ella, paralelos sus destinos, confundida la grandeza y la hidalguía de las letras y de la lengua, en la que se vacía el metal ardiente que de tan varios y sutiles elementos se compone, realizando la obra maestra y perdurable.

Por el lenguaje, merced a su estudio y al ardor pasional de comprenderlo y penetrarlo, adueñándose de él, comienza la empresa literaria. El escritor que desconozca el utensillo que ha de manejar, que no seleccione la calidad de él y lo determina y distingue según las exigencias múltiples de la expresión, será un intuitivo que acierte alguna vez, en caso de excepción, pero nunca artista de verdad. Lo es quien trata la forma con delicado esmero, con respeto filial, con sana delectación e ingenua cordialidad. Así se llegará a ejecutar la obra límpida y perfecta, para encanto de la vista, delicia del oído y saciedad de la mente escrutadora del lector, al que el hablista domina, con la seducción del verbo, en que se compendia la esencia espiritual.

Los herederos de la cultura latina apreciamos acertadamente el arte lingüístico de Grecia y Roma, que se refinó hasta obtener la penetración perfecta del fondo y la forma, con el hechizo musical por añadidura. Persiste en las hablas modernas, sobre todo en las romances, la urdimbre delicada del griego y la precisión maravillosa del latín. En las lenguas y dialectos hispánicos, no somos los menores quienes vaciamos la inspiración del alma en los troqueles de Castilla, en los galaico-portugueses, en los de Cataluña. El Español, así llamado por su condición mayoritaria, fue cultivado con artística fineza y decoro por eminentes maestros, desde Alfonso el Sabio. Idioma numeroso, sonoro, aristocrático, aunque no flexible como otros, posee también la elasticidad - no de la seda - sino del acero, del acero de la espada, que se dobla para recobrar la línea; lengua para hablar con Dios, al decir de un Emperador alemán, se encumbró en el verso de Herrera el divino, y en la prosa derramada y ondulante de Miguel de Cervantes, esparciéndose en variedades de peregrina hermosura, singularmente en el siglo llamado de oro, en el que culminan Rojas, Hurtado de Mendoza, Teresa de Jesús, Granada, León, los Argensola, Quevedo, que van en la caravana triunfal siguiendo el paso a Cide Amete Benengeli, al que acompañan también ascéticos y místicos de los claustros sabios y santos. Quizás nos encontrará en aquel archivo de letras, sino raras obras selectas en conjunto y detalle, como las que poseen otras literaturas. Más nos sorprenderán multiplicadas páginas ejemplares y la vasta copia del saber y el decir popular, en lo que España aparece única: la diáfana transparencia de Lope de Vega, la médula

vigórosa de Calderón, la genial y traviesa elocución de la Doctora española, la frase burilada y fuerte de Quevedo, la limpia corriente de Jovellanos, la profundidad apenas sondeada del Padre Gracián.

Tantos maestros han tratado de idioma, para modelarlo en escultura, como la estatua de Momón, tersa y sonora.

Las centurias de decadencia posteriores a la de oro, no dieron fruto en el cultivo artístico del idioma. Hubieron de ser aquellos tiempos campo de imitación y trasplante, muy poca cosa de factura original, característica, de procedencia castiza en versos y prosas que incrementaran el caudal literario en España y América, colonia intelectual suya.

Fue la época de los técnicos del lenguaje, rebuscadores de máculas y excrecencias, archivadores de llamados arcaísmos, celantes de la pureza tradicional, enemigos de la novedad que apuntaba en el horizonte. El manejo consciente del idioma, como obra de suyo literaria, iba perdiéndose, hasta que la revolución romántica extendió una ala en la Península Española. España precisamente, en su gran siglo, había precedido a los revolucionarios en la práctica de la más absoluta libertad, en la novela y el teatro.

Larra, aunque tímidamente, emprendió la renovación de la prosa. Aquel atrevimiento semi-romántico, más bien que en España, cobró importancia en América, donde, a partir de su caudillo Bolívar, comenzó el impulso de reforma, con la seducción de Rousseau. En América tomó amplitud el horizonte de la literatura, abriéndose hacia el lado de Francia e Inglaterra. Y se trazó el surco para la primera simiente, de lo que pudiera llamarse renacimiento idiomático, no precisamente para fijeza y sanidad, sino para esplendor: aquí comenzaríamos a completar la obra según el mote heráldico de la Academia Española.

Era menester, no sólo el renacimiento, para recobrar el perdido imperio, sino también para desentumecer lo anquilosado, limpiar el hierro viejo de la lengua, resucitar parte del léxico arrinconado por incuria de generaciones perezosas y al fin intentar la elasticidad de la lengua, para adaptarla a las nuevas condiciones de la vida, sin desviarse de la índole originaria de fuerza y energía que debían desarrollarse hasta las últimas oscilaciones de la cultura, a fin de ampliar y multiplicar voces

y acepciones que signen y copien todos los matices intelectuales, pintorescos y sentimentales.

Don Andrés Bello hizo la primera Gramática, Baralt la primera defensa contra el malsano contagio francés. Después vendrían Cuervo, Caro y tantos otros maestros, prevaleciendo siempre los de la ática y castiza Colombia.

Sin programa, por inspiración genial, los escritores de los países nuevos emprendieron pulir el castellano con recursos tradicionales y también en procedimiento de franca reforma. La libertad en las letras había de ser también nuestra conquista.

Por sufragio de América y también de eminentes españoles, Don Juan Montalvo dio a los países de la raza la sorpresa de salir por los fueros del idioma, no sólo en calidad de luchador por la limpieza de aquél, sino en guisa de practicante de casticismo, de aristocracia lingüística, de fervor de arte, sin desdeñar aspectos novísimos que correspondían a la evolución romántica y al alma americana, a la del mestizaje y hasta de la raza primitiva.

Vehementísimo su genio, pidió "suplicios especiales para los que prostituyen la lengua de la patria". Y en preparación de tenaz y largo estudio, dominó desde luego los secretos de la habla, recogió de autores escogidos el primor de la dicción, desenterrando los tesoros lexicográficos de sus urnas de oro, para --armado así de todas armas-- ir al ensayo, a la novela, al poema en prosa, llevando al campo de otras literaturas el numen racial de aquí, cálido por la sangre americana, unida a la corriente de la España matriz.

Podrá discutirse la superioridad del escritor americano en otros terrenos que no sean los del cultivo y selección del idioma. No es aventura nacionalista afirmar con Rodó que el maestro y ensayista del Ecuador es "uno de los artífices más altos que hayan trabajado en el mundo la lengua de Quevedo". En América va él al frente, por haber embellecido, animado, encendido, purificado y extendido el idioma nativo, sobre todo para hacer de él máquina de estilo y precisión musical, apta a traducir totalmente desde la sensación hasta la idea.

Su modelo, el mayor de la literatura española, el creador del Quijote, genio de la raza, cumbre espiritual de España, que en su novela, poema de universalidad e inmortalidad, simbolizó a su patria, a su estirpe y también a la familia humana, reali-

zando empresa de tal trascendencia que aquel libro, después de los libros santos, perdurará hasta hundirse en la tumba con la humanidad.

Montalvo procedió con pasión, cuyo calor fluyó en el raudal de la frase, salpicándolo de perlas, de aquellas que se llaman metáforas que no otra cosa son que piedras preciosas improvisadas por la naturaleza, en la que cristaliza su hermosura. Cuán bien penetró la elegancia y gentileza del idioma matriz, “lengua de la educación pulida en la sala resplandeciente: cuando los políticos discutían los grandes intereses de las naciones, los oradores sagrados hablaban con Dios y los hombres, los galanes melíferos les contaban sus cuitas a las hermosas, todo en habla castellana... Maestros originales, inventores, muchos y muy grandes ha tenido España en todo tiempo, y para artifices delicados de la lengua y pulidores de todas sus partes, ningún pueblo como ella... La lengua castellana en mano de los grandes escritores clásicos es como el Amazonas, caudaloso, grave, sereno: sus ondas ruedan anchamente, y sin obstáculo van a reempujar y desalojar el océano, que se retira, y vuelve a él con los brazos abiertos...” — (Montalvo.—“El Buscapie”).

Estudiando el mísero estado a que habían traído la lengua los mediocres y los inverecundos, tronaba el desfacedor de agravios de ella: “¿En dónde ahora los Granadas, los Marianas, los Leones?, las Teresas de Jesús, ¿qué se hicieron? los Nieremburgues ¿dónde fueron? Avila, Malon de Chaide, Yepes, frailes insígnies que ilustraron el convento y dieron nombre a su siglo, con sus obras, ¿qué dirían, si sacudiendo el polvo de los siglos que gravitan sobre ellos, se levantaran y oyeran la infame algarabía en que tratan expresar sus ruines pensamientos estos hijos de la piedra que hoy se llaman periodistas, novelistas y poetas”.

Este gran pulidor de la frase se puso al frente del movimiento de restauración y de progreso de la literatura, considerando el idioma ante todo como arte puro e independiente, para no sólo renovación de hermosas formas enmohecidas y exhibirlas como oro viejo de pátina maravillosa o pálida plata oxidada, sino principalmente con el objeto de acrecentar el caudal de expresión, en virtud y fuerza de las sensaciones del momento, del ambiente social, del teatro pintoresco. Nadie ha fijado mejor los aspectos de esta labor enorme del artista del idioma, que

el sereno y mesurado Rodó: "El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite. Nunca se trajo a luz, de las arcas del idioma, tanta deliciosa antigualla, tanta hoja de hierro tomada de orín, tanto paramento de seda, tanta albaja pomposa y maciza, tanta moneda desgastada, de esas donde agoniza en oro un busto de rey y se esfuma, en trancos caracteres, una leyenda ilustre.... Montalvo fue artífice original con piedras de las ruinas, innovador con aliento de antigüedad. La literatura castellana no ofrece en el siglo XIX tentativa de restauración comparable a la suya, por lo viva y orientada en sentido de arte, y no de solaz gramatical o académico. La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas... Aquella prosa acrisolada y magnífica es para el genio del idioma como una lente de aumento, a través de la cual, se viese abultado su relieve, engrosado su tejido... Allí comparecen y se desenvuelven hasta sus extremos, la firmeza de la línea, la energía del color, la elocuencia ardiente, el elegante discreto, el castizo donaire".

El vigoroso empuje trascendió a varios países americanos hasta llegar a España misma: coincidían en el movimiento y experimentaron la seducción que venía de lejos los primeros zapadores de la intelectualidad: Martí, Jorge Isaacs, Rubén Darío, José Enrique Rodó. Nuestro Federico Proaño llevó a Centro América el apostolado de Montalvo, el que reconoció en el periodista cuencano un cooperador distinguido de su campaña. Los paladines de la prosa castiza y romántica a la vez, experimentaron la sugestión del maestro ecuatoriano y desarrollaron su impulso, acrecentándole y definiéndolo en la corriente que hasta ahora nos envuelve con depuradas y bullentes linfas. Lo confesó Rodó, quien sintió talvez cierta tentación de supremacía, reconociendo en Montalvo "el antecedente en que ahora estamos empeñados de devolver a la prosa castellana color, resalte y melodía y de henchirla de sangre y encorlarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que a demediar, en la sintaxis y en el léxico".

Así es como venimos rindiéndonos a la índole nativa del idioma, que padeció eclipse en el siglo español, en que preva-

leció la imitación del gran siglo francés y del otro de la Enciclopedia. Aquel eclipse probó que el genio español, original e indómito, no podía aceptar el oficio de lacayo.

Un poco antes, y después, cuando Montalvo esgrimía las primeras armas, se hacía en nuestro pequeño país literatura castiza y bella. Era en parte la de Fray Vicente Solano y antes la del Píndaro americano, Olmedo, hasta dar en Montalvo y en algunos de sus contemporáneos, sobre todo en Mera, prosador y poeta que dio la limpia prosa lírica de "Cuzmandá", esa otra Atala de genuina progeñe americana. José Modesto Espinosa y otros atildados escritores contribuyeron también con lecturas de amenidad, de inocente ironía y preciosidad lingüística. Montalvo no apareció solo, aunque prevaleciese. Más tarde, los "Siete Tratados" sorprendieron al mundo latino, como feliz engendro de la India Americana, por el ímpetu heroico, la maestría de ejecución, la gracia del estilo, el sabor añejo, el donaire castizo y el ambiente exótico --el delicioso ultramarino. América, en las letras, comenzaba a devolver, en originalidad y casticismo, algo de lo que debía a la cultura española.

Núñez de Arce y Don Juan Valera apreciaron los quilates del oro literario que llegaba de América. Menéndez y Pelayo para cuya serenidad y equilibrio resultaban ingratas las desigualdades e intemperancias de Montalvo, reconoció no obstante la pureza de su dicción y el brillo de su atildada retórica. Merece observarse que crítico de tanta amplitud, que según el propio sentir, puso especial esmero en el estudio de las literaturas americanas, desviase el criterio sin considerar la trascendencia y genialidad de la empresa de un escritor como Montalvo que, dentro de la misma literatura universal, en comparación y rivalidad con altos ingenios, no baja el relieve.

Tales desvíos se explican por la casi siempre tardía justicia que se hace a las obras maestras. Dante, Cervantes, Shakespeare, no fueron comprendidos por los contemporáneos, que legaron a futuras generaciones la imparcialidad del fallo.

La influencia de Montalvo, en veces confesada, casi siempre preterida, puede rastrearse en innumerables escritos de imitadores convictos o recatados por misera vanidad. Quizás la antipatía que produce la literatura de sangre y fuego que corresponde a más de la mitad de la obra de nuestro compatriota, influye en la premiosa extensión que cobró su nombradía.

Cuando apareció "El Cosmopolita", dos eminentes humanistas de Bogotá, Caro y Cuervo --éste autor del gran monumento "Diccionario del Régimen y Construcción Castellanos"-- impresionados por el fulgor del astro nuevo que se levantaba en el entoces poco intelectual Ecuador, se apresuraron a saludar gentilmente al prosador, que burilaba la frase a la manera antigua para el pensamiento moderno.

Rodó y otros apologistas insisten con exagerada tenacidad en la manera arcaica del cervantista americano, como si fuera el único prisma de su ingenio. Éste poseía la flexibilidad de los grandes talentos, para acomodar la expresión y el estilo a las situaciones, al momento, a la condición del lector, a producir la emoción. La uniformidad del procedimiento arquelógico no se advierte ni en las obras máximas: los "Siete Tratados", y "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes". En las mismas páginas en que predominó el empeño arcaizante, se ingieren, por natural evolución del temperamento, trozos selectos, narraciones breves, cuadros de la naturaleza, divagaciones filosóficas, sentencias de sapiencia moderna, reparos críticos, reseñas históricas: todo ello en forma corriente y contemporánea, nítida y acicalada, a compás de la vida actual, a fin de impresionar a la ciudadanía nacional, al grupo doméstico, a los contemporáneos, sin mostrarse siempre vestido con una moda que pasó, la que no se aprecia sino a manera de un disfraz de suma elegancia y sabiduría restrospectiva.

En otros libros, en "El Espectador" y sobre todo en la literatura de combate, la nota de anticuario asoma rara vez y entonces bien traída y al alcance de todos, para que le entiendan hasta los plebeyos. Así debía proceder el escritor panfletario para obrar en la opinión e impresionar la masa común. Casi siempre, la prosa ondula en chorro no interrumpido, sin las paradas y saltos del preciosismo. La mayor parte de "El Cosmopolita" y casi todos los folletos se distinguen por la vivacidad sanguínea, la difícil facilidad, la trama en que no se acierta vacilación alguna en la labor.

Desde el apogeo de la lengua en su gran siglo, se ha acentuado la exigüidad del léxico, en términos que el Diccionario oficial que comenzó con el nutrido de "Autoridades" se redujo posteriormente a un volumen de selección, más bien que de in-

ventario total de voces. La llamada depuración fue más adelante, a cancelar palabras y acepciones corrientes de la venerable antigüedad, muchas de las que no encuentran aún sustitución en el posterior desarrollo del neologismo.

El vocabulario de Montalvo, sin comprender todo lo injustamente olvidado ni las legítimas audacias modernas de acomodar el castellano al curso de la hora, posee sin duda riquezas que exceden a las del escribir usual de la mayor parte de los literatos de su tiempo y de muchos que le precedieron. Por este otro motivo, toca al hablante ecuatoriano el derecho de magistratura y precedencia, compartidas con pocos, por cierto menos revolucionarios y restauradores que él.

El desentumecimiento del lenguaje, su compleja virtud y animación que predicó y ensayó Rodó, arrancan del predecesor y caudillo de primera fila, del preciosista prosador de los "Siete Tratados", quien no obstante la limitación del medio en que actuaba, sintió la vibración sonora del instrumento lingüístico, que logró esparcirla desde México y Cuba hasta el Cabo de las Tormentas.

Y el idioma, recobrando en parte la pureza del manantial y tornando a sus sabias modalidades, adelantó además en las variaciones de la época, en avance al porvenir, a fin de completar triunfalmente la reconstitución del lenguaje, sin perder los refinamientos pretéritos, ni renunciar a las precedencias legítimas del idioma, cuya fecundidad generadora no se extingue jamás, reproducida en las múltiples variedades que la cultura exige y el progreso reclama.

Inmensa la falange de escritores que en España y las Américas manejan el español ampliado y selecto, desde el ciclo romántico hasta el momento presente; desde Estévanez Calderón, Valera, Bécquer, Clarín, Menéndez y Pelayo, Castelar, Pérez Galdós y Gabinet, para no citar sino algunos muertos ilustres.

En América son legión los humanistas, los escogidos, en México, Cuba, en la docta Colombia del selecto gramático Marco Fidel Suárez, en Venezuela la dichosa madre de Bello, en la Argentina, Chile, el Uruguay—país de elección, el Perú de clásico abolengo, Bolivia y el Ecuador, donde la hermosa villa de Ambato dió a luz al Cosmopolita y a otros felices ingenios, que melificaron en aquel paraíso de los Andes.

La obra grandiosa de ablandar, flexibilizar, ampliar el idioma nativo ha de completarse largamente, en mejores tiempos y quizás con más eficacia en esta América enorme, que nutrió el espíritu robusto de Montalvo, animador del proyecto magnífico de extensión y esplendor de la lengua española, que bien podrá aumentando el caudal y desarrollada la ductilidad para la abstracción y la realidad, lograr la condición de ecuménica, en premio al esfuerzo de la raza y a su inmensa abnegación.

Considerar a nuestro lingüista en sólo el aspecto de desenterrador de maneras antiguas, no se compadece con la realidad. Quien lea todos sus libros, observará que la mayor parte de la dicción, de los modismos, de la libertad de decir, corresponden a algo como la rebeldía de la edad moderna. Ni la construcción ni la sintáxis tradicional tuvieron en él un esclavo, sino un reformador. Acertadamente escribió: "Ni ha existido, ni existirá jamás una lengua matemática: las más cultas se componen de irregularidades, las cuales, cogidas al vuelo por algunos pescadores de defectos, son joyas de los mejores quilates, que por falta de pericia en nosotros, pierden a nuestros ojos su primor y estima. La discrepancia de ciertos tiempos de los verbos es aire del idioma en ocasiones, gracia que no hemos de sacrificar a la nimia exactitud, lo cual vendría a ser muchas veces mezquindad y desconocimiento de la pompa que ha menester hasta una ruina".

El mismo lo reconoció; no fue escritor impecable, ni ello se compadece con el brío y el ímpetu de su genio, que rompía las ligaduras en bien del primor estético, no siempre gramatical. Los roedores en acecho de minucias lexicográficas y sintáxicas, no tendrán un modelo en este literato que cuidaba principalmente del conjunto, para la hermosura de la forma conceptual, antes que del bruñido y pavonado de compositores que sacrifican, a la del vestido, la desnudez hermosa y revelante.

Montalvo hablaba tiene sitio de preeminencia, ya como restaurador de la áurea lengua antigua, ya como estilista moderno en el folleto, el periódico, la hoja volandera. El, arrogantemente, dio el ritmo de perfección del instrumento idiomático, considerándole como arte fundamental, con el que se completa la literatura, sin adivinar en el ajuste la unión ni la soldadura. Apasionado de su lengua, si él hubiese sido además poeta pro-

sador, poeta de rima y medida, habría compuesto algo más que el sabroso y feliz soneto de Olavo Bilac, en alabanza del dulce y mimoso idioma de Camoens. Nuestro fuerte español, resonante, caballeresco, imperatorio, arma de elocuencia, grito de pasión, archivo de saber popular, de gracia y de sal, armonía de la naturaleza, melodía para la exaltación mística, habría encendido el verbo de Montalvo para altísimo poema.

Lo hizo él en su prosa, con la que enaltecíó y encumbró la lengua que de la fuente latina de Séneca, se prolongó como en saltos de raudal cristalino a la infancia medioeval, para imperar en la centuria que se abrió con el descubrimiento de América, en la que las áureas letras se han derramado, lenta pero firmemente, para llegar a una fuente milagrosa en un valle paradisíaco de la altiplanicie andina, en el centro mismo de la tierra, en que ha sido nuestra dicha nacer.

De aquella fuente han bebido algunas generaciones aquí y en otros países del Nuevo Mundo. El sabor de esa fuente no se pierde en nuestros labios, acostumbrados ya a beber agua purísima en cristal de roca. El sentimiento de la palabra, de la vestidura del pensamiento, del calor pasional por el buen decir, son tan legítimos, tan hondamente adheridos al fondo de la existencia, que no podemos separar el pensamiento de la palabra hablada y escrita, ni la vida que sentimos y amamos del arte, esa otra vida del alma.

Todavía el lenguaje resulta insuficiente para tantos y varios detalles del ver, el pensar y el sentir. Queda aún por hacer buena parte de la empresa de transfundir todo lo que somos en el signo aún duro e indócil.

Así también no es dado trasladar todavía las infinitas mutaciones del sonido, inéditas en su mayor parte. La humanidad va su camino, no esterilmente, sino mejorando, puliendo la naturaleza, descubriendo en ella misterios y reconditeces que, en sucesivo desenvolvimiento, acrecentarán el tesoro de los conocimientos y el prodigio de las ciencias y las artes.

El idioma también habrá de cobrar más tarde toda la extensión y ductilidad con que las actividades nuestras se ingieran, con savia nueva, para virtualidades incógnitas, que por la perseverancia del genio nos serán concedidas, convirtiéndonos casi en otros hombres, mediante la energía engendradora de maravillas.

Mientras vamos avanzando en la senda hacia la perfección siempre buscada y nunca conseguida, honremos a los talentos superiores que han laborado en la obra de dar al signo de la palabra la amplitud, la profundidad y la universalidad que demanda la comunicación del hombre con sus semejantes de todos los tiempos, con la enorme naturaleza y con el Supremo Hacedor.

En la nómina de esos talentos se ha escrito ya el nombre de Juan Montalvo.

Cuenca, Abril de 1932.

LA REBELDIA DE MONTALVO

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

La idealidad alada del espíritu, la incoercible libertad del pensamiento, la pasión fiera, grande e indómita, la voluntad profunda, esforzada y anhelosa de infinito, y todo ello en el grado necesario de energía para formar robusta y altiva personalidad, engendraron aquel tipo de hombre que ninguna disciplina podrá aprisionar, que ningún molde logrará encarcelar, que ninguna autoridad acertará a sujetar, que en ninguna parte encontrará la paz y la satisfacción, que no habrá de pactar con realidad alguna, concibiendo siempre lo mejor, rechazando siempre la fijeza estática de un orden, tendiendo siempre a romper todas las formas y todos los límites y todas las leyes mientras estas cosas no realicen de cabal manera la infinitud del ideal soñado. Es el rebelde, el rebelde excelso de la idea, el rebelde sublime del espíritu cuya movilidad y cuyo anhelo y cuya expansión nada tienen que ver con la resistencia de la inercia y el hábito o el escape criminal de quien, no pudiendo adaptarse a un orden nuevo, resucita instintos y vidas ya vencidos y superados.

Es la esencia misma de la libertad, que sólo está en el espíritu y en el pensamiento, porque sólo en pensamiento y espíritu es lícito desconocer la autoridad, liberarse de un orden determinado, superar las fórmulas y las expresiones para idear lo nuevo y lo mejor y lo perfecto e impulsar hacia allá, por vía interior y eficaz, a la realidad de hoy. Libertad sagrada e incoercible, donde desaparece absolutamente todo poder extraño, toda imposición ajena y queda tan sólo el espíritu propio con todos los derechos, con todos los poderes, con todas las prerrogativas. Soplo del infinito, eco de lo universal, virtualidad divina y creadora, el pensamiento, eterno rebelde, agitador perpe-

tuo, liberador supremo, que si Dios es autoridad será él Satán y si Dios es espíritu e idea será él Dios, jamás aceptará la esclavitud, la sujeción, la limitación, la **heteronomía**. Si la realidad es una evolución, si la vida es una creación y un perfeccionamiento, si la ley es el movimiento y el avance ¿quién puede trazar el límite y el fin, quién puede poner la valla, y el dique? Y al mismo tiempo ¿quién, contra el pensamiento propio, habrá de imponer la dirección y el rumbo, el nuevo orden y la forma nueva? Fundador del derecho individual, a la vez que aspiración suprema a lo universal y la unidad última, punto de comunicación entre lo uno y lo plural, el pensamiento confiere la autonomía y la personalidad al hombre y, a la vez, lo enlaza y hermana con el todo infinito, lo abre a la comunión de los seres y las cosas, lo articula y une definitivamente con todo lo que existe y todo lo que vive. Y en el afán de ir hacia adelante, de alcanzar la perfección, de descubrir el secreto de la armonía, ha de exigir abierto el horizonte, desembarazada la vía, absoluto el reino de la libertad, alzándose, donde no, con santa rebeldía y convirtiéndose en llama que ilumine y caldee, aclare la senda y destruya y consuma las resistencias y las tiranías. Sólo a él corresponde este derecho porque no es la fuerza, porque no es la materia, porque no es aquella cosa ciega y bruta que vence y aplasta por virtud estúpida, con el poder primitivo de la naturaleza salvaje, oscura y caótica. Luz y ardor de espíritu, el pensamiento convence, el pensamiento persuade, el pensamiento va al pensamiento por vía íntima de comprensión y compenetración y une lo que la materia dividió, armoniza lo que la fuerza dispersó, franquea el abismo creado por el límite, incrustación irracional del no ser en el ser. Y por que es así, porque es la suprema autoridad y la suprema libertad juntas en uno, sus fueros y derechos son claros y cristalinos, y su rebeldía la legitimidad misma, la sola fuerza a quien nadie puede reprimir ni matar. La rebeldía se vuelve entonces el incoercible movimiento espiritual que lleva al futuro rompiendo los cauces, quebrantando los diques, alterando las formas, sobrepasando todas las regulaciones, tendiendo a la realización de un ideal que no puede agotarse jamás. El pensamiento --unidad, armonía, síntesis-- fluiría armónica y dulcemente, sin herir, sin desgarrar, sin violentar, si no sufriese la aspereza resistente y agresiva de la rutina y los imperativos de la tiranía que, encendiéndolo en ira,

lo vuelven rebelde y satánico y renegado, trasmutando esencialmente su naturaleza y abajándolo al nivel de la materia. Y entonces su excelencia moral pierde de su valor y puede tornarse en instrumento del mal cuando, en reacción justificada, incita al hecho violento, se vale de la fuerza — su enemiga, su contraria, su negación — para hacer valer sus fueros y libertades.

Todo el que pensó verdaderamente, todo el que sintió en sí el vuelo incontenible del espíritu, hubo de tener conciencia de la dignidad y el valor de ese derecho y esa rebeldía. Los hombres de ideas y los pensadores hicieron de su vida constante protesta, constante inquietud, desasosiego inapaciguable ante el mundo de la materia, la inercia, la fuerza y la autoridad, ante la estabilidad y rigidez de lo imperfecto y limitado, ante el imperio del hábito, el orden y la ley que pretenden mantener, bajo antiguas, deficientes y caducas formas, el fluir continuo de la esencia y el ser de las cosas. Y en todas partes, la pléyade de idealistas habrán de representar, por virtud propia, por su propia existencia, por sus propios títulos, el derecho y la libertad de todos, el derecho de cada ser humano a regir su vida por su pensamiento y voluntad, y el derecho metafísico del mundo a avanzar siempre, a mejorar y perfeccionarse modelándose con arreglo a supremos arquetipos ideales.

En la infancia del Ecuador, en el cruce de instintos y pasiones cómo esta pequeña patria surgió, al igual que sus hermanas del continente, de la noche de la colonia y al fragor de las batallas libertadoras, el alborcar del pensamiento, los primeros conatos del alma libre que se apercibe a pensar por en medio de tinieblas densas y brumosos horizontes, la rebeldía del espíritu que defiende su dignidad y su existencia, estuvieron representados por Montalvo, que fué la palabra y el verbo y la idea que se esgrimen, primeramente como hacha o piqueta para herir y derrumbar los recios y viejos muros con que se amparan siempre las cosas que se anquilosan y se cierran al empuje evolutivo. Montalvo no pensó para construir sistemas de ideas, para filosofar originalmente sobre el mundo y la vida; pensó, ante todo, para protestar contra quienes no dejaban pensar, contra la teocracia inquisitorial, contra el orgullo y la prepotencia militar, contra la audacia autoritaria y el despotismo gubernativo. Por todas partes, él vió y sintió los obstáculos y los ene-

migos del pensamiento libre; por todas partes comprobó el olvido y el menosprecio de las ideas y las normas. Vió a los caudillos, a los dictadores y a los gobiernos absolutos erigirse en contra de las leyes --donde las ideas y la voluntad de los pueblos se cristalizan--; percibió allí el morbo, el gálico que circulaba en la sangre y venía de lejos, de la animalidad primitiva, de los instintos del salvaje, del ímpetu de la fiera, de la herencia española y el atavismo indígena, del orgullo monárquico y cortesano, de la esclavitud de la colonia y la libertad de la Independencia, del militarismo ambicioso y la demagogía plebeya. Y quiso ahogar ese virus y cauterizar esa llaga. Y odió la cabeza idiota del dictador que piensa él solo, que quiere él solo, que obra él solo; odió a ese monstruo aislado que ansía imponer el átomo de su pensamiento y voluntad a la inmensidad de la muchedumbre y el mundo, que es la partícula pretendiendo divinizarse, inflándose de autoridad y de viento, el microbio que quiere dominar el todo orgánico a fuerza de audacia, de cinismo y de soberbia, la unidad minúscula que se esponja y se dilata ambicionando abarcar el mundo. Y quiso acabar con ese monstruo, desbaratar esa pretensión demoníaca, estrangular esa fiera que pesa sobre nuestra vida como la materia bruta sobre el alma del cosmos.

Vió que en su país no se comprendía ni se sentía la democracia; que, asustadas de tantas voces y tantos gritos y tantos alaridos, de aquel energúmeno de mil cabezas y mil bocas que lanza ideas y vomita palabras, que vocifera despropósitos y delira, que genera el guirigay, el laberinto y la torre de Babel, las gentes clamaban por el dios que trajera el orden, la calma, el silencio y la luz. Pero Montalvo veía en ese dios la vil criatura que la miseria colectiva quería crear para envilecerse más, un dios que se engrandece porque todos nos embrutecemos para servirle de pedestal, de piedra bruta que él huelle y pisotee; un dios cuyo pensamiento nos parece luminoso porque apagamos el pensar de todos para que en la tiniebla resultante brille una sola luz, la insignificante luz de un hombre; un dios cuya voluntad juzgamos omnipotente porque, matando todas las voluntades, la ridícula voluntad de un pigmeo no encuentra resistencia. Y comprendió que eran imbeciles, cobardes y miserables quienes, por no tener la dignación de estimar y respetar a todos los hombres, querían endiosar y venerar a uno solo;

que por no tener la paciencia de escuchar las necesidades naturales del colegio o la multitud, querían consagrar la necesidad artificial de un individuo para declararla infalible y fijarla como un dogma. Odió a aquel monstruo de una sola cabeza, cabeza minúscula, atómica, microscópica, que se agranda, infla, esponja y dilata como una pesadilla en la noche y el sueño tenebroso en que se ha hundido y enterrado la esencia pensante de los hombres. Y quiso redimir de su ignorancia, miseria y cobardía a quienes, abdicando el noble atributo humano, se rendían al paso del general victorioso, del dictador omnipotente, del caudillo arrogante que toman el gobierno con espíritu infame de dominación y quieren desde allí imponer sus caprichos, sus deseos, su voluntad o sus ideas, sin darse cuenta de que el hombre no tiene el derecho de mandar al hombre, de que el ser razonable —pensamientos de San Agustín— no puede mandar a otros seres que a aquellos que no tienen razón; de que la política es una ciencia —pensamientos de Sócrates— que, como toda ciencia, reside en el entendimiento y se dirige a los entendimientos, que no es fuerza brutal ni material que se ejerce sobre los cuerpos; de donde el gobierno, todo gobierno debe tener el asentimiento de los gobernados y obrar con la aprobación de sus inteligencias y, por consiguiente, de sus voluntades. Por eso consideró que “el prurito que vuelve más vicioso y criminal a un gobernante era el abuso de las leyes, el horror de las leyes, de esos vínculos de la sociedad humana con los cuales viven los hombres formando un sólo cuerpo, sujetos a unos mismos deberes, agraciados con unos mismos fueros. El que viola, dijo, el código de esas reglas en provecho de sus orgullos, sus vanidades o sus iras, es impío que da un corte en el santo nudo que encierra los misterios de las naciones y rompe el símbolo de la felicidad del pueblo”. “Leyes son freno de oro que nos obliga a ir y venir mesurada, cuerdamente. . . . Rotas las leyes, rota la caja de Pandora: los males salen en torbellinos y, braveando por la República, triste la dejan y arrasada. El que la suele romper es el depositario de ellas: hombre desleal ¿así agradesces la confianza hecha de tí por los que te las pusieron en las manos? Traidor, las rompes, has las roto: ¿cuál es tu pena? No la has de oír, la has de ver, cuando, las manos con empulgueras, la carlanca al cuello, vayas lento y aterrado por esas calles por donde paseabas tu soberbia teñida de oro y

sangre"... "Pero ¿qué es ley? ¡Ah!... esperad. Abro las memorias de Xenofonte acerca de Sócrates, y leo: Ley es lo que los ciudadanos acordes han resuelto prohibir o hacer... A Sócrates le creo; después de Dios, él es la antorcha que sobre una altísima montaña está alumbrando sempiternamente al género humano. No es éste el **magister dixit** de los peripatéticos: es la sabiduría acomodada al discernimiento: medítad, pensad, concluid, y decidme si la ley es otra cosa que la definida por el antiguo filósofo y por el filósofo moderno"... "¿Saben en qué forma de gobierno estamos constituídos los sud-americanos? En el despotismo; despotismo puro y neto; yo no hallo otro nombre que dar a esta preponderancia del poder ejecutivo, a esta nulidad y envilecimiento del legislativo, a este abandono y perversión del judicial. El presidente lleva adelante su voluntad a despecho de las leyes y de los buenos ciudadanos; el presidente dispone asu antojo del Congreso; el presidente tiene de la oreja a los jueces; si éste está animado de malas inclinaciones, se despeña en la tiranía con la mayor facilidad, sin el menor peligro; y los estragos que obra, allá se van con los desaforamientos del gran Señor de los turcos. Nos decimos **republicanos**, y, muy pagados del nombre, olvidamos poco de la esencia de la cosa. ¿Qué república, cuando el poder legislativo es un puro resorte del ejecutivo? Dirán que eso depende del abuso, que es obra de la tiranía; y yo no digo otra cosa; pero añado que ese abuso es ya sistema, que esa tiranía ha venido a ser calidad necesaria del que nanda, porque los códigos han perdido su fuerza y vigor, o más bien, nunca los han tenido; porque la ley fundamental no tiene fundamentos; porque la razón pública nada puede en el ánimo del déspota; porque la justicia es moneda que rechazan los magistrados; porque se tiene poco cariño a la libertad política o no se la comprende en el todo; porque la dignidad humana habla apenas con estos desventurados pueblos, que de la colonia pasaron a la anarquía, de mano de los virreyes a la de algunos zafios e ignorantes soldados, quienes tenían entendido que la libertad y abuso eran una misma cosa"...

En las lecciones al pueblo, enseñó: "Rechaza de tí la tiranía; no la hagas empero recaer sobre los otros; deja de ser víctima, sin pasar a la parte de atormentar a tus hermanos. Si dejando de padecer empiezas a maltratar; si dejando de ser es-

clavo empiezas a esclavizar; si dejando de ser inferior, levantas las alas la soberbia, y haces por dominar a tu vez inicuaamente, dejas de ser pueblo y vienes a tirano. . . La libertad es como la sabiduría: si no se la comunica con los demás, es enteramente inútil; valía más no conocerla, porque así estábamos libres de la inmodestia y el desvanecimiento. Eres libre; mas si habiendo conquistado tu libertad, han perdido otros la suya ¿se ha perfeccionado el mundo?”

Y amonestó a la clase militar: “El soldado es el guardián de la patria y de la ley: con la espada al hombro, cuadrado en grandiosa postura, permanece en la puerta del templo de la libertad. . . El soldado es un ciudadano armado: los eclesiásticos, los civiles le delegan sus fuerzas, y confían en su valor; las mujeres, los niños se amparan tras su fornido y elegante cuerpo, y saben que no morirán ni perderán la honra sino cuando caiga esa muralla. . . El soldado es la fuerza de la ley: alza la cabeza, pone su imperioso entrecejo, y sin menear la espada, aterra al desobediente. . . ¡Soldado! ¡soldado! el acero que empuñas es bendito, supuesto que en la mano te lo ponen las leyes, y no es cosa de grandes corazones ni de espíritus resplandecientes convertirlo en cuchilla de verdugo. . . Si obedeces la ley, cumples con tu deber; si obedeces a la tiranía; faltas a tu obligación. . . Si el tirano le hubiera instituido, si fuera obra y efecto de la tiranía, pudiera cerrar los ojos y seguirle hasta el abismo hiriendo y matando en sus semejantes; pero si su existencia, sus títulos, su fuerza están en la soberanía, en la nación, no veo yo por donde pueda ser buen hijo de la patria, si falta a todos sus deberes. . . Cuando te dicen: - Alzate, derriba el poder legítimo, degüella a tus iguales; no te alces, ni derribes ni degüelles, porque la parte del soldado no es la del foragido, sino la del hombre pundonoroso y valiente. Cuando te dicen: - Oprime al pueblo, frustra su derechos, prepondera por la violencia sobre la mayoría; no oprimas, ni frustres cosas legítimas ni degüelles inocentes, porque el soldado es protección del indefenso, ejecución de leyes, timbre de la patria, cuando su tizona se mueve como la del Cid, y triunfante en la batalla, la estira por el suelo ante los códigos. . . El soldado es el apóstol de la libertad, el guardián de la ley, persona ilustre que ennoblece la patria y la defiende. . . Honor, valor, importancia no están a disposición de cualquiera: militares valientes,

oficiales pndonorosos, hombres libres ¿sufrís que una persona particular disponga de vosotros como de sus esclavos, como de sus animales? ¿Si no es electo presidente, lo será por medio de las armas: es decir que cuenta con vosotros para todo? Bien sabéis que la ley es la expresión de la voluntad general; si por la voluntad general sale de la urna santa otro ciudadano, este ciudadano será el presidente de la ley: ¿con qué derecho, con qué razón volcar de una estocada y echar por tierra la voluntad común, para que reine la de un solo habitante, sin ningún título para el mando perpetuo? El hombre de bien es buen ciudadano en cualquier gobierno, el capitán pndonoroso sirve de columna a cualquier estado, el militar valiente halla cabida en el antiguo como en el nuevo orden de cosas”.

Y apostrofó al clero: “Si hablas como pastor, sé manso e indulgente: si aconsejas, no olvides que la suavidad, el comedimiento, el amor son caminos del corazón. Contempla en los errores de tus hermanos, mide su desgracia, y deja que tu alma esté triste hasta la muerte. La cólera, hijo mío, es madre de la injusticia; y el odio no corresponde al que se está llamando padre de sus semejantes. Sea que corrijas, sea que manifiestes tu opinión acerca de una materia, usa de las fórmulas que la sociedad humana ha inventado para mantener el mutuo aprecio entre los hombres. Ni como persona de buena clase, ni como sacerdote puedes salirte de los términos fuera de los cuales no hallamos aprobación ni simpatía. El amor, hijo, hijo mío, lo acomoda todo, enseña y salva. El odio, por más que lo estés llamando amor, no puede permanecer oculto ni engañar con vanas palabras; si amas a tus hermanos, no los maldigas; si quieres librarlos del enemigo, alárgales la mano, mano paternal y bienhechoña. Si aborreces, eres aborrecido; si insultas, te expones a recibir el pago en la misma moneda; si condenas como ciego, como torpe, serás condenado a tu vez. San Pablo fué severo, nunca grosero; elocuente, no gritón y difamador; virtuoso, no hipócrita. Los gentiles, al oírle, se pusieron a despedazar las estatuas de los dioses”

Pero las gentes, agobiadas aún bajo el peso de la herencia y los malos hábitos, le oyeron y comprendieron a medias. Mataron y derribaron tiranos para tiranizar a su turno o levantar otros tiranos. Y estas repúblicas turcas aún contristan al cielo, como

irónica y amargamente pensaba Montalvo, y aún hacen sonreír al infierno, cuando echan los ojos a esta parte del mundo. Pueblos niños, con dejos de barbarie, aún no aciertan a penetrar y madurar las ideas, menos a assimilarlas e incorporarlas en su acción, en su vida, en su sentimiento y voluntad. Juegan con ellas, como con bolas de billar, como si fuesen cosa ajena a la vida y de puro entretenimiento. En las Asambleas y Congresos, en la cátedra y en la tribuna, en el artículo de periódico y en el folleto, brillará la inteligencia que combina y desarrolla los conceptos, establece los principios, fija las doctrinas, concibe los ideales. En la realidad, será el instinto, la pasión, al igual que en los niños, los salvajes o los animales, lo que gobierne los actos y rija el curso de los acontecimientos históricos. Las ideas de Montalvo eran sencillas, de fácil comprensión, de elemental evidencia. Y su fuerza no consistió en la sutileza, alambicamiento u originalidad; esgrimidor de ideas, como le llamó Rodó, prestó pasión honrada y leal para que, conceptos claros, fundamentales, condiciones estrictas de convivencia humana, bases de civilización y semillas de cultura, fuesen respetados, amparados, arraigados en la práctica y el vivir de estos pueblos. Quiso que la idea, la norma, la doctrina, la ley fuese lo que debe ser, algo de valor general, aplicable, por lo menos en un minimum, a todos los casos y en todas las circunstancias, comprendiendo y sintiendo que idea, norma, principio o doctrina sin validez para todo y para todos, vueltos medios o instrumentos de conveniencia y acomodación, se convertían en ludibrio y vergüenza, en ardíd de pícaros y en sofisma de rúbulas. Abominó el divorcio, siempre aquí palpitante y trágico, entre el pensamiento y la vida, entre la ley y el hecho político y social, entre lo que se proclama como principio o bandera y la conducta que viene después. Y ante la perpetua farsa, la perenne comedia, el abandono cruel de los hechos públicos al solo impulso del interés, el capricho, la ambición o la voluntad de los déspotas, su rebeldía se exaltó, fué apasionada, colérica, envenenada. No era el caso de razonar y persuadir tan sólo; había que golpear en ánimos, empedernidos, herir en conciencias dormidas, despertar almas muertas, oponer el insulto a la torpeza, al cinismo, a la crueldad, a la soberbia. La desestima, entre las obras de Montalvo, de "Las Catilinarías", por ejemplo, no es justa. Allí insultó, apuró las hieles de la cólera, hizo relampaguear su alma ardorosa y

generosa, como dijo Unamuno. Pero quien condene tal encarnizamiento quiere decir que no siente el santo coraje, la indignación suprema que se producen en el ánimo honrado y sincero cuando se contempla el éxito avasallador del crimen político, de la fuerza bruta, de la dominación infame, de todos esos hechos de la historia, de nuestra historia, que son para avergonzar y abaldonar al más infeliz de los pueblos. ¿Qué hace, qué puede hacer un hombre que piensa con libertad, que siente con honradez, que tiene la pasión de lo verdadero, de lo bueno, de lo justo en medio de la cáfila de insensatos y necios que no saben lo que piensan, que un día dicen una cosa y al día siguiente otra, que no consultan sino su conveniencia y comodidad, y que por todo eso sirven del más acomodado pedestal a cualquier bicho audaz que se alza con el mando y vierte todos los males sobre una porción de los hombres? ¿Qué podía hacer Montalvo, con Ignacio de Veintemilla sino lo que hizo Unamuno con Primo de Rivera y lo que fatalmente tiene que hacer Vasconcelos con los malhechores de su patria? Si no se ha de ser pensamiento puro, pensamiento abstracto, platónica contemplación de las ideas, si hay nervios, emoción, voluntad de hombre completo que piensa para sentir y vivir, que pide a las ideas inspiraciones y normas para la conducta y la acción, que quiere que ellas sirvan y se invoquen para algo, que exige la observancia de los preceptos más elementales de la moral, de los más rudimentarios principios del derecho, de las primordiales bases de todo orden social y político, como requisitos *sine qua non* de convivencia humana y civilizada, como primeros alientos del espíritu de una cultura, hay para volverse loco, para renegar del mundo y de la vida, para romperse la crisma contra las paredes al echar de ver manadas humanas que, huérfanas de toda regencia ideal y legal, desposeídas de todo respeto mutuo y recíproca consideración, se pelean como brutos para vencer y dominar y se agachan y postran como bestias ante la fiera que triunfó por la única razón y el único derecho -- derecho y razón animales, -- del más fuerte. Montalvo, Sarmiento, Unamuno, Vasconcelos, varones excelsos, destinados a contiendas de sabiduría, en areópagos, academias y universidades, se ven constreñidos, por la impiedad y brutalidad del medio y el contacto con monstruos y rebaños, a emplear el vigor de sus ideas y la pasión de sus almas en la lucha patética y bárbara con los hombres de la

fuerza, porque, no pueden permanecer impasibles viendo el atropellamiento, en sociedades humanas, de toda idea, de toda moral, de todo derecho.

Ha llegado la hora de la glorificación de Montalvo, y cabe preguntarse si el fervor que anima, para ello, al pueblo ecuatoriano significa ya penetración, comprensión, asimilación del espíritu de "El Cosmopolita"; si las ideas de éste, ideas sencillas, claras, resplandecientes de la belleza ingenua y evidente de lo primero, de lo que es como la luz del día, han entrado, por fin, no sólo en la inteligencia de nuestras gentes, sino en la carne de su carne y en la vida de su vida; si, por fin, saben que la relación humana, la relación social se diferencia de la relación material y física en que puede ajustarse a dictados de razón, a imperativos del pensamiento, a sugerencias del ideal; si ya este pueblo desgraciado es capaz de vivir la libertad en "formas orgánicas y cultas", estableciendo el imperio de la ley y haciendo de ésta amparo irrestricto del libre pensamiento que, en el orden de las doctrinas y principios, no puede reconocer autoridad ni limitación alguna porque es el factor cósmico y humano mediante el cual todo ha de evolucionar, todo ha de mejorarse, todo ha de tender a la reforma y el perfeccionamiento. La ley y el pensamiento libre; la ley como voluntad de los pueblos y el pensamiento como derecho indiscutible de los hombres para corregir y educar esa voluntad. ¿Qué cosa más clara y más sencilla?... Seamos optimistas, respondamos que sí, que, en resumidas cuentas, con ser niños y bárbaros aún, no dejamos de atesorar, por soterrada que se halle, la porción divina de razón e inteligencia que no es privilegio de ningún humano. Creamos que sí, que la glorificación de Montalvo tiene un hondo sentido, que palpita adentro, en lo íntimo de las conciencias y en lo virtual de los espíritus.

MONTALVO, CLASICO ESPAÑOL

CESAR E. ARROYO

La obra máxima de Cervantes, que es la obra máxima del genio creador de la raza hispánica, es no sólo patrimonio de España, sino de la humanidad: constituye uno de esos pocos libros que, triunfadores del tiempo y del espacio, merced al poder expansivo de su contenido ideológico, se difunden en el mundo como manifestación del alma universal.

Tan pronto como Inglaterra, con la varita mágica de su fino y perspicaz sentido crítico, abrió ante la humanidad un mundo insospechado de belleza, revelando los escondidos e inagotables tesoros de purísima delectación que en sus entrañas guarda el más hermoso, el más humano, el más profundo y seductor de los libros, todas las naciones volvieron los ojos a ese libro, que fué traducido a todas las lenguas, llegando a ser popular en cuantos son los pueblos y naciones. Los sabios, los eruditos, los investigadores desentrañan su sentido; los literatos glosan sus escenas y loan sus aciertos innumerables; los poetas, los artistas encuentran altos motivos para su inspiración en sus pasajes; los músicos, sugerencias para sus partituras; el público, los lectores de todo el mundo civilizado se familiarizan con la fábula maravillosa, cuyas dos figuras inmortales ganan todos los cerebros y todos los corazones, porque llevan en sí la antítesis eterna entre lo ideal y lo real, el paralelismo irreductible entre lo espiritual y lo material, la antinomia perpetua entre el alma y el cuerpo. La peregrina e inmortal historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, al idealizarse para hacerse símbolo, ya no era de Castilla ni de España, sino de la humanidad y no sólo de la humanidad presente, sino de la humanidad pasada que reflejó, y de la humanidad futura, a la que se adelantaba, como representación, como

arquetipo de lo que debía ser el hombre en su lucha desesperada por alcanzar un ideal de perfección. Don Quijote, desde el momento en que brotó de la pluma del genio, ascendió a las esferas luminosas en que viven los héroes eternos de las grandes creaciones del espíritu humano, y, lo que es más, su espíritu divino tomó carne, tomó huesos, tomó sangre de su raza, para convertirse, por un milagro, en personaje real y verdadero, con influencia en la historia y en la marcha del destino humano, a la manera de los protagonistas de las epopeyas clásicas; caso éste, único que demuestra hasta donde puede llegar la potencia creadora del genio. La por mil títulos ilustre Condesa de Pardo Bazán llegó a fijar, en un ensayo admirable, el lugar que ocupa el Quijote entre las obras capitales del espíritu humano; y creemos que sería de grandísimo interés estudiar la influencia que ha tenido la epopeya novelesca de Cervantes en la formación del espíritu moderno, en la evolución del pensamiento de Occidente. Basta considerar que la enorme creación cervantina ha adquirido una individualidad tan propia y substancial, que no sólo forma parte del ideario moderno y ha influido en las costumbres, lanzando destellos del más puro y fúlgido idealismo en la lucha lancinante de la vida real, sino que ha servido de venero inagotable para que penetrantes y escogidos ingenios de todas las naciones la estudiaran con amor, la glosaran con arte y la interpretaran con sabiduría. Apenas la crítica inglesa reveló al mundo la maravilla del libro escrito, allá por los albores del siglo XVII, por un hidalgo español, que había pasado su vida comiendo hambres y bebiendo sedes, cuando de todos los ámbitos del mundo surgieron nobles espíritus que dedicaron muchos años de su vida al estudio y la interpretación de aquella Biblia Humana de la Edad Moderna. Formóse así la legión gloriosa de los cervantistas, entre los cuales recordamos a los ingleses Gayton, Bowle, Roscoe, Bradford, Wast, Fitzmaurice-Kelly, Butler, Clarke, Spencer Ashbee, Schewill, Hallan; los alemanes, Baumstark, Dorer, Heine, Wolf, Scheerbart, Schlegel; los franceses, Saint-Beuve, Saint-Victor, Claretie, Mérimée, Starn, Morel-Fatio, Dumaine, Foulché-Delbosc, Rochel, Madeleine; los italianos Mugnoz, Renier, Groce, Savi-López, Sanvicenti, Borghese, Farinelli, para no citar sino a algunos de los extranjeros. Y después de toda la labor de estas falanges insignes, aquel libro cumbre, aquel libro meta,

aquel libro venero de la idealidad inagotable está allí, más pleno, más luminoso y nuevo cada día, ofreciendo a las generaciones del futuro sus inexhaustos y fabulosos tesoros de ética y de estética.

Esta universalidad, esta popularidad del libro único, hizo escribir a Saint-Beuve, las siguientes frases:

“El Quijote ha tenido la suerte del corto número de aquellos libros privilegiados que, por una forma singular, por una armonía y una disposición única de la realidad individual y de la verdad general, han llegado a ser el patrimonio del género humano. Habiendo comenzado por ser un libro de actualidad, se ha convertido en un libro de humanidad, y tiene para siempre sitio señalado en la imaginación de todos. Desde ese momento, todo el mundo se ha ocupado de él, y ha tomado de él a su antojo, interesando lo mismo a los niños que a los hombres. Sin que lo pensara Cervantes, cada uno de nosotros es, a su manera, un Don Quijote o un Sancho Panza. En cada uno de nosotros se halla, en mayor o menor grado, algo de esta deficiente alianza del ideal exaltado y del buen sentido positivo y rastrero. En muchos es cuestión de edad: uno se duerme siendo Don Quijote y despierta siendo Sancho”.

Y si tan alto destino ha alcanzado el Quijote entre todos los pueblos de la tierra, tan diferentes entre sí, y de la nación que produjo la obra inmortal, por espíritu, por lengua, por sangre, por historia, por idiosincracia y por ambiente, ¿qué papel tan esencial y sagrado le tocaría desempeñar en la América hispana cuya psicología, cuya raza, cuyas tradiciones, cuyos hechos y cuyas costumbres son los mismos que los de la Madre Patria, a pesar de haberse desatado, por una ley de vida necesaria, el lazo político que a ella le ligaba, y de quien heredó el privilegio excelso de vaciar su espíritu en el más divino molde que inventara Dios, en la más perfecta, sonora, rica y armoniosa lengua, que, en homenaje al genio que a tan inconmesurable altura la elevó, se llama en el mundo la lengua de Cervantes?

“Con las gallardías y exquisiteses del idioma -- dice el maestro Rodríguez Marín -- llevó a América el Quijote, y ha difundido entre sus naturales, de generación en generación, el

«delicado pensar y el caballeroso proceder, que son perpetua norma de conducta para el ingenioso y generoso Hidalgo Manchego, templado, en las exageraciones del idealismo, por la cordura meramente práctica de Sancho Panza, que, con su burda experiencia, es en la inmortal novela cervantina la representación de la gran parte que toma en la vida lo material, barro miserable, sí, pero lastre de todo punto necesario para que el globo de la existencia no se pierda ni estalle en los espacios de lo imposible y de lo quimérico».

La anterior afirmación del ilustre cervantista está confirmada por la realidad pretérita y presente de Hispanoamérica. Desde la aurora del siglo XVII, en que, apenas publicado, se difundió el Quijote en los dominios españoles de Ultramar, la sublime creación influyó y sigue influyendo en los destinos del Nuevo Mundo. ¿No es castizo, de pura cepa cervantina, el perfume que emana de los tres siglos coloniales? ¿Acaso no fué escrita esa obra capital y definitiva cuando América y España formaban un solo todo nacional? ¿No fué una épica qui-jotada la gesta de la independencia, cuyo más grande creador fué aquel Quijote entre los Quijotes, Simón Bolívar, cuyas profundas analogías con el héroe cervantino ha señalado, de manera pasmosa, el fuerte cerebro de Unamuno?

Y ahora, al erguirse la América joven sobre el estadio del mundo, como cumplidora en el futuro de los magnos ideales de la raza hispánica, ¿qué es sino un milagroso, infinito y multiforme avatar de Don Quijote?

Y si tanto debe América al genio tutelar de Cervantes, ¿qué es lo que ha hecho América por Cervantes y su Don Quijote? Ha procurado, con amor filial, con unción fervorosa, conservar intacta la lengua en que bebió tantas y tan sublimes bellezas y enseñanzas; como un semidiós estético, ha colocado al divino Manco, con orgullo, en el altar de todas las almas; y florece en todas las mentes y todos los días, con perenne lozanía, la simbólica vida aventurera de Don Quijote y Sancho, tan profundamente incrustada en el alma popular.

Y, sobre todo, ha levantado a la lengua castellana, a Cervantes y Don Quijote, un monumento eterno. Al decir ésto, no aludo los que, de mármoles y bronces, existen consagrados al Pontífice de los escritores españoles en algunas capitales

americanas, sino a otro, más simbólico porque es ideal; más dudado, porque no es de mármoles ni de bronces sino de pensamientos; más expresivo, porque no es de materia plástica, sino de palabras; más elocuente y múltiple que una estatua, porque es un libro.

Ya se echará de ver que me refiero a la obra en la que Don Juan Montalvo, queriendo tributar al autor del Quijote y a la lengua española el más inaudito de los homenajes, acometió y realizó una descomunal empresa literaria, escribiendo una obra admirable, si por lo atrevida, si por lo genial y cuyo solo título de "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", desconcierta a cualquier lector que ignore el conocimiento pleno de la lengua, el divino don, la comprensión profunda del espíritu cervantino y la maestría literaria que, en sumo grado, poseía el insigne ambateño, audaz imitador del libro inimitable.

"Nadie en castellano ha hablado de Cervantes y del Quijote como Montalvo en esas páginas" -- dice Rodó-- Y añade: "Sin asomo de hipérbole, puede decirse que ellas son el análisis condigno de la creadora síntesis del genio. La más durable estatua de Cervantes está allí, labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada".

De todo el vasto jardín cervantino que se ha cultivado en América y de toda la obra del más considerable de los cervantistas del Nuevo Mundo, vamos a acotar esta parte, la que comprende los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", obra póstuma de Juan Montalvo, uno de los libros fundamentales de la literatura americana y digna ofrenda que el Nuevo Mundo puede presentar al genio del idioma español.

El panorama literario que presenta Juan Montalvo no puede ser abarcado de una sola vez, ni menos enfocado en un solo trabajo; es tan considerable, multiforme y vario, que a Don Juan Valera hizo escribir:

"Para juzgar a Juan Montalvo, para dar una idea aproximada de lo que vale y significa, sería menester escribir un grueso volumen. Juan Montalvo no es un escritor así como quiera. Es el más complicado, el más raro originalmente enrevesado e inaudito de todos los prosistas del siglo XIX. No basta para comprenderle y juzgarle bien, leer tres o cuatro veces la multi-

tud de obras que ha escrito. Menester es estudiarlas con aguda y honda atención para desentrañar su sentido, para tasar, en su justo valor, lo que el autor piensa y dice, para colocarle en el lugar y la altura que merece, para calcular y preveer la importancia y el influjo que debe tener en la literatura hispanoamericana y en la del mundo entero”.

La obra total de Juan Montalvo es el aporte más glorioso del Ecuador al acervo de la literatura universal. El egregio monumento escrito que levantó el superior espíritu de Montalvo está formado, principalmente, por “El Cosmopolita”, páginas escritas para combatir la Dictadura del formidable García Moreno, pero infundidas de un aliento universal y perenne; los “Siete Tratados”, libro magistral y definido, en el que su autor nos enseña toda su ideología; “Las Catilinarias”, en las que su verbo encendido, lanzando rayos fulminantes, pulveriza una tiranía grotesca; la “Mercurial Eclesiástica”, en la que hace una admirable defensa de la obra de su vida, frente a los anatemas que, con espíritu farisiaco, arroja sobre ella un Arzobispo de Quito; “El Espectador”, modelo de revista, escrita por él solo, a la manera de Adison; “El Regenerador”, otra publicación que, por la solidez de sus doctrinas y por lo maravilloso de su forma, acaso no ha tenido igual en la América hispana; “Geometría Moral”, llena de un raro y bello simbolismo, que hace de ella un original y exquisito libro; y la imitación del libro inimitable, la obra más ardua e inaudita, que, desde el principio de la era cervantina, autor alguno pudo intentar: los “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”, y que llegan a sesenta, formando un grueso volumen, que constituye una de las piedras angulares de la gloria de su autor y el libro clásico por excelencia de la literatura ecuatoriana.

Montalvo estilista y adorador de la forma, es tanto o más interesante y admirable que Montalvo creador y sembrador de idealismos. Los espíritus que temen que el idioma de Cervantes llegue a falsearse y desvirtuarse, por obra de diversas y contrarias influencias, en el Nuevo Mundo, se consolarían plenamente leyendo a este estilista que muestra en sus obras un apogeo del castellano, brillando, en todo su esplendor y pureza.

Creemos, con toda sinceridad, que no existe ni ha existido nunca peligro para nuestro insuperable idioma en América, vi-

niendo a quedar reducido ese peligro a falsas alarmas de puristas estrechos y nimios, cancerberos del léxico, que se escandalizan ante los legítimos, racionales y saludables empeños de renovación que escritores españoles e hispanoamericanos han ejercitado en la lengua madre, que, como cosa viva que es, tiene que crecer, modificarse y evolucionar, de conformidad con el espíritu del siglo y con las exigencias de la vida moderna. Nunca ha existido peligro para el castellano en la América hispana; al contrario, aquí se le ha rendido, quizá, más culto que en la misma Madre Patria.

A Montalvo, precisamente, le tocó vivir en una época de plena idolatría de la forma, no sólo literariamente, sino hasta gramaticalmente considerada: los clásicos, entes casi divinos; Bello, Baralt, Cuervo, Caro, los pontífices máximos; la Academia de la lengua, un **Santo Santuorum**. Eran aquellos tiempos en que tanto era el prestigio del afán purista que, según una frase gráfica, en una nación de Suramérica, "se llegaba a la Presidencia con la República con la Gramática castellana bajo el brazo". A tal punto se llevó el amor a las formas arcaicas, que llegó a constituir una obsesión entre los literatos, escribir de la misma manera que los clásicos castellanos del siglo de oro. Montalvo, como hijo de su tiempo, participó también de ese empeño reconstructor del idioma; sólo que en él, a más del estilista, había el espíritu creador. Por esto, sobre la obra correcta, pero fría; acabada, pero inerte, de los hablistas de su tiempo, surge triunfadora su obra vernal, vibrante, joven y eternamente viva.

Todo cuanto pudiéramos decir en elogio de lo artístico de la forma literaria de Montalvo, lo han dicho ya, de manera inigualada, los dos grandes maestros, Valera y Rodó, citados anteriormente. Nos limitaremos, en consecuencia, a transcribir, a este respecto, una pequeña parte de lo que éstos han escrito, en loa de la magia verbal de nuestro autor, esperando ser perdonados de la abundancia de las citas, en gracia a la belleza de éstas y a venir de quienes vienen. Del lenguaje de Montalvo, habla así el creador de "Pepita Jiménez":

... "No sólo habla y escribe el castellano puro, sino que lo ha estudiado con amor; posee el rico tesoro de sus vocablos, giros y frases, y los emplea y ordena con inagotable facundia

y con artística destreza para expresar sus pensamientos. No se le ocurrió jamás, por estupendos y peregrinos que sus dichos pensamientos fueren, que no bastara para transmitirlos al prójimo el habla de Cervantes, de ambos Luisés y de Santa Teresa

“En todos los Tratados de Juan Montalvo, así como en el tratado de Geometría Moral, el lenguaje castellano no pudo ser más castizo, ni puede ser tampoco más propio ni más exclusivo de su autor. No es arcaico, no es neologista o modernista; no contiene frase, ni giro ni cláusula, ni vocablo que no prescriba nuestra gramática y que no contenga nuestro léxico. En el estilo de Juan Montalvo no se advierte el menor vestigio de imitación de nuestros antiguos autores. Se diría que los ha leído todos, que los conoce todos, que, apoderándose luego de la riqueza de expresión que cada uno poseía y empleaba, ha compuesto y ha logrado valerse de una muy singular manera de escribir, donde, sin contraposición violenta, pasa de lo más encumbrado y sublime a lo más familiar, pareciéndonos siempre extraño y nuevo, sin perder la espontaneidad y sin que podamos tildarle de rebuscado”.

Después el Apóstol de Ariel vino a decirnos cosas maravillosas del estilo de Montalvo. He aquí algunas afirmaciones del maestro:

“La singularidad y excelencia de la forma es principalísima parte en la literatura de Montalvo. Tuvo en ésto por ideal la vuelta a los típicos moldes de la lengua, en sus tiempos de más color y carácter y de más triunfal y gloriosa plenitud. Quiso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes y Quevedo, que profetizase sobre las ideas y los usos de nuestra civilización, y lo cumplió de modo que pasma y embelesa. El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite. Nunca se trajo a la luz, de las arcas del idioma, tanta deliciosa antigualla, tanta hoja de hierro, tomada del orín, tanto paramento de seda, tanta alhaja pomposa y maciza, tanta moneda desgastada de esas donde agoniza en oro un busto de rey y se esfuma en trancos carac-

teres una leyenda ilustre. Aquella prosa semeja un museo, y tiene del museo hasta la profesión que desorienta a la curiosidad y que dejándola suspensa a cada instante de lo menudo y primoroso, la impide el paso desenvuelto con que guiarse adonde está lo principal. La ciencia vasta y prolija, el sentimiento profundo del idioma, que semejante evocación supone, son verdaderamente incomparables. La obra de rehabilitación de las buenas y sabrosas tradiciones de la sintaxis y el léxico, realizada en la lengua española por Montalvo, no representa mérito inferior a la que, en lengua francesa, llevó a cabo, algo anteriormente, Pablo Luis Courier, abriendo paso en las lánguidas formas prosaicas de su tiempo, al habla rancia y generosa desenterrada de los frescos sótanos de Montaigne y de Amyot. Como el traductor de Dafnis y Cloe, a quien, por otra parte le vincula la común potestad del dardo satírico, Montalvo fué artífice original con piedras de las ruinas, innovador con aliento de antigüedad”.

“La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas. Nunca hubo gusto literario de más neto solar español, por lo que tiene y por lo que le falta, que el suyo. Llevó a su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el genio del idioma; sacando todo el partido posible de sus mayores ventajas y excelencias, sin evitar ninguno de los escollos a que por espontánea propensión se tuere su curso, ni tender a suplir ninguna de las deficiencias que, en determinados casos, limitan sus medios de expresión; de modo que aquella prosa acrisolada y magnífica es, para el genio del idioma, como una lente de aumento, al través de la cual se viese abultado su relieve, engrosado su tejido, puesta en claro sus desproporciones, o como una artificiosa alquitara de donde se surtiera, en espeso jugo costosísimo, su más concentrada quintaesencia.....”

“Esta obra de selección y concierto de las varias riquezas del tiempo antiguo, bajo el imperio arquitectónico de un estilo personal y creador; ese certamen de las suntuosidades de la lengua se compararía con el alarde de magnificencia colectiva que pre-

sidió a la fábrica de El Escorial, para cuya edificación dicen que se reunieron en piedras, maderas y metales, todos los primeros de las tierras de España: el mármol de Filabres, el jaspe de Tortosa, el pino de Cuenca y Valsain, el hierro de Vizcaya, la caoba y el ébano de Indias. Nadie hubiera podido manejar con mayor tino aquellos tesoros.....”

“La lengua de Montalvo es victoriosa demostración de lo mucho que, a pesar de juicios vulgares, cabe contener en el romance heredado del Conquistador cuando se le conoce en lo hondo y se le solicita con enamoradas instancias; o es, si se prefiere, demostración de la indefinida amplitud que el genio personal de un gran escritor logra arrancar a los endurecidos moldes de una lengua añeja, sin deformarlos ni descaracterizarlos”...

“En Montalvo, sobre el oficioso afán de la corrección, se encumbra el divino sueño de lo bello...”.

Y así, a este tenor, pudiéramos seguir transcribiendo páginas y más páginas. Pero ¿para qué? Esto ya no sería, y menos en esta ocasión, ni pertinente ni necesario. Los juicios apuntados, a los que pudiéramos añadir otros cien de las más altas figuras del pasado siglo, bastarían, si ya no lo estuviera, para consagrar a hombre tan extraordinario como un representante del genio hispano trasplantado a América: Montalvo, sin dejar de ser un escritor universal, muestra en su obra, puesto de manifiesto en lo que constituye el latido hispánico y la entraña del idioma, el más genuino abolengo castizo y la influencia renovadora del estupendo medio americano, que fortifica y remeza y pone alas y presta vibración nuevas al indomable y eterno nervio de la raza.

Este consorcio armónico de personalidades, esta conciencia de su progenie ilustre, esta compenetración con el espíritu español, este amor a la tradición clásica, este culto a la lengua matriz, le llevaron a imitar lo inimitable, en una inaudita empresa de continuación, nada menos que de la obra cumbre de la literatura castellana y de la literatura universal, sin otro propósito, él lo declara paladinamente, que el de hacer un ensayo del idioma y tributar un homenaje al autor del Quijote, escribiendo los “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”.

¡Una imitación del Quijote! ¿Quién pudo atreverse? ¿No sabía el audaz que el mismo Cervantes dejó muerto y sepultado a su héroe, para que nadie volviera a tocar al sublime loco? Esta intención está expresamente manifiesta, cuando, dolido por la infamia de Avellaneda, dice el Manco inmortal, en el prólogo de la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*:

“Y no le digas más; yo no quiero decirte más a tí, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de *Don Quijote*, que te ofrezco, es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera y que en ella te doy a *Don Quijote* dilatado y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarme nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta también que un hombre honrado haya dado noticias de estas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas; que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aún de las malas, se estima en algo”.

... Y al final de la sin par novela, cuando

“El prudentísimo Cite Hamete dijo a su pluma: Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que a tí lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

“Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa, buen rey,
Para mí estaba guardada.

“Para mí sólo nació *Don Quijote* y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombres ni asunto de su resfriado ingenio...”

Después de ésto, ¿quién podría poseer la fuerza creadora suficiente para volver a agitar ese cosmos estético que consti-

tuye la magna epopeya novelesca? ¿Quién podría tener el soplo genial para volver a animar la más sublime y delicada de las figuras artísticas que han visto y verán los siglos? ¿No se comprendía que cualquier ingenio, por superior que fuere, resultaría empujado al intentar medirse con el sumo modelo? ¿Se ignoraba que en semejante empresa habían fracasado grandes escritores de diversas nacionalidades? ¿Qué nueva vida de Don Quijote podría darnos un autor americano, a las alturas del último tercio del siglo XIX; esto es, al cabo de cerca de tres centurias de popularidad, de glorificación, estudio e interpretación del libro incomparable?

Nada de esto ignoraba Montalvo, y para demostrarlo, poniendo de manifiesto su comprensión plena, su compenetración profunda con el espíritu de Cervantes, y justificar el noble propósito y la sana intención de su obra, escribe su famoso prólogo de tanto o más valor que la obramisma, de la que es clave; de tal manera, que analizando aquel, queda ésta analizada. Así lo vamos a hacer, de manera sumarisima, por imperiosas exigencias de espacio.

Pasemos bajo el egregio frontis de ese libro, en el que Montalvo ha grabado áureamente este alto y hermoso pensamiento suyo: **“El que no tiene algo de Don Quijote, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes”**, y nos encontramos con el célebre prólogo, que rompe así de manera tan gallarda como castiza:

“Dame del atrevido; dame, lector, del sandio; del mal intencionado no, porque ni lo he menester, ni lo merezco. Dame también del loco, y cuando me hayas puesto como nuevo, recíbeme a perdón y escucha. ¿Quién eres, infusorio —exclamas—, que con ese mundo encima vienes a echármelo a la puerta? Cepos quedos: no soy contrabandista ni pirata: mía es la carga: si es sobradamente grande para uno tan pequeño, no te vayas de todas por este único motivo; antes repara en la hormiga que con paso firme echa a andar hacia su alcázar, perdida bajo el enorme bulto que lleva sobre su endeble cuerpecillo. Si no hubiera quien las acometa, no hubiera empresas grandes, el toque está en el éxito...”

En seguida pasa a analizar, de manera pasmosa, la inmortal creación, **El Quijote**, que pone por encima de las obras

maestras de todas las literaturas, como pone a Cervantes por encima de los más grandes genios de la humanidad. Luego explica la intención que tuvo al escribir esos capítulos, con estas palabras llenas de noble sinceridad:

“Si fué el ánimo de ese hombre, dirán buenos y malos, componer un curso moral, según él mismo lo insinúa, ¿cómo vino a suceder que prefiriese la manera más difícil? ¿Puede él tomar a Don Quijote en las manos sin que se desperfeccione la figura más rara, delicada, original y graciosa que nunca ha imaginado ingenio humano? ¿Y qué será Sanho Panza salido de esa pluma, la cual, si no es de avestruz, no es sin duda la maravilla que Cervantes arrancó al ave Fénix, y tajada y aguzada por un divino artista, le acomodó éste entre sus dedos maestros? ¡Plugiése al cielo que tan lejos nos hallásemos de Avellaneda, como debemos de hallarnos de Cervantes! Por lo menos es verdad que si no ha sido nuestro el levantarnos a la altura del segundo, no hemos descendido a la bajeza del primero....”

Después, nos refiere la génesis de su obra, nacida del consorcio del amor a Cervantes, del estudio de la lengua y de la observación de la realidad:

“Este introito psicológico — nos dice — va encaminado a un hecho y es de dar a saber a nuestros lectores, si nos lo depara el cielo, que las escenas de nuestra obrita “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”, no son casos ficticios ni ocurrencias no avenidas, mas antes acontecimientos reales y positivos en su totalidad, o convertidos en cuadros completos, gracias a un miembro, un toque, un brochazo que, hiriendo nuestros ojos, se han ido adentro a despertar en el alma el mundo de sensaciones que suele estar pendiente de una reminiscencia entorpecida. Muchas escenas puestas en tono caballeresco son las comunes y diarias, sin otra dificultad para componer de ellas un paso fabuloso, que echarle a la historia cortapisas y arrequives con sabor de antigüedad y caballería”...

El prólogo está lleno de sutiles análisis literarios, de brillantes y plásticas evocaciones históricas, de denso pensamiento filosófico, de peregrinas bellezas de forma, de intere-

santes disquisiciones filológicas. Al través de aquellas páginas magistrales vibra un espíritu de exaltación y de amor al divino Manco, al sublime Caballero de la Triste Figura y al inmortal idioma de Castilla.

La lengua española fué generosa y pródiga con Don Juan Montalvo: de sus más preciadas y secretas virtualidades le hizo don. ¡Cuán grande, cuán señalado privilegio! Una lengua no se rinde al primer desconocido. Para alcanzar su dominio, menester es amarla con fervorosa y cuasi mística unción, estudiarla con desvelo constante y, sobre todo, poseer el quid divino capaz de interpretar con palabras la polifónica y magna sinfonía de la vida universal. Todo ésto lo poseía, en alto grado, Juan Montalvo. Así llegó a componer su obra, en la que no se sabe qué admirar más, si la substancia espiritual de su fondo o la acabada perfección de su factura. La prosa del gran polígrafo, aun desligada de la melodía interior, anímica, de su sentido, es música que acaricia el oído con sus variadas y ricas armonías; es firme dibujo que traza a maravilla paisajes, interiores, perfiles, siluetas y retratos; es colorido que, impresionando directamente la retina, da la sensación no de la cosa contada, sino de cosa vista, en un triunfo radiante de la palabra pictórica; es plástica que moldea a lo vivo figuras que el arte se encarga de hacer carne; es línea arquitectónica que, en una pura euritmia, levanta al idioma un monumento eterno, que atestiguará perennemente la virtualidad insigne de la raza. Y sobre todo, la palabra es signo de un inmenso espíritu que, fatigado de crear belleza y de fustigar tiranos, escaló el Olimpo de todas las literaturas para ir a encender su antorcha en el fuego sagrado que mantenía el genio de Cervantes en lo más alto de la cumbre.

La imitación del libro inimitable es ancho campo donde un fertilísimo ingenio despliega todas sus galas, describiendo aventuras, encuentros, torneos, justas y batallas; componiendo tipos, creando caracteres de fuerte reciedumbre humana; relatando, ora una original aventura, ora un gracioso y divertido suceso; presentando, aquí un noble y alto señor, allí un pícaro, malandrín y bellaco, acá una austera y devota dama; allá un ramillete de lindas damiselas; acullá una zafia labradora rústica; acá unos valerosos y gallardos paladines; allá unos

frailes sacarrones y mal intencionados. Tan pronto se muestra psicólogo como moralista, pensador como poeta, historiógrafo como novelador, narrador realista como fantaseador caballeresco; siempre gran artista de la palabra, espíritu audaz que, elevándose en un vuelo aquilino, salva atrevido, sin sentir vértigo, infranqueables espacios, llegando a bordear el abismo en que se agita aquel cosmos que surgió al conjuro del genio de Cervantes. . . Y esto, todo esto, con un lenguaje impecable, escultural, cincelado, henchido de sangre, tenso de nervios, vibrante de vida, y de manera tan perfecta unido y acoplado con el fondo, que forma con él un solo todo, como el alma y el cuerpo, como el fuego y el calor; con peregrino y fértil ingenio, con fácil y natural inventiva, tan natural que es la realidad misma, formando así una obra viva y orgánica, original y de imitación, al mismo tiempo, y que, a la vez que enseña, deleita y admira. En este libro, su autor se muestra ya caballeresco, ya verista, ya fantasista, ya dramático, ya humorístico, como en la fábula inmortal de Cide Hamete Benengeli, que con savia y con sangre de vida se escribió.

Verdaderos maestros de la moderna crítica, al ocuparse de esta imitación del libro inimitable, se muestran acordes al manifestar que la obra de Montalvo contiene, entre sus más singulares excelencias, la de reproducir y conservar, con gran talento, con perspicacia suma, con amor acendrado, la figura única del sublime loco de la Mancha y las de los principales personajes y personillas de la novela prodigiosa; la de conocer profunda y plenamente cuanto toca y atañe a la caballería; la fácil inventiva para forjar aventuras; la maestría para manejar los sutiles hilos de luz con los que se mueven los muñecos de la farsa estúpida; la inspiración, el aliento cuando crea; la discreción, el buen gusto, el tino, el acierto, cuando imita; y señaladamente, la conciencia del estilo, la magia insuperable de la forma, con que se reviste esta nueva interpretación, peregrina y personal, de la epopeya novelesca de la Edad Moderna.

Tal es la obra cervantina de Juan Montalvo, creación viva y palpitante, de fervor y de homenaje; ex-voto precioso, de incalculable valor, prendido por un apóstol en el altar en que se manifiesta el símbolo que preside los destinos de la raza. El genial ecuatoriano no es, ni por asomo, uno de tantísimos apergaminados cervantómanos que, desde hace tres siglos, siguen

amontonando, con pacienzudo esfuerzo y lentamente, bloques de pesada crudición, en torno al sepulcro de Cervantes; o que, con constancia ratonil, en archivos y bibliotecas, van huroneando en montañas de amarillentos e informes legajos, con el fin de sacar a la luz de la calle los más nimios y menudos detalles del existir atormentado del glorioso Manco, o, lo que es peor, tristezas de su vida íntima... A Montalvo le fué revelada la suprema plenitud de Cervantes: sintiendo ese afán divino de perfección que sólo les es dable sentir a los espíritus superiores, copió el sumo modelo, reproduciéndolo al través de su briosa personalidad y una vez realizada la obra, con además de rendido homenaje, colocó reverente su copia al pie del eterno monumento literario que levantara el genio de la **Hispania Mater**.

Así, por difíciles que seamos a la admiración, no podemos dejar de arrojar ramos de laurel ante la procerosa y sugestiva figura de Montalvo, que ya está en el bronce, fuerte, perenne y glorificador.

En la magna fiesta espiritual que entraña este Centenario, imposible no recordar, aun cuando sea por la peor tajada de las plumas, aspectos tan culminantes en la extraordinaria y múltiple personalidad de Don Juan Montalvo, como el de cervantista de primer orden y el de estilista incomparable. El autor del nuevo Quijote es el último, en el tiempo, de los grandes clásicos españoles, y uno de los primeros por la calidad excelsa de su prosa, que fulgura con todos los esplendores del Siglo de Oro español.

EL QUIJOTISMO DE DON JUAN MONTALVO

ANTONIO MONTALVO

Ya cumple cien años el espíritu de don Juan Montalvo. Y cumple cien años como cumpliría quinientos o más. Porque así es él: un compuesto anímico de eternidad. Y de la eternidad viene y hacia ella va. No ha de paralizarse nunca el devenir de su alma cósmica, que por así serlo, irá atomizándose siempre ante la espectación analizadora de los tiempos y de los hombres.

Si cada ciclo humano — ciclo que bien puede circunscribirse en muchos siglos — como un precipitado de reacciones éticas, produce su tipo racial, el cual absorbe todas las excelencias cerebrales y anímicas a las generaciones de su tiempo, don Juan Montalvo, asombrosamente representa este símbolo del valor humano, aquí en la vida de América.

De lo más remoto del tiempo venía “construyéndose” el alma de don Juan Montalvo, hasta cuando ella pudo encarnarse en su barro amalgamado, que también arraiga en los orígenes seculares del hombre. Y es por esta condición de perennidad viviente explicable la excepcional dualidad de su espíritu: la fuerza de su visión hacia el futuro; y ese gusto, que de no arraigar en su alma mismo, sería de la más refinada delectación sensorial; su aberración retrospectiva hacia todas las antigüedades. Y aquí su gesta de buzo olímpico, zambulléndose en una parábola de gozo sobrehumano, desde sus rocas de pétreo estetismo, en el mar de la opulencia hispánica y grecolatina. Cómo gozó en ese paseo iluminado y armonioso, por esos mares de espejismos legendarios, de cuyas grutas invioladas, él, y sólo él nos trajo, perfumado de encanto grávido, el tesoro, por rancio más apreciable y rico, de la sapiencia clásica del pasado griego y romano; y el otro tesoro, exhumado también, por con-

natural derecho, de la matriz ibérica: el de la lengua, tan gallarda y suntuosamente derrochado por su magia de escultor lingüístico.

Es de esta espléndida hazaña neptónica, donde emerge, en el alba, si un tanto brumosa, pero ya iluminada con el fulgor mismo de su espíritu, su figura que encarna, por encerrar en sí el alma más transparente y luminosa, la protoexcelencia humana, en potencia de sutilizarse en cuantas paradójicas floraciones mentales y psíquicas.

* * *

Racialmente, don Juan Montalvo es el bólido étnico que alumbra y deslumbra con la magnificencia de su claridad ingénita. Y es del corazón mismo de este bólido étnico y psíquico de donde nace y emerge, sin menguar sus otras virtuales fulguraciones, aquella que guía, y sobre la cual gira la cósmica grandeza de su obra y de su vida. Corresponde esta luz immanente, a una modalidad esencial, a un sentimiento que prevalece y quizás genera la belleza de su obra: el sentido profundamente épico y estético de su vida. Y es de este sentido de donde fluye, como de un surtidor encantado y prodigioso todo lo que en don Juan Montalvo forma su qui jotismo. Y el qui jotismo de don Juan, lo mismo está en su vida, como está en su obra entera. Y no tan sólo en la parte donde él más se destaca y fulgura, que es en la maravillosa continuación, que no imitación únicamente, de la ficción cervantesca, sino en todo lo que el armonioso consorcio de su alma y de su cerebro dió a la admiración del pensamiento humano. Porque esto es el qui jotismo de don Juan Montalvo: una formidable teoría de superación humana.

Don infuso, nacido, el qui jotismo de don Juan Montalvo, tiene virtudes de ubicuidad, como su espíritu, que en todo se manifiesta, y con él hubiera florecido en cualesquier época del mundo. Con él alienta hasta en el último instante de su vida, y tal vez, es allí, donde encuentra su más original expresión: en la viril serenidad estoica de recibir a la muerte. No fue esa, en verdad, una actitud preconcebida. Ese gesto de galanismo mortuorio, natural y espontáneo, que sólo pudo hacer, desde

luego, su espíritu grandioso, embriagado y sediento de belleza, hasta en los más absurdos momentos de su vida, bien lo hubiera hecho, en la misma o diferente forma, y en cualesquier circunstancia en que la cita final hubiese sobrevenido.

No se concibe ningún acto de su vida, sino, revestido de la natural grandeza, de la dignidad, y sobre todo, de su pasión estética, tan noble y gentilmente gastada por su espíritu.

Todo es grande en la unidad anímica montalvina. Si existiera un psicómetro para su alma - como aquel que el inteligente filósofo y psicólogo de Lucas Ochoa, aplicó en la medición del espíritu de Bolívar - él daría su grado máximo de pureza y elevación; como da el ritmo sinfónico de su pensamiento, las altitudes hiperbóreas donde vuelan su vuelo de infinito los condores de luz de sus ideas; y como da también, su pasión humanitarista, sus gustos estéticos, su delectación arcaizante, y su noble pujanza combativa, la viril sublimidad de su quijotismo, quijotismo nutrido en las más rancias y exquisitas fuentes de la sabiduría, y caldeado en el fuego lírico del más épico andantismo civilista, religioso y moralizante.

* * *

El castellanísimo Alonso Quijano de don Juan Montalvo, salió en su primera gira andantesca, caballero también, sin escudero - que no lo necesitó nunca - por la manchega azulidad de los mares europeos. Pero esta su gira no fue de lucha ni de combate. De ella tornó con el placer de los encuentros esperados. Su embriaguez de antigüedad fue entonces patética y rebotó la copa de sus libaciones. De allí vino, aunque con carga de nostalgias, fortalecido y ágil a ensordecer de grandeza épica, los épicos cielos de los Andes, primero con la romántica, pero luego homéricamente bélica armonía de su olímpico andantismo.

Pero antes de mirarle en lo más admirable y fragoroso de sus luchas, hay que verle, meditativo y grave, - con su briosa juventud vestida ya de serenidad - por los senderos fragantes de su huerto, paseando su paseo de filosofante clasicismo, ya de brazo de Sócrates, de Xenofonte, Platón o de Virgilio, cuando sonaban los crepúsculos su dulce música de ritmos pitagóricos.

Allí es cuando bajo la sombra de su silencio edificante y meditativo lanza ya, erguido en su roquera y consciente serenidad, la flecha — que no siempre este Quijano montalvesco usó el lanzón hidalgo del mito, sino aun el látigo jesucristino que en sus manos blandía con fulguraciones de rayo, y el dardo de oro envenenado con veneno castigador y moralizante— que lanzada en una espléndida fuga de rebeldía, anunció en el ambiente, resentido aun del rezagado olor colonialista, que era el olor de la fanática putrefacción clerical, del servilismo despótico, y de las últimas opresiones inquisitoriales, anunciaba la grandeza de una epopeya titánica, de la que habría de salir el héroe — como el de la leyenda— batido, pero arrogante siempre e invencible.

Allí se pierde su espíritu en la romántica nimerosidad de sus dilecciones filosóficas y artísticas. Está lleno de recuerdos eruditos y de estéticas nostalgias. Sin embargo, su natural instinto de castigador, hace que se deje oír, aun fuera de los caceros horizontes, su voz protestante, ya por los atropellos —que éstos son sus patéticos entuertos por desfacer— que el autocratismo gubernamental comete; ya también ante el gesto de piratería inaudita que por entonces lanza, esporádicamente, la ambición extranjera.

* * *

Brumosos con bruma de inconsciencia y de primitivismo letárgico los campos de Montiel de la sierra morena del civilismo ecuatoriano, en la mitad del ochocientos, vieron aparecer y erguirse, cada uno en la altura de su grandeza, a los dos gigantes que en la más desigual y extraña lucha, encarnan los símbolos de dos fuerzas radicalmente antagónicas: el uno (García Moreno) es la tiranía -- si bien aureoleada de la más severa y férrea honradez, e iluminada por el más dinámico empuje constructivo, alimentadora también de la más negra e infamante pasión fanática, raíz y fuente ésta de todas las injusticias autocráticas — entronizada en una magnífica opulencia absolutista y dominadora; el otro (don Juan Montalvo, es decir el Quijote de Montalvo) es la libertad, o más bien la luz que, des-

de su faro de consciente superioridad, pugna por romper la obscuridad e iluminar los mares de la conciencia y el espíritu humanos.

El uno es la voz que manda, oprime y decapita; el otro es la voz que insinúa, que protesta, que ruga y ataca. Pero la voz que decapita fortalecida se halla con la inexpugnable coraza del acero autocrático, en el que sólo consiguen, con deslumbradora certeza y noble furor épico, estrellarse y caer vencidos, envueltos en música de truenos y luz de centellas, los fragorosos embates inauditos.

Así, pues, este rincón de los Andes, convertido en el escenario de una gesta del más grandioso andantismo, daba a la estupefacción de América un espectáculo original y único, cuya trascendencia iría agrandándose y extendiéndose con el correr de los tiempos. Ni en un sólo momento, en lo más vivo de aquella guerra a muerte, ni flaquea ni amengua, en la gallarda apostura combativa del hidalgo Quijote, el valor ni la reciedumbre de su espíritu. A veces, de la fuerza del choque se le ve vacilar, y hasta dar de bruces en la tierra, pero ésto, en vez de provocar desmayos o el renunciamiento a la lucha, engendra en su coraje innato la energía con la que vuelve, heroico y lleno de pujante gentilidad al fuego del ataque. De cerca o de lejos, el caballero de la civilizante caballería, no cesa de acosar al gigante de la opresión, con su única arma múltiple: el arma de su palabra inflamada de ideas que fructifican, y con la que envuelve, abruma, cincela y fija, en toda su nefasta magnificencia, en fondo de fulguraciones tormentosas, la figura del dominador.

Pero nada vale a este Quijano montalvesco en favor de su andantismo. Siquiera el de la leyenda sufre el engaño de los encantamientos. En el de Montalvo, todo es realidad, y realidad negra, de sombras y de infierno, tanto que a veces, no desmayado, impaciente, se adivina que invoca también la luz virgiliana para el éxodo doloroso de su camino. En soledad, y sólo él, erguido en la enhiesta altitud de su superioridad y grandeza inmanentes, realiza la epopeya de su lucha. Epopeya tanto más admirable y desesperada, cuanto más hostil es el medio y cuantos más diversos, heteróclitos y fuertes son sus adversarios. Apenas si en el campo de sus combates, una que otra conciencia vernácula lanza un dardo de júbilo y estímulo, o

le llegan también de los fronteros horizontes otros que portan la admiración, que es fuerza de propulsión para la apostólica nobleza de su lucha. Estas son sus conciencias escuderiles, por lo que de generosa comprensión y alentadora franqueza hay en ellas, y por la fe, también, con que siguen el proceloso desenvolvimiento de la acometiva actividad andantesca.

Fuerzas coercitivas de retrogradación y de poderes omnímodos, en avalancha abrumadora, circundan y oprimen al vencido vencedor Quijote civilista, las mismas que en formidable y servil maridaje júntese del lado del gigante tiránico para apremiar la retirada o acelerar el vencimiento. Así es como le huye y le admira la ignorancia; le abomina y le execra la opulencia clerical, le extraña el civilismo ambiente, y hasta el petulante pedantismo reaccionario le sonríe con mezcla de duda y de humillación. Corrientes de potencialidad devastadora, ante las cuales, el héroe, sin embargo, con impasible serenidad campante, permanece absorto, clavados su voz y sus miradas en el sol del futuro.

Es sólo ante la inminencia de una muerte a traición, o inquisitorialmente justificada que prefiere, para su silencio de civilizador y educador, para su tregua de combatiente invencible, y para su descanso de filósofo y artista (que todo esto es el Quijote de Montalvo) la ruta, si amarga y dolorosa, fecundante del destierro.

En su rocinante de resignación viéronle alejarse, pero no oyéronle callar. Tanto que aún en su exilio, y es entonces sí que con encanto — porque disfrazados el despotismo y la opresión, en diversas ocasiones —, y herido ya el tirano, buscó, hizo buscar su voz para cortarla. Y es precisamente desde su exilio gélido y amargo que ve caer y esfumarse, como un miraje de grandeza trágica, la figura de su prepotente adversario, envuelto en las ondas eléctricas y poderosas de su palabra que allí adquiere la fuerza irreductible de un exorcismo olímpico.

* * *

Homérico triunfo inútil el de esta batalla extraña y formidable: ya por la grandeza del valor mental y humano del adversario, ya por el fuego, ennoblecido de dignidad y de

pujanza civilizadora con que fue sublimizado el ataque. Pero aún ante la magnífica realidad de este triunfo, nada gana la causa del ideal caballeresco, porque hay en la fe de esta noble caballería civilista, un religioso fuego tolstoyano, un vuelo sagrado de superioridad mental y espiritual, y una acerrada convicción filosófica, que aun en la más perfecta virtualidad moralizante del complejo compuesto humano, siempre hallará blancos para ejercer --en eterno ejercicio de combate-- el privilegio extraño de sus infusas virtudes.

Hay, pues, en el Quijano montalvesco, cierta fe segura de predestinado, cierto fuego convencido de apóstol, y un arranque espiritual hacia lo alto, que haciendo de él un prototipo humano, son toda la raíz y origen de la grandeza de sus luchas. Con pasión que explica elocuentemente la fuerza de sus ideas y el valor mismo de su espíritu, bifurca y multiplica toda la opulencia de éste, en la búsqueda y el alcance de su ideal grandioso e inasible, ya que él reside en la excepcional estructura de que se halla constituido, y en la condición, mezquina y vulnerable del espíritu humano. Pero existe en él la conciencia de su misión, y así se dice, con plenitud de convencimiento, cuando en el errar de su paso andantesco, mira de nuevo, en el horizonte de su camino, obscurecerse sus perspectivas, con las sombras fantasmagóricas --ya no de grandeza trágica-- y grotescas de otros follones del despotismo, entronizados también en su trono de tiranía: "Pero aquí, o más bien allí, (El Ecuador) en esa tierra de fantasmas ¿qué he de hacer sino arremeter con ellos, y alancearlos y desbaratarlos, aunque no sean sino monges benitos y ovejas, siquiera por matar el tiempo y el fastidio? Mientras la suerte me depara Filipos para filípicas y Verres para verrinas, lleven vuestras mercedes en paciencia que yo embista con esos cueros de vino llamados presidente el uno (Veintemilla) y general en jefe el otro (Urbina) y los despanzurre".

Y allí, pues, no en la obscuridad del ventero hospedaje, sino bajo el cenital fulgor de la luz equinoccial, ante un panorama de horizontes espectadores, tiénelos oprimidos y envueltos en el anillaje de fuego de los foetazos castigantes. Porque este es ahora su instrumento de escarnio. Jayanes del opulento cacicazgo democrático, en plena fragancia de todo principio republicano, constitucional y civilista, son estos a

quienes la vindicta quijotesca ha de llevarlos a la pena capital.

Y en esta empresa demoledora se halla, y aunque de cerca y de lejos le ladra la fobia clericalista y los yangüeses --no por causa de las mulas que tentaron el erotismo de Rocinante, sino por la brutalidad de aquellos-- de la rufianería servil y servilista, levantan en las sombras sus estacazos, sin atreverse nunca, el caballero invencible, sigue blandiendo, sobre los cuerpos ya sangrantes, su látigo que vierte luz, y espolvorea en los ámbitos sonoridades de trueno y de tormenta.

Allí es cuando toda la grandeza espiritual del Quijote, florece en la revelación de nuevos y originales matices. Otras modalidades surgen de su espíritu. Y en medio de su aberración vindicadora, vésele coger a sus jayanes enemigos y tenderlos, sobre la clínica virtud de su acción evangélica, y con una especie de sádica delectación anatómica --en cirugía de análisis vindicativo-- ir tajando con el bisturí de su sátira implacable y panfletaria los cuerpos ya latigeados de sus adversarios.

Sangriento combate andantesco también éste, por la furia absolutista y las múltiples fuerzas con que se defiende y ataca el déspota, su jayán mayor --Veintemilla-- que por así serlo forma el blanco preferido de la quijotesca embestida, cuyo noble furor épico, cada vez que estalla sobre la figura enemiga, envuelve a ésta en claridades de significación y de grandeza.

Siendo el jayán despótico la acabada personificación de aquellas desviaciones de la naturaleza humana, y cuyo origen y centro justamente buscaba el andantismo purificador, y hallándose en él, en la más desbordante manifestación, el furor dignificante y moralizador del invicto caballero tocaron los límites del más sagrado ensañamiento. No quiso extinguirle con la nobleza humana y generosa que gastó con su otro adversario. Sabía de su insignificancia. Sabía de la oquedad de la columna donde se levantaba la orgullosa prepotencia de su despotismo autocrático; y con morbosidad artística fue desmenuzando --a fuerza de latigazos-- en trazos caricaturescos, la triste figura del opresor, y al hacer esto, soltaba en los ámbitos la armonía jocunda de su carcajada, que era todo un símbolo de redención y de liberación.

Goyesca intuición la suya, al mostrar a los ojos de las pocas conciencias libres de ese entonces, ese vivo "capricho" de tan originales depravaciones y deformaciones. Toda el alma y todo el cuerpo de esa extraña monstruosidad humana, lucieron en su más hórrida desnudez, en esa lucha de escarnio y vindicación quijotista.

Mas, no paró allí la gesta demoledora. Saña nutrida de virtuosidad jesucristina y elevación espiritual, él también —el Quijote humanitarista— convencido de su poder de juez y ejecutor con autoridad de procedencia divina, y convertido él mismo en el brazo de una Santa Hermandad que nacía de su propia superioridad humana, quiso escarnecer con un ejemplo monstruoso de perennidad, la triste condición de su enemigo, colgando en un árbol de ejemplarizante evangelio humano, el cuerpo informe del nefasto vencido. Y allí está desde entonces. Y allí le mira el impasible correr de los tiempos.

* * *

Esta pudo haber sido la otra salida del andantismo montalvesco. Pero aunque el blanco de su maravillosa embestida fuese principalmente la viviseccionada figura de su déspota, no por eso, en el largo peregrinaje de tan original caballería, dejó de salirle a su paso, con toda su grotesca realidad, el informe hervidero de odios, de ignorancia, de estulticia, personificados en las sombras humanas de una democracia irrisoria e irresponsable, que ni pensaba ni sentía, y contra la cual él, —el Caballero del Sagrado Andantismo, que así se llamaría— habría de arremeter, con toda la grandeza olímpica y tonante de su fe creadora y regeneradora, por sacar adelante su noble ideal caballeresco. Ideal quijotista, especie de exaltación o fanatismo religioso, con religiosidad de predestinado que siente la magnificencia y sublimidad de su misión, y que, más fuerte y poderoso es él, mientras mayor es la obscuridad que tiene que alumbrar.

Así, pues, no cansado, ni peor vencido, el Quijano de los campos andinos, bajo un crepúsculo de tregua de sus luchas, concita a Sófoles para una íntima plática filosofante. Y allí es cuando su lírica alma fuerte y noble, exclama, ante la inútil homérica realidad de sus luchas, su exclamación de sabio pesimismo, pesimismo que en vez de obscurecer las perspectivas

futuras, crea una alba nueva, para alumbrar también la nueva ruta marina de un exilio esperanzado de soledad y de gloria. Y fue bajo esa alba anunciadora y triste que, echando en las ondas azules del Pacífico, su fulgurante armadura caballeresca, y clavando en sus orillas de arenas armoniosas el lanzón heráldico de sus combates, embarcóse en su navío de silencio, rumbo a los mares historiados y antiguos de la latinidad.

* * *

Tiempos ha, que en la Sirena del Sena, de Lamartine y de Hugo, vivía su sueño de arte y su vida de soledad y estudio el glorioso caballero andante. Quizás mordía su espíritu la dulce nostalgia panteísta de sus Andes, o la evocación de sus horas de guerra o sentimiento, cuando de pronto y nuevamente otro fantasma, un fantasma de la prepotente y consentida clerecía ecuatoriana llegóse, envuelto en su manto de inquisidor y portando su veneno de excomunión inútil, para picar una vez más el ideal quijotista.

Entonces, y por última vez, quizás, es cuando también, renace en el alma del andante caballero su antiguo brío castigante, su noble actitud vindicadora, para salir por los fueros - - estulta y perversamente rechazados— de su culto quijotista, revelado en la más pura e inofensiva de sus manifestaciones. Volvió a empuñar su látigo de regeneración y de venganza. Y por cada injuria envenenada, por cada mentira y por cada muestra de perversidad, descargó, sobre el cuerpo de su difamador, sus latigazos de condenación que así como “desfacían” agravios, ungián de eternidad las pobres figuras vapuleadas.

Lo mismo que sus otros ya lejanos y vencidos enemigos, este también, desnudo bajo la acción castigante, mostróse, en toda su triste insignificancia y en toda su horrida realidad, a los ojos de la escandalizada hipocresía clericalista y civilista de la mancheguidad ecuatoriana.

De esta jornada inaudita, sólo quedó en los ámbitos de los cielos andinos un alborotado revuelo de campanas - -campanas de inquisición agonizante— y bajo los cielos del mundo, que son los cielos de la eternidad, el eco de los recios fustazos jesucristinos.

Después, satisfecho el Quijote, tumbóse --en decúbito de ensueño y de silencio -- en su lecho de glorias, él, el dios grande e invencible, a soñar con el fantasma final del Vencimiento.

* * *

Hay en el ideal del Quijano montalvesco, tanta similitud con el otro de Cervantes, que ambos se identifican por el paralelismo de su mística --mística por cuanto hay en él de ensueño, de sacrificio y de divinización. Ambos se tocan por la concordancia de sus espíritus videntes y visionarios, y por la armónica similitud de sus cultos caballerescos. Los dos buscan la misma finalidad inasible. El de Cervantes lucha por el sueño irreal de Dulcinea; el de Montalvo, por la realidad de su sueño de dignidad humana, y aunque en sus luchas titánicas consigue alumbrar la conciencia de los hombres, lo esencial, que es la perfección espiritual humana, no lo consigue, ni lo conseguirá nunca; porque bien lo sabe él, aquello arraiga en la conformación animal del hombre mismo. Además, el quijotismo del Quijote de don Juan Montalvo, por su vuelo de grandeza épica, por su fe acerada y pujante, y por la nobleza misma con que se esparce en los diversos senderos de su accionar incansable, adquiere tales proporciones de originalidad, que quizás, por ello, en ocasiones, sin perder los rasgos de su carácter quijotista, cúbrese éste de una envoltura mítica --un mito de divinización humana-- para ejercer el andantismo de su caballería apostólica. Por esto es que a veces le vemos, lleno de su poder dantesco, dios irreductible y severo, alzar el hacha de sus exorcismos condenatorios, sobre las cabezas de sus condenados, que como los del florentino, habrán de caer, por su potestad infusa, en el infierno de sus propias expiaciones.

* * *

Tres modalidades que son tres fuerzas generadoras, o tres pasiones de origen sobrehumano, alimentan el quijotismo de don Juan Montalvo. Su culto civilista ha de llevarle al combate de la libertad contra la tiranía. Ya se le oyó exclamar: "he perseguido desde niño la tiranía en el tirano, el crimen en el criminal, el vicio en el corrompido, yéndome tras la libertad

y el bien de mis semejantes con tal ímpetu, que muchas veces estuve para quedarme en la estacada". Y con la conciencia de este extraño sacrificio, se le vió erguirse, airoso siempre, sobre la gloria de sus triunfos. Espíritu de tan grandiosas magnitudes, libertad clamaba para la acción de su vida y la vida de sus semejantes, y por conseguirla fue dejando, precisamente en las "estacadas", su luz creadora, que irá alumbrando siempre en la eternidad de los tiempos.

* * *

Su fe religiosa, viviente en su alma con el más puro esplendor, y manifestada en todas las formas y a cada paso de su vida, constituye la otra inmanente modalidad espiritual del andantismo montalvesco. Embebida de amor y de dolor humano su alma, asimila con maravillosa comprensión, y lo que es más aun, él, "hereje" y "descreído" practica con su alto sentido divinizante de grandeza y de sencillez sobrehumana, la humana y evangélica religión de Jesucristo, porque nadie como él, en cuanto la religión cristiana significa amor, dignidad y elevación del alma, sabe mejor sentirla y vivirla en la sabia sencillez de sus leyes. Y contra los atropellos e iniquidades de la religión arremetió siempre, con el mismo valor y la misma temeridad con que hubo de batir a sus enemigos del civilismo. Por esto fue que el odio y la perversidad clericalistas calumniáronle con su veneno de estulticia y de incomprensión.

Sagrada es la idea de religión en el Quijano de Montalvo. En ella se condensa esa natural elevación mental, ese sacrificado luchar por el bien de "sus semejantes" y todo ese vuelo de superioridad y de esplendor, que en la más fecunda opulencia fluyen de su espíritu, ennobleciendo y agrandando el invaluable valor de su vida.

Con el natural derecho que le otorgaba la conciencia de su misión moralizante, castigó, con el rigor que le imponía su fe jesucristina, los vicios y desmanes del clericalismo, y fue tan tenaz y ardoroso en sus combates, que en ellos dejó --faros para alumbrar la procelosa oscuridad del espíritu humano-- los fulgores de su virtud, diseminados, --como en la noche cósmica las luces de los astros-- en la noche perenne de los hombres.

* * *

Si el sentido épico prepondera en el quijotismo montalvesco, el sentimiento estético, como un venero inagotable, como su fuerza de emoción y de vida, surge y se sutaliza aun en la más fugaz manifestación de su espíritu. De él deriva la magnética simpatía original de su andantismo, porque éste, al fin, sólo es la síntesis de una teoría estética, --la estética de la superación espiritual-- a la cual convergen todas sus aspiraciones y de la cual surgen también sus realizaciones.

Se diría que toda la acción de su vida --vida de combate, de enseñanza, de sacrificio - se desarrolla con esa saturación de emotividad multiforme que fluye de la fuente de su sensibilidad, tan fuerte, delicada y exquisita, que lo mismo capta el más escondido ritmo panteísta del universo, como aprecia el tesoro de belleza que puede encerrar el espíritu humano.

Por esto que, al convertirse él en el dios tonante de su mismo mito de grandiosidad humana, y al querer encauzar la vida de los hombres por los senderos de la razón, la libertad, la nobleza, la dignidad, sólo piensa en la perfección, moralización y superación de aquellos, y al hacer esto, desarrolla la doctrina de su estética humanista, exponiéndola en la acción maravillosa de su andantismo.

Todo obra, en verdad, en el quijotismo de don Juan Montalvo, por la fuerza propulsora de su sentimiento estético. Su embriaguez y sed infatigable de belleza, --en la más vasta, profunda, y sabia concepción de ésta - traspasan los límites de una pasión artística, de una necesidad psíquica o antropológica. Si habría de aplicarse un concepto a esta modalidad del Quijote montalvesco, éste se concretaría a definir aquella --en armonía también con la esencia de su credo caballeresco --como el eje y órbita donde gira la sublimidad de su doctrina humanitarista. Titánico espíritu armonioso, sabía por él mismo qué venero de belleza --en su doble virtud de receptor y creador-- es el espíritu humano, al cual quiso levantar, por las diversas rutas de su estética --las rutas de su religión moralizante y dignificadora-- a la altura de la perfección humana, que es la suprema expresión y la suprema síntesis de todo mito y de toda teoría estética.

EL AISLAMIENTO DEL GENIO

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Las altas montañas del Ecuador seducen por la majestad de sus cumbres andinas, albas y solitarias, en las que no es posible poner la planta humana. Se las contempla, con ánimo absorto y mudo, porque sus cimas son sagradas. Bolívar subió un escalón del Chimborazo a delirar desde relativa altura. Hazañas de este género no se repiten con frecuencia. Los más audaces exploradores no se ven asistidos por el orgullo de haber culminado sus ascensiones al Cotopaxi, Tungurahua, Altar, Iliniza y otras nevadas eminencias, desafiadoras de la tempestad y en cuyos picachos ni las águilas aventuran el vuelo.

Esta ansia de auparse a las nubes para admirar desde la soledad inmensa a los colosos de la naturaleza, parece símbolo del aislamiento supremo del genio, que, en la sublimidad del silencioso escenario, se yergue sin testigos, alto e inaccesible. Solo descuella, sin sustentáculos, guarda cuerpos ni séquito, confiado en el poderío de sus fuerzas, ajeno al miedo y a las consecuencias de la tormenta, que ataca de ridículo temblor a quienes en los demás confían.

Así el impertérrito Montalvo. Acertó a distinguirse en la majestad de su aislamiento, solo, sin sostenes, mirando, desde su señorío olímpico, muy pequeños los grupitos, los cenáculos y la compañía de las turbas que, en medio de su intensa democracia, no quiso frecuentar, porque ciertas nivelaciones le resultaban deprimentes a su categoría.

Por esto, no fue su labor preferida escribir para las multitudes manoseando un lenguaje llano de prédica popular. Destina su dicción sabrosa a selectos paladares. Aun usando la vulgar forma distributiva del periodismo y del folleto, se mantuvo solo y distinguido, rechazando la colaboración que acos-

tumbra el cooperativismo de la prensa. Le leemos sólo a él en esos opúsculos por entregas que suelen amenizarse con artículos de ajena cosecha. Ni "El Cosmopolita", que repartía por series, ni "El Regenerador" singularizado con números, ni "El Expectador", que dividiera en tomitos de bolsillo, intercala nada que no sea de él, de su exclusiva inspiración. De igual modo, aislado y soberbio, con el sentimiento de su exclusiva responsabilidad, fulminó en sus doce "Catilinarías".

Su temperamento convivió con la soledad, encontrando en ella inagotable fuente de poesía, numen para sus imágenes y pensamientos. Rara vez se halla en su vida el caso de frivolidades sociales que le hubieran congregado junto a muchas personas. Rechazó hasta el entreverarse con rebaños congresivos. No intento pintarle hurafío, antisociable ni extraño a la galantería. Hombre de mundo y viajero observador, el madrigal brotaba de sus labios ante la beldad femenina. Su aislamiento era genial, sin que por esto dejase de obsequiar flores a las damas, haciendo alarde, como en su "Geometría Moral", de ser cortejador y enamorado a lo don Juan de Flor, que va pisando los talones al Tenorio. Encantábase en convencerse de que sus negros ojos electrizaban a las mujeres y de que la prestancia de su erguido talante hería corazones de Eva.

También era su aislamiento brote espontáneo de la elevación de su alma, que no se veía satisfecha con cualquiera comitiva. En corto número y excelente calidad, seleccionando está amigos. Aborrece pertenecer a estrechas asociaciones, en las que lo mediocre se refugia junto a unos pocos talentos. Fue como roble majestuoso sin lianas trepadoras.

En frase maravillosa nos ha hablado de la poesía de la soledad. En Europa sus andanzas por las ruinas venerables de la Ciudad Eterna son sin acompañamiento. A veces únicamente el cicerone le precede silencioso. No fue hombre de tumultos callejeros ni tribuno popular, porque no poseyó el don de la oratoria. Todo lo contrario, era de pocas palabras, callado, reflexivo. Crece su dificultad al producirse oralmente en público. Su arma, no la frase lanzada al viento en musical explosión, sino consignada a pulso, cual con su sangre, en el papel.

Incomunicado con la vulgaridad, su arte, patrimonio de exquisitos y pocos iniciados, lo que hoy se dice de la élite. Se vería como emblema de su vida la descripción que hace de la

misteriosa gruta, apartada del bullicio, a donde va un viejo venerable, Numa, a consultar graves problemas con la ninfa Egeria. "Nuestro siglo es incrédulo, dice: burlas para él lo extraordinario; empero el amor de la naturaleza expresada en el agua corriente, la mullida grama, la flor voluptuosa, el silencio amigo, es Genio en el cual nunca dejaremos de crear los que tenemos en el alma un grano de poesía, y gustamos de leer en esos libros sibilinos que están abiertos de noche en la bóveda celeste, y de día, en las soledades donde no hablan sino el viento sobre el árbol, el insecto debajo de la yerba, y por ventura un pájaro que vuela por encima, echando gritos lamentables".

Polemista apercibido de los dardos de la sangrienta burla personificada en el insulto, temible boxeador de la diatriba capaz de pulverizar con un epíteto a su contrincante, abundó en enemigos. Por lo mismo salta la lógica de su aislamiento. No iba a andarse sonriendo con los adversarios que topaba a cada paso. Al contrario, no le abandonaba el dejo de reconcentrada amargura a que se refiere García Ramón, quien agregó que su cabeza se doblaba sobre el pecho en actitud de escuchar, caída "al peso de hondas desdichas y altas ideas". Don Roberto Andrade que le conoció, pudo anotar sagazmente que "no miraba a nadie en la calle, y caminaba con paso regio, claudicando levemente a causa de una enfermedad de la pierna, que en su juventud le tuvo en cama siete meses, época de la cual se sirvió para admirar con su instrucción: caminaba despacio, con gravedad como quien está seguro de vencer en caso de alguna embestida repentina".

Quien a nadie mira en la calle, prueba que con nadie quiere enrolarse ni llamar la atención para el saludo de convencional cortesía.

Así también le ha descrito, con pluma de fuego, Vargas Vila: "Solo, pobre, triste, pero soberbio siempre, como una águila viuda, se refugió en su aislamiento, plegó las alas de su espíritu y su cabeza poderosa se dobló". En otro pasaje el mismo escritor colombiano que tanto le admirara, hace hincapié "en su supremo aislamiento y en la olímpica serenidad de su grandeza".

Insinué que no se interpretara su aislamiento a desprecio social: moriase por adorar a las mujeres y respetar a los ancianos. Aconsejaba que se tratase con blandura a la prime-

ra, hasta cuando alguna vez derramaba lágrimas de soberbia, expresando que hasta la paloma también se enfurece en ocasiones y da picotazos a la mano que se le acerca. Sugería a los ancianos que fuesen dioses en la tierra por el ejemplo del bien y la práctica de las virtudes, "y no pasaremos por vuestro lado sin descubrirnos, como ante la sabiduría encarnada en cuerpo venerable".

Aislamiento el suyo, como el de los cometas "que salen de lo infinito y se van a lo infinito". "Los cometas son salvajes, enemigos de toda compañía, agregaba, que gustan de errar por los espacios sin rumbo, en melancólica vagancia".

Pero su manera de errar fue fecunda: concibió, en la frecuencia de la reflexión que no pide testigos, océanos de belleza, ideas que pasman, comparaciones apoyadas en deleitable ilustración histórica, enseñanzas morales, altas normas siempre. Su memoria iba reconstruyendo, porque nadie lo estorbaba, los episodios de su existir cosmopolita y refrescando magistrales lecturas, pues no logró repetidas veces tener a la mano la confrontación auténtica, que únicamente confiaba a la fidelidad de sus recuerdos que no fallaban, cual impresos en acerada lámina.

Se dirigía a la juventud, a los militares, a los ciudadanos, desde elevada tribuna, sin permitir que la circunden los mediocres y empalagosos. Profanación inaudita si entraban en el santuario. Les arrojaría a zurriagazos, cual otro airado Jesús, a los mercaderes que deshonraron el templo. La rectitud de su carácter fue ajena a las mentiras convencionales de nuestra civilización, que diría Max Nordau. No comulgó con los pícaros ni menos se entretuvo en buscarles atenuaciones. Fuerte la sanción, venía envuelta en los anatemas flamígeros de su verba esculpida en bronce. Sin el castigo infernal de su pluma, no habrían pasado a la posteridad tantas figuras minúsculas de las que nadie se acordaría en la historia política ecuatoriana, voluble y olvidadiza de suyo. Están viviendo en las páginas montalvinas, como en los cantos de Dante Alighiere, los condenados que grabó el terceto indeleble: como se escorzan los cuerpos retorcidos en el Juicio Final de Miguel Angel.

Blanco-Fombona le singulariza desafiador del peligro, aislado en su adolescencia en un gran peñón de mitad del caudaloso río Ambato. Su corolario es que "el placer de la soledad bien podía comprarse al precio de un susto".

Robustecía su tendencia a aislarse porque la incomprensión del medio ambiente le era hostil. Escasa minoría formaban sus partidarios en aquella época de opresión espiritual. No es de admirar el fenómeno, no obstante su prédica estupenda y formidable batallar, cuando en nuestros días, después de media centuria de la propaganda de su doctrina, todavía quedan quienes la combaten y la denigran. Las muchedumbres ni siquiera tienen clara noción de la obra de Montalvo.

En pueblos chicos, el genio de verdad tiende a aislarse, a fin de que las máculas del reducido redil no le emporquen. El férreo carácter no contemporiza con las trincas. Como les habla categóricamente, le hacen el vacío. No aspira el genio a que le entiendan, a pesar de que se expresa con transparente y sincera claridad. Dice en buen castellano la verdad desnuda, y esto le basta.

Cuando la generalidad es débil, viene a ser negativa la virtud de la firme voluntad. No cuentan para nada con ella, porque saben que no les dará en la yema del gusto. ¿Qué hace entonces el varón austero e inflexible en su conducta? Aislarse. Ataques e injusticias forman en el alma una barera impenetrable: no se atreven a pasarla los falsos y pequeños, que palidecen de envidia y agonizan de cobardía. ¡Pero qué auténtico valor surgir entre el humo del combate y la resistencia de las gentes! Esfuerzo de cíclope el de quien por incomunicada y resbalosa cucaña trepa, confiado en sus propias energías, en sus sólidos brazos, sin rogar que le aupen, sin pedir que le sostengan, sin mendigar que le ponga puntales el grupito para no desplomarse ruidosamente por la pendiente resbaladiza.

“Montalvo amó la soledad desde su adolescencia, como estímulo para la reflexión”, dice el ilustre escritor cubano doctor Juan J. Remos en su fervorosa conferencia sustentada en la Habana. Confirmando sus palabras anota que solía visitar el pintoresco y escondido pueblo de Baños. “Este ambiente de apartamiento asiduo y de belleza constante formó, añade, el carácter del pensador macizo y del escritor ático. En ningún caso como en el de Montalvo podría justificarse mejor el aserto veraz de Benedetto Croce: “el hombre ante la belleza natural es el mítico Narciso ante la fuente”. Montalvo en sus hondas abstracciones concibió una psicología humana superior, como la han imaginado todos los grandes iniciados de la verdad teodésica, y a

esa imagen vivió abrazado, durante su vida ejemplar, enamorado de ella, de la cual fueron reflejos sus actos; como prendado quedó de su propia figura al afamado hijo de Céfiso, frente a las transparentes aguas de la eflorente fontana”.

Rodó, el artista de la palabra que tallando como en diamante, consagra a Montalvo admirable estudio que es cual un canto épico a su memoria, se refiere varias veces al retiro del Cosmopolita, rememorando el destierro aldeano de siete años en Ipiales, en el que sufrió la tortura espiritual de no poseer libros, suplicio de aislamiento que no puede compararse con ningún otro. “Hay algo de representativo, dice, del destino entero de Montalvo, hay como una imagen abultada de la total desventura de su vida, en esto de la producción de lo mejor y más altamente literario de su obra, en la soledad de un villorrio. Enténdelle bien: no en la soledad del desierto, que es alta y soberana emancipación, amor con la libre inmensidad, por donde vagan los divinos alicentos que pueblan la naturaleza de sátiros y ninfas; sino en la soledad del villorrio, ruin y menguada, donde no tienen su habitación ni el caballero ni el bárbaro, sino el palurdo; donde los gallos cantan para que amanezca la murmuración, y el sol se pone para que ella atisbe más a cubierto; en la soledad del villorrio, sin trato de semejantes y sin libros”.

Y en otro pasaje elocuente, la pluma de oro del maestro uruguayo pinta con afflictivos colores la mortal soledad del genio que aun rodeado de compañía se siente moralmente aislado, porque es otra su comunión anímica, distinto de los demás su grado cultural, muy diferente de las turbas la comprensión de las cosas, distante del bullicio la serena majestad de la mente refrescada por ideales que muy pocos aceptan o entienden.

“Pero, aun en la ciudad o cerca de ella, y con la compañía de sus libros, grandes hubieron de ser los obstáculos que puso en él la precaria armazón de cultura de su pueblo. El nos refiere el heroísmo que era necesario desplegar para valerse de la imprenta: sólo a dura costa, y con ayuda de amigos, pudo dar a luz las entregas de “El Cosmopolita”. Y todo esto es, en su pasión, la parte menor y más liviana, porque queda el aislamiento y abandono espiritual, que es lo verdaderamente doloroso; queda el calvario de la incomprensión común: desde la que se eriza con las púas de la inquina a la superioridad, pasión de democracias chicas, hasta la que se encoge de hombros con un

zafio menosprecio de toda labor desinteresada de estilo y de investigación, y la que dentro mismo de estas actividades, ensorlece a lo nuevo y personal, o afecta comprender y no comprender . . . ; quedan, en fin, aquellos resabios de la aldea, por los cuales, para las altas cosas del espíritu, toda esta América Española ha sido, en escala mayor, **soledad de villorrio**, como la del rincón aquel donde Montalvo compuso "la más difícil de sus obras, sin trato con semejantes y sin libros".

¿Cómo entender sacrificio tan cruel como el de la inadaptación? Por más que el genio queme en la hoguera del amor propio todas las impurezas de la vida; por más que haga abstracción de su personalidad; por más que llegue muchas veces hasta el deshacimiento y la muerte por servir a sus semejantes, callada, humildemente, le duele que sus compatriotas, no sólo le insulten, que esto sería lo de menos, sino que desconozcan siquiera una milésima parte de su labor.

El sacrificio por la patria, por la humanidad, por la familia, este sublime altruismo regenera al mundo. El que abate a los que no son de acerado temple como el de Montalvo, es el sacrificio de la intencional soledad. Sublime es el anonadamiento en pro de los demás, donde egoísmo es difundida escuela filosófica. La tierra se ve cundida de cardos y ortigas. Muy pocos se inclinan a recogerlos, sembrando en su lugar violetas y azucenas. Los lazos de la familia se relajan por carencia de espíritu de sacrificio. Van escaseando las personas abnegadas, los pelícanos que alimentan a los suyos con el propio corazón.

Continúa el psicólogo Rodó: "Bien se siente, añade, el resuello de esta herida cruel en la admirable introducción a los 'Capítulos que se le olvidaron a Cervantes'. Y apenas hay alto ingenio americano que no haya expresado alguna vez parecido sentimiento, o no le deje percibir en una callada vibración de sus escritos. El fundamento real de estos agravios de los superiores es de extensión universal y humana; radica en el primitivo barro de Adán; pero ellos recrudecen en las sociedades de América por lo mal asentado y desigual de su civilización, donde, mientras las excepciones personales en ingenio y saber, con las necesidades y los apetitos que uno y otro determinan, pueden subir tan alto como en los grandes centros de cultura, las condiciones de atención y correspondencia sociales quedan

muy inferiores, centuplicándose así la desproporción entre el elegido y el vulgo. De aquí el desasosiego de la inadaptación, y cierto impulso de nostalgia, muy común en los hispanoamericanos de vocación literaria y artística, por aquella patria de nuestro abuelo y nuestro espíritu que la civilización europea extiende del otro lado del mar. Expatriarse, como siempre lo anheló Montalvo, suele ser entonces justa y fatal gravitación; pero expatriarse como él, con el pensamiento y la memoria dando cara a la tierra, más dulce cuanto más lejana, y con el sueño de la vuelta, presidiendo a los anhelos de asimilación y de cultura que un día traerán cómo pagar a la patria natural el precio de la ausencia".

Honda ternura de Montalvo por la patria, que llenó de indignación su pecho contra los descastados o los que la deshonraban. Regó su bilis en defensa de la madre, combatiendo a los hijos desamorados. Fue su íntima patria el Ecuador; pero dirigió su mirada a la América, considerándola como su patria grande y rompiendo lanzas por ella en el menor de los ataques a su hegemonía o componiendo vibrantes elegías cuando era víctima de dolores o desastres colectivos. Él sentía hondamente: pero no fue nunca partidario de que los pueblos llorasen, sino de que, viriles y resueltos, supieran triunfar de infortunios y tragedias.

Filosófico aislamiento el suyo que no le impidió acercarse a los supremos dolores del pueblo, insinuar remedios para sus llagas, empeñarse en la reforma de sus costumbres, combatir la opresión del alma y cuerpo en que vivía, compadecerse inmensamente del indio, atacar la más feroz de las tiranías: la de las conciencias, el amordazamiento a la idea.

Lanzó crepitantes sonidos de tragedia para describir las catástrofes que ha causado a la patria americana, a este nuevo mundo, dilatado y hermoso, el encumbramiento sombrío de su majestad la Incompetencia.

Platón soñaba con la república utópica de los aptos y selectos; pero nunca llegó a figurarse que habría una parodia de ella, en la que privaría la ineptitud con diploma, con patente para todo.

No son heraldos pesimistas los que proclaman el triunfo de Su Majestad la Incompetencia, en muchas esferas administrativas, en las que no se consultaron méritos y virtudes, sino pa-

rentescos y otros ligámenes que ataran a esa deidad ciega que se llama la Fortuna.

Claro que no me refiero — ya que justicia me anima — a los talentos y capacidades que honran cualquier puesto que ocupan. La valía por su peso intrínseco, resiste todas las arremetidas y no se viene al suelo.

Hablo del séquito de lo inconsistente, de lo fútil, de lo de relumbrón y precario que suele rodear a S. M. la Incompetencia.

Los que entienden mal la democracia creen que es ciegamente niveladora, de tal manera que iguala a los malos con los buenos, a los ineptos con los inteligentes. ¡Sería monstruoso aquello!

La selección es principio racional y justiciero. Sólo ella ha destronado, en los países disciplinados y serios, a S. M. la Incompetencia.

¡Cuánto progresarían las naciones si se buscaran especialistas para cada caso, lo mismo en las esferas administrativas que en los campos de la actividad humana!

La América requiere el gobierno de los mejores. Continuamente joven, de él se esperan milagros de fecundidad y de progreso, cuando el carácter, la honradez, la ciencia, la libertad formen el consejo, sean la corte de S. M. el Mérito.

Cuando hasta en sus últimos reductos se ataque al analfabetismo, de modo que la única legión sagrada sea la de los maestros; cuando éstos comprendan, sin excepción alguna, que su deber supremo es desarrollar en los niños el espíritu de observación y el esfuerzo individual; cuando los ciudadanos piensen que a seres ajenos no se deben encomendar las valiosas conquistas sino a los propios brazos, al tesón personal, entonces la era de felicidad se dibujará como una aurora luminosa. Enseñar a la juventud a orientarse, a educar su voluntad en el legítimo ascenso a la cumbre, es echar a tierra el sitial de corcho de la nulidad.

Verdad es que hoy la América cuenta con más elementos: crecen, por lo mismo, las responsabilidades. Va muriendo en los jóvenes el acicate de la lucha generosa: todo lo encuentran hecho, todo les parece fácil. De aquí las improvisaciones, de aquí el coronamiento de la ignorancia audaz. El empeño fuer-

te y porfiado está agonizando, porque la falta de preparación le asesina.

En el objetivo de la observación paciente nadie quiere detenerse. Por esto, los Aristóteles, los Laplaces, los Newtons, los Vincis, los Goethes son cada día más raros; y en América no se levantan a menudo faros refulgentes como Ameghino, Caldas, Maldonado.

Sólo la superficialidad, que ríe el gracejo a carcajadas; sólo el chispazo, la viveza de conejo quieren levantar su trono.

Derribe la América a esa momia fatídica, a la Incompetencia, y asegurará años de paz y abundancia; un reinado consciente y republicano.

Que la sabiduría en el Continente sea, como dijo el poeta, sin sombras, a manera del cocuyo que modestamente "ostenta su fanal".

Que su esfuerzo múltiple y hercúleo talle montañas, como el escultor genial Gutzon Borglum el monte Stone que taladró para reproducir la figura del General Lee.

Llegado a este punto, veo confirmado el aislamiento del genio por una gran autoridad. Dice el altísimo poeta Goethe, encumbrado como Dante: "Muy joven aún, había tenido que experimentar repetidamente que en los momentos en que más necesitamos auxilio se nos dice: "¡Médico, cúrate a tí mismo", y a menudo había tenido que ver, suspirando, que yo sólo tenía que pisar mi propia uva. Buscando, pues, apoyo para mi independencia, hallé que su más segura base estaba en mi talento productivo. Desde hacia algunos años no me abandonaba ni un momento; a menudo me ocurría que lo elaborado en el día, durante la vigilia, seguía conformándose a la noche en sueños regulares, y al abrir los ojos me encontraba, por modo maravilloso, o con algo ya completo, o con parte de lo ya hecho. Ordinariamente lo escribía todo a la más temprana luz del día; pero también a la tarde, y aún entrada la noche, cuando el vino y la alegría exaltaban los ánimos, podía pedírseme lo que se quisiera: bastaba cualquier ocasión que tuviera algún carácter para encontrarme pronto y dispuesto. Cuando meditaba sobre este don natural y encontraba que era de mi exclusiva pertenencia y que nada extraño podía ni favorecerlo ni impedirlo, me complacía en fundar en él, en pensamiento, toda mi existencia. Esta representación trocábase en una imagen y evocaba la fi-

gura mitológica de Prometeo que, apartado de los dioses, poblababa desde su taller un mundo. Me daba cuenta de que sólo aislándose puede producirse algo importante. Las cosas más que habían logrado tanto aplauso eran hijas de la soledad, y desde que estaba tan relacionado con el mundo no me faltaban el plan ni la fuerza de la invención; pero tropezaba al llegar a la ejecución, porque propiamente no tenía estilo ni en prosa ni en verso, y a cada nuevo trabajo necesitaba proceder por intentos y tanteos, según la naturaleza del asunto. Y habiendo de rechazar en esta empresa la ayuda de los hombres, me aparté también, como Prometeo, de los dioses, con tanto mayor motivo cuanto que, por manera de pensar y ser, cada una de mis ideas expulsaba y se tragaba a las otras”.

Singularísimo el estilo de Montalvo, burilado en la soledad. Cierto es que bebió en las límpidas fuentes de los escritores castellanos del siglo de oro; pero el corte de su frase, el gusto por lo arcaico, el admirable empleo de los gerundios son muy de Montalvo. Hasta cuando trató de seguir de cerca al autor del Quijote, compenetrándose con el héroe en los “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”, resulta la personalidad del estelista Montalvo. Los que le han leído con devoción, conocen a leguas su estilo, así lo encuentren en fragmentos sin su firma, tan inconfundible es la señorial manera de trabajar sus oraciones. Sus obras son un monumento de granito levantado a la lengua española, sin haber pertenecido a cenáculos monopolizadores. Madurado su estilo en el retiro agosto, es fruto de tan sereno aislamiento. Solo en su mesa de trabajo, solo en sus paseos, solo en sus destierros, solo iba, estudiando aquí y allá en el gran libro de la meditación. Ambato recuerda los parajes por donde paseaba sin compañía; lo recuerda el pintoresco pueblo de Baños, lo recuerda Ficoa.

Al volver los ojos al pasado, al revisar la montaña de periódicos del orbe, amarillentos ya, que con prolijo criterio archivaba, al releer los recortes que con lápiz rojo señalaba, sentía honda pena, al notar que aquello que le interesó otro tiempo ya no le importaba un bledo. En la soledad comprobaba que aquella cita subrayada era ya fofa, aquella anotación entonces curiosa le parecía fría. Su archivo, inagotable y fresco, era su memoria. Meditando y recordando, la vida tomaba nueva faz en su mente. Lo más desconsolador para él leer los

insultos que le dirigieron y que tanto apasionaron un día, trocados en letra muerta. Sonreía con lástima, quizá con un poco de cariño para aquellos enemigos que le proporcionaron una emoción y que ya habían muerto en su alma, agitada por nuevos impulsos libérrimos.

El vibrante escritor venezolano Rufino Blanco-Fombona, que valientemente acostumbra cantar las del barquero hasta al lucero del alba, publicó en Madrid un libro, "Motivos y Letras de España", en el que sienta verdades que tiembla el misterio. No se anda corto en lo de ponderar la estrechez de criterio y el egoísmo feroz de no pocas academias y cenáculos literarios que forman sus anillos de hierro para encomiar a los suyos, impidiendo, por lo común, la entrada de los que legítimamente merecen, de los auténticos valores.

Después de que es pasto de gusanos el que les hacía sombra, proclaman los pomposos acuerdos de condolencia y hasta le calumnian diciendo que pertenecía a tal academia o círculo, siquiera a título honorario. Recuerda Blanco-Fombona el irritante caso de Montalvo. A la letra añade esto: "¿No negó la Academia Española—por impío— a Juan Montalvo presentado por Castelar, Campoamor, Núñez de Arce y creo que Valera, el modesto honor de correspondiente extranjero? ¿Y qué crítico español habló de Montalvo en vida de este maestro de la lengua española? Valera habló de Montalvo ya podrido en la sepultura. Antes, no".

Son muy reveladoras esas líneas, escritas con evidencia y desenfado. Así también sufriera Rodó en su patria el despiadado, egoísmo de algunas capillitas literarias y academias. Pero él se reía de estos minúsculos honores, porque era conocido, sin necesidad de agremiaciones, en el mundo de habla castellana, por más que no perteneciera a determinados grupos absorbentes.

Así son siempre los honores en los pueblos chicos y así la conspiración del silencio y el ridículo exclusivismo. Después, la apoteosis postuma . . .

Alejado de la patria ha vivido Blanco-Fombona, denunciando las infamias de la tiranía. Tal han permanecido otros genios. El venezolano comenta, con la nerviosidad que suele poner en todo, la colocación de la marmórea lápida en la casa

donde murió el gran Montalvo, en París, cuyo número y calle consignó amorosamente el doctor Yerovi.

El autor de aquella tremenda catilinaria que se llama "La Máscara Heroica", es ferviente admirador de Montalvo, según se ve en su hermoso prólogo de la nueva edición francesa de los "Siete Tratados".

Blanco-Pombona, sorprendido de la marcha de los tiempos, que hace justicia a los hombres y cambia el criterio de las colectividades y de los individuos, dice: "¿Habría creído la Municipalidad parisiense, antes de la guerra, que un escritor "exótico", un escritor del Ecuador -- hombre que no fue diputado, ni ministro, ni general, nada, sino un simple ecuatoriano que escribía -- pudiera merecer perenne recordatorio en mármol en una calle de París? La guerra ha humanizado, acreado a los pueblos. Los más soberbios gigantes empiezan a darse cuenta de los pigmeos. Los pigmeos pueden estorbar el paso. En suma: existen.

"Mal metro para medir a los hombres la medida de su propio país. No se cree que pueblo pequeño pueda producir grande hombre. Tampoco se cree que un gran pueblo produzca pobres diablos. ¿Ése Guillermo II es alemán? ¡Qué coloso! ¿Ése Baldwin es inglés? ¡Qué ministrazo! En cambio, Aristóteles pasa por griego aunque no naciera en Grecia, y Napoleón por francés aunque no tuviera nada de Francia. Eran hijos de ciudades o pueblos pequeños "exóticos".

"Con la poderosa sugestión de su pluma, Montalvo ha obrado milagros, alcanzando la conversión de algunos de sus encarnizados enemigos y envidiosos: los ha vuelto fanáticos adoradores del Cosmopolita, les ha enrolado en sus filas, ha conseguido que obras que se preparaban contra él se transformasen en libros de resonante elogio y en acciones imperecederas. El orgullo se ha inclinado, vencido ante la conciencia del escritor ambateño. La historia no registra póstumas victorias, así: la confesión de la derrota de quienes, fatuos y olímpicos, se preparaban a zaherir al zambo, al cholo, al moreno Montalvo, que no tuvo más aristocracia que la del talento, el carácter y la virtud. ¿Para qué más gloriosos pergaminos? Esa trilogía vale más que la sangre azul de los que intentaban empañar la nitidez del monarca de las letras. De rodillas están ahora ante el coloso, confesando su impotencia y disimulando su des-

pecho. ¿Qué se hicieron las amenazas del panfleto candente y de la crítica por largos años preparada”?

Con el insigne Blanco-Fombona, infatigable luchador por la libertad de su patria, muchos escritores hispanoamericanos estudian, cada día con más afán, la vida de Montalvo y releen sus luminosas páginas.

Escarnecido, postergado pasó en su patria. No gozó de los honores de pertenecer a sociedades literarias y a círculos del aplauso mutuo, a las trincas de la inteligencia que reparten méritos sólo entre los suyos, entre la estrecha familia. Montalvo fue soberbio; vivió aislado, no pretendió la fama de las agrupaciones ni de las academias; no contó con palancas que le alzarán, con grupitos de recíproco almíbar. Fue el sublime solitario, el asombroso misántropo que repartió las amargas verdades, la hiel del indignado y justo reproche, en vez de las dedaditas de miel que contentan a todos.

En su tiempo, le insultaron a porfía. Como una sombra, se deslizó incomprendido, menospreciado por los centros literarios y las academias. Honra más, a veces, no pertenecer a confradías que se vulven vulgares, a donde acuden los chicos del adulo, los fáciles arribistas; el montón anónimo que sale de la obscuridad por la “camaradería” y gracias a que escobilla a los amigos . . . , sin herírles en su vanidad nunca . . .

“Pobre y solemne Montalvo, añade Blanco-Fombona, tan pomposo en su estilo y tan sencillo en su trato, tan clásico en cuanto escritor y tan de su tiempo en cuanto hombre! ¡Pobre Montalvo, que siempre luchó por la libertad y la justicia, y no conoció en su patria sino la tiranía y la calumnia; que amó tanto la belleza y el lujo y vivió entre los horrores de la pobreza, de la soledad y del destierro!

“Nadie en América amó más a España. Fue en el siglo XIX el último grande escritor español del siglo XVII. Y España lo desconoció, y llegado el caso le negó. Es verdad que sólo se trataba de la España académica, es decir, de la España oficial, lo menos generoso y brillante que hubo siempre en la múltiple España.

“Cuando Castelar, Valera, Campoamor y Núñez de Arce -- es decir, lo que iba a sobrevivir intelectualmente en aquella decadencia -- quisieron que la Academia de la Lengua abriera sus puertas al escritor vivo que más honraba al idioma castellano

en el Nuevo Mundo, la Academia se negó por boca y voto de los Guerra y Orbe, y de otros letrados que hoy gozan la presencia de Dios y el olvido de los hombres, recalca en otro pasaje.

“¿Qué decían? ¿Decían que don Juan Montalvo era un botafuego, un rebelde, un revolucionario, un librepensador. Admiraban al escritor — argumentaban —, no al pensador ni al político. Tenían razón. Mal pudieran saborear aquella carne de toro, macerada en las más ricas esencias del idioma, pero que jamás fue lavada en agua bendita.

“Mal pudieran aceptar los curvilíneos un espinazo tan recto, Pasaban al escritor arcaico, no al ballestero moderno.

“Yo existo fuera de la Academia”, respondió al desdén académico don Juan Montalvo; pero no se contentó con su frase. Hombre de garra y de venganza, la embestida contra D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe fue tan cumplida, que D. Aureliano tendrá tiempo en la eternidad de exponer a los ojos de la Suprema Justicia el zarpazo que lo dejara cojitranco, impedido.

“Y como se placía en letras antañonas, podrá exclamar el vejestorio maltrecho como la “mancebiella” de Berceo, en el milagro de San Millán:

Señor (diso) é padre, que siedades encerrado,
salva esta mezquina, este cuerpo lazdrado,
cuerpo que de sos pies es desapoderado.

“¡Bravo y sincero Montalvo!

“Nadie antes ni después de aquel desaire inmerecido dijo tanto ni tan bien las cosas españolas. ¿En dónde? En el ensayo sobre “El genio” de los “Siete Tratados”; en “El Buscapié”; en su obra póstuma: “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”.

“No faltó, por fortuna, la voz de la España más nuestra en el homenaje que ahora rinde o permite rendir a Montalvo el Ayuntamiento de París; Unamuno le llamó loco como Jesús, loco como Don Quijote; “cristiano quijotesco, pobre, solo, proscribo; inmortal en nuestra lengua”.

Daría para radiosa enseñanza comentar la augusta soledad del genio, el desdén por el bullicio fatuo de tantas colectividades, el puntapié de su dignidad a las solicitudes de admisión al rebaño de los necios.

Llegó Montalvo a grado tal de perfección moral, que pudo vivir ajeno a las vanidades fugitivas y a la efímera alabanza de los intereses creados. Soñó con gobernantes modelos para su patria— el Ecuador. Llamándose semibárbaro, quería el cúmulo de civilización para su querida tierra. Sus ideales superiores de conducta irreprochable se habían inspirado en Marco Aurelio y los Antoninos, en las virtudes cívicas de los ciudadanos romanos, en Wáshington, Franklin, Bolívar, Sucre. De llegar a nuestros días, habría escrito un poema acerca de Wilson, Poincaré y Lenín. Montalvo fue arquetipo de carácter y de austeridad ética. Gustaba de los que se retiraban pobres y limpios del poder, como de la presidencia lo hizo Poincaré por no sacrificar a Francia.

¡Qué lecciones para los políticos propagó Montalvo! Y no sólo en la arrebatadora elocuencia de sus bellos libros, sino en las firmes acciones de su ejemplar vida, plagada de resistencias.

Su hermoso aislamiento, cual el de la cumbre rodeada de nubes y desafiadora del rayo, es norma para la juventud, formada en la escuela del honor y de la modestia, que no gusta de ruidos profanos y dulces palabritas de las corporaciones acaparadoras de todo, hasta del pensamiento.

Vivió en la estrecha comunión espiritual de los reformadores: Morazán, Barrios, Jerez, Juárez, Martí, Sarmiento, Mitre, Bilbao, Alfaro, entraron en su corazón de santo cívico, fustigador de los malvados e hipócritas.

Quizá por eso huyó de muchas gentes, con el anatema en los labios, con el látigo en la diestra. Comprendió que la prensa era elevada tribuna: a ella subió, lo mismo en Quito, que en Panamá y en París.

Caballero de la Triste Figura, levantó el estandarte del ideal, sin importarle que se riesen de él los tontos, acusándole de que no era un Adonis y tenía la cabellera ensortijada, en explosión da anillos de azabache, como se pintó él mismo, a la manera del Manco de Lepanto, el señor de su devoción.

¡La aislada montaña está ahora rodeada de peregrinos!

¿Para qué sirve la gloria de las asociaciones egoístas? Meditad en que Montalvo no fue académico. Pasteur tampoco fue médico. Alfaro no sabía de oratoria ni perteneció a ninguna corporación de letras. Juan León Mera no estuvo en

ningún colegio ni aspiró a galardones anuales y medallas en estos planteles.

A los cien años de tu nacimiento, ¡oh Montalvo!, ¿eres en tu propia patria leído por todos con íntima convicción? Conozco individuos con título universitario que no han hojeado ni por curiosidad los Siete Tratados. En el espacio de un siglo, ¿ha difundido el Ecuador tu obra en ediciones populares y baratas, impresas con amor dentro del país y al económico alcance de los pobres?

Páginas montalvinas son texto de lectura en el extranjero, por ejemplo en algunas Repúblicas de la América Central. ¿Acontece lo mismo en tu patria? Cien años han transcurrido y tu doctrina no ha triunfado en la extensión del frente de batalla ideológica.

A un siglo de distancia de tu nacimiento, ya es hora de que se modifique el carácter nacional. En torno de la glorificación de tu nombre ¡oh coloso! muchas veces no ha habido toda la sinceridad ansiada. Ha simulado, en no pocas, plataforma política personal. El pueblo no te conoce todavía a conciencia.

Estamos acostumbrados a endiosar a los que ya no proyectan la estela de su personalidad, martirizándolos mientras vivieron, si no con el puñal de la calumnia, con el martirio auténtico cuyo trágico desenlace es la huesa. Por algo expresó amargamente el doctor Carlos R. Tobar al referirse al drama de Sucre en Berruecos, que si hubiera nacido en Europa habría sido rey, pero como vino al mundo en América . . . le asesinaron. Allí está García Moreno, el más honrado de los gobernantes ecuatorianos, víctima del machete asesino; allí está Montalvo, el más ilustre de los escritores, mordido por la calumnia, desterrado, perseguido, tratado de bruto y bestia despreciable. ¿Por ventura no fue pasto de la deshonra vil el preclaro Rocafuerte?

Tristezas de la fama que se acuerda de coronarles de espaldas cuando se siente su aliento, para glorificarlos cuando son un puñado de polvo.

Aislamiento, postergación, injusticia saborean, sin hallar voces de estímulo ni manos amigas que se disputen por prodigarles ayuda y aplauso.

Sarcasmo repugnante que Montalvo no haya sido ni académico. Quizá su mayor gloria: el orgulloso aislamiento, la majestuosa soledad, como la de los volcanes americanos.

Todos los grandes atormentados por la locura del ideal, los genios, los artistas, los sabios y, de preferencia, los conductores de multitudes y políticos suelen tener un ruidoso Domingo de Ramos. Éntran triunfantes a la Jerusalén ingrata, conducidos por las muchedumbres que les proclaman. Vibran para ellos numerosas palmas y resuenan como una caricia para sus oídos, los cálidos hosannas.

Enorme la apoteosis popular, desconcertante por el delirio que han puesto en aclamar al ungido. El dios éxito sonríe, antes de que dibuje su sarcástica mueca la carcajada de la burla. Simpatía, talento, virtudes salen a relucir. El paso por entre las turbas es glorioso. Simula ser perdurable y sincero. Desplegados están los estandartes del entusiasmo, tendidas las alfombras de la adulación, arrastradas se ven las grímpolas del fanatismo, para que las pisoteen los mimados del momento, los que son bendecidos por el populacho, encumbrados por las gentes, calentadas al sol de las conveniencias.

El redentor nacional se alza; se encumbra el apóstol de la belleza, el representante de la sabiduría, el dueño de la fuerza y domeador del heroísmo, el legislador, tribuno y guía de su país.

Pero como la humanidad es veleidosa, acalla de pronto los himnos que entonó. Muere en sus labios la alabanza, los vitorios se extinguen, las palmas han desaparecido, como si el ciclón de las pasiones las hubiera arrasado. Más tarde se transformarán en corona de espinas. Si el que paseó ufano, endiosado por las multitudes, ha prodigado bienes y ha abierto su corazón bondadoso a todos, no tardarán en poner en juego contra él la envidia, las rivalidades, el ruido blasfemo de crucificarle, el silencio criminal que no se atreve a gritar que es injusta la condena. Lloverán calumnias más atroces que las plagas de Egipto: el héroe, el genio, el santo que gozando estuvo, en mágico día, del espectáculo deslumbrador del Domingo de Ramos, empieza a pensar en los sufrimientos que le esperan, en el Calvario que seguirá a la hora de glorificación callejera. Tormento de cruz le aguarda, que tal es el pago mísero en el valle de quebranto.

Por algo el clásico poeta advirtió a los ciegos que la tierra no era el centro de las almas. Ni el mérito es reconocido por los que no gustan de la luz de la justicia. Después de que el genio es polvo vil, entonces empiezan para él, ¡tardía reparación!, los resplandores del Tabor.

Mientras tanto, el fugaz Domingo de Ramos es el principio de un inacabable martirio para el justo.

Si en el mundo no abundasen los históricos casos de comprobación, bastaría citar en América el suplicio moral de Bolívar que tuvo su Domingo de Ramos internacional, el cobarde asesinato de Sucre en Berruecos, después de sus fulgurantes Domingos de Ramos en Ayacucho y en Pichincha; el martirio de Eloy Alfaro en las calles de Quito, por las que entró triunfalmente en otro tiempo.

El destacado escritor argentino José Bianco, que ha ahondado la crisis y los asuntos económicos de su fecunda tierra y ha conquistado triunfos en la tribuna, al estudiar la vida de las instituciones políticas y preocuparse de otros problemas de su patria, deja constancia de la impresión de sus lecturas selectas y dice del perseguido Montalvo lo siguiente: "El temperamento moral de los hombres superiores, se exhibe en los países sudamericanos, por su actuación en las luchas políticas y civiles. El ambiente motiva esa actitud. De ahí la pasión que se consagra con el sacrificio. Someterse o sublevarse, son los extremos en que oscilan todos los esfuerzos para conquistar el gobierno de los pueblos y la dirección de los negocios públicos. Don Juan Montalvo no podía eludir esa ley que preside la evolución social. Paladín del derecho, apasionado por la justicia; fue por encima de todas las calificaciones, hombre político por excelencia. Tal vez en un medio tranquilo, sistemáticamente coordinado, habría plasmado sus energías en el arte. Su mentalidad conquista sin violencias las alturas. La nobleza de su alma se advierte cuando en las breves horas del descanso, libre el espíritu de preocupaciones angustiosas, traspasa su propia esencia en el ánfora inmortal de la belleza. La lucha política fue la pasión de su vida. Es el profeta de la justicia, soberbio en su humildad y humilde en su soberbia. La protesta airada no ha tenido en su tiempo y en su país, acento más varonil al fustigar la dictadura y la prepotencia que esclavizaban la patria. Como todos los grandes de la tierra que aman la libertad,

comió el pan amargo del destierro, para mantener inalterable el significado que graba la conciencia en la sucesión del tiempo. Don Juan Montalvo vencedor, tal vez habría deslustrado su memoria con los errores inevitables que provoca el trasplante en las luchas por las libertades públicas. Don Juan Montalvo vencido, alcanza las magníficas proyecciones que evoca la leyenda, al encadenar al titán que alumbra el mundo con los resplendores de la idea".

Surja su doctrina inmaculada como la confesión de fe que resucite a los pueblos americanos cada vez que la tiranía les adormezca, como un grito de guerra que anuncie la hegemonía nacional, como el somatén de las conciencias.

Y álcese radiosa siempre su figura de solitario sobre el pináculo de la meseta andina para ser contemplado por las generaciones, en el excelso aislamiento que le hizo grande y que le hizo libre, porque como lo enseñó el gran Ibsen, únicamente el hombre solo es el hombre libre, y, por tanto, el más fuerte, según proclamó Stockmann.

Quito, 13 de abril de 1932.



DON JUAN MONTALVO

MONTALVO, POLÍTICO

PIO JARAMILLO ALVARADO

Hoy conmemora el sentimiento cívico ecuatoriano, el primer centenario del natalicio de Don Juan Montalvo.

Inclinándome respetuoso ante la grandeza del Maestro al habla española, rindiendo mi admiración al erudito, y resentando mis armas al gran batallador por el imperio de las verdades públicas, quiero unir mis comentarios, con motivo de efemérides, a los de aquellos que han estudiado la personalidad múltiple de Montalvo, concretándome al aspecto político de su figuración.

Mucho se ha escrito sobre el mérito literario de Montalvo, más si el estilista impecable sigue siendo la admiración de los que gustan de las esquisiteces del idioma, del Montalvo político no se ha documentado su actuación, con ser tanta su influencia --porque aún vive-- en las corrientes ideológicas libertarias del país.

Cuando a Don Juan Valera se le pidió un prólogo para la "Geometría Moral", publicación póstuma de Montalvo, expuso, a guisa de dificultad para expresar su juicio, que: "Acaso no haya en Montalvo, o acaso sea yo, decía, quien no acierte a verlo, una filosofía fundamental y primera que sirva de base y cimiento y que concierte sistemáticamente sus ideas todas. Acaso su espíritu más apasionado y vehemente que reposado y sereno, y más analítico y escéptico que generalizador, no se preste a formar una construcción sintética de todo cuanto ha aprendido; pero no se puede negar que Juan Montalvo aprendió cuanto había que aprender, y que el espléndido tesoro de ciencia y de experiencia acumulado en su alma brota de ella

resplandeciente, con los vivos y variados colores de su imaginación, y corre y se precipita más como impetuoso torrente que como manso y caudaloso río”.

Quiere significar con esto el señor Valera que la obra de Montalvo carece de un nexo filosófico que le sirva de base, y de un sistema ideológico que desarrolle su pensamiento fundamental? Pues Montalvo no fué un teórico de la filosofía, sino un filósofo sin escuela anquilosada, y dogmática, que interpretó los hechos históricos de la vida nacional, ilustrándolos con el acopio de su erudición inmensa, que agitó con su verbo portentoso su época, para crear, precisamente, un concepto acerca de la vida política, aún sin derroteros en estas tierras de América.

O sin que importe la formulación de un sistema de conocimientos que constituyen un miraje singular de la vida, una filosofía personal para encarar los grandes problemas esenciales, falta en la obra de Montalvo quizá, un contenido ideológico radical del que fluya un nuevo orden de conocimientos, una nueva luz en el derrotero, para orientar firmemente una época, y para **crear** --esta es la palabra--, un pensamiento constructor en el que pueda afianzarse una nacionalidad?

A este propósito tiene Rodó, en su insuperable estudio sobre Montalvo, esta afirmación: “Si la grandeza y personalidad del escritor se levanta así sobre toda salvedad, hay más lugar a reservas y distingos cuando se le juzga en la condición de pensador. ¿Fué pensador Montalvo? Para llenar cabalmente el concepto faltóle, sin duda, no sólo la superior serenidad que pone su atalaya por encima del tumulto y clamor de las pasiones, sino también la condición más esencial, de interesarse en las ideas por sí mismas, y no principalmente como tema oratorio o como arena de una justa; faltóle aquel pertinaz afán con que se entra por las reconditeces de una idea, hasta iluminar lo más extraño y secreto con que se le apura y exprime hasta verla saltar su más espesa sustancia. Pero no sería lícito concluir de aquí que toda la obra de Montalvo sea la maravilla plástica y formal de su prosa. ¿Qué hay, entonces, en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas; hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante a que aplicamos el nombre de **luchador**. Y encarado bajo esta faz, el valor ideológico de su obra ignala, o se aproxima, al que ella tiene en re-

lación de puro arte. No se representa bien a Montalvo quién no le imagine en la actitud de pelear, y siempre por causa generosa y flaca. Alma quijotesca, si las hubo; alma traspasada por la devoradora vocación de enderezar entuertos, desfacer agravios y limpiar el mundo de malandrines y follones. Tocando a esta condición, ponemos la mano en el fondo del carácter; en el rasgo maestro y significativo que, concertándose con aquel otro, no menos esencial, de la pasión del decir hermoso y pulcro, diseñan, como el perfil de una medalla, el relieve de la personalidad”.

Hasta aquí, Rodó.

La investigación del género de escritor a que perteneció Montalvo es tanto más necesaria, pues que ejerció y sigue ejerciendo una inmensa influencia en la literatura política del país, y solamente, cuando se pueda fijar el contenido ideológico de la literatura de Montalvo, se podrá apreciar también la intensidad de su espíritu de luchador, la eficiencia de su pensamiento constructivo, la responsabilidad de sus errores o sus aciertos como político, sobre todo, como político de acción.

Y no se alarmen prematuramente quienes juzguen un atrevimiento discutir siquiera los quilates de la obra de Montalvo, ya que es posible anticiparles que sin embargo de las fallas que pueda tener, como obra humana al fin, son tantas y tan excelentes las facetas de la joya literaria de Montalvo, que eliminando al filósofo, que no pretendió serlo, queda el acervo del escritor político, “el pensador fragmentario y militante a que aplicamos el nombre de luchador”, y sobre todo, el inimitable prosista, el cincelador del idioma, que, como los monjes del Renacimiento, labró las filigranas de su propio caliz en la serenidad del retiro, para luego brindarnos en él, el vino generoso de su estilo arcaico.

II

¿Cuáles son las ideas políticas fundamentales que vertió Montalvo en su literatura, en consonancia con el ambiente de su época?

Decir que la ideología montalvina fué la que se deriva del liberalismo del Siglo XVIII, procedente de la Revolución Francesa, creadora de todo un siglo de defensa de un individualismo

férreo, sería condensar en la simplicidad de una afirmación, el contenido complejo de una época histórico-política, plena de realizaciones, pero también no exenta de fracasos.

Sería mejor que en el paralelismo de los hechos históricos nacionales cotejados con la agitación ideológica del apostolado libertario, observemos si el ambiente político de la época de Montalvo tenía ya todo el calor de humanidad indispensable para que las ideas liberales germinen, o si el ambiente era aún refractario, y por lo mismo desigual el éxito del sembrador. ¿Fue la voz de Montalvo un clamor en el desierto, o imprimió una corriente espiritual engendradora de profundos hechos históricos? ¿Fue un revolucionario en el significado esencial de esta palabra, o un soñador, quizá un gran iluso político, que destruyó sin querer lo que precisamente trataba de reconquistar y organizar?

Prescindamos de la discusión un tanto retórica que averigua si la revolución creadora de la Independencia norteamericana, primeramente; de la Declaración de los Derechos del Hombre, después; y por estas dos influencias, de la independencia de las colonias de España en América, tuvo su germen en esta o aquella latitud geográfica, pues que sin la filosofía de los enciclopedistas, creadora del individualismo, o sea, de la ideología liberal, la Revolución no habría sido posible en el tiempo ni en el espacio, ni en Francia ni en otro país, y es preciso aceptar entonces el hecho histórico, --el triunfo de los ideales liberales en América-- al finalizar la guerra de la independencia, como una realización política.

Pero la misma guerra de la independencia, compleja en sus motivos y desigual en sus resultados prácticos, planteó al finalizar, las más graves cuestiones a la consideración de Bolívar y de los otros creadores de estas nacionalidades.

Planteó ante todo una confusión ideológica desconcertante en la adopción de la forma de gobierno: ¿monarquía o república?, lo que significa que el individualismo liberal tenía que enfrentarse aún en estos países con el regalismo de la clase aristocrática prevaeciente, sin embargo de los triunfos resonantes de Bolívar, criollo aristócrata y dueño de un rico patrimonio territorial, al que en primer término, la clase amenazada por la implantación de las reformas democráticas, le ofreció una corona de rey. Bolívar triunfante de la tutela española, triunfó doblemente cuando desechó hasta la sombra

de un dominio de clase aristocrática, organizado en sistema de gobernación imperial.

Y si Bolívar pudo preconizar e implantar la república, como el tipo de gobierno que convenía a los pueblos independizados por su espada, se encontró frente a una interrogación mucho más grave que la de los que le tentaron con una corona. Bolívar pudo improvisar generales para la guerra, pero, ¿cómo improvisar lo que no es improvisable, los políticos, los estadistas para gobernar? Esta fué la gran tragedia de la creación bolivariana. Y sucedió lo que tenía que suceder, los generales triunfadores se repartieron el botín de guerra, y las nacionalidades fueron sojuzgadas por una nueva clase dominante, la clase militar.

Mas, como si no fuese suficiente la existencia de dos clases sociales poderosas, el **godismo**, llamada así la aristocracia criolla latifundista, y, el **militarismo prócer** omnipotente, prevaleció con fuerza incontrastable el clero, eterno aliado de todos los despotismos, y con la amalgama de estas tres castas, se organizó la oligarquía gobernante, que por otra parte aceptaba en principio, pero nada más que en principio, los postulados libertarios de la Revolución Francesa, creadora y amparadora en definitiva de la burguesía, la poderosa clase social, que en tres siglos mantiene en sus manos y a su arbitrio la economía del mundo, base precisa de la política, o sea del arte y la ciencia de gobernar. Solamente que la burguesía es la creadora de un sistema de gobierno amparador exclusivo de sus provechos en el poder y fuera de él. La complicidad del clero con la clase gobernante, hizo de la cuestión religiosa un antifaz -- y sigue siendo-- para defender los intereses de la clase gobernante, ligada, lo repito, a la clase sacerdotal también gobernante.

Frente a estas castas preponderantes en el gobierno de los pueblos, se ha desarrollado el programa mínimo de la élite liberal, con suerte variadisima y pintoresca.

Y así es como el General Juan José Flores, prócer de la Independencia, afirmó su personalidad política entroncando con la aristocracia criolla, y tras la búsqueda inescrupulosa de riqueza, concluyó por apoderarse de la antigua Presidencia de Quito, desmembrándola de Colombia la Grande, el sueño republicano y generoso de Bolívar.

Montalvo nació en 1832, es decir en los albores de la fundación de la República, y cuando en 1857 hace su primera aparición como escritor, colaborando en "La Democracia", periódico de la Presidencia del General Urbina, ya la historia del Ecuador la había hecho el floreanismo rapaz y exótico; el Presidente Rocafuerte que llegó al poder por sobre la sangre de Miñarica, había logrado reivindicar su crédito político con sus actos acertados de estadística; el marcismo había asomado en el horizonte patrio como una epifanía nacionalista con Roca, para eclipsarse pronto con Noboa, ennegrecerse con Urbina y desaparecer en el turbión de la anarquía con Robles. En este momento histórico, y cuando surge del caos la figura genial y despótica de García Moreno, regresa de Europa Don Juan Montalvo, y al ser testigo presencial del acto último de ese sainete canallesco del General Guillermo Franco, consumidor del Tratado de Mapasingue, viciado de traición y dolo, Montalvo dispara al campamento vencedor garciano la primera flecha con su nombre, y queda así desde ese instante iniciado el duelo a muerte entre el tribuno de la democracia y el captador del poder civil, que luego hubo de convertirlo en un poder teocrático.

El ambiente político que encontró Montalvo a su regreso de Europa estaba saturado de militarismo, de clericalismo y de despotismo, en tal extremo, que el país se asfixiaba.

No existieron propiamente partidos políticos hasta la llegada de García Moreno al poder, quien hizo la división profunda con la creación del partido clerical. Floreanos y marcistas eran ante todo católicos. El mismo Rocafuerte y aún el expulsador de los jesuitas, el General Urbina, significaban su liberalismo por un anticlericalismo explicable, por la preponderancia del clero en la vida de la república, pero en el fondo existía —el liberalismo-católico, del que no quedó exento ni el mismo Don Juan Montalvo.

"Si, juzgando dentro del ambiente social contra el que reaccionó, fué Montalvo un radical y un rebelde, dice Rodó en su estudio citado, nos lo parece mucho menos cuando lo consideramos en relación al modo de pensar que, en su propio tiempo, prevalecía allí donde llegaban sin obstáculo las corrientes del mundo. Su programa liberal, más que a difundir ideas que labrasen en las creencias y los sentimientos religiosos, se dirigió a fulminar la realidad viva y concreta de la intolerancia erigi-

da en fuerza política. No fué Montalvo, continúa Rodó en el sentido en que lo fué Bilbao, un revolucionario de las ideas, venido a remover en sus mismos fundamentos la conciencia de una generación, franqueando el paso a filosofías de abierta independencia. Montalvo, más que en la doctrina, más que en el dogma, que nunca combatió de frente, se encarnizó en el hecho de la degeneración de la piedad, como sustentáculo de la tiranía y como máscara social de vicios y de bajas pasiones; y no sólo dejó a salvo, en su tradicional integridad, la fe religiosa, sino que, en mucha parte, desenvolvió su propaganda en son de vindicta y desagravio por la pureza de esa fe. Porque, con cierta vaguedad y libre arranque le tuvieron siempre fuera de confesión determinada, y Montalvo era creyente cristiano; nunca ultrapasó los límites de aquel inocente liberalismo que se compadecía, en nuestros padres, con la propia calificación de católico, y sentía con intenso fervor la religiosidad y la moral evangélicas, que en más de una vez fijó en su pluma en rasgos de indeleble uinción”.

Pasma en verdad la penetración de Rodó en la conciencia histórica de la nacionalidad ecuatoriana, a tal punto, que su estudio sobre Montalvo, tendrá que ser incorporado entre los documentos más precisos que se invoque para la formación de juicios certeros. La propaganda del clero contra Montalvo sólo es un índice de la mentalidad político-religiosa del clericalismo intransigente en el Ecuador, y nunca un testimonio de la herejía de Montalvo.

Mas bien podría afirmarse que en la iniciación de la República flotaba un vago sentimiento antireligioso en el núcleo que constituía “El Quiteño Libre”. El Coronel Hall, mandado, asesinar por Flores, Don Pedro Moncayo, y los Generales Matheu, Sáenz, Writhe, pertenecían quizá a ese masonismo de la independencia al que también fueron afiliados Bolívar y Sucre; pero aún en esa época, y en la marcista, lo que se puede notar es un profundo anticlericalismo, comprensible en los hombres que aceptaron los postulados de la Revolución Francesa que fué anticlerical, como base de la moralidad republicana; y sobre todo, porque anticlericalismo era sinónimo de independencia, pues vencido el poder civil de España en América, quedaba la acción clerical vinculada al godismo criollo, como el fermento de la reacción política antirepublicana en buena parte,

y como corrupción innegable de las costumbres familiares. No sólo en las Memorias Secretas de Jorge Juan y Ulloa se documenta estos aspectos, sino que en la Historia General del Ecuador de González Suárez se ha impreso la prueba definitiva del porqué del anticlericalismo de los liberales-católicos, y aún de los más ascendrados católicos como García Moreno. De suerte que el anticlericalismo de Montalvo, más que expresión ideológica liberal, es llanamente un sentimiento de reacción espiritual contra las corrupciones de los servidores de la Iglesia.

III

Queda en pie, estudiado el ambiente político en que actuó Montalvo, la interrogación fundamental. ¿Cuáles son las ideas básicas del apostolado de Montalvo?

La defensa del liberalismo, la defensa de los derechos individuales del hombre, y sobre todos los derechos, la defensa de la libertad ciudadana. He aquí una muestra del criterio de la época de Montalvo acerca del liberalismo y de los partidos políticos.

"Parece invención moderna, dice Montalvo en "El Regenerador" esto de llamar liberales a los que impulsan al género humano hacia el progreso representado por el adelanto físico y moral, y conservadores a los que se oponen a él, creídos de que cumplen con lo que manda Dios, o cometiendo por malicia el grave error con el cual tanto perjudican a sus semejantes".

"Tiberio Graco ofreciendo en lo alto del Capitolio la libertad del pueblo, es liberal: los desvíros repartiéndose entre ellos los despojos de Roma, teniendo asida la cadena con que le arrastran por las oscuras regiones de la servidumbre, son conservadores. Estos necesitan un horrible crimen, crimen sublime, crimen santo de un viejo tribuno, para allojar esos eslabones. Virginia muere a manos de su padre por la honra y la virtud; y el puñal que abre esas entrañas vírgenes restituye la libertad de su patria. La muchacha Virginia y su santo matador son liberales. Liberal es Lucrecia, liberal Junio Bruto; los Tarquinos son conservadores".

"El malestar de las repúblicas sudamericanas consiste, dice Montalvo, no tanto en sus malas leyes, cuanto en que las

buenas no son obedecidas, y en que el Ejecutivo tiene por ellas mismas facultades exorbitantes, y cuando no las tiene se las arroga de mano poderosa. La violación de una ley es un paso hacia la tiranía; y yo no la sufriría sino cuando el primer magistrado pudiese hacer este juramento: Juro que he salvado a la Patria. Pero entendámonos; salvar la Patria, es salvarla verdaderamente; cosa que la comprendemos bien, si sabemos lo que es la **Patria**. En estas nacioncillas de **partidos** cada cual llama patria a su poder y su provecho: patria es el mando, patria es el sueldo, patria las bayonetas, patria el **partido**. Una fracción de hombres conspira, y con las armas en la mano se lanzan a derrocar al gobierno: van a salvar a la patria. El gobierno es más fuerte, extermina a los disidentes: salvó la patria. Los que mandan ya no mandan, los que vivieron de las rentas del Estado, ya no viven de ellas: ¡Pobre Patria! está en ruina la patria. Los que mandan actualmente se engordan como lechoncillos, bien comidos y bebidos, bien cuidados por su propio anhelo: la patria va bien ¡que buena patria!”

¿Montalvo traduce irónicamente en estos párrafos de su prosa castiza, la mentalidad de su tiempo?

Ese liberalismo no es el liberalismo anatematizado en el **Syllabus**, el liberalismo sectario, sino el liberalismo que se define como un lírico amor a la libertad, por amor al progreso!

Y los **partidos** no representan las fuerzas vivas de la vitalidad del país, capaces de atropellar la tradición, si es un obstáculo para la evolución de las ideas libertarias, o de ir a la revolución para imponerlas; si no el partido de los que están en el poder o de los que lo combaten para captarlo después. Desde luego, ese estado embrionario de los partidos políticos lo confirma la historia.

“Desde 1852, año en que Urbina fué elevado Presidente de la República, no hubo en el Ecuador sino dos partidos políticos: el urbinista y el **ministerial**, y el liberal u **oposicionista**, afirma Don Antonio Borrero, en su famoso libro “Refutación” al Padre Berthe, y continúa así. Los patriotas, es decir los conservadores de que habla el Padre Berthe, no existían en el Ecuador, salvo que demos ese nombre a los florecanos, que, como recién derrotados, no podían tomar cartas en política. García Moreno tampoco era conservador en esa época: él había sido revolucionario y hasta radical bajo el Gobierno de Flores, épo-

ca en que llamaba fanáticos a los que sostenían que el derecho de Patronato no era inherente a la Nación; furioso opositorista y hasta demagogo, bajo el Gobierno de Roca; e infatigable revolucionario, bajo el Gobierno de Urbina. Su nombramiento de Alcalde Municipal de Quito y de Rector de la Universidad, fué obra de los liberales, es decir, de los partidarios de Gómez de la Torre. En el tiempo de que venimos hablando, servían a Urbina y después sirvieron a Robles, muchos de los que posteriormente, sirvieron a García Moreno y se llamaban conservadores. García Moreno tuvo en su servicio, en los diversos ramos del poder, no solo a los amigos políticos de Urbina, sino también a sus íntimos y confidentes".

Crear un pensamiento político liberal de una profundidad que arraigue en la entraña de la nacionalidad, se proponía Montalvo al ironizar con ese estado de cosas que el describe como la política del oportunismo. Cimentar una democracia sobre la base incommovible de la virtud, significaba su combatir implacable contra los abusos del poder. Fertilizar la agria tierra nada propicia para la cimiento libertaria, quería con la tenacidad de su prédica y el ejemplo de su vida austera.

Si logró conquistarse el odio de García Moreno, de Urbina, de Veintemilla, de Borrero; si para fustigar y fulminar la administración de esos Presidentes escribió sus libros inmortales, "El Cosmopolita", "Las Catilinarias", "El Regenerador"; si para herir en lo vivo al clericalismo desató el rayo de su indignación en "Mercurial. Eclesiástica", si pudo interesar, agitar y embriavecer la opinión de su tiempo, y todo esto lo hizo en nombre del liberalismo, qué importa que no sea Montalvo el creador de un sistema filosófico, qué importa que su pensamiento político fragmentario no haya alcanzado la hondura que le señale como ideólogo, pero sí como luchador invencible?

Montalvo fué un precursor del liberalismo genuino. Y es preciso considerar que si hoy juzga la crítica que su liberalismo fué de ese liberalismo-católico, que tiene en Don Pedro Carbo su símbolo, y que supervive hasta la generación del **Noventa y Cinco**, no hay que olvidar, que así y todo fué el blanco de la calumnia y de la injuria, y un proscrito de su Patria ¿habría sido posible en ese época la propaganda de un liberalismo sectario, jacobino?

A este propósito, el Dr. Alfredo Baquerizo Moreno en un prólogo a la publicación de un puñado de cartas insustanciales de Montalvo, editadas en Cuenca, nos recuerda: "Pude conocerle (a Don Juan Montalvo) a su vuelta de Ipiales. Le ví entrar en la Capital con escogido y corto acompañamiento de sus amigos, sobre un caballo negro de buena estampa, con sombrero alto y blando de paño, cual solía llevarlo en sus frecuentes paseos hacia las afueras de la ciudad y botas de charol con espolines de plata. La figura, la misma que nos es familiar. Y comenzó entonces el ir y venir de una chismografía malévola. Un desagracedido de más de la marca, altanero y soberbio que todo lo veía para abajo; un sujeto de pretenciones y exigencias inauditas. Se hablaba y ponderaba de ciertos regalos devueltos desdefiosamente; de su herejía; de su pluma; de su furor y sus ataques contra la Iglesia, contra García Moreno y los suyos, de modo y forma todo ello, que al rededor de su nombre y su persona había una leyenda que crecía siempre con celos y temores, una leyenda de vivas y despiertas odiosidades que tendía a dejarlo en uno como aislamiento premeditado".

IV

Y llegamos al punto preciso de la investigación, a la fase-ta luminosa de la obra de Montalvo, a la contemplación de su carácter de luchador, de agitador de ideas, de sembrador de tempestades.

El ambiente de la época histórica a la que se refiere el doctor Baquerizo Moreno, con ser en verdad hostil, contenía en plenitud las posibilidades que puede desear un político de acción, para que el verbo se haga carne, para plasmar sobre la tierra fecundada por la idea, una nueva actitud estatal, una organización de gobierno concebida en un programa político que sintetice las aspiraciones de un pueblo en un momento dado. Revisemos rápidamente la acción política sustancial de Montalvo.

Dicen que cuando Montalvo supo en Ipiales el asesinato de García Moreno exclamó solemne: "Mi pluma lo mató". Esta es la leyenda, pero Montalvo en ninguna de sus obras escritas después del 6 de Agosto repite, ni aún en forma velada, mayor-

mente con el desenfado que le es peculiar, su participación intelectual en aquel crimen.

Contrariamente, cuando recuerda a su poderoso adversario, es para reconocer sus méritos y aún para dolerse de su eliminación. Y es que Montalvo no pudo haber desconocido que en la tramoya de aquel drama sangriento, los jóvenes liberales que fueron llevados al escenario, resultaron en el proceso simples marionetas puestos allí para cargar con una complicidad, pues los hilos de la conspiración estaban en las manos de uno de los Ministros de García Moreno que aspiraba al poder, y la inquina de Rayo y el candor tiranocida de los ilusos jóvenes liberales sólo se utilizó hábil y siniestramente, no para escarmentar una tiranía, como dice en su literatura política Montalvo, sino para escalar el poder, con un crimen inútil. La declaración rotunda sobre la responsabilidad conservadora de ese crimen, la concreta Don Miguel Valverde, en su libro "Anécdotas de mi Vida".

"A boca llena y de mil amores llamaba yo tirano a García Moreno, dice Montalvo en las "Catilinarias"; hay en este adjetivo uno como título: la grandeza de la especie humana, en sombra vaga, comparece entre las maldades y los crímenes del hombre fuerte y desgraciado a quien el mundo da esa denominación. "Hablando de nosotros, achicándonos, descendiendo a la órbita como un arito donde giran nuestros hombres y nuestras cosas, podemos decir que Don Gabriel García Moreno fué tirano, continúa Montalvo: inteligencia, audacia, ímpetu; sus acciones atroces fueron siempre consumadas con admirable franqueza; adoraba al verdugo, pero aborrecía al asesino; su altar era el cadalso, y rendía culto público a sus dioses, que estaban allí danzando, para embelezo de su alto sacerdote. Ambicioso, muy ambicioso, de mando, poder, predominio; inverecundo salteador de las rentas públicas, codicioso ruin que se apodera de todo sin mirar en nada, no".-- "Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él a un bruto. Su corazón no late; se revuelca en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida e impulsada por el demonio. El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el séptimo pereza: esta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio Veintemilla", concluye Montalvo el panfletario.

Y así es como recordaba Montalvo a García Moreno.

De regreso de Ipiales, consumada la muerte de García Moreno, se afirma que Borrero le ofreció un Ministerio a Montalvo y que él lo rehusó. Pero es lo cierto que su divergencia personal con Borrero, aparte del punto doctrinario sobre la no derogación de la Constitución garciana del Sesenta y Nueve, la relata así Montalvo en "El Regenerador": "Ese hombre sin talento ni conciencia (Borrero), sin formalidad ni pundonor se perdió por una bellaquería. Se convino conmigo en nombrar Ministro a don Pedro Carbo. "Con esto se salva Ud. de la revolución, le dije: los liberales tendrán una prenda y los guayaquileños quedarán satisfechos".— "Cree Ud. en revolución", me dijo como con ironía.— "Estoy seguro de ello", repliqué. Tuvo miedo el Presidente y me dijo: "Proponga Ud. por la imprenta la combinación, y yo extenderé el nombramiento". Propuse la combinación; él extendió el nombramiento . . . en otra persona adversa al Partido Liberal".

Lo que sí fué positivo es que sin embargo de ser elegido Diputado por Esmeraldas para la Convención de Ambato que designó a Veintemilla Presidente, no quiso concurrir don Juan Montalvo, ¿por qué?

"¿Qué papel sería el nuestro en la Convención de Don José de Urbina?, dice Montalvo en "El Regenerador". Papel triste, miserable: y luego, por recompensa el qué dirán del porvenir: Montalvo se convino con la boca de los cañones. . . . ¿Esto es lo que exigís de nosotros, oh amigos imprudentes? La valerosa provincia que ha llevado a cima su propósito contra los esfuerzos de un gobierno autoritario, merece nuestra estimación y posee nuestra gratitud; de esto a sacrificarnos al verdadero descrédito, confesad que hay alguna diferencia. "Dárnos a luz", ¿para qué? Vale más que nadie sepa nuestro nombre: la oscuridad es un mundo feliz donde modestia e insignificancia van hilando los días tranquilos de los que nada son y nada quieren. Aún cuando lo pudiéramos, no ansiáramos por darnos a luz entre vosotros injustos y duros compatriotas: silencio y olvido son coronas sin espinas".

Cuenta Montalvo en "Las Catilinarías" que: "Un viejo llamado José María Urbina, mandó suplicarme un día le hiciese el favor de ir a su casa. Los años tienen facultades que los hombres de buena crianza no ponen en duda.—"Juan, me dijo

el vejarro consabido, el Capitán de Fragata, la fragata aquella de puntas, Juan, es preciso que lo arreglemos todo: quiero estar acorde con Ud. Veintemilla necesita la cooperación de los buenos liberales".—"Mi cooperación a un traidor que, hecho apenas el pronunciamiento liberal, corre a ponerlo en manos de los jesuitas?, contesté subiéndome a las barbas; un cobarde que va a solicitar amparo y certificados favorables a los obispos, porque se imagina que sin ellos nadie puede salir bien? Ud. mismo me ha referido poco ha los términos que oyó de sus labios: "General, no tenga Ud. cuidado, los jesuitas están conmigo".—¿Y solicita Ud. mi cooperación para un embustero inepto como éste, que no sabe lo que hace?—"Eso es así, replicó el viejo mansamente; a mí, a mí me dijo lo de los jesuitas; me lo dijo".—"Mi cooperación a un infame cuyo primer acto administrativo es defraudar a la República en más de cincuenta mil pesos?".—"¿De qué modo?", preguntó el viejo.--"Haciendo traer de New York mil fusiles de pacotilla, dije, por ciento veinte mil pesos. La ineptitud, quizá hubiese tolerado yo a ese pícaro; su prurito por las cosas ilícitas, ¡no! Yo no soy de la liga, ni mi revolución ha sido ésta. Hoy mismo sale a luz un escrito mío, cuyo fin es poner a un lado a ese perverso". -- "¡Eso no puede ser!, gritó el vejezuelo esforzándose, pálido y trémulo ahora: "Veintemilla está ahora limpio como una patena"; "limpio como Ud.", dije para mí, y salí todo inflamado. Al día siguiente iba yo navegando por el Océano Pacífico al más horroroso de mis destierros".

En la oposición contra García Moreno, en la oposición contra Borrero, en la oposición contra Veintemilla, sus libros "El Cosmopolita", "El Regenerador" y "Las Catilnarias", son un modelo de elocuencia tribunicia, restalla en ellos la invectiva con resplandores de incendio. Justo en sus recriminaciones casi siempre, celoso de la verdad en todo instante, más por esta su permanente oposición, le acusaron sus compatriotas. Y Montalvo respondió: "El cargo que los habladores sin reflexión me hacen de continuo es, que combato a todos los gobiernos; pero en verdad no he combatido sino a uno toda la vida, este es el de García Moreno encarnado en todos los malos gobernantes que han tenido el poder en la mano, ya en vida, ya en muerte de ese hombre singular. Si desde que estoy combatiendo al Gobierno ha variado el Régimen político un ins-

tante siquiera; si habiendo yo conseguido plantear las doctrinas que profeso he hecho oposición a un gobierno amigo, por veleidad o inconsecuencia, sería un cargo decir que combato a todos los gobiernos; pero si estoy persiguiendo el mismo fin de revolución en revolución, sin desviarme un punto de mis principios y mis planes, ¿cómo no he de combatir a los que nos hacen traición, como Borrero, y llevan adelante el despotismo y la tiranía de García Moreno?"

Habla Montalvo de sus principios y sus planes políticos. Naturalmente de sus principios liberales y de que llegue el liberalismo al poder para implantarlos.

¿O es que maduraba Montalvo el plan de ser Presidente de la República? No conozco ningún documento que confirme esta sospecha ya formulada. Ha sido una convicción nacional el desinterés político absoluto de Montalvo.

Es verdad que en "El Regenerador" reproduce Montalvo esta parte de una publicación hecha en Colombia: "Don Juan Montalvo, dice, a quien le va a reventar la hiel, si no es Presidente, botando a Veintemilla"; pero Montalvo juzga a línea seguida que esta afirmación contiene un "insulto inmerecido". Y más adelante dice: "Si conviniera yo en echar tierra a mis antecedentes, volverle la espalda a esa deidad hermosa, mi patrona, que llamo libertad, y dejar la causa de los pueblos **por la de las personas**, fuera, ciertamente, hombre de juicio; pero de juicio negro, corrompido. Déjenme mi locura; locura antigua, habitual, conocida: nací con ella, con ella he de morir. Yo no lo quiero todo para mí, nada para los demás: soy loco. Yo pienso que cuarteles son para soldados, colegios para estudiantes: soy loco. Quiero escuelas para los niños, planteles de educación para los jóvenes, universidades para los doctores: soy loco. Trabajo para la reparación de las virtudes, persigo los vicios, me estrello contra los crímenes: soy loco. Vierto lágrimas para las miserias humanas, las ridiculeces de los hombres me causen risa, sus necesidades me enfadan, sus maldades me enfurecen: soy loco. Anhele por la paz y el orden en medio de las luces, la paz y el orden en medio de la tempestad; soy loco. **Mi gobierno**, el gobierno de mis simpatías, es el ilustrado, el justo, el digno, el protector, el paternal: soy loco".

¿Es este acaso, un programa de gobierno de Montalvo?

A mayor abundamiento. Si Montalvo hubiese sido un am-

bicioso del poder, y a ese fin encaminara sus energías de luchador, la ocasión se le presentó propicia, cuando en 1877 le escribió desde el Carchi Don Nicanor Arellano Hierro, comunicándole el ofrecimiento que le hacía el Coronel colombiano Apolinario Mutis, de derribar al Gobierno, para implantar en él al verdadero liberalismo. - "Dígale, respondió Montalvo, que el último lugar entre los ecuatorianos me convendría más que el primero, si este le había yo de deber a armas extranjeras; que no solamente toleraré a Veintemilla, si fuere necesario, sino también consentiría en la resurrección de García Moreno, si fuese posible, antes que hacer traición a mi patria". ("El Regenerador").

Finalmente, cuando la guerra civil llamada de la Restauración, Montalvo se hallaba en Europa, y como la acción del liberalismo acaudillado por Alfaro fuera prepotente y capaz de imponer un gobierno liberal, derrocado que fué el de Veintemilla, los admiradores de Montalvo le llamaban con insistencia, a fin de que asumiera la dirección política del movimiento liberal. Y Montalvo contestó: "Ojalá llegara yo a tiempo para coger allí al malhechor: la horca quedaría de ejemplo para malvados de ese linaje. Mucho temo que Alfaro se deje influir por su corazón de madre. Yo me embarcaré el 2 de junio, si en este mes llega la letra". (Isaac J. Barrera. - "Epistolario de Montalvo". - Quito, 1927).

Y como se le comunicara la preponderancia conservadora después de la derrota de Veintemilla en Guayaquil, escribió: "Yo nunca dudé del resultado que ha tenido la revolución. A Eloy Alfaro le sobran las virtudes del soldado y el héroe, pero le faltan los defectos del hombre de Estado, el político; defectos sin los cuales no hay triunfo para las buenas causas ni los hombres de virtud; defectos que son las grandes y nobles prendas de las naciones que caen en manos de los hombres bien intencionados, cuando la providencia quiere sacarlos en paz y a salvo. A nuestro Don Pedro (Carbo) le propondremos al Pontífice Romano para su canonización; pero, por Dios, no le molesten ustedes otra vez encargándole una revolución. ¿Cuándo, cuándo saldremos de ese caos sin el impetu y la temeridad? Ése "no conviene" de los sesudos será la perpetua ruina de los liberales. (Carta publicada en la Revista "Entelequia" de Quito).

Pero como se le inculpara a Montalvo que por su prescindencia de la política activa se perdió la gran ocasión de que el liberalismo asuma el poder, después de la derrota de Veintemilla, ya iracundo contestó: "Alfaro me escribía, me comunicaba todo, pero en nada estaba de acuerdo conmigo: no se equivoquen Uds. Un sesudo cualquiera le conviene más que yo; y, como Ud. sabrá, Javier (Salazar) fué quien le dictó la política que siguió en Guayaquil. Digo que Javier hizo nombrar a Don Pedro Rancio, Jefe Supremo; y que ésto fué lo que todo lo echó a perder. Hallándome yo presente, no dudo que Alfaro se hubiera dejado guiar por mí; pero lejos de hacerme invitación ninguna, eché de ver que por allá no deseaban sino mi ausencia. El motivo que alegaba Alfaro para esto era muy noble y patriótico: decía que quería que yo no fuese responsable de los horrores que iban a suceder, para que los ecuatorianos tengan uno a quién volver los ojos. ¿Qué pude yo haber hecho? Patriotismo me sobraba; pero no podía yo ofrecerme como hombre necesario, cuando los de allá no pensaban así. Todo cargo que me hagan Uds. a este respecto será injusto. Alfaro se equivocó solamente cuando pensó que la guerra y la política son una misma cosa. Él es un héroe; pero está lejos de ser un hombre de Estado. Cuantas veces caiga en manos de los sesudos, o digamos más bien, cuantas veces se ponga en esas manos, saldrá mal. En vez de hacerme a mí esos cargos, ¿por qué no los hacen ustedes a él? A él y a los de Guayaquil deben Uds. escribirles. Embelezados en su Don Pedro Rancio, y encantados con él, estos jamás verán el hombre que necesitan. Supo Ud. que el viejo funesto le negó toda cooperación a Alfaro?" ("Epistolario" citado).

Sin embargo su concepto sobre Alfaro lo rectifica, cuando en cartas posteriores reclama para Alfaro, los votos liberales de la Asamblea, que eligió a Caamaño, Presidente de la República.

Y el tiempo se ha encargado por su parte de decirnos que Alfaro fué todo un estadista, con personalidad propia en la historia.

V

Con estos antecedentes de la historia y la crítica documentados, ya es posible fijar con exactitud la personalidad política de Montalvo y apreciar su obra con justicia.

Montalvo fué un revolucionario que incendió la atmósfera política de su tiempo con los relámpagos de sus admoniciones, y creó la posibilidad de un partido liberal, aunque sea con el recato de un catolicismo circunstancial, más formulista que ortodoxo.

De la nebulosa libertaria engendrada por el enciclopedismo, del anticlericalismo resultante de un afán de independencia que trascendió de lo político a lo religioso, se formó un libre pensamiento que interrogó sin temor a la propia conciencia esclavizada, y luego a la conciencia social y política subyugada por el gamonalismo, el clericalismo y el militarismo, la trilogía que aún conspira con la captación permanente del poder, en la invocación de privilegios, felizmente vulnerados ya por la revolución social en marcha. Sin la base del liberalismo como garantía de los derechos individuales, imposible el paso adelante en las reivindicaciones sociales de los pueblos.

El plan político de Montalvo se concretó hacia una aspiración única: la hegemonía del liberalismo en el poder, y por eso su enojo olímpico contra Urbina, contra Veintemilla, contra Borrero, defraudadores de las esperanzas de un partido que ansiaba por la llegada de su caudillo auténtico.

Y la gran pasión por la libertad, esencia sutil que vivificó ese liberalismo místico de Pedro Carbo, el immaculado; y el liberalismo anticlerical de Montalvo, creó la irreconciliación con García Moreno, reencarnación de un inquisidor imposible en un siglo creador de las democracias libertarias.

Por eso su desdén absoluto por lo que significaba una prebenda o el ejercicio de una función rutinaria de la administración; por eso su cuidado nimio para no limar las aristas de su armadura de luchador en las resistencias inevitables que trae consigo el ejercicio del poder. Prefirió el aislamiento, sacrificó su ambición natural de hombre, para salvar su prestigio de escritor, la pureza de su apostolado.

De acceder Montalvo al querer de sus admiradores, habríamos registrado un ministro entre tantos de la burocracia estatal o colgado de un clavo una efigie presidencial más en los salones del Congreso, pero empañando la gloria de un luchador con la calumnia de los albañales en los que gruñe y se revuelca el oportunismo; o habríamos empujado al fracaso a un idealista que no acertó a exponer un sistema de reconstrucción política nacional o un plan concreto de reformas libertarias. No tendríamos a quién volver los ojos, sin temor de que la calumnia nos detenga en las justificaciones previas de los que han ejercido el poder.

En la época y en la hora en que apareció Montalvo en el escenario político se necesitaban urgentemente un agitador, una voz resonante que grite libertad, cuando la conciencia nacional se entorpecía en la servidumbre de un feudalismo más denso que el de hoy. Solamente que entonces como ahora, los pueblos se negaron a oír la verdad de su profeta.

“Se ha preguntado alguien, dice Don Miguel de Unamuno, en su prólogo a la última edición de “Las Catilinarías”, qué es lo que habría podido hacer Montalvo a haber podido vivir sosegado en un Ecuador de libertad civil y de paz y de justicia”.

Habría podido ser el creador, respondemos, de un sistema filosófico, habría podido quintaesenciar en la alquimia formidable de su inteligencia un idearium sobre la política tropical, habría podido escribir ese libro “El Indio”, con el que se proponía hacer llorar a la humanidad.

Mas su obra ingente de casticista, sus panfletos formidables en defensa de las libertades públicas, sus ensayos eruditos sobre temas variados, fueron escritos sobre un tambor de guerra o en el abandono de sus destierros, privado de los elementos de juicio, para ahondar en sistemas y pensamientos trascendentales.

Sin embargo, en la obra literaria de Montalvo palpitan los anhelos de un pueblo que aún sigue sufriendo y luchando por concluir con las servidumbres que le oprimen; y aunque la ideología libertaria de Montalvo ha envejecido un tanto, siguen siendo sus libros los inspiradores de la rebelión contra el despotismo, y son para la juventud la base para audaces avances en la investigación de las teorías libertarias.

Mas hay que fijar profundamente la atención en algo sustancial de las declaraciones de Montalvo, en el por qué de esa eterna lucha frente a todos los despotismos, y en qué ha consistido el fracaso de todas las revoluciones, con excepción de dos propiamente dichas, la Marquista y la del Noventa y Cinco.

No he combatido sino un solo gobierno, al de García Moreno, reproducido en los malos gobernantes liberales o conservadores, anteriores o posteriores a este tirano, dice Montalvo; y agrega que de revolución en revolución perseguía sin desviarse un punto, el triunfo de sus principios y el de sus planes políticos que consolidarán el imperio de su diosa, de su patrona Libertad, en la República, con el resultado positivo de que su programa político romántico de buen gobierno, derrame al fin la felicidad sobre sus compatriotas.

Y en estas declaraciones de actitudes esenciales del tribuno de una democracia ideal, se descubre la carencia de base en toda la arquitectura política de Montalvo.

Olvida Montalvo que para que una revolución plasme con eficiencia, ha de ser revolución espiritual ante todo, derivada de las realidades de la vida social; ha de tomar carne y sustancia del dolor que produce la injusticia social, y ese dolor y esa injusticia se ha de mitigar, no con el simple cambio de la decoración política sino transformando profundamente, radicalmente, la economía nacional, con la socialización de la producción; y por las normas legales moldeadas sobre la realidad de la propia vida, y no por la lírica invocación de las ideas universales flotantes en el ambiente de cada época histórica. Por el olvido de estas realidades lo que pudo ser revolución se convirtió perpetuamente en motín.

Asombrado de la esterilidad de su esfuerzo y de la inutilidad del tiranicidio que se ha creído su obra, escribe Montalvo en las "Catilnarias": "La muerte de García Moreno fué todo un acontecimiento; de su sangre debió haber brotado la libertad, y a su sepulcro debieron haber ido fracasadas sus cadenas. Muere, y el **pueblo libre, el pueblo rey**, Guayas heroico, se contenta con pasearse por las calles en pelotones inmensos dando voces sin sentido. ¿No fué ese el caso de la revolución? ¿por qué no la proclamó? El cuerpo del tirano estaba bajo tierra; su alma intacta sobre su trono. El escritor, el agitador, el patriota, el hombre de la idea había hecho su deber; el pueblo no

hizo el suyo. Qué había de hacer. . . . sobre el cadáver del tirano el pueblo no halló apóstoles ni amigos si no fueron los ministros del tirano o cosa peor. En pueblo como éste ¿qué importaría que hubiese un hombre? "No hay un hombre", están diciendo a cada paso, por ofenderme, pues yo digo que no hay un pueblo en esa comarca".

En este instante de su fecunda producción literaria política es cuando Montalvo proclama una verdad trascendente: no hay un pueblo en la nacionalidad ecuatoriana, es decir, no hay una conciencia popular, pues si la hubiera, no se repetiría el espectáculo de la adhesión obrera y campesina a sus explotadores, no se iría el proletario de levita tras del gamonal, no se confundiría al amo con el gobernante, no se rindiera eterno homenaje a la trilogía en cuyo altar se ha derramado esterilmente tanta sangre, en tanto cuartelazo sin sentido, en el altar del gamonalismo, el clericalismo y el militarismo, ayer como hoy, y hoy como ayer, implacables mantenedores del feudalismo, absolutos dueños del país, con la complicidad de un pueblo que gime en la servidumbre, pero que carece de espíritu para transformar su situación, pero que carece de personalidad en la historia, porque se le mantiene sin posibilidades económicas para su liberación y en esto se funda el fracaso de toda revolución y la esterilidad de toda prédica libertaria. La conciencia despierta y viril de los pueblos forman su hombre, su gobernante, pues éste no es sino el resultado del civismo de los pueblos, o de la corrupción de los mismos.

Nuestra historia es por esto una repetición monótona de acontecimientos intrascendentales en general, y la literatura política enfoca una sola actitud: la de vociferar más o menos bellamente contra los tiranos y las dictaduras, en una sinfonía de protestas, en un lirismo de reclamaciones perdidas en el vacío.

Es evidente que debemos a Montalvo esa actitud permanente de rebeldía, dañosa por sus excesos, y que sus obras suscitan la inquietud en nuestros espíritus, más es deber nuestro complementar en la acción fecunda las palabras apostólicas del Maestro, y no equivocarse al dictador con el logrero o la indisciplina con la oposición constructora.

Montalvo repite siempre su queja sobre la incomprensión de su tiempo, y murió en el convencimiento de la inutilidad de su obra de sembrador; y es evidente que si no triunfaba la Re-

volución del Noventa y Cinco, de la que él fué el creador y el profeta, su fracaso habría sido rotundo; pero si esa revolución salvó el crédito del político, los problemas confrontados no sólo se mantienen en pie, sino que hasta el basamento liberal está hoy en crisis.

De aquí que la celebración del centenario del nacimiento de Montalvo, en esta hora de profunda quiebra ideológica, tiene para el Ecuador el simbolismo de una renovación de propósitos, de un juramento ante el túmulo del Maestro, para consolidar su obra, para que de esta nacionalidad surja un pueblo en la plenitud de su conciencia libertaria.

Y no lo dudemos, sobre la tumba del Maestro han brotado ya las flores rojas que anuncian la proximidad de una nueva era histórica: la del triunfo de las reivindicaciones sociales en el Ecuador.

EL ESPIRITU RELIGIOSO DE DON JUAN MONTALVO

MANUEL ELICIO FLOR T.

Dedicado a mi distinguido amigo el
Sr. Dn. Alfredo Martínez.

A un autor se le
conoce por sus libros

Dice el insigne maestro agustiniano Fray Luis de León que no conoció a la santa madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la Tierra, mas cuando vive en el cielo la conoce, por una imagen viva que dejó de sí, que son sus libros.

No de otra manera podemos conocer el alma de Montalvo los que no le vimos ni tratamos mientras pasó por el mundo; por sus libros, testigos fieles de sus ideas en todo orden de materias, y por lo mismo, mejores de toda excepción de sus ideas religiosas.

Al modo del mismo Fray Luis, podemos decir que la figura de su rostro de don Juan, si la viéramos, mostrarían su cuerpo; y sus palabras, si las oyéramos, nos declararían algo de su alma; y lo primero era común, y lo segundo sujeto a engaño, de que carecen estas cosas en que le vemos ahora: sus libros. "Por que los frutos que cada uno deja de sí cuando falta, esos son el verdadero testigo de su vida, y por tal le tiene Cristo, cuando en el Evangelio para diferenciar el bueno del malo, nos remite solamente a sus frutos". (Fray Luis de León).

Esplendor del ingenio de don Juan y figura de la rica sustancia de su espíritu, en sus libros hallamos la doctrina que

profesó en punto a religión, particularmente en los capítulos en que más de propósito trató esta materia, y ellos nos declaran si merece ser inscrito en los fastos de los ateos o incrédulos que han dejado amarga la memoria de sus días terrenales.

Escritor enciclopédico

Montalvo trató en sus libros de muchas y variadas materias, y más profanas que religiosas. Por lo mismo, se ha de menester entresacar estas de donde las escribió mas por menudo. Ello no es difícil, si se toma en cuenta que fue un retórico, moralista por excelencia. Y necesario será, también, buscar sus escritos en donde revelaba propias convicciones con espontáneo acento, dejando aparte su producción que trasciende a escarceos literarios. El gran ingenio de ese autor, en efecto, en ocasiones le llevó a derrocharlo, si se permite la frase, en hermosísimas páginas, no más que dócil al afán de expansión fecunda, característico de los cerebros bien organizados y mentes privilegiadas.

Ideas religiosas

de "El Cosmopolita"

"El Cosmopolita" fundó Montalvo, según las mejores versiones históricas, para combatir el gobierno de García Moreno, y como este ilustre gobernante representaba en el Ecuador la corriente vigorosa de la doctrina católica, aunque con tinte muy individualista, y la procuraba aplicar generalmente a la gobernación del Estado; ya era de presumir que don Juan, en el campo del periodismo de combate, había de tener ocasión como en ningún otro de sus libros, en "El Cosmopolita" para expresar sus ideas y doctrinas religiosas.

En efecto, tal publicación contiene artículos propicios a la expansión del sentir religioso de Montalvo, tales como "La Virtud Antigua y la Virtud Moderna", escrito destinado a realzar las virtudes de la Roma republicana, de la Grecia clásica; en polémica con escritores de su tiempo que le habían afeado su

respeto y entusiasta adhesión a los más salientes personajes de la antigüedad greco-latina.

En aquel tiempo, el celebrado escritor ya muestra sincero pesar de que se le repute como hereje por los que, sin derecho para ello, a fuero de escritores titulados católicos puros, le excluían de la comunidad cristiana, picados de un aguijón cuya punta parecía envenenada, bien así por el rencor político y la rivalidad literaria como por un mal entendido celo religioso; y se acogía a la santa caridad de Cristo para defenderse de tamaña inculpación: "El empeño constante de ellos, escribía, es hacer pasar por impíos, por herejes a los que no lo son, como si eso no fuera faltar a la caridad, dejar de observar la ley de Dios, ser impíos ellos mismos", y con la Santa Escritura exclamaba: "En vuestra custodia, oh mi Dios, atravesaré el campo de mis enemigos; con Vos tendré fuerza y agilidad para salvar sus murallas".

Para Montalvo, la religión no era estrecha cárcel cuyas llaves han de manejar solamente unos pocos carceleros, sino que su concepto de la misma, entendida como el conjunto de las relaciones del hombre con Dios, **era algo elevado, profundo, extenso**; y quería que unos pequeños grupos de civiles, o unos cuantos sacerdotes picados de apasionamiento político, no la redujeran a **mezquinas lindes**, ni la hicieran **somera y sin asiento**.

En puntos dogmáticos, pueden citarse múltiples pasajes de "El Cosmopolita" en que, apartándose ya de una concepción religiosa vaga, abstracta y mal definida, confiesa expresamente los dogmas cristianos, tales como la maternidad divina de María y la divinidad de Jesucristo. Al referirse a la hermana de Moisés y a la madre de Jesús exclama: "Dios me guarde de querer igualar a esas mujeres de condición tan diferente la calidad sublime de ser una de ellas hermana del mayor y más santo de los profetas, la otra **madre de Dios mismo**, las separa de las demás personas **de su sexo y del género humano**" "Ni pretendí hacer comparaciones entre las mujeres paganas y las cristianas, ni menos dar la preferencia a aquéllas. Cada una en su lugar: **María** en el corazón y la cabeza, en la cabeza y los labios de la mujer, desde que nace hasta que expira".

Montalvo se muestra conocedor de las Santas Escrituras, libros a los cuales llama "fuente inagotable de virtudes, mar

de poesía y monumento digno de la inspiración divina". Como los grandes publicistas católicos, Balmes, Agustín de Hipona, don Juan vió claramente que la doctrina evangélica, es la única llamada por su influjo en las costumbres a abolir las diversas formas de esclavitud en el mundo. "El cristianismo, escribe, acabará por extirpar ese nefando abuso; pero tarda ... El Evangelio no sufre la esclavitud, el Redentor muere por el género humano y todo entero lo redime": palabras que demuestran el inmenso servicio que el Evangelio ha prestado y seguirá prestando a la humanidad doliente, y cómo, Montalvo, no fía sino en el cristianismo la liberación de las servidumbres gregarias, modernas y antiguas gangrenas del linaje humano. No es otro el remedio que pregonan actualmente los pontífices del proletariado, León XIII, Pío X y Pío XI para todas las esclavitudes, la del salariado, la de la desocupación, la del sensualismo, único y supremo remedio: el imperio del Evangelio, la divina libertad de los hijos de Dios; y Montalvo lo proclama así junto con la confesión expresa del dogma de la redención, puesto que dice: "El Redentor muere por el género humano y todo entero lo redime".

Dolido de los vicios escandalosos, verdaderas llagas de los pueblos que aún se dicen civilizados; dolido, también, de las tinieblas en que yacen las gentes que siguen al Corán, no vacila en afirmar que "si la ley de Cristo fuera observada, esas naciones serían curadas".

Ya el eminente crítico, don Gonzalo Zaldumbide hizo notar que "la palabra divina, el dogma inescrutable, el alto destino del hombre y su mísera terrenidad infundían a Montalvo un respeto lleno de sibilina admiración. Masón, hereje, le decían, afirma Zaldumbide, a él, cristiano a toda prueba, espíritu religioso que acataba sacerdotalmente la penumbra de los santuarios"

Apenas hay escritor mas lleno del concepto de la divinidad que don Juan Montalvo. Un reconcentrado teísmo circula por toda la contextura espiritual de sus hermosas producciones: siente a Dios, busca a Dios, llama a Dios con frecuencia tal, que su divino nombre es en su pluma invocación, apóstrofe y plegaria; él mismo lo expresó divinamente cuando escribió: "Todo viene al fin a parar en Dios, amigos míos: ora andemos perdidos por los laberintos de la antigüedad, envueltos en sus

tinieblas; ora salgamos a estos que nos parecen claros tiempos, el resumen de nuestros juicios y afecciones es siempre Dios. Sócrates le vió, Platón le vió, Anaxógoras le había visto antes; San Pablo, San Jerónimo, San Agustín le vieron después; nosotros le vemos ahora, nuestros hijos le irán viendo conforme vayan viviendo; demos de mano la disputa, porque en presencia de Dios, como dice el apóstol, la humana sabiduría no es sino locura; y lo que en Dios parece incuerdo, es más cuerdo que toda la sabiduría de los hombres, y lo que en Dios parece flaco, es más fuerte que toda la fuerza de los hombres”.

Montalvo y la

Iglesia Católica

También expresó sus convicciones, el ilustre ambateño acerca de la Iglesia Católica considerada como sociedad orgánica, en el *post-scriptum* de su polémica con los colaboradores del periódico “La Patria”, y en su carta de contestación a la de un anónimo sacerdote católico, documento de cortesía y comedimiento.

A la Iglesia Católica Romana, por contraste con la Roma imperial, un tiempo sede del mundo, la llamaba Jerusalén, “La Roma cristiana no es Roma, decía, esa es Jerusalén; y esta Jerusalén es bella, extensa, poderosa; su autoridad se reconoce en la mayor parte de la Tierra, es otra vez la señora del mundo”: que esta frase sea un tributo de reconocimiento de la autoridad pontificia en la sociedad cristiana de las almas, ciego estará quien no lo vea.

Muchos hay que han pensado que Montalvo es el campeón más pujante del liberalismo ecuatoriano, especialmente en lo que concierne a la separación absoluta de la Iglesia y del Estado, especie de dogma del sistema liberal propugnado por sus más calificados representantes. Don Juan no era partidario de esta separación, si hemos de creer en estas sus palabras: “felicidad no puede hallarse, **complázcome en deciros**, sino donde la Iglesia y el Estado **perfeccionan su unión** sin lastimar las prerrogativas de cada uno, sin llevar adelante pretensiones ambiciosas que acarrearán de continuo males y desgracias, evitables,

con solo un poco de moderación y justicia": simple enunciado literario de una tesis católica en toda su pureza.

Hay más: con acento de honda sinceridad y convicción, Montalvo no desperdició la ocasión de mostrarse, no solo admirador de la Iglesia Católica, sino ferviente convencido de sus méritos y prerrogativas, ¿qué otra cosa manifiestan, sinó, éstas palabras: "Jesucristo instituyó su Iglesia y la dejó los poderes necesarios para que se conserve y propague su doctrina **La Iglesia es santa e infalible**; los hombres pueden errar y aun ser malos: de esa buena y dulce madre, como la llamáis, no desconfiamos, la Iglesia tal cual la instituyó su divino Fundador, es con efecto, esa madre tierna y amorosa que no quiere sino el bien de sus hijos".

No he de discutir ahora el derecho de patronato tal cual lo defiende don Juan en su carta de contestación ya aludida: muchas frases hay, en efecto, en tal escrito que se prestan a equívocos y errores; ello no quita sus intenciones católicas bien reveladas en tal misiva. Los partidarios, por ejemplo, de que el Estado sea constitucionalmente laico, de que nada tenga que ver con la Iglesia de Dios; esos liberales que miran las cosas eclesiásticas como asuntos de sacristía, impropios de ser considerados en el derecho público, ¿qué pueden replicar a estos conceptos de Montalvo: "lo que ahora aconsejaría yo al Gobierno sería que, aprovechándose de la facultad que le concede la Constitución y la Ley dada por el Congreso de Colombia del año 24, **celebrase un nuevo concordato con su Santidad**, mas igual para ambas partes, menos expuesto a los peligros que tememos con razón, y más paternal y magnánimo de parte de **nuestro Padre Santo**. Si los pueblos no se avienen a esa clase de tratados, ¿por qué no hacerlos más adecuados para sus actuales circunstancias? . . . ¿Pío IX?--él no había de negarse a las exigencias de un pueblo católico, que, sino pidiese la efectividad de un derecho propio, no repugnaría pedirle una gracia, como a su padre sabio y amoroso".

He ahí a Montalvo, el llamado hereje, Montalvo el radical, Montalvo el injustamente tildado de masón, a cuya vista se santiguaban algunas beatas, cuya memoria era maldecida por algunas gentes; he ahí, digo, a Montalvo pidiendo y aconsejando nada menos que un concordato con la Santa Sede, lo que supone el reconocimiento expreso de la personalidad jurídica de

la Iglesia Católica, lo que implica la convicción profunda de los bienes que dimanar de la armonía de las dos potestades, lo que revela un vivo deseo de aprovechar esa enorme fuerza que se llama la Iglesia de Cristo, para el bien de la Patria ecuatoriana.

No es esto todo. No vacilo en afirmar que Montalvo hizo confesión expresa de su fe católica en "El Cosmopolita", y la hizo quejándose de que le denigrasen llamándole impío y hereje; y la hizo, consignando que el cristianismo es la religión verdadera, y que la Iglesia es fundada por Dios; y la hizo con las más ardientes frases de convicción que pudieran haber brotado de pluma de escritor alguno: oigámosle:

..... "No concluiré esta parte de mi contestación a vuestra carta, sin declararos sinceramente mi modo de pensar acerca del cristianismo y de la Iglesia, ya que los cortos alcances o la malicia de ciertos hombres mal intencionados me denigran con epítetos que estoy lejos de merecer. ¿Cómo había de tener menguada idea de esta casi universal sociedad cristiana, cuando veo los prodigiosos efectos que ha producido, no ya en las costumbres solamente, pero también en las inclinaciones del género humano? Una sociedad que tiene por fundador a un niño nacido en un pesebre, por sectarios a doce humildes pescadores, y que a la vuelta de cortos años se dilata por todos los ámbitos de la tierra, por fuerza ha de tener en sí mucho de extraordinario y divino. Acaba de nacer y ya llena la capital del mundo y sus provincias, según la idea de Tertuliano; acaba de nacer, y ya invade el Foro, las magistraturas, el ejército; acaba de nacer y el mismo Senado, tan amigo y defensor de los dioses, está por ella en su corazón. Los imperios más fuertes del mundo vinieron a tierra en un período más o menos largo; asirios, medos, persas, griegos y romanos, todos han tenido término, todos han pasado. El cristianismo, vive, se extiende cada día más, y gana terreno por todo el universo. Perseguido desde su nacimiento por los tiranos adictos a la gentilidad, no ha hecho sino crecer y desenvolverse: mil cristianos mueren hoy en el tormento, diez mil gentiles se convierten al otro día: ni las calderas, ni las tenazas, ni los leones pueden algo en el ánimo firme del prosélito del **verdadero Dios**: padece, muere en este mundo, pero va a vivir en el otro eternamente. Los dioses irritados se quejan a sus adoradores; más en vano

trueno Júpiter; el dulce, el tierno, el divino Jesús le ha desterrado de los corazones. Los dioses se van con la **llegada de Dios**, y el cristianismo reina entre los hombres. **Preciso es que semejante religión sea la verdadera**, preciso es que semejante sociedad haya sido fundada por la voluntad suprema. **Esto es lo que tengo en los más íntimo de mi alma**. Nunca seré contrario sino de la superstición, el fanatismo y los abusos de los malos sacerdotes”.

Ideas piadosas

Montalvo en sus primeros tiempos de escritor, cuando la polémica con otro de aventajada pluma como fue el señor doctor Modesto Espinosa, hizo de sus principios cristianos defensa tan prolija y en veces airada, que es imposible dudar por entonces de su doctrina religiosa.

Sus escritos titulados “Contra censura”, “Colaboradores”, “España y la Triple Alianza”, “La parte ilustrada del Ecuador”, “Juan Borja”, “Lecciones al pueblo”, “Comunicación con los espíritus”, “El Padre Yerovi”, “Del Juramento”, abundan en doctrinas, pensamientos, consejos, protestas, amplificaciones retóricas y sentimientos de sabor netamente católico y cristiano.

Cristiano debió ser el autor para alabar como alaba la cristiana humildad en “Contra censura”, **esa virtud**, según el, **por la cual nos postramos ante Dios, gran virtud que debemos desear para nosotros y para nuestros semejantes**; tan cristiano que protesta de que se le denigre en su carácter, pintándole como visionario y adicto a una **religión byrónica**; que se queja de que el encono de algunos de sus compatriotas haya ido al extremo de impulsar a inocentes sacerdotes para que “profanen el púlpito con prédicas irracionales”.

Si don Juan hubiese sido de veras un impío, o un convencido hereje, mas bien habríase gozado en los ataques provenientes de las filas del sacerdocio católico; y en vez de esto, apela al cristianismo extranjero en favor de su cristianismo, puesto que avienta a la cara de sus enemigos este juicio escrito en tierras lejanas y por extranjera pluma: “El espíritu de la filosofía cristiana simbolizado en la palabra **cosmopolita**, reina en el fondo de “El Cosmopolita”; y como si esto fuese poco, don Juan

agrega: “en la doctrina de Jesucristo nada hay falso, y no es religioso quien pervierte la verdad y se ocupa en el daño de sus semejantes”. Y para fin y remate de sus explícitas confesiones de fe, de su egregia pluma exala algo así como un grito del alma cuando escribe: “Lo que si me propusiera con ardor sería establecer el cristianismo puro y limpio sobre las ruinas de la iniquidad, la hipocresía y el fanatismo, y ojalá Dios me diera licencia para este santo apostolado, aun cuando el martirio fuera mi única esperanza”: éste es Montalvo, no solamente cristiano, sino anheloso de **padecer martirio por la fe de Cristo**.

“Colaboradores” es artículo todo entero una sátira hiriente y clásica contra quienes le expulsaban en sus escritos del campo de la religión cristiana, por móviles que no eran razonables y es, al par, una acerva crítica de los tiempos en que el catolicismo servía en ocasiones para el medro político, contraviniendo las que fueron y son enseñanzas pontificias sobre que **no se debe hacer de la religión medio de la política**: “En estos buenos tiempos de conversión, ironizaba don Juan, por la sacristía se pasa al Solio, y el que necesita **blanca**, haga negra su alma, que tiempo habrá para convertirse de veras”.

Hasta en sus disquisiciones de carácter internacional, en donde mostró su espíritu amigo de la concordia y la justicia imperatoria en la magna ciudad de todas las gentes, como en el artículo titulado “España y la triple alianza”, a la moral cristiana y al Dios nuestro invocaba, para exhortar que “ni de padre a hijo se ha de defender lo inicuo a todo trance”, para recordar que “no puede darse moral que nos prescriba obligaciones contrarias a la gran ley de la justicia universal, a la Providencia divina, que, en forma de buena fe y sinceridad, y de equidad, y de grandeza de alma, señorea los corazones hechos a la condición de Dios”

En su artículo “La parte ilustrada del Ecuador” muy claro repite Montalvo: “Bien está San Pedro en Roma: dejérmelo ustedes allí, y **no se empeñen en hacerme hereje a pesar mío**”, y juntamente con esto, trae consejos en que resplandece su grande afán de que Jesucristo impere no sólo en el individuo sino en la sociedad políticamente considerada: “Jesucristo hombre es un grande hombre, el mayor de todos, exclama; Jesucristo Dios, es el que mantiene en el mundo la virtud y tira la rienda del crimen. **La ley de Jesucristo debe ser no solamen-**

te ley religiosa, más antes ley política": ello es nada menos que constituir el Evangelio en supremo inspirador de la carta fundamental de los Estados, pensamiento que **coincide plenamente con el de García Moreno**, en cuanto a las directivas doctrinarias de gobierno

Si es verdad que en el artículo últimamente citado y en muchos otros de don Juan, particularmente en las Catilinares, aparecen sátiras saugrientas contra el clero corrompido y los malos católicos, en sus producciones de "El Cosmopolita", a lo menos, hay que convenir que tal labor no fue en detrimento de su fe cristiana. Allí mismo, donde Montalvo censuraba que "mientras están mintiendo o hablando mal del prójimo (ciertos católicos) por un bostezo se hacen cruces en la boca"; que "mientras la trampa y la perfidia vienen a felice cima, acaban de nombrar a Dios y Santa Bárbara"; allí mismo, digo, apostrofa protestando que todo eso no es ser cristianos: "Arbitraria, inicua gente, exclama, hacedme arder en las llamas infernales: mi Dios es mi favorecedor, mi amparador, mi curador; poderoso médico, ¿véis?, me toma, me saca de vuestro infierno, me lava con un agua divina, aplica su aceite a mis quemaduras, pone paños en mis llagas ¡Oh Dios! me voy contigo".

En el artículo titulado "Juan Borja", con suprema elocuencia defiende un pensamiento netamente cristiano, es, a saber, que no podemos conocer a ciencia cierta sin especial revelación, cual ha sido el destino eterno de una alma determinada, después de la muerte corporal, y que, no nos es dado afirmar con certeza la condenación eterna de individuo alguno, si se exceptúa Judas el Iscariote. Los humanos juicios en este punto marchan por un campo de probabilidades; la evidencia no es sol que alumbra este camino. Por eso, la tesis de Montalvo consiste en que no deben hablar los católicos desaprensivos de la condenación eterna de Juan Borja, "porque la misericordia de Dios es infinita", porque debemos suponer y creer que "el hombre que muere en el gremio de la religión, que muere con paciencia, perdonando los agravios, sin quejarse de la justicia divina, fue por ella perdonado, aunque haya sido gran culpable". "El hombre de bien, dice, debe temer agraviar a los muertos, ya por la majestad misma de la muerte, ya porque el agraviado puede ser uno de los convidados al banquete celestial".

Las "Lecciones al pueblo", son un capítulo de serena y majestuosa elocuencia semiprofética. En esta producción, Montalvo, adopta también un acento tribunicio para hablar a la ciudadanía en nombre de Dios, de la libertad, de la razón; en ciertos párrafos toma la voz del santuario y ella es como un eco bíblico de la eternidad que repercute en el tiempo. Y no es por cierto un tribuno racionalista, antes asienta en Dios el fundamento de la razón, puesto que dice: "No adores a la diosa razón; adora a Dios y sigue a la razón; sin Dios no hay razón, sin Dios no hay justicia, sin Dios no hay pueblo ni gobierno".

"El Padre Yerovi", ¿quién no conoce este artículo del gran literato? Todo lo que un católico ferviente, más aún, un católico piadoso, más aún, un poeta místico puede y debe decir en alabanza de los santos de Dios, se halla en esa producción panagírico armonioso en que están resplandeciendo la virtud y la santidad admiradas en grado excelso; allí, donde Montalvo sostiene y afirma que **"no está por demás en la asociación civil un penitente"**, que **"el privilegio de la virtud es el respeto aún de sus enemigos"**, que **"la virtud hecha de sí un ambiente que deleita aún a los malos, y que un hombre virtuoso es el resguardo de un pueblo, y un santo su corona"**.

¿Y cómo hallar testimonio más cabal de una convicción religiosa que el de don Juan en su artículo titulado "El Juramento". Su fe en el dogma del juicio universal está patente en estas palabras: "Aquel tribunal terrible donde se juzga en medio de la majestad de Dios y la pompa del universo reducido a un inmenso valle, ese es el que respetamos y tememos y ¡ay! de nosotros si no le respetásemos y le temiésemos? "Allá veremos, cuando con ojos azorados y cabellos derechos sobre la raíz, veamos y contemplemos el conjunto de nuestras obras puestas en la balanza del Juez que no se puede desautorizar con pesa fementida" "El pueblo desaforado contra los hombres es pueblo corrompido; el desaforado contra Dios, sacrilego".

Muy bien pensaba Gonzalo Zaldumbide cuando escribió: "Si Montalvo hubiera tenido como su compatriota el quiteño Espejo un hermano cura o freile a quien darle sermones hechos para que los luzca desde el púlpito en festividades, habríanos dejado, acabadas piezas de oratoria sagrada: pues a nada pa-

recía entregarse con el alma entera como a la sublimidad de los pensamientos que dilatan una autoridad majestuosa en una atmósfera recogida al soplo del misterio”.

Montalvo y el Clero

Uno de los capítulos que no deben pasar desapercibidos u olvidados, es el que se refiere a la actitud de Montalvo con el Clero.

Sin acertado discernimiento crítico es fácil buscar en las producciones montalvinas páginas enteras escritas en contra de los sacerdotes, lo mismo en “El Cosmopolita”, que en los “Siete Tratados”, que en “Los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes” y también en “Las Catilinarias”, lo que puede inducir a sentar esta proposición: Montalvo fue irreconciliable enemigo del clero católico.

Tesis podría ser esa autorizada con profusión de argumentos más no podría sostenerse sin que sufra contrarresto. A muchas citas de los libros de don Juan favorables a la demostración, podrían oponerse otras numerosas que la impugnen; ello significa que la conducta de Montalvo a este respecto fue variante; iba al compás de las circunstancias e impresiones de su vida de escritor de combate.

Débase afirmar que tal contraste de contradictorias apreciaciones se encuentra en Montalvo, no solamente en punto al Clero, sino también en lo relativo a sus mismos principios católicos y a la Iglesia, según tendremos ocasión de demostrarlo al tratar de la Mercurial, obra encumbrada del orgullo herido.

Entiendo, sin embargo, que la crítica exige no limitarse a anotar contradicciones, sino explicarlas. Hombre como Montalvo no era un loco, cuyos actos obedecieran únicamente a una psiquis enferma. Influían en sus cambios ideológicos, su temperamento, la violencia de los ataques que hubo de sufrir de sus adversarios, el ambiente y circunstancias políticas y sociales hostiles a su labor, y, en suma, sus pasiones exaltadas.

Ya el ilustre español Valera, aunque sin explicarlas, anotó estas rarezas de Montalvo comentando el tratado contra un pseudo-católico, en el prólogo de la Geometría Moral, cuando dijo: “manifiesta su manera (en aquel tratado) un tanto cuan-

to racionalista y quizás más liberal que ortodoxa, de concebir, de aceptar y de venerar la Religión cristiana, contraponiéndose no poco el fervor con que la acepta, y sin duda la admira como la definitiva religión del linaje humano, con sus tremendas sátiras y audaces diatribas contra el Clero secular y regular, y contra la disciplina y jerarquía de la Iglesia”.

¿Querrá eso decir que Montalvo careció absolutamente de convicciones católicas y cristianas, que cuanto escribió en loor de Cristo y de su Iglesia, era retórica pura y puro idealismo que ni profesaba ni sentía? . . . Muy lejos de esto; tengo para mí que sus convicciones cristianas y católicas, tuyas fueron de corazón, aunque en su mente y en sus afecciones la luz padeció eclipses obscurecida y opacada por amargos trances y dolores de su vida de combate.

No hay que olvidar que los sufrimientos de Montalvo surgían en un medio social cuyas directivas ideológicas, en buena parte, tenía en sus manos el Clero, y a éste atribuía él mismo sus pesares, y, por eso, sus olímpicos resentimientos llegaban a efectuar su sensibilidad exacerbada, aún en lo relativo a la creencia. A esta causa, no hay que pedir a don Juan noticia de sus convicciones religiosas, cuando, según el mismo decía de sí propio, se sentía **“pensamiento descarriado, corazón perverso”**; hay que inquirir por ellas cuando ninguna mala pasión le fatigaba, cuando se hallaba tranquilo y sereno.

Sabido es que no hay nada más difícil que ser siempre el mismo hombre; ya lo apuntó el ilustre ambateño diciendo: “el hombre es el puntero que a su tiempo va llegando a todas las horas: estas horas son los bienes y los males”. Bien puede vivir por otra parte, una convicción religiosa, en el fondo de la conciencia, por modo constante, aunque las obras la contradigan; aún más, aunque esas obras en un momento de exaltado apasionamiento traigan un pensar opuesto al antiguo: siempre estaremos obligados a discernir la obra de la pasión, de las puras y serenas convicciones del espíritu.

A este modo parece, por ejemplo, que el verdadero pensamiento de Montalvo respecto del Clero se halla en la serena carta titulada: “Una provincial, no de las de Pascal”; allí se expresa así: “Y ¿de qué principios y datos ha formado Vuestra Reverencia la convicción de que soy enemigo de los religiosos en general, y que no tiene uno más que ser fraile para que tenga

en mí un enemigo? Si hubiera dicho que no tiene uno más que ser malo para que tenga en mí un enemigo, habría dado en lo cierto. Pero como estoy ajeno de creer que los crímenes y los vicios se vinculen solamente en el Clero, bien puede ser que parte de la clerecía merezca mis consideraciones y respetos. Pero si digo que a un sacerdote corrompido y perverso aborrezco mas que a un soldado perverso y corrompido: ¿qué corolario resulta aquí? que un venerable monje, que tiene a Cristo en el pecho, que practica la virtud, y de cuyos labios mana la sabiduría, es para mí como Crisóstomo o Cipriano: la virtud encarnada, la virtud en forma humana, es Dios multiplicado, Dios en todo tiempo, y lugar. ¿Me dirá Vuestra Reverencia que soy enemigo de Dios? Mira, Padre, mira lo que dices; te cedo en sabiduría; en respeto a la Divinidad, ni un punto.

¿También Vuestra Reverencia será de los que se empeñan en tenerme por diferente de lo que soy? En los demás ese empeño es de mala fe; en los hombres de buena fe, como su Reverencia, ese empeño no sería sino falta de noticias fidedignas. Actúese en mis escritos, infórmese de mi conducta y dígame Vuestra Reverencia ¿qué otras palabras mías son para calificarme de ciego enemigo de la clerecía?; qué discursos, que páginas, qué acciones mías han refluído contra ella?; ¿de que manera persigo al Clero, cuándo me presenté su implacable enemigo? Si el vicio se me pone por delante, doy con él en la tierra, es verdad, aunque venga coronado de mitra, con cayado de pastor y lleno de escapularios; empero la caridad, la mansedumbre evangélicas, el plácido sufrimiento del verdadero cristiano, son Cristos para mí; ante ellos me postro; sin temer la risa del impío ni los sarcasmos del impúdico filosofante. Sed buenos y podéis ser frailes; no os perseguiré por lo segundo, y os acataré por lo primero”.

Los “Siete Tratados”

Los “Siete Tratados”: son las producciones más conocidas de Montalvo. En ellas trató, al modo de los ensayos de Montaigne, de asuntos extraños en general a la religión, como la Nobleza, la Belleza, el Genio, “Los Héroe de la Emancipación Americana” , “Los banquetes de los Filósofos” y “El Bus-

capie". Sin embargo, en ciertos párrafos y episodios de estos libros, no dejó su autor de traslucir principios e ideas relacionadas con la religión.

En el tratado de la Nobleza, ya en su comienzo cuéntase Montalvo entre los que, a fuero de creyentes, reconocen un solo origen al género humano, bien que sustenta renunciar al aspecto filosófico de la cuestión porque "la fe dice, es holgazana que vive sin trabajo; la duda la irrita, la investigación la mata": es el creyente que quiere invadir la jurisdicción del filósofo, y así, lanza un equívoco literario inficcionado de error; porque en buena filosofía se estudian los motivos de credibilidad, sustentáculos de la fe religiosa, que demuestran que esta fe, **dulce esperanza de las cosas que no se ven**, descansa en sólidos y razonables fundamentos. Así la creencia no es holgazana, puesto que se investigan los motivos de creer, ni tampoco ciega, puesto que se basa en la razón. Metido a filósofo don Juan, extrañamente invadía campo ajeno a su especial ingenio y cultura, y no es mucho que incurriese alguna vez en errores que no se distinguen por supuesto en los "Siete Tratados", a mi ver, por la mala fe ni por la contumacia.

Mientras tanto, en los mismos "Siete Tratados" se pueden anotar pensamientos de la más pura ortodoxia, como cuando afirma, en el de la Nobleza, que "Raoul Rigault y Ferré le han dado un golpe mortal a la democracia irreligiosa"; que, **"la democracia pura y santa tiene necesidad de Jesucristo"**. Tampoco admitió el evolucionismo para explicar el origen del hombre: "La unidad de nuestra especie, dice, no es dudosa sino para el escaso número de sabios, cuya sabiduría bastardea con la ignorancia de peor linaje". "El que alza la frente al cielo y se contempla poco inferior al ángel, vale más que los sabios cuya gloria se cifra en su deudo con los chimpancés, y los mandriles de las selvas africanas".

En esa misma obra, Montalvo expresa que "uno de los encargos de Jesucristo fue la fundación de la libertad y con la cruz por delante han ido siempre los benefactores del género humano". "Con gusto, dice he oído después a otro sacerdote (quizá La-cordaire) que en los brazos de la cruz pendían fracasadas las cadenas del mundo", "Jesucristo, se registra en otra parte del tratado de la Nobleza, tuvo origen noble y consagró la democracia; fue descendiente de reyes poderosos y san-

tificó la pobreza, su cuna fue rodando en humilde pescbre, sus humildes pañales y la modestia con que vivió siempre, dan a entender que la humildad es el título más ilustre para con su Padre”.

“El Cura de Santa Engracia”, en el mismo mencionado libro, es la más diestra descripción moral de cómo debe haberse en el trato de las almas redimidas por Jesús, un verdadero sacerdote. Aquel cura es un perfecto dechado de caridad cristiana en todas sus manifestaciones, y su carácter viene bien para modelo del sacerdocio aún en los actuales tiempos; pues, muchos curas de Santa Engracia podrían acabar con la gran cuestión social y el antagonismo de clases, en cuantas son las naciones civilizadas del mundo que en su seno cuentan con buen Clero. Presbíteros de esta clase serían salvación segura contra el Comunismo y Socialismo que amenaza a los pueblos, Socialismo y Comunismo que don Juan llamaba “azotes de las modernas sociedades” (en su artículo de “El Cosmopolita” titulado “La virtud antigua y la virtud moderna”). Y en otro lugar “sea como quiera la propiedad existe, siga adelante como está, haya pobres y ricos: los unos gocen de sus riquezas, los otros quedémonos al Señor”. Y más allá añadía: “La sociedad humana es una escala; escala sin escalones no puede haber: suprimid las clases sociales y dicha sociedad queda suprimida”. De aquí se desprende, también, que Montalvo era un cristiano opuesto a los desmanes socialistas y comunistas.

A continuación del mismo episodio de “El Cura de Santa Engracia”, tan bien entiende Montalvo la Cristiana Religión, que crítica a quienes quieren valerse de la fuerza para propagarla; “Queréis, dice, cojernos en la calle a los herejes y boquiabriéndonos con una artimaña de madera, darnos a viva fuerza el cuerpo de Cristo”

Entre los mártires de la Religión Cristiana encuentra el autor **modelos dignos** de ser imitados, y aún de sí mismo confiesa este anhelo de imitación al escribir: “Santa Teresa de Jesús elevada a la inmortalidad en esos éxtasis sublimes que le ponen en contacto con los seres divinos, y la hacen gozar anticipadamente de una ráfaga de gloria eterna, esa es la que me causa maravilla e infunde **anhelo de una imitación imposible**” “Santa Mónica madre de San Agustín, tomada de ese amor de los serafines, practicando las obras de misericordia, colgada

del Señor todopoderoso y misericordioso para que llame a su hijo querido: esa es la santa”.

La penitencia prolija y constante que macera las carnes, se gasta en exteriores ceremonias y daña la salud, ciertamente no tuvo un defensor en Montalvo, más bien prodigó contra ella su sátira cruel e ironía punzante; porque tenía entendido que tales excesos, si así pueden llamarse, obedecían a un concepto fanático de la penitencia.

Trató también don Juan en los citados libros muy especialmente del Infierno. Al rememorar los pecados y delitos de los paganos antes de Jesucristo, cierto es que pregunta: ¿“a qué infierno hubieran éstos ido?; más, a mi ver, este interrogante no envuelve negación del infierno, ya que se contiene en un párrafo destinado únicamente a ridiculizar el malsano afán de ciertos católicos impulsivos, de amenazar con un infierno **sui generis** a todo aquel a quien no guardan simpatía o reputan su enemigo. Tanto no niega Montalvo el Infierno que escribe; “Lejos nos hallamos de pensar que el infierno sea creencia perjudicial, ni siquiera inútil para el género humano. Si no existiese el infierno sería preciso inventarlo, como ha dicho un filósofo hablando de Dios”

“La idea de las recompensas y castigos futuros es idea de todas las religiones, y **está fundada** en el principio de la justicia universal, la **justicia divina**” “Mas como nuestros peores delitos, cuales son los que cometemos en lo profundo del pecho contra nuestro Creador y Padre, quedan impunes en la tierra, justo es pensar que hay algo allá de terrible y no sospechado por nosotros” Y aún de modo explícito confiesa Montalvo el dogma del infierno en esta su frase: “en mi humilde entender, yo no difiero de los más creyentes, sino en la naturaleza de esas penas y recompensas, y en la arbitrariedad con que nuestros sacerdotes condenan a los que probablemente Dios recibiría en su regazo”. Da a entender, conforme al texto, que difería de ciertos creyentes en cuanto éstos llenaban el lugar de los suplicios con otros iguales a los que conocían en la tierra. Por lo demás, el infierno en que creía don Juan era precisamente teológico, según lo da a entender cuando dice: “La ausencia de Dios produce las tinieblas y estas tinieblas son sin frío ni calor, sin hambre ni sed, sin goces ni dolores; mas causan en el alma el convencimiento de una existencia sin fin (de ahí el

infierno eterno) metidos allí en esa vasta nada, viviendo la muerte perdurable: este es el infierno”.

Si es cierto que gasta atrevidas brontas contra el infierno, cuida de expresar que no lo hace según lo concibe el dogma católico, sino contra el infierno conforme al parecer de algunos eclesiásticos, acomodaticio al sentir popular de cristianos ignorantes; mas reconoce que sacerdotes hay que no merecen censura en estas predicaciones del infierno, puesto que escribe: “La regla no es general: hombres hay entre los eclesiásticos, de inteligencia y saber, y algunos que pudieran entrar en docena, con los mejores del viejo mundo”.

En los “Siete Tratados” hay una defensa de los escritores latinos y griegos del paganismo, en cuanto suministraron armas intelectuales a algunos santos Padres de la Iglesia para mejor y más alta explanación de la doctrina católica. A este propósito recuerda, por ejemplo, al insigne San Agustín, quien no echaba menos en “el Hortensio” de Cicerón, sino el nombre del Salvador.

¡Cosa admirable!, en los mismos “Siete Tratados”, de la página 321 a la 326 de la edición de París, con prólogo de R. Blanco Lombona, Tomo I, se contienen los más explícitos reconocimientos de la divinidad de Jesucristo que hubiese hecho Juan Montalvo. Es allí donde dice: “Pudiera yo holgarme con el silencio respecto de cargo tan gratuito como temerario, de afirmar que soy enemigo de Jesucristo, yo, que no puedo oír su nombre sin un delicado y virtuoso estremecimiento del espíritu, que me traslada como por ensalmo al tiempo y a la vida de ese hombre celestial” “Suponiendo que el Redentor no hubiera sido sino persona mortal, yo, y todo hombre de bien, haría lo posible por imbuir a los pueblos en la idea de que era Dios. Si despojásemos a ese gran profeta de su carácter divino, pondríamos a las sociedades humanas al borde de un abismo: el hombre no basta para contener al hombre: es necesario el Dios” “Los ateos que trabajan por destruir a Dios, son la figura de los anticristianos que se consumen por robarle la divinidad a Jesucristo. Así como no alcanzo cuál sería la ganancia de los hombres con perder por convencimiento su Creador; así no descubro su adelanto con dejar en Jesucristo un individuo simple y llano como nosotros. Si es error el mío, ¡no me lo arranquéis! ese error me consuela, me salva”

“¿Con quién sustituí a Jesucristo, tal cual le conocemos y adoramos los cristianos, ¡Oh vosotros que estáis andando tras Él con el hacha de la Commune”: “Dejadle a Jesucristo como es y como está: si le quitáis la divinidad, dajáis una caparazón no mayor y más excelsa que la de Mahoma, o la de cualquier hombre hábil de los que han conseguido embaucar al mundo y volverle su esclavo en provecho del error y la soberbia” “Si el Cristo compuesto de las dos Naturalezas, la divina y la humana, **no prevaleciera en mis afecciones**, yo no caería en el error de Renán” etc. “Ese pelo de belleza inefable; esa barba en forma de herradura de color indecible; esa mirada casi infinita, donde la inmortalidad está yendo y viniendo en ondas de gloria; esa boca por la cual se asoma a cada paso el verbo divino; ese porte majestuoso; esa mansedumbre grave; ese amor que experimenta e infunde como afecto superior a la humano; todo, todo está probando que en ese hombre hay algo divino, hay algo de humano. Seré tan hereje como gustéis, católicos de la cuchilla; mi Jesucristo, dejádmelo así como lo describo y le guardo en mi profundo pecho”

En “Los banquetes de los filósofos”, ridiculiza la gula, ambición y soberbia de ciertos elementos eclesiásticos, no sin sembrar de paso verdades que sería largo transcribirlas, tomadas todas generalmente del valor y eficacia de las virtudes cristianas.

En “El Buscapié”, al refutar la idea de los que admiten que todo hombre es dueño de su suerte, dice: “tan duros pensadores no recibirán sin duda la recompensa que el hijo de Dios tiene ofrecida a los que ejercen la caridad movidos santamente por la misericordia”. Allí presenta, asimismo, un cuadro conmovedor del bíblico Job, modelo de paciencia ante los más crueles infortunios de la vida, sublime holocausto de dolor ofrecido en aras de la voluntad divina.

En los días que escribimos esta modesta contribución para celebrar el centenario del nacimiento de Montalvo, el sabio y virtuoso dominicano Padre Alfonso Jerves, está dando a la publicidad en “La Corona de María” unas valiosas **Notas Críticas** sobre los Siete Tratados. La tesis general de este estudio parece encaminarse a señalar verdades, bellezas y defectos de esta obra. Quizás el pensamiento capital de dichas Notas pudiera concretarse así: “en Los Siete Tratados hay dichos de Mon-

talvo paralogísticos, parcialmente ilógicos y demasiado declamatorios, o sofisticos, o no de la mayor belleza y la mejor doctrina": Montalvo "tampoco es del todo exacto y verdadero en raciocinio, en doctrina, en erudición, en la filosofía de la frase y en los juicios históricos y sociológicos": esto en cuanto a la parte profana y con las propias palabras del digno sacerdote. En lo que se relaciona a la parte religiosa el Padre Jerves dice de Montalvo que, "sea efecto de ofuscación mental más o menos parcial y transitoria, sea efecto de conocimientos teológicos y dogmáticos no todos ellos genuinos ni bastantes; sea efecto, en fin, de precipitación de pluma al consignar por medio de esta su pensamiento; en **ciertos pasos** no se expresa en lo doctrinario sino tal como si hubiese sido un pagano de Grecia, o bien de Roma".

No he de negar que, analizando dicho por dicho, pensamiento por pensamiento, frase por frase, de los de Montalvo que en los "Siete Tratados" préstanse al comentario, según lo hace el erudito Padre Jerves, puede quedar comprobado lo que éste sostiene en sus Notas Críticas; mas, el mismo respetable religioso y docto escritor está haciendo mérito en su publicación **expresamente** de "las sentencias del señor Montalvo que llama dignas de recuerdo eterno, a título de intrínsecamente verdaderas"; de su espíritu del ilustre ambateño "**nativamente orientado hacia la verdad, que a ella se rinde y la sirve de frente**"; **luz y sombras, dice, así las páginas del señor Montalvo**".

En punto a convicciones religiosas, parece que, para sorprender en toda su realidad la modalidad característica de una alma, se ha de acudir a los instantes en que es iluminada por la luz de Dios, puesto que se rinde a la verdad y la sirve de frente. horas frecuentes en el autor de los "Siete Tratados"; se le ha de sorprender en el fervor con que expresa aquellas verdades dignas de un recuerdo eterno; se le ha de estudiar en principios básicos de la creencia, no contradichos por el mismo autor a la sola luz de su razón serena, bien que, en ocasiones, no mas que eclipsados por la sombra de la pasión casi siempre muy mala consejera.

Varón como Montalvo, que expresa doctrina tan elevada y cristiana, convicciones tan puras como las que hemos visto, sobre Jesucristo, su Iglesia, sus dogmas, convengamos que tiene la característica de **católico-cristiano**, bien que en **ciertos**

pasos se exprese a lo pagano, con tal que ellos sean de los menudos, pasos entre sombras; no ya esos gigantescos pasos con que el hombre camina hacia su Dios, cuando le mueven los divinos arranques de la fe, esa que en veces no requiere precisión y exactitud teológicas, graves de exigirse, además, en tratados meramente literarios; esa fe que es la nota predominante de su espíritu y constituye su más acendrada gloria.

“Las Catilinas”

“Las Catilinas”, libro de diatribas inmortales, donde su autor se propuso solamente dar ancho cauce a su vena satírica contra gobernantes, en su sentir, indignos de una república democrática; donde elevó un magnífico trono al ridículo en todas sus formas y manifestaciones literarias, servido por la erudición, por las musas, por la elocuencia, y por el buen decir de la más rancia stirpe clásica; no dejan de contener demostraciones del espíritu cristiano de Montalvo en las variadas y amenas digresiones de que están compuestas.

En ese libro expresó don Juan lo que sentía sobre la pena eclesiástica de la excomunión; no se burlaba entonces de ella, porque no estaba encolerizado, sino sereno; y escribía: “al que prescinde de los principios religiosos, la Iglesia le pone fuera de su gremio: al que los encarnece, le maldice y tacha de sacrílego La excomunión es pena de las grandes almas en todas las religiones”

En cuanto a la masonería, la primera catilina contiene una frase que da entender lo que Montalvo pensaba respecto de ella, cuando inculpa entre sus faltas a Veintimilla, el haber puesto de Ministro del Interior y Relaciones Exteriores a **un masón expulsado de una logia de Lima y previa sentencia condenatoria**. Es de creerse, por lo mismo, que al vivir don Juan en los tiempos contemporáneos, habría reproducido este juicio en casos semejantes. Rerifiéndose en la segunda Catilina a una ocasión en que pudo escapar del destierro, exclama: “Dios me salvó sacándome de la mano a medio día por entre sus enemigos y los míos”: en donde está patente su criterio providencialista en el gobierno de los individuos.

En esta misma Catilinaria, en nombre de los mandamientos de Dios proclamados en el Sinaí, estigmatiza la violación de los mismos en frases de encendido fervor religioso, y entre dardos de punzantísima ironía.

En la tercera Catilinaria, sufraga por la doctrina del Conde de Maistre y afirma que "el gobierno temporal de la Providencia está palpable en ocasiones".

En la cuarta Catilinaria, expresa Montalvo su opinión sobre la muerte de un santo y la prefiere a la del filósofo: "Muerte de filósofo, dice, ilumina hacia atrás y baña de verdad el campo de mentiras; muerte de santo endereza lo torcido, aclara lo oscuro y borra las huellas con que el perverso va señalando su vida reprobada"; alaba el arrepentimiento cristiano seguidamente diciendo: "ese acto de no tener por cometidos los pecados, por no ejercitados los vicios, cuando un triste vuelve los ojos al cielo y llora sus culpas, es uno de los misterios más hermosos con que la religión vuelve amable a la divinidad" "Vivir mal y morir mal es lógica del infierno a cuyas sutilezas, no pueden responder los que, sin voluntad para las virtudes, se ven faltos de esa sabiduría con la cual le llevan cuesta abajo a Satanás los que estudian en la escuela de la moral y del temor de Dios" . . . "Vivir bien y morir bien, aun en el circuito de la modestia, es el destino más apetecible"

En esa misma cuarta Catilinaria, Montalvo expresa su afán de quedar solamente bien con Dios y no con los hombres, escribiendo: "Pues sepan cuántos son nacidos en esta tierra de murciélagos, que yo no soy consecuente sino con Dios, con la honra y con la Patria, y que mis acciones están fundadas en la moral según mi leal saber y entender". Aquí, llevado de su afán de servir a Dios, demuestra profesar una moral individualista, que no es precisamente la moral cristiana; más, si bien se examina, pudo referirse a la inteligencia que cada cual tiene de la misma moral cristiana, según sus capacidades intelectuales y las circunstancias de los actos.

A veces, Montalvo se siente tomado del deseo de entrar en la Inmortalidad de Dios, saliendo de las miserias de la tierra, quiere huir como Fray Luis de esta cárcel honda, oscura de soledad y llanto, en pos del Inmortal Seguro, y escribe: "Apoyó ni en sombras; galardón ni en sueños Tal es la suerte del patriota y del tribuno en país como ese (El Ecuador)

con cuyas sombras quiso tenerme oscuro la Providencia de Dios" "Yo bien quisiera levantarme sobre la palabra divina, como Enoch, o sobre un globo de fuego como Elías, e ir a esperar el juicio universal en **el paraíso**": he ahí clara como la luz su ansia de la salvación eterna

En la séptima Catilinaria hace el elogio suscito, uno por uno, de los mayores padres de la Iglesia Católica, como Ambrosio, Agustín, San Juan Crisóstomo, los Antonios, los Jerónimos, los Atanasios; y lo que es más, es allí donde formula una pregunta de todos los tiempos en nuestra Patria: "**Cuándo tendremos ciudadanos austeros y útiles?** y Montalvo se responde a sí mismo diciendo: "**cuando tengamos escuelas donde la religión y la moral, escamondadas de pillerías, entren con las primeras letras en el corazón de los niños**" He ahí al tenido como caudillo del laicismo liberal, proclamando **la necesidad de la religión en la enseñanza**. No solamente esto; a continuación se duele de que en la misma ínclita Francia haya como doscientos mil hijos del pueblo "que no saben leer, escribir ni contar; no saben la doctrina cristiana **ni la señal de la cruz**".

Para Montalvo, la amistad con alguien valía mas, si los amigos eran además compadres, y por esto dice en la novena Catilinaria: "que la amistad era santificada en cierto modo, por los vínculos de ese **parentesco sagrado** que contraemos en la pila bautismal". En esta misma producción nombra a Jesús y dice: "Jesús. . . ya le nombramos a esta dulce persona (como que no debiera estar su nombre en las Catilinarias) Jesús es bueno, compasivo, misericordioso, Jesús era compasivo aun con los perversos en cuanto eran capaces de arrepentimiento, mas esto le correspondía a El por su parte divina".

Montalvo, en la duodécima Catilinaria, alaba al buen sacerdote en estos delicadísimos términos: "Oh tú, hombre bondadoso que tienes en mucho las humildades del Evangelio; que lloras en silencio las desgracias de tus semejantes. y estás pidiendo a Dios el perdón de sus culpas; que alargas el brazo para llamar, no para rechazar a los que llevan sobre los hombros le pesada carga de libertar e ilustrar a pueblos esclavizados e ignorantes, tú que sientes hervir en tu pecho la santa ira de la justicia burlada, la religión ofendida, las virtudes echadas a los animales inmundos; tú, hombre bueno, buen sacerdote y buen

ciudadano; tú no me miras con horror ni me entregas al enemigo malo"

Por fin, Montalvo es espíritu tan puesto en los senos de la Divinidad, que en Dios encuentra no sólo su amparador, sino su vengador e invoca su paciencia hasta por su aspecto temible, al decir: "La paciencia de Dios es silencio de muerte; cuando El dice en la Escritura: **acallaré mi furor**", los perversos se ponen a dar diente con diente. Dios acalla su furor contra los peores; su paciencia es sentencia de muerte y condenación".

Montalvo há vertido, pues, en las Catilinarias pensamientos que demuestran hasta la saciedad su espíritu ampliamente religioso y cristiano.

Finalmente, el señor Camilo Destruge acaba de publicar en la edición de "El Día" correspondiente al 1º de Marzo de 1932, una valiosa carta de Montalvo dirigida a los señores Daniel Martínez Orbe (eclesiástico) y Nicanor Arellano Hierro, fechada en Ipiales el 20 de Setiembre de 1875, en la cual se registra una singular frase. Le hace hablar a don Antonio Borrero y protestar una y otra vez (**erre** que **erre** dice) de que **es católico**, y entonces Montalvo expresa: **así nos lo pensábamos nosotros y por eso es usted nuestro candidato**". Ello manifiesta claramente que Montalvo tenía el catolicismo de Borrero, como el motivo especial para presentarle candidato a la Presidencia de la República. Ahora hay liberales, al revés de Montalvo, que, como primera cualidad del presidente electo o por elegirse, quieren que sea anticatólico y come-curas.

La "Mercurial Eclesiástica"

En esta obra de Montalvo tenemos algunos puntos dignos de consideración, y es el primero la materia de que trata, a saber, la refutación de una pastoral de Monseñor José Ignacio Ordóñez, fechada en Quito el 19 de Febrero de 1884.

El Arzobispo de Quito había condenado los "Siete Tratados", según se contiene en el referido documento eclesiástico, por varias razones: "porque Montalvo se muestra muy a las claras enemigo, no solamente del Clero, sino de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana; porque contiene proposiciones heréticas, máximas escandalosas y principios contrarios a los

dogmas revelados; porque en los "Siete Tratados" su autor acusa de error a la Iglesia Católica y reprueba el culto de las sagradas imágenes; porque en esa obra Montalvo habla de la eternidad de las penas del infierno, de una manera tal, que da a entender muy a las claras que no cree en ese dogma, o hace como si no lo creyese, burlándose de él; porque la lectura de ella no puede menos que causar grave daño a la honestidad de las costumbres; porque el escritor dobla la rodilla ante nuestro Redentor, pero es para darle sacrílegas bofetadas en su rostro divino; porque el desgraciado escritor nos ha regalado en sus "Siete Tratados" una nidada de víboras en cestillo cubierto de flores"

Esta condenación de su libro produjo en don Juan Montalvo un estremecimiento tal de su ánimo levantado, que le encendió en uno como espantoso furor: la cólera del genio. Se ha dicho que la ira es una locura de corta duración, en don Juan se produjo una ira razonada, si se permite la frase, una ira persistente que le inspiró nada menos que todo un libro, **obra exclusiva de su soberbia irritada**. Más podríase decir que al expresarnos así, calumniamos el carácter verdadero de Montalvo; por tanto, dejémosle hablar a él mismo de su propio carácter y temperamento; pues, nadie se conoció ni calificó mejor a sí mismo que don Juan. En su artículo "Comunicación con los espíritus" dice: "Al oírme dudaréis si en verdad soy hombre real o si pertenezco a la legión inmensa de esos que con el nombre de espíritus pueblan los cielos y los aires; yo mismo no estoy cierto: a veces hombre y muy material, y muy apocado, y muy terreno; a veces alma pura, espíritu divino que vuela y se encumbra, y se empapa en la luz de Dios y le canta en la lengua de los ángeles a veces ¡ay!, preciso es decirlo todo, ente extraño, pensamiento descarriado, corazón perverso que se goza en su propia tortura y rueda en un fluido negro, pestilente que trasciende a infierno ¿quien no ha sido bueno y malo en su vida? De estós me soy, amigo, habéisme tomado en un instante de franqueza; compadeceed y callad".

En la "Carta de un padre joven", también don Juan habla de sí mismo y escribe: "de todo lo que fui nada soy ahora, sino al contrario, un hombre mísero abandonado de la suerte, dejado de la mano de Dios, porque a veces se me entra Satanás en el cuerpo y me hace gritar contra el cielo y la tierra"....

“Que no siempre soy bueno es indudable, ocasiones hay en que de buena gana clavaría un puñal en el pecho al género humano, si fuese una sola persona; más no porque le tenga por bueno, sino al contrario, por parecerme tan inicuo, que merece la muerte. La virtud tiene sus peligros; deseirla pura casi es aborrecer a los hombres....” “Días hay que quisiera no ser yo; un mal desconocido me inficiona el alma; la vida es una enfermedad para mí; deseo la muerte y la llamo con cólera; no viene y rompo a quejarme de ella”

¿Los motivos de la condenación de los Siete Tratados expresados por la Autoridad Eclesiástica en su pastoral, se conforman acaso con lo que contiene el texto de esos libros?.... Contestar a esta pregunta reclamaría un libro. Tratándose de Montalvo, quedan muchos puntos históricos por dilucidarse, como la posición que tenía en el partido conservador el señor Arzobispo doctor don Ignacio Ordóñez, de quién dice el señor doctor don F. González Suárez en sus “Memorias Intimas” haber acaudillado aquel partido: el ambiente de opinión que pudo haber creado respecto de Montalvo la situación política de aquel Obispo; quién tuvo la iniciativa en cuanto a denunciar como dignos de condenación los Siete Tratados: si la tuvo el mismo Obispo, u otra, u otras personas ante su Autoridad: quién fue el censor nombrado por el señor Ordóñez para el examen teológico-dogmático-moral de los Siete Tratados: cuál es el texto de su informe, y si la pastoral condenatoria fué escrita, o tan sólo suscrita por el señor Arzobispo.

Hemos sido informados de que el censor de esta causa y quien escribió el informe previo a la condenación del libro, fue el señor doctor F. González Suárez por entonces secretario de la Reverendísima Curia. Otra persona digna de crédito, mi distinguido amigo, el Sr. Dr. Dn. Luis Felipe Borja P. nos ha dicho haber oído al señor González Suárez que creía que quien redactó la pastoral condenatoria fué el R. P. Manuel Proaño S. J.

Sea lo que fuere de tales puntos históricos, ajenos de mi asunto, es lo cierto que la Mercurial es el gran momento en que Montalvo incurre en franca contradicción con sus convicciones católicas y cristianas. Para valernos de sus propias palabras, es la hora en que se muestra **ente extrañó, pensamiento descarriado**, y rueda en un fluído negro, pestilente que trasciende a infierno; de veras parece **dejado de la mano de Dios**,

que Satanás le entra en el cuerpo y le hace gritar contra el cielo y la tierra; entonces sí, como si deseara que el clero fuese una sola persona para clavarle un puñal en el pecho; un mal desconocido (mezcla de muchas malas pasiones) le inficiona el alma y se produce en forma literaria siempre, pero con frecuencia proclive al bajo insulto, la calumnia y la diatriba.

Henchido de resentimiento parece que abjurara de su catolicismo cuando dice: “¿A qué hora ha de ser uno católico con semejantes guardianes del catolicismo?” Con falta absoluta de lógica generaliza demasiado contra los católicos en general y escribe: “Los católicos, siempre perseguidores de la inteligencia y el saber, de la libertad y el amor, cuando éstos no han querido agachar la cabeza humildemente y recibir el yugo; el yugo del papa, el yugo del obispo y del cura”: error éste filosófico y también histórico, según lo demostró el insigne Balmes. Ya no es Montalvo el adversario que combate en el campo de la pura política: es el enemigo furibundo de los católicos. “La fe, dice, entre ningún género de gentes está más perdida que entre ellos”; les juzga las intenciones, les acusa, les denuncia; emplea términos equívocos y mal intencionados en la polémica, como al decir que el budismo tiene estrechas relaciones con el catolicismo, sin expresar en que consistan tales conexiones. “Nunca, nunca, exclama, movido por la musa de la venganza, se había visto prelado ni cura que no se contentaran con mandar a los infiernos a los escritores”, haciendo injustamente de la Iglesia una aliada de la ignorancia. Vuelve a proclamar la unión de la Iglesia y del Estado, más en la Mercurial se jacta de su mala intención al pedir esto, porque dice que tal lo quiere, para abolición del fuero eclesiástico: “arancel o renta fija, escribe, y clérigo que se desmauda lo trato como a ladrón” “Cura, añade, animal sin inteligencia ni conciencia”. Se burla del dogma de la infalibilidad, él, Montalvo, que antes había proclamado su acatamiento de la **Iglesia infalible**; y da a conocer que no tiene cabal comprensión de aquello en que realmente es infalible el Papado, pues afecta desconocer la naturaleza y el alcance de este dogma. Sube a tanto su avilantez, que acusa al catolicismo de ser **el plagiario más inverecundo que hay en la tierra**. Montalvo, que antes había hablado tan respetuosamente, tan creyentemente del dogma del juicio universal, en la Mercurial se burla de es-

te juicio y de la resurrección de los muertos con frases de tan bajo vocabulario, que ni transcribirlas se puede. Hasta duda de la inmortalidad del alma y apunta que **es posible** que "cuando se nos acaba esta miserable vida, entonces nos sepultaremos en el profundo olvido de la nada eterna"; él, Montalvo, que antes anhelaba la salvación eterna y creía en el cielo y gozaba de la inmortalidad del espíritu; se jacta de no oír misa, y de que, "su misa la oye en las cumbres de los montes y las soledades del océano". Al señalar estas contradicciones, no se puede menos que admirar a qué abismo conducen las pasiones desahogadas!

¿Se dirá por esto que Montalvo fue todo entero **corazón perverso** en la Mercurial, que en este libro abandonó totalmente su catolicismo, su cristianismo? No por cierto; como obra de la pasión ese libro es un tejido de contradicciones morales, históricas, filosóficas y teológicas. El hombre que habla ira no tiene cuenta con principios ni doctrinas. Más también hay en la Mercurial pensamientos de la más pura ortodoxia, como cuando Montalvo expresa su respeto por la persona de buenas costumbres "secular, eclesiástico, fraile o soldado"; cuando dice: "tengo al Clero por parte esencial de una sociedad bien organizada"; cuando afirma que "se persigna en sus soledades y se tira de rodillas ante Dios en presencia de una montaña cubierta de nieve eterna"; cuando como otro profeta vaticina que "Dios reinará, que sus ministros serán justos, y los pueblos libres y felices"; cuando escribe que "el poeta que sabe su deber, el gran poeta, el poeta verdadero siempre tiene un fin moral elevadísimo en sus composiciones"; cuando sin reparar en sus contradicciones, grita: "¡no soy enemigo del clero!"; "Fenelón, Massilón, son mis clérigos; el padre Le cordaire, el padre Ventura de Róulica son mis frailes"; alaba al sacerdote riobambeño doctor Freile: "hombre bueno y excelente sacerdote". Tiene, en su favor, dice, **el haberse rehusado a aceptar una mitra por humildad**. Para que vean los radicales que puede haber y hay clérigos buenos"; rechaza que se le inculpe de haberse expresado mal respecto de Jesús, antes procura poner de presente su creencia en la personalidad divina de Cristo y en el dogma del infierno; sufraga por los derechos políticos del mismo Clero "no porque son Ministros de la Iglesia, dice, dejan de ser ciudadanos" "los políticos y hom-

bres de Estado más insignes de nuestros tiempos han sido eclesiásticos"; rinde tributo a la piedad en estas inmortales frases: "la piedad sincera, medida, prudente, es otro cosa; lejos de improbarla, yo quisiera una república donde todos los ciudadanos fueran piadosos. El culto sensato rendido a la Divinidad no es cosa opuesta a los progresos de la civilización ni a los refinamientos de las ciudades cultas. Cualquiera que sea la convicción secreta del que tiene el poder en la mano, hará bien éste de contribuir decorosamente a esas demostraciones que no perjudican al orden ni a las luces". ¡Gran defensa del culto externo! . . .

Según lo dice el mismo don Juan en la Mercurial: "**Tenemos todos derecho a la vida y por consiguiente a la defensa**", (página 161). Bien hubiera sido que Montalvo se defendiera sin ira, sin soberbia, sin venganza, sin inverecundia, sin acrimonia. Ojalá su defensa de la Mercurial hubiera correspondido siempre al manso recuerdo que le hace a Monseñor Ordóñez del pastor que debe procurar **traer mansamente al aprisco** a la oveja descarriada; ojalá hubiera sido siempre su estilo semejante a este bello apóstrofe de la página 31; "Si estoy envuelto en tinieblas, como decís también, alumbradme, sacadme del laberinto de dudas y falsas convicciones, puesto que en vosotros hay lumbré divina"; ojalá Montalvo hubiera cumplido en todo momento con aquello que dice en la misma Mercurial cuando alaba al Vicario de Wa-Kefield que sabe perdonar; "sabe sufrir y perdonar, dice, sabe perdonar, esta ciencia de las almas iluminadas por los ojos de Dios"; ojalá, en fin, se hubiera limitado a demostrar con razones comedidas su cristianismo.

Se llena el corazón de sombría tristeza cuando se ve a Montalvo caer de su pedestal, abandonar los caminos de la mansedumbre y de la indulgencia, olvidarse de que la suavidad y el comedimiento son los caminos del corazón; de que, **sea que se corrija, sea que se manifieste**, como él mismo lo dice "se debe usar de las fórmulas que la sociedad humana ha inventado para mantener el mutuo aprecio entre los hombres". Y éste era el mismo Montalvo que escribió: "La cólera es madre de la injusticia" . . . "La soberbia es árbol de cuyos ramos penden los frutos más amargos"! . . .

¿El Liberalismo reclamaría, acaso, por suyo al vengativo Montalvo de la Mercurial Eclesiástica? Para ello le asistirán motivos sin duda alguna: Nosotros preferimos al Montalvo que profesaba ideas religiosas; al Montalvo cuyos pensamientos pueden figurar con honra en los Libros de Apologética cristiana.

Conclusión

En suma, a Montalvo podríamos aplicar el mismo juicio que éste hizo de Bossuet en la Mercurial: "como en todos los grandes autores, dijo, mucho habrá en él que acepten la razón y la conciencia, y mucho que desechen el buen criterio y la sana doctrina". Así en el inmortal escritor ecuatoriano: mucho es lo de su pluma que tiene que aceptar la sana doctrina y el buen criterio; y entre todo lo aceptable descuellan sus pensamientos netamente católicos y cristianos. Mal puede decirse de él que combatió la fe (expresión de R. Blanco Fombona), pues demostrado queda que él mismo era un creyente; sí debe afirmarse que combatió la ignorancia, pues que sus libros contienen un arsenal de erudición y conocimientos de las más variadas disciplinas. Si es verdad, conforme lo afirma el mismo señor Blanco, que Montalvo: "era el centro y la esperanza de la opinión radical", ello se debía, no a su pretendida situación de absoluta impiedad en que se le quiere ver a todo trance, sino al tesón y valor con que combatió las maneras políticas de García Moreno, quien, por entonces encarnaba a los ojos de la multitud la idea católica. Radical, liberal en aquellos tiempos, más era ser adversario del admirable Caudillo, que ideólogo anticristiano. El mismo señor Blanco Fombona se ve obligado a reconocer que ese que llama anticlerical "es, por contraste, espíritu profundamente religioso; y que ése que llama anticatólico, "fué un gran cristiano". ¿Cómo no había de ser cristiano, Montalvo, que enseñaba en alta voz la doctrina cristiana a los indios en la quinta del Coronel Ortega situada en el Quillán pillareño les hacía persignar uno a uno, cantando el mismo estrofas religiosas para su edificación, según los cuenta el Presbítero señor José María Coba Robalino, en su artículo publicado en "El Telégrafo" correspondiente al 31

de Diciembre de 1931? ... Cuentan que don Juan, el 17 de Enero de 1889, día de su muerte, siendo requerido por un sacerdote para la confesión, dijo: "Padre: estoy en paz con mi corazón y mi conciencia; puedo comparecer tranquilo ante Dios". (R. Blanco F). Quedémonos al juicio del Ser Supremo, cuya inapelable sentencia la conoceremos un día.

LA VIDA DE DON JUAN MONTALVO

OSCAR EFREN REYES

Capítulos de un libro
próximo a publicarse.

Introducción

Juan Montalvo es, en la Historia de la literatura universal, uno de los mejores y más grandes escritores del siglo XIX.

Para América es algo más todavía: uno de sus principales guías mentales, luchador de fortísima contextura que, con la pluma por arma, realizó formidables campañas contra los abusos de poder y contra el servilismo que incitaba y alentaba esos abusos. En su país combatió, noble y ardorosamente, la ignorancia y el mal y todo cuanto conceptuó dañoso para la felicidad humana.

A veces, en el ímpetu de sus combates, fué excesivamente duro y cruel; pero hablaba en nombre de ideales altos, que ennoblecían la agresión y, libros y folletos suyos tomaron el carácter, antes que de explosiones vengativas, más bien de correctivos enérgicos, en una época en que la turbulencia de los hombres y de las pasiones no podía ser contrarrestada sino con la protesta de caracteres descomunales e insólitos. Montalvo, por sus campañas, fué, naturalmente, perseguido, desterrado y amenazado de muerte. Su vida se hizo azarosa y errabunda. Unas veces, en pueblos oscuros o en aldeas perdidas; otras, en grandes ciudades de Europa: nunca su espíritu, batallador y tumultuoso, encontró el descanso.

Por cierto, lo que él decía de los "tiranos" del Ecuador; lo que él hablaba de los grandes destinos de América; lo que él pensaba de las excelencias de la libertad y de la democracia; lo que él enseñaba acerca de lo sagrado de la dignidad del hombre y de los pueblos: todo, en suma, cuanto él sabía y comprendía del movimiento mental del mundo, no habría llegado a conocer nadie fuera de las lindes de la tierra ecuatoriana, ni habría alcanzado ese enorme prestigio de perennidad que alcanzó, a no haber una maravillosa virtud de forma en sus escritos.

Montalvo, en efecto, para la exposición del pensamiento político, para la divagación filosófica, para la acusación o para el dictorio, contaba con una prosa castellana que echaba relámpagos. En esa prosa única, Montalvo vertía en alternativa con el humorismo jovial, también sus pensamientos de grande hombre, sus indignaciones de apóstol incomprendido o sus desolaciones de enorme infortunado. Por las maravillas del estilo, todo era fascinante.

Contemporáneamente, tales excelencias cautivaron a los hablistas, a los literatos, a los oradores y publicistas más renombrados de América y Europa. Verdad que a los críticos de España, de Francia o de Italia no les importaba gran cosa la política del Ecuador. Tampoco les importaban sus hombres o sus lejanos temas de discusión. Pero les atraían y apasionaban, sobre todo, la originalidad de ese temperamento ardoroso y convulsionado —en armonía con las agitaciones inmensas de esa vida,— y aquella inteligencia radiosa para bucear el corazón humano y ese arte soberano para la expresión de ideas en la más pulcra y elegante lengua castellana del siglo.

En España se entusiasmaron con los libros de Montalvo, Emilio Castelar, Juan Valera, Gaspar Núñez de Arce, Emilia Pardo Bazán —que propusieron el ingreso de Montalvo en la Real Academia de la Lengua;— y elogiáronle Marcelino Menéndez y Pelayo, José María Pereda y Antonio de Trueba, a pesar de evidente divergencia en cuanto a opiniones políticas y religiosas. En Francia tuvo amistad con Alfonso de Lamartine y Víctor Hugo. Y en Italia ensalzaron fervorosamente su obra escritores de renombre universal como César Cantú y Edmundo D' Amicis...

En la propia América española, idealista siempre y de pasiones tempestuosas, no fué solamente la juventud partidaria de

Montalvo el sector en que mayores entusiasmos encendió. Montalvo produjo simpatía y admiración en quienes debieron ser, políticamente, sus adversarios. Así, Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, políticos conservadores, pero eminentes hombres de letras de Colombia, no vacilaron en alabar "El Cosmopolita", periódico anticlerical, tribuna del liberalismo heterodoxo e individualista levantada por Montalvo para combatir la política clerical y fuertemente represiva de Gabriel García Moreno y sus admiradores de América española.

Podían la envidia literaria, la divergencia política o el encono personal agredirle o discutirle; pero ningún grande hombre, aun contemporáneo, le negó sus dones de escritor genial. Podía también el acervo de su ideología política no corresponder a las imperiosas necesidades ni del tiempo ni de su país; pero alentaba en su obra un noble afán de perfección y de libertad del alma, de amor humanitario y patriotismo.

La autoridad se impuso definitivamente cuando se supo que, al lado de la obra, exigente y luminosa, había también una vida austera, desinteresada y colmada de infortunios.

Por lo mismo, resultaba en su país uno de los hombres más temibles; y se le mantuvo siempre fuera de él. En el destierro, pues, tuvo que escribir sus libros, muchos de ellos inmortales.

A la obra de simple carácter político, por cierto, unió también la crítica, la filosófica, la histórica. En la soledad del ostracismo, y dando tregua, de cuando en cuando, a las tempestades de su espíritu, dio al "ensayo", a la producción fantástica y a la descripción, retoques y perfecciones inimitables.

Prosador clásico, pues, e insigne estilista; luchador de la democracia contra los regímenes oligárquicos o de violencia, y heroico sembrador de ideales en el alma joven de América, toma en la historia intelectual de esta parte del mundo relieves de una radiosa perennidad.

El tiempo

Nació Juan Montalvo en la ciudad de Ambato el día 13 de Abril del año de 1832.

Su partida de nacimiento, que se encuentra en el Libro de Partidas Bautismales correspondiente a los años de 1821-1834,

en la Iglesia Matriz de Ambato, consta de la siguiente manera, en el folio 36:

“En 13 de Abril de Mil ochocientos treinta y dos, el Párroco Fr. Domingo Benítez bautizó solemnemente a Juan María, hijo legítimo del ciudadano Marcos Montalvo y de la ciudadana Josefa Fiallos; fué su padrino el señor Francisco Flor, a quien advertí su obligación.—Doy fe, Fr. Mariano Domingo Benítez”.

El padrino a que se hace referencia en esta partida, don Francisco Flor, fué coronel de los ejércitos libertadores del Ecuador, en las memorables campañas que, con diversa fortuna, lucharon de 1811 a 1822. Contribuciones fuertes sacó de su personal peculio para la satisfacción de necesidades de la guerra. En la paz continuó espléndido y, en los grandes días de público regocijo, prodigaba su fortuna en la ciudad. Una vez agasajó al pueblo con 400 barriles de vino español. En otra ocasión obsequió a las muchedumbres, locamente entusiasmadas, con una porción de ejemplares de su rica ganadería - toros, mulas, caballos, vacas, etc., - disparados en forma divertida en un momento dado, desde la plaza principal, para que cualquiera los cogiese.

Nacionalista exaltado, después, en los primeros años de la República, combatió -poniendo dinero y persona en la aventura,— contra las huestes extranjeras del General Juan José Flores, en Pesillo y en Miñarica, ambos, lugares trágicos para el civilismo heroico de ese tiempo.

Hermano de este patriota, de tan original carácter, y amigo también del hogar de Montalvo, era don Vicente Flor, aquel otro gran civilista que brilló como diputado de oposición ardiente en los congresos del primer período floreal y que, para 1835, terriblemente dolorido por la desgracia nacional de Miñarica -en que más de 1.000 ecuatorianos fueron alanceados por los negros del militarismo dominante, —ofreció mil onzas de oro a quien le entregase la cabeza del “gran asesino extranjero, el director de la horrible matanza”, General Juan José Flores.

El nacimiento de Montalvo ocurrió, pues, en un tiempo en que, al iniciarse la República independiente bajo ese despotis-

mo militar de generales venezolanos, la reacción nacional se erguía iracunda y llameante a lo largo de los Andes ecuatorianos. El descontento popular, la pasión política o el odio convulsionaban los espíritus, y hombres y cosas se revolvían entre desbordamientos excesivos y exaltaciones increíbles y cruda violencia.

Los padres; el ambiente familiar

Hacia fines del siglo XVIII, llegaban a la Presidencia de Quito numerosas partidas de **cascarilleros**, de diversa procedencia. Generalmente se las creía de granadinos, aunque era verdad que entre ellas no faltaran españoles, venezolanos, antillanos, etc.

En una de estas partidas vino un peninsular - José Santos Montalvo - y después de varias correrías por el oriente y por el sur en busca de quinas, se quedó en Guano, pequeña población de la provincia de Chimborazo. Aquí se casó con una hija del lugar - la señorita Jacinta Oviedo - y abrió un almacén.

El comerciante español era bravísimo y de empresa. Pasaba también por muy soberbio. Una vez, la Marquesa de Solanda, de tránsito a sus haciendas, entró para comprarle unos artículos. Ninguno le gustó e iba pidiendo, fastidiosamente, muestras y muestras, con el ademán autoritario, naturalmente, de la gran señora sobre el humilde vendedor de bayetas. Colérico, al fin, el viejo José Santos Montalvo, arrojó sobre el mostrador la última pieza y dijo que ya no tenía más que eso. "Ah, señor comerciante --le dijo la marquesa-- cuánto vale ese orgullo?"... "Ése orgullo, señora, no tiene precio", respondióle, dándole a la aristócrata, en seguida, las espaldas para atender otro cliente.

Recoge el autor de estas páginas el cuento o el episodio histórico, porque se mantiene en el ambiente, aunque sin procedencia documentada. Lo recoge, porque algunos **pelucones**, muy orgullosos con su legítima ascendencia española y denigradores de Montalvo, quieren aprovecharlo para comprobar

con él, no el temperamento altivo y culto del **chapetón**, sino la altanería del mulato proveniente de las Antillas y **soi-disant** español, como si los españoles, por sí mismos, ya no tuviesen en sus venas un buen contingente de sangre de África... (1)

Los hijos de José Santos Montalvo fueron numerosos. Unos quedaron en Guano; otros fueron a Imbabura y algunos se diseminaron por los pueblos australes. Don Marcos Montalvo Oviedo, traficante también, como su padre y sus hermanos, llegó a Ambato y se quedó ahí. En esta ciudad contrajo matrimonio con doña Josefa Fiallos, mujer de personalidad peculiar, laboriosa y enérgica, propia para secundar con eficacia la dirección de un hogar numeroso. De aquí nace el escritor don Juan Montalvo.

Érase don Marcos varón de buena contextura, alto, crespo, blanco. Frecuentemente no se le veía sino con el ceño adusto. Esta severidad exterior correspondía al carácter, levantado y viril y un poco agrio.

Al establecerse definitivamente en Ambato, no dejó el oficio aprendido: comerciaba y viajaba. Y como el transporte y la compra y la venta tenían que hacerse con intervención personal, él vivía así, en continuo tráfago, lejos de la ciudad, atravesando caminos frágiles, vadeando ríos, acampando a pleno aire violento de las serranías o enfrentándose con los bribones de los lugares desiertos.

En todas estas aventuras demostró su temple acerado, su alma valerosa y de prontas decisiones, según su propio hijo don Juan se complace en recordar en pintorescas y amenas páginas... (2)

Por entonces, los pueblos de la costa del Ecuador y los de la Sierra no estaban unidos por ferrocarril y, de Ambato a Guaranda o Riobamba, y de estos lugares a Babahoyo y de este puerto fluvial a Guayaquil, el tránsito ofrecíase siempre lleno de dificultades y peligros. Enemigos constantes y terribles del viajero eran: los riscos de la cordillera de los Andes, en continuo resquebrajamiento; los despoblados y yermos páramos,

(1) V. Laureano Vallenilla Lanz: **Cesarismo Democrático** y sus citas de Rafael Altamira, J. Gounon Loubens y Forneron. Ed. de 1929, págs. 86-91.

(2) V. "El Regenerador", N 3, cap. "Los piratas del Guayas". Ed. de Garnier Hnos., págs. 130-135.

donde el frío y el viento son los mayores azotes de la vida; las pendientes y abismos innumerables en que terminan los montes o dan paso a los ríos que bajan de las altas cumbres nevadas; los malhechores de los "tambos" o de las "hondonadas"; y, en fin, en las tierras bajas del litoral, las vastas extensiones cenagosas y palúdicas, los mosquitos y reptiles de la selva y, ya cerca de la ría o en ella, asesinos o piratas...

La vida de don Marcos, como la de la mayor parte de comerciantes de su tiempo, debió de depender, pues, de las ventajas de carácter físico y moral que podía oponer a tantos inconvenientes de la naturaleza y de los hombres.

Para la época en que su hogar tomaba relieve y respetabilidad en la sociedad ambateña, ya su carácter austero y sus prestigios de padre de familia correcto, de hombre enérgico y de ciudadano patriota se habían impuesto. Complicado en las gestiones revolucionarias que a partir del 9 de Octubre de 1820 se venían realizando también en los pueblos de la sierra contra el Gobierno español, tuvo que "emigrar" a Guayaquil, donde vivió algún tiempo, probablemente no quieto, dados sus antecedentes.

En los primeros días de la anexión a Colombia, sirvió con entereza a la República. Y desde 1822 fué ya uno de los primeros y más progresistas cabildantes de su ciudad adoptiva... (1)

En tanto, su laboriosidad y energía, secundadas por la actividad previsora de la esposa vigilante, le han dado una modesta fortuna. Ha comprado preciosos huertos en Fícoa -- hoy de amados y gloriosos recuerdos, -- y una hacienda en donde todo es poesía: **Puntzán**, de Baños, a orillas del Ulba y al pie de los altos montes que hacen de pedestal del Tungurahua. Aquí pasará la familia bellos días de paz.

Y ninguna de estas cosas -- comercio, viajes, cultivo de la tierra, paréntesis de quietud, -- le ha impedido realizar, al mismo tiempo, con discreto cuidado, lo trascendental: la educación de los hijos.

(1) V. Celiano Monge: "Adhesión de Ambato a la Junta Suprema de Quito de 1809". 2a. ed., de 1920, pág. 25.

Los hermanos de don Juan

Éstos son varios: Francisco, Francisco Javier, Mariano, Carlos, Alegría, Rosa, Juana e Isabel. Hay también algunos hijos naturales de don Marcos, entre ellos Carmen.

Francisco, el primogénito, se ha graduado, tras de lucidas pruebas, de doctor en Jurisprudencia en la Universidad de Santo Tomás. Es un notable hombre de letras. Alcanza lugares prominentes en la docencia universitaria y en la política. Cuando es profesor de literatura del colegio de San Fernando, de Quito, son sus alumnos hombres que llegarán a ligarse en la historia con la figura de su hermano Juan: los jóvenes Gabriel García Moreno, Miguel Riofrío, Antonio Borrero y Cortázar... Es el maestro querido y respetado por cuantos estudiantes se le acercan, y alguno de estos, el poeta Miguel Riofrío, cuando Francisco Montalvo descende a su sepulcro, le llorará, por la juventud que le quiso, en una tierna elegía... Primogénito que honra debidamente el hogar distante, será el protector y guía de sus hermanos menores, en los primeros pasos de la vida. Lo que no le impedirá actuar virilmente en la política; pues, como nacionalista y antifloreano decidido, sufrirá persecuciones y destierro.

Francisco Javier, nacido unos 13 años antes que don Juan, se educa en el colegio de San Luis y en la Universidad. Como su hermano Francisco, es notable abogado. Pero descuella singularmente en la cátedra y en la política. En su vida profesoral desempeña siempre altos destinos: es Rector de la Universidad de Santo Tomás, Rector del Colegio de San Fernando y, cuando vuelve a su ciudad, Rector del Colegio Nacional "Bolívar". Para sus alumnos del **San Fernando** de Quito compuso un texto: "Historia de la Literatura Universal". Actúa también en el periodismo y, con el poeta Miguel Riofrío, funda "La Razón". Después redacta, en compañía de otros brillantes jóvenes de su tiempo, "La Democracia", periódico en que se inicia, con los primeros artículos románticos, de adolescencia, Juan Montalvo.

Francisco Javier, que, como abogado, llega a ocupar un sillón de Ministro en la Corte Suprema de Justicia, como político

su actuación no será menos espectante: es Ministro de Relaciones Exteriores, es un buen Diputado y Secretario de varios Congresos, sufre exilios, y el Gobierno de Venezuela le condecora con el Busto del Libertador.

Mariano, de genio inquieto y bravo, no encuentra pronto la vía de los triunfos y, a la primera oportunidad, que le depara un destierro de su hermano mayor Francisco, marchará lejos, al Perú, de donde no volverá nunca.

Carlos se concreta a la agricultura y a la vida quieta en Baños, donde recibe a su hermano Juan, le lee y admira. Allí le sorprende también la muerte, en plena juventud. Juan le dedicará un recuerdo en los "Siete Tratados"; porque Carlos, bueno de corazón, en el fondo, pero falto de fe religiosa y anticlerical por excelencia, murió sin merecer la piedad del clérigo Vicente Viteri, cuyo despecho de fanático culminó en una exclamación vengativa, lanzada a las puertas de la iglesia del pueblo: "Carlos Montalvo está ya en los quintos infiernos!"...

De las cuatro mujeres, la mayor, Alegría, se acerca más a la vida de Montalvo. A la muerte de los padres, llega a ser conduña, con Carlos, de la hacienda de Puntzán, a donde don Juan se traslada por largas temporadas a vivir. Casada ya, con don Gaspar González, y una vez muerto Carlos, se entrega casi por completo a los cuidados de su hogar, en Ambato o en Baños. Sus niños —Juan, Alegría, Arsenio y Gaspar González Montalvo,— alcanzan a tratar y atender al tío ilustre, tan amante de los paseos raros, por sitios peligrosos o profundamente solitarios.

Las otras hermanas se casan pronto —Juana, para la que don Juan tiene siempre expresiones de ternura hasta morir, con Gabriel Quirola; Rosa, con Daniel Flores,— y forman sus hogares aparte. La menor, Isabel, por voluntad suya y de sus padres, ingresa, para siempre, en el monasterio del Carmen Bajo, de Quito.

Fuera de los hijos de doña Alegría, ya nombrados, son numerosos los sobrinos de Juan Montalvo. Pero los que mayor contacto tienen con él, son los hijos del hermano mayor, Francisco, que, casi a edad madura viene a casarse en Ambato con una hija del prócer don Tomás Sevilla. Ellos son Adriano y Teodoro Montalvo, inteligentísimos estudiantes universitarios cuando don Juan redacta "El Regenerador" en Quito.

César Montalvo, hijo del doctor Francisco Javier, el ex-Rector de la Universidad Central, goza también de la predilección de don Juan; pues descuella como aficionado a las letras y es, con su hermana Lucila o con Ricardo Flores Montalvo — adolescente vivaz y fervoroso admirador de su tío, — el íntimo y cariñoso compañero en las horas de persecución o de angustia.

En el ambiente familiar de Montalvo, apenas se encuentran, sin embargo, matices de completa e irrestricta consagración. Lo propio acontece, como se verá oportunamente, en su vida de amor.

Juan es el hijo menor, iquieto e irreducible, primero, y el hombre sin ventura, desconfiado y triste, después. El alma fuerte, combativa y un poco tempestuosa de don Marcos se refleja en casi toda la descendencia; pero en don Juan la insociabilidad se agudiza por la escasa aptitud para el ameno hablar y la alegría ruidosa. La pasión por la soledad y el estudio, acaba por hacerlo incomunicativo en seguida.

Ama mucho, sí. Y en la desolación de sus días de proscrito y en el atardecer de su vida de combatiente gigantesco, las ternuras de la nostalgia, por el recuerdo que inspira una familia amada y dispersa y eternamente distante, se mantendrán vivas y tomarán cálida expresión en cartas, ricas de sencillez y sin retórica, en regalitos desde países lejanos o en frases que, para las hermanas *conmovidas* o los sobrinos ya *enfervorizados*, deben de tomar el significado de todo un tesoro de cariños...

En Noviembre de 1882, sale de París con dirección a su patria la señora María Ascázubi. Trae una porción de encargos de Juan Montalvo para su hermana Juanita y niños de ésta, Mercedes y Rosario Quirola Montalvo. También trae algo para la sobrina Lucila. "Son doce metros de merino negro, de ese que nunca ven ustedes por allá, le escribe a Juana. Hay una postura completa para tí y para cada una de las chiquillas... Saya y mantilla quedarán muy buenas. Te mando además un pañolón hermosísimo: Doña María me ha dicho que nunca de éstos llevan por allá, y que valen mucho"... Y agrega, con una predilección destinada a enternecer a la ausente hasta las lágrimas: "No quiero que lo cedas a nadie, sino que te lo pongas tú"...

En 1888, atiende el encargo de unos anteojos que le hace su sobrina Lucila, y se extiende en observaciones nimias acerca

de su uso. Entra también a conjeturas sobre lo que puede ser oportuno para que la sobrina se cure los ojos con alguna seguridad. Y no termina la carta sin un comentario melancólico sobre la fatal e incomprensible dispersión de la familia: "Siempre me ha admirado la facilidad con que tu señora madre consintió en la división y la separación de la familia, cuando los nietos, los niños son el consuelo de la vejez y la alegría de la casa. Mucho me alegro de que piensen ustedes en incorporarse de nuevo y vivir todos juntos; aunque siento que dejen para siempre el lugar de nuestra cuna y el lecho de nuestros padres"... (1)

Lo que es con estos sus padres -- tan insistentemente recordados a lo largo de toda su vida, -- Montalvo no tuvo tiempo para ejercitar idénticas formas para los envíos de fidelidad o de ternura; pues ellos murieron cuando él recientemente entrara en la aurora de la adolescencia...

Episodios de la época

de "El Regenerador"

El 27 de Octubre de 1877 estalló en Tulcán un movimiento revolucionario, de carácter conservador, contra el Gobierno *de facto* del General Ignacio de Veintemilla, que, como se sabe, se había alzado con el poder en nombre de las "ideas liberales".

Los revolucionarios, audacísimos, rápidamente emprendieron la marcha hacia Quito, con el fin de tomarla. El 3 de Noviembre habían ya pasado de Ibarra, conquistando adeptos, y el 15 del propio mes se daba en las calles de la Capital del Ecuador la gran batalla entre las fuerzas del Gobierno y las disidentes. Estas últimas salieron desbaratadas; los expedicionarios de Tulcán se desbandaron, y la paz, en obsequio de Veintemilla, se impuso enérgicamente.

Este simple episodio de nuestras guerras civiles, se halla ligado en la historia ecuatoriana a un hecho trascendentalísimo. Y es que, a tiempo que los revolucionarios de Tulcán avanza-

(1) Epistolario de Montalvo, reunido por Isuac J. Barrera. Véanse cartas a Lucía, de 29 de Enero y de 7 de Marzo de 1888, París.

ban a Quito, 2.000 soldados colombianos, al mando del coronel Zenón Figueredo, traspasaban la frontera y venían en persecución de los revolucionarios del Ecuador...

Y eran las autoridades de este país quienes habían pedido tal auxilio, y eran las autoridades de los Municipios de Pasto, Túquerres y Obando las que se habían apresurado a prestarlo...

Acababan los colombianos de llegar a Malchinguí, ya en Pichincha, cuando recibieron las gracias del señor Jefe Civil y Militar del Distrito de Quito, General Cornelio Vernaza, por la invasión. Decía el General: "Al dirigirme al distinguido Jefe de la 1ª División Colombiana, contestando a su patriótica nota oficial de felicitación, me es grato a la vez ser el órgano de mi Gobierno para manifestarle cuánta es la gratitud nacional hacia los liberales de la República hermana, que no han vacilado en volar en auxilio de la causa de la libertad amenazada aquende el 'Carchi'".

También el Gobernador de Imbabura agradeció, finamente, a los colombianos, por su invasión... (1)

En tanto, los pueblos del Norte clamaban justicia y amparo. Los subalternos del coronel Figueredo venían talando los campos y arruinando hogares en los pueblos. Como deporte, lo menos que hacían era echar abajo las puertas de los moradores asustadizos y cargar con lo que les gustaba. Se aprovechó la ocasión hasta por facinerosos comunes, pues, en una de esas noches, 18 miembros de la sociedad **La Culebra**, de Pasto, asaltaron a Tulcán, asesinaron al joven José María García Arellano, elemento distinguido de esa sociedad, y dejaron postrados, a balazos, garrotazos o puñaladas, unos 10 individuos más...

La protesta surgió iracunda, no, desde luego, de parte del Gobierno de Veintemilla —que, como ya hemos visto, más bien estuvo **agradecido** por el "oportuno auxilio",— sino de la prensa continental.

La invasión de colombianos al Ecuador, para inmiscuirse en una contienda civil, dio margen para largas y acaloradas disquisiciones enseguida.

(1) V. "Apuntes para la Historia". Ed. de Quito. Tip. de M. Rivadeneira, págs. 39-40.

El Gobierno de Bogotá se alarmó, y en el Congreso colombiano se discutió apasionadamente el asunto; pues ese Gobierno no había autorizado nunca, ni siquiera había conocido la invasión o "intervención armada", sino cuando ya los dos 2.000 bravos de Pasto y Túquerres estaban en tierra ecuatoriana.

Sin embargo, el novelista Jorge Isaacs, que era también un decidido admirador de la prosa de Montalvo y que, por entonces, asistía como Diputado al Congreso de Colombia, opinó y pidió, en sesión del 12 de Febrero de 1878, "que se les exima de toda responsabilidad legal a los Jefes y oficiales del **Batallón 3º de Facativá**, 15 de línea, por la participación que hayan tenido en los últimos sucesos ocurridos en el Sur y relacionados con la política del Ecuador"...

La sorpresa fué inmensa en América. Las autoridades departamentales del sur de Colombia habían obrado, sin duda, de acuerdo exclusivamente con el coronel Figueredo -- que era un jovencito de 22 años de edad, muy ilustrado, valiente, -- por su sola cuenta. En el Ecuador, la prensa no decía nada, y su Gobierno más bien manifestaba, por boca del militar Vernaza, la **gratitud nacional**... ¿Cómo interpretar el suceso?

Se habló, con insistencia, de un "Pacto de Protección Mutua", que habían acordado entre los gobiernos triunfantes de Ecuador y Colombia. Don Pedro Carbo, Ministro General que fuera de Veintemilla por poco tiempo, negó la existencia de ese "Pacto"; pues él no lo había firmado, aunque confesó a Montalvo que sí le había propuesto firmarlo el Ministro colombiano en Quito, don Venancio Rueda... (1)

Fué en este confuso estado de opinión que Juan Montalvo escribió, en el Núm. 8 de "El Regenerador", el artículo "La intervención armada". No sutilizó ni sofisticó para el gusto ambiente; no dijo que con la intervención colombiana se había salvado el liberalismo del Ecuador y que por ello había que agradecer; sino afirmó más bien que, con ella, lo que se había hecho era ofender y atropellar alevosamente la dignidad nacional. Condenó la intervención armada, en sí misma, de una país aunque fuese hermano, en las contiendas domésticas de otro. Y condenó, en medio del silencio general, la intervención colombiana con todos sus efectos de devastación y pillaje, realizada so pre-

(1) V. "El Regenerador", Núm. 8, ed. de 1877, págs. 2--3.

texto de ayuda a los "hermanos liberales" del Ecuador para que éstos se mantengan en el poder... Por la pluma de Montalvo, rugió el herido patriotismo.

Por este artículo se levantaron protestas: varios liberales del sur de Colombia suscribieron una ofensa para Montalvo, que aparecía como un mentiroso y un ingrato... (1) Y varios liberales del Ecuador, y principalmente los Generales Veintemilla y Urbina le conceptuaron un estorboso y un loco. La hostilidad gubernativa se acentuó en seguida...

* * *

Pero ahora la lucha de Montalvo ya no era solamente con el Gobierno, que disponía de la fuerza abusiva, ni contra los conservadores sólo, que habían hecho ingrato el nombre de Montalvo entre las muchedumbres con la acusación de rigor— hereje!— sino con el medio íntegro, con su pueblo del Ecuador en masa, inclusive **correligionarios liberales** que habían cambiado de posición en la escala burocrática y poetas y hombres doctos de todo linaje.

Montalvo se duplicaba en la batalla, y al día siguiente de un opúsculo político tenía que escribir alguna defensa literaria. Los antiguos compañeros de colegio o de la Universidad, los miembros de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española --que se fundara en 1875, con los señores Julio Castro, Juan León Mera, Julio Zaldumbide, Pablo Herrera, Antonio Flores Jijón, Pedro Fermín Cevallos; -- los aristócratas y obispos y cuantos presumían de flor y nata del tiempo y el espacio en el Ecuador, odiaban a Montalvo.

A mayor saña rencorosa y a mayor hostilidad de la incomprensión, la mala fe o la envidia, oponía el escritor el alcázar de su orgullo inmenso.

A tiempo, las apologías de la prensa extranjera cruzaban los mares e iban de ciudad en ciudad en la América española. En el Ecuador no había quién recoja esas clarinadas de triunfo, que arrancaba el mérito auténtico; pero entonces Montalvo se encargaba de ello, para exasperación de sus enemigos. Además,

(1) "Expedición al Ecuador". Réplica. Imp. de Ramón Grijalva. Ipiales, 1878.

ésta era la ocasión para desahogar el dolor de ser grande hombre en un medio pequeño. "No tenemos noticia --escribía por Octubre de 1877, al transcribir unas opiniones de Adriano Páez en la "Estrella de Panamá",-- de que en el Ecuador se hubiese proferido hasta ahora un término de elogio, de parabién, de aprobación siquiera respecto de Montalvo; estímulo de ninguna clase, menos: murmuración, difamación, persecución en toda forma, eso cada día. Sin el temple de acero de este hombre, estuviera sepultado en el olvido. Ha quedado encima, y nadie se atreve a llamarle loco ni tonto. Pero ha quedado encima, porque su revólver ha sido el apoyo de su pluma... Con una simple carta al Presidente, echa patas arriba a un poderoso ministro; con la pistola pone a raya a sus vengadores. En el Ecuador, de este modo solamente puede vivir un hombre distinguido. El talento sin el valor sería pasto de perros en nuestra buena tierra. Aquí es vergüenza no ser tonto, delito no ser canalla"... (1)

El pueblo, tan apasionado y ardentemente defendido, tampoco acudía para hacer justicia al ecuatoriano admirable. Lo que el ambiente daba en voluntad cívica, por el sufragio o por el míting, era para otros, medianías con prestigio de un minuto o grandes celebridades lugareñas.

* * *

Por ese mismo tiempo se arreglaba el personal de hombres ilustres que debían constituir la novena Convención. Como el movimiento militar del 8 de Setiembre de 1876 se realizara en nombre del liberalismo, y como Juan Montalvo, escritor de "El Regenerador", se considerara como el precursor intelectual de este movimiento, era de suponer que los sectores liberales triunfantes no lo olvidarían. Juan Montalvo debía ser diputado, cuando menos, por tres o cuatro provincias, según se había supuesto. Y debía ser, principalmente, por Tungurahua, o sea por el entusiasmo de la ciudad de su nacimiento...

Pero la ciudadanía, muerta, no se entusiasmó por nada. La empresa electoral corrió de cuenta de los soldados y de los em-

(1) "Cosus que el Ecuador debe saber para honra suya". Ed. de Quito, Oct. 29 de 1877. Págs. 6-7.

pleados públicos, según costumbre establecida desde la fundación de la República. Y estos sufragantes eligieron lo que ordenó la consigna: **veintemillistas ante todo**; con la pequeña dificultad que ofrecieron los católicos para el envío a la Constituyente de unos cuantos clérigos y obispos.

De la provincia del Tungurahua se dieron los siguientes representantes: Dn. Luis Fernando Ortega, Dn. Juan Guerrero Duprat, Dn. José Alvarez, Dn. Francisco Barona. Alguno de estos ni siquiera pertenecía a la provincia electora.

Los hermanos de Montalvo y la juventud liberal independiente habían sido pospuestos. Y por lo que respecta a don Juan, siguió conceptuándose, en el seno del Gobierno, prudente y muy político el prescindir de él, mientras por la tragedia del 6 de Agosto durase en el ambiente la indignación arrebatada y casi frenética de los sectores garcianos, poderosos no sólo en las masas católicas, guiadas por frailes, sino también en las clases aristocráticas, peligrosas por su dinero.

Montalvo fué, pues, tanto por los electores oficiales como por los electores de su tierra, desconocido y excluido.

Sin embargo, al verificarse el escrutinio de las elecciones en toda la República, tívose una sorpresa inmensa: Juan Montalvo había sido elegido por una provincia distante, que él ni conocía, pero donde le atendía y estudiaba una ciudadanía viril: Esmeraldas.

Por cierto, Veintemilla, tratando de encubrir el fracaso de la imposición oficial en esta sección pequeña y lejana de la República, dijo que él mismo había ordenado que Montalvo saliese elegido Diputado **por la más insignificante de la provincias**. "Debe ser la más pundonorosa y valiente --la defendía poco después Montalvo,-- cuando a fuer de atrevida pudo elegir al que desde entonces tenía proscrito en su ánimo ese excremento de García Moreno. Eligióle haciendo caso omiso de Gobernadores, comandantes de armas, comisarios y sicarios, haciéndoles temblar la barba, como dicen, y metiéndoles en pretina. O fué más bien que no hubo allí apóstoles de la libertad que anduviesen predicando su doctrina con las culatas de los fusiles"... (1)

(1) V. "Catilinares, ed. de 1925, vol. I, págs. 31--32.

La Convención se reunió en Ambato el 26 de Enero de 1878. En los círculos políticos se sintió deseo de oírle al Diputado por Esmeraldas — el redactor de "El Cosmopolita" y de terribles hojas combativas, el desterrado por García Moreno y autor de la "Dictadura perpetua" y de la exaltada expresión "Mi pluma lo mató!"; el escritor de "El Regenerador" que fuera proscrito ya por Ignacio de Veintemilla en los momentos mismos del triunfo liberal de Setiembre de 1876...

Pero unos días antes de que se reuniera la Convención, el número 8 de "El Regenerador" les había sorprendido a sus lectores con una nota final: "El Regenerador se despide para un monte. El Diputado por Esmeraldas no asiste a la Convención, no porque le esté doliendo la cabeza, tenga un mal callo ni otra mentira ridícula, sino por razones que él tiene por buenas".

Estas "buenas razones", como no llegaron nunca a concretarse, el público interpretó a su gusto. Montalvo no asistió a la Convención o por no rozarse con el veintemillismo incondicional, de la mayoría, o por conceptuar inútil la intervención de una minoría tan débil como era la independiente, o por la convicción de su inhabilidad parlamentaria.

La Convención aceptó su excusa; pero con los reparos de don Pedro Carbo, diputado por Guayas, y de Federico González Suárez, diputado por el Azuay.

* * *

Siguió escribiendo "El Regenerador". Durante la Convención (Enero 26 a Mayo 31), se publicaron dos números, el 10 y el 11. Los ataques a Antonio Borrero, cuando el ex-Presidente estaba en el destierro, se explicaron como revancha ante los ataques que, por su parte, dirigía Borrero desde el Perú contra los **septembristas**, contra Montalvo y todos cuantos habían contribuido para la caída de su Gobierno constitucional.

En Junio de 1878 apareció el "Desperozo del Regenerador", ya de duro ataque a Veintemilla, y que puede considerarse como el precursor de las "Catilnarias".

El 26 de Agosto salía el último número de "El Regenerador", de 24 páginas. Ya no había ni imprenta en dónde editarlo. Amargadísimo, había decidido Montalvo abandonar la Patria. "Despechado no; pero desconsolado y triste me voy—

escribía. De la tiranía hemos caído en la barbarie, de la sangre en las tinieblas: para el hombre de pundonor y libre, no hay Patria donde reina la servidumbre con todos sus vicios"... (1)

La persecución por parte de Veintemilla se había intensificado. El escritor, aún amante de la soledad y de la Naturaleza, sintió su vida insostenible, huyendo de la ciudad, refugiado en los campos y prefiriendo para sus paseos sólo las sombras de la noche, como un delincuente...

En Ambato tenía un amigo íntimo, un gran corazón que le comprendía más que un hermano: el Dr. Dn. José María Punina. En casa de éste encontró el ideal escondrijo hospitalario. Ahí recibía, furtivamente, a sus jóvenes amigos Celiano Mongé, Juan Benigno Vela, que le llevaban periódicos, noticias, libros. Ahí comenzó también a escribir las "Catilinarias"...

De setiembre a octubre, publicó algunos folletos más: "Los desterrados de Veintemilla y el Regenerador", "La peor de las revoluciones"... , todos de polémica.

En el mes de diciembre ocurre el descubrimiento, en Guayaquil, de una conspiración contra el Gobierno de Veintemilla, dirigida por Eloy Alfaro. Preso éste, corría el peligro de ser fusilado. Montalvo, entonces, publica hojas sueltas en defensa del gran amigo, del ecuatoriano generoso que conociera en 1866. "Alfaro— decía—, benemérito amigo de la Patria; hombre de carácter sin igual, por lo útil que puede ser a la República".

Los primeros meses de 1879, pasa Montalvo en Ambato o en Baños, sin dejar de lanzar, de cuando en cuando, hojas sueltas, una de éstas célebres, en defensa de Alfaro también —que fuera martirizado en el **Infiernillo** por habersele descubierto conspirando dentro de la prisión misma,— intitulada "Los grillos perpetuos".

Hasta que enmudece de pronto; pues desea desorientar a sus perseguidores.

* * *

Una noche de Agosto, silenciosos ajeteos en casa del doctor José María Punina. Se preparan cuadernos, libros y unas pocas maletas. Algunos jóvenes van entrando, uno a uno,

(1) "El Regenerador" Núm. 12. Ed. de Agosto de 1878, pág. 19.— Ed. de Garnier (1929), vol. II, págs. 229—230.

por el zaguán obscuro, y avanzan hacia el cuartito escondido en lo más hondo de la morada.

Un hombre, alto y vestido de negro, con un sombrero de anchas alas, bufanda al cuello y lustrosas polainas, recibe las visitas, habla entrecortadamente y da consejos.

Es don Juan Montalvo que se prepara para una nueva proscripción, en esta vez voluntaria y para siempre.

Se acercan los jóvenes y reciben, emocionados, el final abrazo de despedida. Un sobrino del gran hombre, César Montalvo, es el último que se retira del aposento, oyendo estas palabras: "Si Pancho llega a ser hostilizado, dile a tu mamá que no haga empeños para solicitar su libertad. Mi padre y mi hermano primogénito fueron leones, y no debe ponerse en contingencia nuestro fundado orgullo"...

Luego, sale Montalvo a la calle, mira el cielo hacia el norte y se orienta para Colombia. Otra vez a Ipiales. Y, como si entrase en la eternidad, se pierde en las tinieblas de la noche...

DON JUAN MONTALVO

MANUEL MORENO MORA

Al estudiar a un artista, aunque sea parcialmente, hay que ir a lo primordial: a su actividad artística, a la investigación de todos los secretos que esconde su creación, no obstante la complejidad que ella entraña. Entre los varios métodos que para este objeto se usan actualmente están el análisis psicológico de la vida, de las confesiones, de la obra, etc., de un artista y el de los rasgos anormales y patológicos que éste suele presentar, con tanta mayor frecuencia cuanto más elevado es su ingenio y linda ya con la locura. Psicografía y Patografía sirven para llegar a conocer de modo científico la personalidad del artista y poder apreciar mejor su obra de creación.

Otros estudiarán a Montalvo en todos los aspectos que ofrecen su vida y su obra; yo, ciñéndome al tema escogido, quiero sólo estudiar al presunto donjuán, ver las mujeres que por él han sido conquistadas o amadas por el amante.

El presunto Don Juan

¿Hay realmente un donjuán en Montalvo? La actividad humana orientada con preponderancia hacia el polo sexual y consagrada a la conquista de las mujeres, la cual se ejerce por medio de seducción extraordinaria que trastorna las leyes del mundo del amor, puesto que el hombre se vuelve en este caso el centro de atracción sexual, en cuyo torno giran las mujeres, constituye esencialmente el donjuanismo. Dos polos tiene la vida del hombre: el sexual y el intelectual. Esta división cabe establecer muchas variedades, mas todas ellas se reducen a esos dos tipos. Vale tanto como otras divisiones conocidas: vida espiritual y material, vida de ensueño y de acción. Son dos reinos que se repelen como contrarios, sin jamás armonizarse.

Predomina el espíritu o predomina el sexo, no hay medio. Los caracteres sexuales tienen mayor desarrollo, predominio y actuación en la mujer que en el hombre. De aquí que haya harta sabiduría al afirmar que el amor es toda la historia de la vida de la mujer; mientras que es sólo un episodio en la vida del hombre.

Yo no creo como Marañón que toda la actividad humana no sea más que función de orden sexual; que la gloria, en que van involucrados el arte, el heroísmo, la ciencia, sea asimismo un carácter sexual. Tal vez ha influido demasiado en su pensamiento la doctrina de Freud, que cree que todo el resorte de la vida humana, así normal como anormal, fisiológica como patológica, está hecho de la **libido**. Profanar la excelcitud de la gloria es creer que el hombre haga de ella un medio servil, un camino para llegar a la mujer, al amor. Hay tantos artistas — acordémonos sólo de los Goncour — héroes y sabios que han vuelto del arte, de la acción heroica, de la ciencia su amada, su divinidad mismo, consagrando a ellas toda su actividad espiritual, hasta el punto de reducir la sexual a una transitoria función fisiológica. Tanto el arte no es un carácter sexual que bien pudiera servirse de esto para establecer una distinción entre el arte y el juego. El juego, que no es sino una simulación, una derivación frívola del trabajo, es actividad que tiene su origen y su motivo en el instinto de lucha, como se decía antes con Spencer, o en el instinto genésico, en la libido, como se dice ahora con Freud. Si el arte parcialmente está en correlación con la vida sexual, en cuanto puede ser ésta uno de sus motivos — restringiendo el sentido de estos al de causa u ocasión — y dar nacimiento a innumerables vivencias, no por ello se ha de creer que el arte sea función de orden sexual como el juego y como éste y tenga por móvil subjetivo la satisfacción de la libido. Tal opinión sería desconocer el proceso de la creación artística. Bien que al arte se le de un sentido vitalista y se pueda afirmar que la vida es su objeto, muy lejos se está de llegar a creer, con criterio bajo y utilitario, que él sea un medio de la vida.

El donjuán es un hombre afeminado, un tipo de intersexualidad en quien su anormalidad se manifiesta aun por caracteres físicos y psicológicos. Se juntan en él, en raro maridaje, el varón apenas viril y la hembra bella, voluble, desprovista de espíritu creador. Adonis lo es casi siempre porque hay en él unas cuan-

tas gonadas del sexo opuesto. Y quien sabe si las mujeres que se desorbitan de su vida sexual, que rompen las leyes del mundo del amor y de soles que son en él se transforman en planetas, no tienen a sí mismo unas cuantas gonadas de sexo contrario. Creo que como el donjuán es un hombre afeminado así sus víctimas son casi todas machonas. Julio César, el Don Juan del Lucio, ¿no fué, por ventura, el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos? Y Safo, la amante de Paón, no cantó odas voluptuosas de amor a las jóvenes de Lesbos con un gran talento artístico y creador? Hoy, a la luz de la biología, sólo irónicamente se pudiera repetir, con Montalvo, que la naturaleza de Julio César es la más cabal que ha producido la especie humana.

Si el espíritu está contrapuesto al sexo, ¿cómo, se me dirá, un creador como Lord Byron, un genio mismo, fué un donjuán, un hombre subnormal? Aunque otros de tal lo califiquen, niego yo que lo haya sido. Byron era demasiado tímido y orgulloso para ser un donjuán. ¿Andar él ejerciendo fascinaciones en mujeres? Soberbio, silencioso, desencantado, las rechazaba. Para serlo le faltó dedicarse de una manera querida, exclusiva a la conquista amorosa. Si hubo tantas mujeres que cayeron dentro del círculo mágico de su fascinación fué a pesar suyo, sin que él lo hubiese querido. Su gloria, su satanismo, su extravagancia atraían a las mujeres, a estos ángeles inocentes que gustan de los contrastes y bajan del cielo, nuevos Eloas, a consolar al ángel caído.

Montalvo, magnífico ejemplar de humanidad, nada tiene de donjuanismo en su vida. Hombre fuerte, de contextura física y psicológica diamantina y adamantina no podía caer en afeminamientos de Don Juan. Ni cómo lo hubiera sido si fué un genio. Ya Aristipo lo dijo: Al genio nunca se lo posee. Ni el poder, ni el oro, ni el amor le poseen. El genio lanza sus castigos sobre testas de reyes; escupe, como Shelley, su soberano desprecio sobre la faz de las muchedumbres, y se eleva, como D'Annunzio, a su torre ebúrnea, huyendo de Dalilas, intonando la cabellera, no la rucca sino la lira en las manos.

La intelectualidad es una función de la emotividad. De aquí que, desde antiguo, se ha observado que no hay grande ingenio sin melancolía. Corazón que vibra al soplo de las pasiones, sensibilidad que responde a todos los contactos con el

mundo exterior, de manera profunda, delicada, conmovida, naturalmente, casi fatalmente tiene que dirigirse, que orientarse, como planta hacia la luz, hacia ese triple objetivo del intelecto: verdad, bondad, belleza. Toda poderosa intelectualidad, cualesquiera que sean los tiempos y lugares, ya se dedique a la ciencia, al arte o a la acción, está animada de amor apasionado que llega hasta la abnegación y el sacrificio, en heroísmo admirable. Siempre hay un *pathos* singular en la vida y en la obra de los hombres de poderoso intelecto, de los hombres de genio, llámense éstos Galileo, Shakespeare o Bolívar.

El donjuán está en el polo opuesto de la intelectualidad. Vale tanto como decir que es duro, frío, insensible, egoísta, sin corazón, sin cerebro. Bien dice Montalvo: "El amor de este demonio es un materialismo atroz: los ángeles no hallan cabida en su pecho, ni una mirada divina viene jamás a interrumpir y asustar el mar de sombras pecaminosas que inunda esa alma dura y perversa". (1)

Montalvo, apóstol del liberalismo porque amaba los ideales democráticos, porque ardía de amor a la humanidad, porque a ella se inclinaba, piadoso y conmovido; Montalvo, sacerdote de la Belleza que hizo de la palabra oro y gema, marfil y mármol plasmando en ella mil arabescos de formas y giros del lenguaje, con un espíritu raro de elegancia, de gracia, de suntuosidad; Montalvo, alma de pasión y de ensueño, no podía ser un Don Juan. ¡Cómo lo hubiera sido si fué el Don Quijote de América! Seguro estoy de que cuando alguien narre la vida anecdótica de Montalvo referirá el hecho de que un día tomó en las manos el látigo para vengar la injuria irrogada a la honra de una doncella. Entonces se sabrá que en su vida y en su obra hay una maravillosa unidad, una íntima armonía entre la idea y la acción. Esas frases airadas, encrespadas como su cabellera, despectivas contra los Lovelaces, sí, deben haberse hecho sustazos o bofetadas en alguna mejilla inverecunda. "Que yo me hubiera encontrado con mi látigo!, exclama todo hombre de pundonor, todo enamorado generoso, cuando lee esas escenas crueles, donde la sangre noble, el alma elevada, el corazón sensible, el amor puro, están bregando con la bajeza de la plebe, el espíritu abyecto, el pecho bronco, el desenfreno de la

(1) Juan Montalvo: "Geometría Moral". Madrid, 1902. pág. 2.

canalla que profesa el pecado por industria y el crimen por inclinación". (1) ¿Cómo armonizar este pasaje con este otro en donde parece que se alaba y lisonjea el donjuanismo y, aún más, asoma un atisbo de revelación de personal donjuanismo, según alguien afirma? "Feos hay que las cortan en el aire en esto de rendir voluntades, y muy feos que harían morir de envidia al más apuesto lechuguino de los más bien chapados de Valencia". (2) Desaparece la aparente contradicción tan pronto como se comprende bien lo que es el donjuanismo, según queda ya definido. ¿Quién ha dicho que sólo el donjuán ha de conquistar el amor de las mujeres? Pero sí que él es el inquieto, el ansioso, el vagabundo sexual que no halla pecho de mujer en donde reposar su cabeza desequilibrada. Hay más bien un pasaje en donde Montalvo echa de menos los dorados tiempos de galanterías y damerías. Se adivina en él uno como suspiro de un corazón poco afortunado en lides amorosas. "Unos y otras hemos bastardeado: ellas, con ser indiferentes a esas duras virtudes que volvían un héroe de cualquier señor de la Edad Media; nosotros, con tener por muy cara una sonrisa si vale una hazaña o un acto de grandeza; ellas, con mostrar ruin apego a bienes que pueden ser patrimonio hasta de un vil; nosotros, con preferirlos también a las riquezas del espíritu; ellas, con mostrar alto desdén por la infamia, como venga tras un antifaz ruidoso de oropcles; nosotros, con no buscar a nuestra vez y darles la debida recompensa a esas virtudes femeninas, que ahora arden ocultas, temiendo los insultos de la bambolla alharaquenta y las burlas de la prostitución cargada de diamantes". (3) Esto fué quizá uno de los pesares de Montalvo, o, como él mismo lo dice, una de sus flaquezas, muy excusable, por supuesto; ¿quién está contento con su suerte? ¿Quién se armoniza consigo mismo? En todos los mortales, más aún en los soñadores, hay ribetes de bovarysimo. Ya cuando publicaba "El Cosmopolita" se lamentaba, de modo velado, de no poder ser un donjuán: "Es una virtud confesar nuestras flaquezas, ¿no es verdad? ¿Soy poco envidioso; más confieso que Lord Byron me ha quitado el sueño, como los laureles de Milciades desvelaban a Temístocles; pero este Abdul Motaleb, me ha

(1) Juan Montalvo: "Geometría Moral". pág. 4-5.

(2) Ibid. pág. 25.

(3) Ibid. pág. 33-34.

muerto de envidia. Diablo de arabe! qué hechizos ponía en juego para ser amado de todas las mujeres?" (1)

Sí, puedo afirmar, sin temor a ser contradicho, que Montalvo no fué un donjuán. El mismo afirma esta suposición cuando en una de sus autobiografías indirectas dice: "Don Juan de Flor no es como Don Juan Tenorio, sino más feliz, más sincero, menos veleidoso y mucho menos pícaro". (2) Antes que donjuán, Montalvo, como se verá más adelante, fué todo un Otelo.

Las mujeres

El corazón de Montalvo habrá sido como su cerebro para el amor: grande, impetuoso, apasionado. En las batallas de amor, en los campos de pluma, que dijo Góngora, habrá sido un artista como lo fué en la prosa. ¡Cómo habrá agotado las locuciones y giros del amor, con naturalidad, con elegancia, con suntuosidad! "En cuanto a enamorado, su vida ha sido amar, amar en todo tiempo, en toda forma y en forma; porque éste sí que ha amado con el corazón, ha amado con el amor, no con la vanidad, como los necios; ni con la codicia, como los ruines. Amor de alma bienaventurada: inocente, puro, glorioso. Amor de paloma: voraz, insaciable, fuego nunca extinto. Amor de águila: alto, atrevido, soberbio. Amor de león: grande, airado, temible. Amor de serpiente: colérico, sanguinario, feroz. Amor de céfiro: leve, ligero, mudable. Amor de bóreas: rápido, arremolinado, turbio. Amor de clavel, de jazmín, de tomillo: fresco, fragante, una delicia. Amor de monte, amor al cielo; amor de valle, amor al abismo. Amor de mar: ancho, largo, casi infinito en todas direcciones". (6) Las dichosas hembras que gozaron de su amor habrán paladeado la miel del amor, con delectación, con orgullo casi divino, en la boca de este león. Se habrán sentido más mujeres; no habrán envidiado a reinas ni a diosas. Ser amado por un intelecto superior debe de ser como llegar a conocer el amor en toda su amplitud y profundidad, en todos sus tonos y matices. Muchas de ellas habrán exclamado como Celínina: "Loca estoy de placer... Este mi

(1) Juan Montalvo: "Geometría Moral". pág. 12.

(2) *Ibid.*, pág. 125.

corazón es un mundo, un universo; tanto amor abrigo en él, que pudiera apasionarles a todos los ángeles del cielo si ellos valieran más que un simple mortal... Cuando me infundes con tu espíritu esta conciencia de la inmortalidad que me vuelve grande; cuando me haces experimentar esas sensaciones monstruosas, que si no fueran celestiales, serían del infierno, por lo profundo y encendido; cuando gozo en junta tuya de ese caudal inmenso de gloria, no te juzgo simple mortal, sino un dios; un dios, ya que eres capaz de comunicar tanta alegría al corazón, tanta felicidad a la vida". (1)

¿Quiénes fueron las mujeres amadas por Montalvo? ¿Quién es esa Aloysia, "cervatilla vivaz", de "piernas blancas y gordas", que despierta en Montalvo, niño aún, la adoración amorosa, hasta el punto que el "poeta en ciernes", el "principio de filósofo" modela en cera blanca la imagen suya, y la viste de púrpura como a reina, y la pone el nombre de la niña amada, y la coloca, en uno como altar, para el amoroso culto? ¿Quién es Teodosia, muchacha bella y noble a quien, luego de seducirla la abandona? ¿Y esa Lucrecia, casta y pura "hasta cuando hubo caído en sus manos", pronto igualmente abandonada? ¿Y aquella Laida, silesiana noble, altiva y orgullosa, subyugada, no por las artes de amar, por el desdén silencioso del "soberbio hijo del Nuevo Mundo"? ¿Y aquella musa, Adelaida, que al Montalvo de los treinta y cuatro años que, con acento de Leopardi, llora en verso por la juventud que se va, por la soledad de su vida, por el desencanto del placer, le hace sentir de nuevo el encanto del amor?:

Llegas entonces y descubro todo
Ser amor y no más, Adelaida;
Amor indescifrable, amor sin pago
Y sin objeto que en sí sólo ardía.

¿Habrá sido amada Adelaida largo tiempo por el joven poeta que le hace nacer en el pecho el temor de la perfidia y le da a conocer la volubilidad de su corazón?:

Siempre, siempre fui así, pecho tan hondo,
Ya encendido volcán, ya tumba fría. (2)

(1) "Geometría Moral", págs. 158—159.

(2) Juan Montalvo: "El Cosmopolita", segunda ed. Quito, 1894, págs. 231—232.

¿Y esa Flora, hija del Marqués de Sade, que odiaba al amar y hacía, de consuno con su amante, amor del odio? ¿Y Estrella, Hermana de la Caridad por su caridad? ¿Y Beatriz? ¿Y Juana? Yo no sé por qué adivino un fondo de verdad en estos amores de Juana y Juan de Flor. Sí, ella, debe ser la **pobre** pastusa que endulzó con la miel de su amor la copa de hiel que los hombres le dieron a beber a Montalvo en su ostracismo. Late en esta página una saudade verdadera; está escrita con sangre y por ello ¡cómo vive y palpita su espíritu!: “Juana, Juana hermosa, no te hemos olvidado! Ésos ojos negros, lánguidos, que sonríen deliciosamente, junto con tus labios encendidos; esas mejillas bañadas de amorosa vergüenza; ese pecho alomado, blanco, gordo, que se estaba rebelando contra la chaqueta de la saya; esa cabellera crespa y undosa, todo era en tí de ángel convertido en mujer, la mujer más amable de la tierra...” (1) ¿Y Fruela, Celinina, Clara, Isabel, Obdulia, Elvira, Eufrosina, Inés, Delfina son creaciones de su fantasía, fantasmas que vivían en su sangre, pretextos para divagar sobre el amor o fueron reales y vivos amores? ¿Y esa otra mujer a cuyo recuerdo exclama Juan de Flor: “Ella..., ella..., la más amada de todas, mi verdadera, mi única querida; la madre de Cipariso, mi Cipariso, ése que se está criando para Alejandro Magno; “esa mujer llamada Aifosa no será la que cerró con sus labios, allá en París, un día triste de invierno, los párpados de Montalvo, el Filipo del imperio de la lengua de Castilla en el siglo XIX? No todas ellas son personificaciones de los fantasmas que frecuentaban su sangre o su imaginación de literato; no todas pasan, pálidas, en cuadros llenos de colorido: aquellas que realmente vivieron en la vida de la realidad para después pasar a la del arte tienen ese sello inconfundible de vida, de calor humano, como esa apasionada Celinina, cuya carta besa Juan de Flor cien veces y la oprime contra su corazón.

Hay en la obra de Montalvo una mujer singular, Safira, cuyo retrato, hecho amorosamente, da a conocer cual fué su tipo ideal de belleza femenina. “Joven de veinte años, su estatura es más que mediana; sus carnes alimentan esa gordura de buena salud que, sin hacer ostentación hacia afuera, están rom-

(1) “Geometría Moral”. pág. 157.

piendo con su voluptuosidad expansiva los vestidos por dondequiera que estos deben estar ajustados a los miembros. El seno, blanco, ostenta una comba primorosa, y del escote adentro, dos pechos de cisne forman las prominencias donde tropieza el alma del que la mira, y se queda allí encantado para siempre. . . . Safira no ha menester los favores del arte para brillar por la hermosura: su color es la resultante del jazmín y la amapola, un blanco sonrosado que en vano irían a exigir del pincel las pretenciosas. Ella no, ella no sabe lo que es afeitte, este pecado nefando contra la belleza, apagador impío de la pasión que gusta de arder con sencillos y puros combustibles. Su cabellera, negra y profusa, de la cintura abajo está anclando todavía; su boca no es chiquita, antes puede llamarse grande, y es preciso que lo sea para que alcance en ella ese mundo de gracia que en forma de sonrisa está depositado en sus labios. Sus ojos son rasgados, negra la pupila; las pestañas, largas, están asombrando al amor que reposa debajo de ese suave párpado. Safira es apacible, de poco hablar y de mucho sentir; sí, esos suspiros que a sus solas echa, húmedos en lágrimas, son señales de sensibilidad y ternura". (1) Safira ¿no es la misma Juana, la pobre pastusa, la de ojos negros, de pecho alomado, blanco, gordo; de "cabellera crespa y undosa"; la "mujer más amable de la tierra"?

El amante

¿Cómo habrá sido el amante en Montalvo? Es decir, ¿cómo habrá sido su sensibilidad amorosa? A través de sus libros hemos de adivinar esto quienes no conocemos los secretos de su vida anecdótica. Como se tiene ya sabido en el mundo literario, las novelas son casi autobiografías. Creo que todos los autores pueden afirmar de sus creaciones lo que de Madama Bovary dijo Flaubert. Hérculeso soy yo; Juan de Flor soy yo, pudo haber dicho Montalvo. Veamos, pues, en estas novelinas **sui generis**, que más tienen del ensayo que de la novela, —su autor ante todo y sobre todo fué el ensayista a lo Montaigne, — qué nos cuenta de su vida amorosa, qué visión tuvo de su pro-

(1) "Geometría Moral", págs. 82—83.

pia persona. Estas narraciones, cuyos reales fundamentos habrán sido idealizados por el artista, sirven para darnos a conocer un poco de la complicada psicología de Montalvo. Desde luego es curioso observar cómo se hace el autorretrato, a breves rasgos. "A los siete años de edad ya era familiar con los ensueños, los devaneos, las esperanzas y las pesadumbres del amor. Desde entonces hasta hoy, pues vive el monstruo, no se acuerda haber pasado dos meses sin amores, un día sin delirios, ni una hora sin tormentos o sin júbilos". (1) ¿No es cierto que cobran estas frases el tono íntimo y **sabroso**, como dirían los franceses, de memorias, confesiones o diarios? Por supuesto que con la experiencia que se tiene de las confesiones de Rousseau, --cuya constitución es claramente mitomaniaca, -- de las confesiones artísticas de Goethe, -- cuya constitución tiene mucho de paranoica --, no vamos a creer, como lectores cándidos, en todo lo que allí se refiere, trazando, consciente o inconscientemente, una imagen ideal de sí mismo. Hay que tomar en cuenta la condición similar del alma de Montalvo, como también la influencia en ella de la gran época del romanticismo. La sombra de Childe-Harold vagaba aún por el mundo, y el mismo Lord Byron, el **monstruo** seductor de la leyenda, el Satanás solitario y triste hasta la muerte, contagiaba con su enfermedad del alma a numerosos poetas y novelistas de todo el mundo. Era Montalvo "ni de gentil parecer ni de prendas físicas que le recomendasen a los que estiman fuerzas y hermosura, si no era una actitud de frente y una mirada con las cuales pudiera contrarrestar los disparos encendidos del padre de los dioses". (2) Desde su adolescencia fué valeroso y arrogante. También entonces aparece ya el emotivo de temperamento casi desequilibrado, abocado, por consiguiente, al amor del arte, de las letras, de la soledad, pues no hay duda de que toda su vida fué de constitución emotiva y tímida. Iba su alma desde las locas alegrías hasta las más hondas tristezas, como la de todo emotivo, la de todo ansioso. "Activo, tempestuoso, infatigable, héle allí acurrucado en una ventana de los claustros, lejos de sus compañeros, pálido el rostro, profunda la vista, inmóvil y callado como una estatua diminuta del silencio. Las accesiones de sensibilidad em-

(1) "Geometría Moral", pág. 135.

(2) *Ibid.*, pág. 137.

papada en lágrimas, los arranques de dolor sin causa, las oleadas de tristeza que caen sobre él, son de tal modo frecuentes, que harto descuentan sus amarguras los triunfos efímeros del buen humor transitorio. Melancolía, inquietud, silencio, todo es amor en ese niño; ya es amor. Donde los otros ríen, llora él; donde los otros juegan, padece él; donde los otros se manifiestan ignorantes de los secretos del alma y las zozobras del corazón, ama él; y es un loco. Sonámbulo apasionado, lévantase a media noche, y va a tirarse de rodillas delante de la fantástica hermosura que la fiebre de su sangre le está enseñando allí, sentada en un sillón de su aposento... No puede amar sin correspondencia: timidez, vanidad o noble orgullo, donde su corazón, latiendo sobre otro, no le despierta al primer golpe, no se apasiona ni echa lágrimas que no enjuga mano amiga. Las penas del engaño no las ha devorado; las vergüenzas del desaire nunca le han humillado; y esto de raro en él, que sus grandes pasiones han nacido siempre de la imperceptible iniciativa de su dulces enemigas". (1)

Sumamente preciosa es esta página para el psicólogo. Constituye un documento para poder diagnosticar la constitución emotiva de Montalvo, y, merced a él, como Cuvier reconstruyó, sólo con un hueso, todo el esqueleto de un animal desaparecido, poder reconstruir todo el temperamento, toda la personalidad del Cosmopolita, especialmente para mi objeto, toda la sensibilidad amorosa del amante. La emotividad del solitario de Ficoa era tan delicada, tan aguda que sus reacciones, amplias y bruscas, dan la impresión de descargas eléctricas. Véase cómo la fuga, el llanto, la risa, el gesto que atrae, el gesto que repele brotan en su alma turbulenta. Un día, él mismo no sabe si es por capricho o por razón poderosa, huye de una joven a cuya vista ha despertado el amor en su pecho. Es el tímido, el emotivo que huye, sobrecogido del *trac*, ante lo inaudito de la luz por lo imprevisto, temeroso de no salir vencedor en su empresa de conquista amorosa. La espera, por ansiosa, no se hizo para almas de esta clase. Así se comprende bien que la constancia, la perseverancia pasen ante sus ojos como virtudes heroicas. "Ésa reconcentración de las potencias humanas en un solo objeto du-

(1) "Geometría Mora", págs. 137 a 139.

rante años enteros; esa tenacidad en amar sin correspondencia, servir sin retribución, desear sin cumplimiento, esperar sin término, vivir atada en el alma en el seno de una triste noche sin asomo de luz por ninguna parte, son obras de héroes, los héroes del desengaño, quienes, si nada esperan ya de la constancia, buscan su dicha en la voluptuosidad de la desgracia". (1) Palabras luminosas son estas para dilucidar los secretos de la psiquis de Montalvo. No hay duda que fué uno de los primeros escritores del Ecuador que hizo de psicólogo de su propia alma. Cuando se le estudia con detenimiento se observa cómo ha solido descender a los abismos de su mar interior y llegar a anotar sutilezas de estados morales. "El estado moral de la persona afecta de **trac** es de duda, con ardiente necesidad de certidumbre. El sufrimiento de no saber lo que va a pasar es tal, que el fracaso, cuando sobreviene, proporciona la tranquilidad, porque, al ménos, es cosa adquirida y pone fin a la espera ansiosa". (2) Esto mismo dice Montalvo: Cuando sobreviene el fracaso, el desengaño, se halla la dicha en la voluptuosidad de la desgracia. Y más adelante: "La desgracia tiene también sus incentivos: desgraciados hay también avenidos con su suerte, que por nada consentirían en pasar a mejor fortuna: suspiros profundos, lágrimas secretas, sinsabores fieles, soledad querida, quejas al cielo, palidez romántica, abatimiento anable, toques son de verdadera felicidad; felicidad negativa pero de grato sabor para ciertos corazones organizados de tal modo que, en siendo poesía, aun cuando sea la de la tumba". Tengo la impresión de estar leyendo una página de psicología sutil de Obermann.

Grande emotivo, Montalvo fué también grande enamorado y apasionado, que conoció las torturas y angustias del amor. Como amante debe de haber llegado hasta la obsesión ansiosa, hasta tener fija en su mente, dolorosamente fija, la imagen de la amada y habrá padecido de no estar a su lado, y habrá sentido el deseo urgente, imperioso de volver a ella para sentirla con todos los sentidos, con toda el alma, con todo el espíritu, como quien ansía el nirvana del amor y en él, armoniosamente, se confunde, se identifica con el ser amado, como quien retor-

(1) "Geometría Moral", pág. 105.

(2) Maurice de Fleury, La Angustia humana, M. Aguilar, Ed. Madrid, pág. 101—102.

nara a la unidad del ser. "El amor, de paloma sin mancha se convirtió en águila desahorada: las cuatro paredes del templo no ofrecen espacio para ese vuelo infinito: el devorarse con la vista no les satisface a esas almas hambrientas de placeres y dolores, a esos corazones cuyos vuelcos son tempestades que rugen por encontrarse y confundirse, aun cuando sea en el crimen y la ruina". (1) Si esto no es el amor convertido en obsesión, no sé cómo pueda llamárselo. Si éste y tantos pasajes de su obra no revelan hondos padecimientos de amor, ciegos y sordos serán sus lectores. Desde las lágrimas hasta el deseo de morir, tan propio de los grandes amantes, habrá recorrido toda la gama del dolor de amar. "Lágrimas requiere en todo caso el alma tocada con esa piedra infernal que llamamos amor, y excoñada de arriba abajo en desollones estupendos". (2) "Hija de las Parcas, aborrece la vida en sus semejantes, y ella misma, en arranques de dolor inmotivado, ofrece la suya a los abismos". (3) Por unirse con la mujer amada salvaría con arrojo todos los peligros y desafiaria hasta a la misma muerte: "Un día estaba crecido el río: negro, encrespado, iba furiosamente rompiéndose en las piedras, echando al aire altos penachos de olas despedazadas... No era Don Juan para dejarse poner miedo ni por la muerte misma: está su estrella al otro lado, y al Aqueronte se echara de cabeza". (4) Mucho debe de haber padecido en la vida por el amor, hasta el punto quizá de haber trastornado su sensibilidad para el placer, adquiriendo una nueva, más aguda para el dolor, para la voluptuosidad del dolor. Hombre imaginativo, habrá, como Fausto, echado de menos el goce en el seno del placer y habrá solido amargar con la meditación la alegría del instinto. "La felicidad, exacerbada con el presentimiento de la desdicha, le está ofreciendo ponzoña en copa rebosante de placeres indecibles". (5) Tengo para mí que Montalvo, por sus caracteres sexuales y al tratarse de su sexualidad, bien puede ser clasificado como varón perfecto, que tuvo pocos amores. La escasez de éstos tiene que haber sido compensada con la calidad, con ese género de amor que él mismo lo califica:

(1) "Geometría Moral", págs. 139—140.

(2) *Ibid.* pág. 146.

(3) *Ibid.*, pág. 148.

(4) *Ibid.*, pág. 142.

(5) *Ibid.*, pág. 147.

"El amor de primera clase es príncipe coronado: coronado de laurel, si dichoso; de espinas, si desdichado... El amor de primera clase, amor alto, amor profundo, ese que arde chisporroteando de manera de meter fuego al cielo y a la tierra; ese amor ciego que rompe el pecho con la fuerza de su vista; ese amor fuerte que derriba columnas y edificios; ese amor sutil que se cuela por rehendijas de puertas y ventanas; ese amor alado que vuela y devora distancias; ese amor atrevido que acomete aventuras increíbles; ese amor insolente que se les sube a las barbas a padres, madres, reyes y sacerdotes; ese amor voraz que consume el alma y reduce el corazón a un puñado de polvo negro; ese amor santo que diviniza el objeto amado; ese amor satánico que le arrastra consigo a los infiernos; ese amor alto como el firmamento, hondo como el Océano, impetuoso como el huracán, encendido como la fragua, éste es el de primera clase; y éste no suele buscar albergue en pechos mezquinos ni corazones brancos, mas antes en esos que resuelan con el amor como la bóveda celeste con el trueno; donde los placeres sonríen como relámpagos y los dolores rugen como Euménides en los ámbitos lóbregos del Tártaro". (1) Montalvo antes que un donjuán fué un Otelo. "Otelo, es en efecto, el prototipo del varón, el hombre de sexo diferenciado por excelencia, sin rastro de feminidad". (2) Como en el tipo shakespeariano es rudo, fuerte, moreno; ama la mujer de feminidad íntegra, sin agotar el tesoro de sus enegías, cuyo caudal emplea de preferencia en su actividad social, ya como apóstol del liberalismo, ya como hombre de letras, y en toda ella de modo heroico y egregio, a lo genio.

He ahí, a breves rasgos, estudiado uno de los aspectos de la personalidad de Montalvo, a través de una de sus obras. Más que en las anécdotas de la vida de un escritor de genio, se ha de buscar su temperamento, su hábito en su obra misma. En ella, creación de su espíritu, de su alma, están las huellas de éstos, esperando al psicólogo que las descubra y revele sus secretos, para recrear ese espíritu y esa alma. Estudiando la obra y el estilo de cada escritor se puede descubrir su carácter, su vida, sus inclinaciones, toda su historia. Realmente el estilo es el hombre.

(1) "Geometría Moral", pág. 130—131.

(2) G. Marañón: "Tres Ensayos sobre la vida sexual", Biblioteca Nueva, Madrid, 1929.

EL ECUADOR Y MONTALVO

LUIS BOSSANO

Con el título preciso de civilizador, como se le ha llamado, en la más noble amplitud, Montalvo reúne en sí los más esclarecidos atributos del artista, el sociólogo y el profeta. No es el político letrado que circunscribe su batallar en momentánea aspiración personalista o que hasta puede encarnar una etapa de la historia nacional. Inquebrantable combatiente en magnas contiendas por dictados democráticos, por ideales humanos indestructibles, es para nosotros un triunfador, cuya ideología esencial, transfundida en la conciencia de la modernidad creadora, palpita aún, por lo mismo, en los más caros anhelos de una raza. Por eso pervive en el ímpetu renovador contemporáneo y su figura, casi olímpica, sigue siendo norma de juventudes, impulso de ideal, escuela de la más santa humanidad, todo con varonil y soberano aliento.

Artista fue en la acepción más compleja del vocablo. El clamor de su verbo, recio y viril, que en ocasiones se esparce con rumor de huracanados impulsos, como vibra en veces con acentos de plegaria o con severas notas de sentencia y de pauta modeladora y estimulante, está agitándose a través de ese estilo tan suyo y tan ajustado a la castiza arquitectura del idioma, rico en giros y matices, encendido, exuberante, pleno de vigor y de realismo puro.

La profundidad creadora del pensamiento cristiano y el arte incomparable del genio heleno, supo asimilar en el corazón y en el cerebro a base de aquel maná de la Cultura Clásica, fuente y matriz de toda educación que aspira a ser completa. De ahí que en Montalvo los arranques supremos de conocimiento y de belleza brotaban diáfanos, prolíficos y abundantes, como aguas de inagotable manantial. Nunca en el tópico vulgar o la pro-

ducción mediocre que, frutos de triviales lecturas enturbian la transparencia de la verdad y de las letras y favorecen el desarrollo de falsarias y sabihondas presunciones. En cualquiera de sus obras, en cada uno de sus escritos, siéntese una inundación de copiosa luz, de desbordante plenitud de estilo, de arte, de enseñanzas fecundas, esas que sólo fluyen de un espíritu en posesión de todas las inquietudes del Cosmos.

“Escritor, en quien la palabra, por ser precisa y rotunda, se confunde con la acción”, dice García Calderón el crítico, hablándonos de Luis Araquistain. Montalvo, en su verbo, que es grito y es fuerza transformadora, empuja, despierta y agita el mundo moral de individuos y multitudes para luego buscar la realidad tangible y tornar hechos históricos en variados rumbos.

La observación certera, el celo humanitario llévanle a hurgar y auscultar las entrañas vivas de esa realidad social, de un pueblo en penumbra; y, sin vacilaciones ni temores, al trazar rutas nuevas y direcciones propicias, descubre también clamorosos morbos en la casta de los de arriba, responsable de sus propios desmanes y de la desmoralización de los de abajo. De su pluma surge el panorama descarnado de una sociedad; vicios y virtudes, llagas, dolores y modalidades de las clases todas, la gobernante, la militar, el clero, la clase media, la alta clase, el indio...

Vigilante e inquieta la mirada, penetrado el espíritu de los mil imperativos sociales y su evolución en marcha, anteve sucesos, llega a predecir hechos trascendentales y siente e insinúa al fin, altos anhelos de justicia social. En la visión del porvenir columbra ya la creciente complejidad de la existencia moderna que exige imperativamente generosas aspiraciones de redención. Es el pensador sutil que siente y que rastrea las hondas raíces sociológicas que fundamentan el presente y el futuro.

El brío indeclinable de la voluntad, jamás había de faltarle. En este país pobre, monstruosamente pobre de riqueza agrícola, de industria, de iniciativa y esfuerzo, todos los valores mentales, todos los valores morales, recurren y han recurrido a menudo, por vicio fatal, para que las fuentes fiscales, municipales, hayan de satisfacer exclusivamente los apremios de la existencia; en nuestros días, aún poderosos plutócratas luchan desesperadamente por la conquista del empleo; y, entonces, por

muchas direcciones y en conceptos varios, las fuerzas morales se derrumban, se entroniza el servilismo y se destruye la santa independencia del yo.- El prosador excelso hubo de mantener perennemente la calidad superior de su esencia espiritual al margen de todo influjo perturbador, sobrellevando solitario el curso de su existencia beligerante, a despecho de destierros e infortunios acerbos. Erguido, con la firmeza de su soberanía interior, abnegado y estoico entre arteras asechanzas, poseído de su alta misión, nunca había de descender del sitial reservado a su grandeza noble y bravía.

Su figura parece destacarse en una plenitud de misteriosos poderes internos y efusión humanitaria que le empujaban, como al manchego inmortal, a lanzarse por los caminos de la Patria y de la Raza, a enderezar justicias desvalidas y maltrechas libertades, en este suelo duro.

Montalvo resume así dos tipos temperamentales, una doble fisonomía moral y de lucha en la que convergen en armonioso ritmo el ímpetu de la juventud rebelde y la majestad robusta del pensador que pulsa y medita y escudriña. Nunca podían oponerse en tan soberano espíritu el austero patrimonio de serenidad, de madura contemplación, con un arranque juvenil en que se está encarnando el entusiasmo, la fe y la esperanza para las conquistas de la vida.

Los caracteres permanentes de tan prodigiosa individualidad debían asociarse para imprimir en Juan Montalvo una sustantividad energética de pasmosa síntesis que había de desenvolverse entre sus contemporáneos como para cumplir un elevado mandato social de invalorable proyecciones.

En el tumultuoso, cambiante devenir de los pueblos, períodos asoman en que culmina aquel gran duelo entre los altos fines del idealismo liberador, altruista, y el empuje de los intereses del egoísmo autoritario y de la fuerza. El éxito de la contienda está determinado por la diferencia de fortaleza esencial que asiste a cada uno de los bandos.

Y en el ciclo tan intenso y agitado de la vida ecuatoriana que abrigó al genio montalvino, cundido estaba el ambiente de ignorancia, de incompreensión y debilidad sumisa y servil en la masa gobernada, mientras al frente suyo alzábase el poder arrollador, casi invencible, de los partidos de gobierno siempre concentrados en torno a una omnipotencia personal. En ellos

estaba destacándose de un modo principal la figura del Presidente García Moreno que representaba una formidable potencia moral y luego, muy inferior, la del caudillaje veintemillista, asistido señaladamente por la fuerza material. - Montalvo viene entonces a significar en la vida nacional algo como una maravillosa **condensación** de la energía social, impulso mental y volitivo hacia adelante, que en la colectividad sedienta flotaba desde el hondón de lo subconsciente.

Cierto que no faltaron también conspicuos ejemplos de varones de integridad y de talento, pero que no siempre hubieron de poseer el poderoso acopio de virtudes que en el luchador ambateño llegaron a ser una ejemplar síntesis humana para la segura persecución del Ideal.

El solo pudo y debió entonces medir el valor de su temple combativo frente a la prepotencia del genio garciano; y se lanzó a la lid con su soberbia decisión. El César estaba encarnando un principio de imposición, con frecuencia violenta, al servicio de una aspiración severamente original y constructiva, pero asentada en virtualidades inmediatas, presentes de la época, - porque la tiranía sólo fué un medio que no podía abandonar su voluntad incomparable para subordinar a la realización de sus fines. Montalvo representaba, en cambio, el desinteresado anhelo de libertad, de los valores espirituales permanentes, que nunca podían escapar a las más certeras visiones de futuro y al natural desenvolvimiento de las masas. Y como allí depositó también su ingente aliento de perseverancia y energía, hubo de vencer finalmente; y venció luego sobre la grotesca audacia del caudillo militar; y quedó desde entonces vibrando su palabra como clarín anunciador de justicia y acicate de empresas civilizadoras.

Montalvo, pues, en el vivir nacional está constituyendo la sustantividad más feliz de un viejo y milagroso soplo de Libertad que bullía en lo recóndito del alma del solar quiteño, impulsado allá desde la Revolución de las Alcabalas, para encarnarse después en el espíritu del indio Espejo, agitarse en el ímpetu libertario de Mejía, florecer luminosamente en 1809, magnificarse en el holocausto incomparable del dos de agosto y flamar luego en la noble enseña de "El Quiteño Libre". Al "Cosmopolita" le tocaba en suerte reencarnar aquel gran clamor, acrisolado en el corazón de la nacionalidad. Su robusto sentido

de la justicia, su emoción de libertad, su energía irrefrenable, significaron un valor de poderosa renovación en el alma, en los destinos nacionales. De esa obra trascendente, al propio tiempo que surgían nuevos ciclos de vida, se preparaban diversas realidades. A su influjo se inflamó, sin duda, la revolución del 95, floración necesaria de las fuerzas políticas del momento, mas que sólo alcanzó a ser una vibración de tentativas generosas, porque el gran idealismo inspirador de la acción, perdió la magnífica fuerza que podía mantener la nobleza de los principios, desaparecido el nervio despertador de conciencias del precursor auténtico en la lucha ideológica. Empezaron a apagarse los claros soles que mantenían la preeminencia del ideal y del espíritu y vuelve otra vez a insinuarse el gran vacío en la indolente mediocridad de la masa y mas aún en una sucesión de gobernantes, sin virtud y sin grandeza, abitos de incapacidad y embriagados de codicia. En el estrecho recinto de ciertas aspiraciones actuales, de masas fenicias, que marchan ávidas y prosaicas, en pos de grotescas satisfacciones del mundo material, la sombra de Montalvo alumbra con el suave fulgor del desinterés y la grandeza en el alma, en el ideal y en el esfuerzo. Y es aquella misma esencia anímica de rebeldía y de superioridad viril, magnificadas en el genio del Cosmopolita, la lumbré que alienta, en nuestros días de cobardes negaciones, un reducido núcleo de mentalidades que luchan por la hegemonía de nobles principios humanitarios de Verdad, de Justicia y de Belleza.

De allí que Juan Montalvo, cumpliendo su destino histórico en el proceso de la regeneración del Ecuador, es el práctico guía del espíritu que debe inspirar y presidir, al lado de unos pocos, el desarrollo moral e intelectual de las conciencias americanas.

Para esclarecer dignamente los manes del Maestro en nuestra tierra anémica y sedienta, menester será desdeñar toda ciega exaltación lírica, todo servil endiosamiento insincero, y mirar

ansiosamente, intensamente, la doliente realidad de nuestra época, tras el prisma de aquel espíritu genial que no transigió con la injusticia y que, combatiendo la tiranía, la corrupción y la vulgaridad reinantes, supo dejarnos en sus admoniciones y en su vida, claros ejemplos de virtud y austeridad perseverantes.

MONTALVO, MORALISTA

ALFREDO PEREZ GUERRERO

Extraña adjetivación esta: Montalvo moralista. Y, además, quizá mezquina. Porque el adjetivo aplicado a un hombre, es una especie de marco o fondo para destacar el paisaje total de su alma. Y la silueta de Montalvo parece empequeñecida en su grandeza, cuando la parcelamos y limitamos dentro de las alambradas cercas del análisis. Desmenuzamos así la obra espiritual, y cada uno cogemos un puñado de partículas para estudiarlas en los laboratorios de la ciencia, de la literatura o de la moral, y para pronunciar luego nuestro fallo, propicio o adverso, falso siempre, sobre la obra y el hombre. No nos damos cuenta de que ese puñado de polvo, ese lado de acción, así analizados, son cosa muerta e inútil, y que el espíritu --si es consecuente consigo mismo-- no se propone nunca moralizar ni literaturizar ni siquiera educar a la muchedumbre; sino que literatura, ciencia, bondad son formas y moldes en que se vacía íntegramente el alma para exteriorizarse y realizarse. Y cuando el espíritu es genial, en cada obra de él está indisoluble y fundido lo que después nosotros separamos en nuestros cuadros estadísticos y en nuestros catálogos científicos. De allí que el conocimiento de un hombre no pueda hacerse sino por el de su acción total, a través de la que intuimos y adivinamos --como a través del cristal movable y agitado de un oleaje-- la imagen fugitiva del espíritu que cinceló su obra, enfebrecido por un afán de gloria, de belleza o de heroísmo.

No obstante, en la imposibilidad de captar los elixires preciosos que vivificaron el cerebro y el corazón de los hombres

excelsos, satisface las necesidades de nuestra curiosidad, de nuestro culto o de nuestro amor, el levantarles un pedestal con el mármol extraído de nuestras canteras interiores. Así, aunque siempre queda en la penumbra su imagen verdadera, está a plena luz la ofrenda de gratitud dedicada a su memoria. El héroe no es ya, entonces, sino un símbolo y una meta que guían e iluminan nuestro peregrinar por las zigzagéantes rutas del tiempo. Y como símbolo fecundo, el héroe --de la acción, del sentimiento o de la idea-- vigoriza nuestros músculos, endereza nuestras vértebras desfallecientes y enardece nuestra sangre para las inacabables lides del progreso. Si somos escritores estudiamos y analizamos estilos; frases, palabras; si guerreros, nos entusiasman las batallas estruendosas; si moralistas, desentrañamos las enseñanzas de bondad que la obra heroica encierra; y, si artistas, vemos en tal obra las estrofas de un poema, y la acción genial nos aparece vestida con los acerados exámetros de Homero.

Y bien, qué? De Montalvo moralista debe tratar este artículo. En la apretada selva alumbrada de relámpagos y estremeada de huracanes, que son el alma y la obra montalvina, hay que buscar las violetas y los lirios de sus enseñanzas morales. ¿Y lo demás de la selva?: los recios troncos erguidos cual imprecadores y desafiantes brazos; los bordados de la luz en la seda impalpable de la sombra; el susurrar de las fuentes y el sordo bramido del viento en el ramaje; las mil voces que suplican, que gritan, que maldicen; las abiertas fauces de las fieras agazapadas en las cavernas sombrías; y el silencio perdido y presente siempre aun en las vibraciones más fuertes de la garganta polifónica de la selva: ¿no son también elementos para ser analizados desde el punto de vista moral? ¿no son acaso, en el fondo, lo más moral y mejor de Montalvo? ¿no es el sufrimiento, la voluntad férrea, el carácter, indoblegable lección moral más verdadera que el sermón hipócrita que dice: "Sed buenos, mansos, humildes; amad a vuestros semejantes"...

Dicen que la Moral es una norma; que ella nos conduce a la felicidad; que a sus reglas y mandatos debemos sujetar nuestros actos. Podemos aprender esas normas de memoria y ya sabremos la Moral. El mejor dador de normas sería el más buen moralista; y el más perfecto y más feliz individuo el que aplicara todas las normas. Pero, afortunadamente, la vida

arrastra en su torrente los diques que pretenden detenerla, arroja a la orilla el lodo y piedra de que fueron hechos, y sigue adelante, nunca igual, renovada siempre, por imprevistos cauces, sometida a su propia ley que es el divino y eterno devenir.

“Sed buenos”. Si, pero qué es la bondad? Todos responden en mil lenguas y la Babel de la Moral se derrumba. No existe “la Bondad”: existen sólo raramente, hombres buenos, hechos buenos. Hombres y hechos que ponen un latido más en nuestros corazones, un aliento más en nuestros labios; y que por crear ese latido y ese aliento son los verdaderos maestros del bien y de la moral, ya que, si algo representa y vale ésta, es porque madura más pronto y sazona mejor los frutos de oro y de miel del vivir, y porque cambia el padecer acerbo en el sufrir resignado y activo, como dice en bellas frases Montalvo.

Nuestra moral enclenque y ayuna de emoción y de belleza; escondida en su caparazón milenario de timideces y cobardías; hábil para el disimulo, la hiprocrecía y la mentira diaria; rodeada por los turiferarios de todos los siglos; remendada y pintarrajeada por el utilitarismo y la ambición que necesitan de ella como espantajo de las águilas de la verdad que podrían picotear en sus huertos amurallados; nuestra moral de recitación y letanías, de obligaciones y esclavitudes, no fué, no pudo ser la moral de Don Juan el rebelde máximo de América.

Por esto es paradójico el epíteto de moralista atribuido a Montalvo. Él fué un supremo quebrantador de normas; un excomulgado de la grey religiosa y política apacentada en el redil de nuestra Patria; un delincuente heroico que transgredió su vida entera en los “sagrados” principios que apuntalan el viejo templo en que trafican y lucran los moralistas de abultado abdomen y sonrisa mausa. La sacudida que dio este Sansón del pensamiento estrémeece todavía en un pavor de cataclismo los pensamientos de las instituciones y dogmas que nos legara la Colonia. Fué el rayo apuñaleando con su kriss bárbaro las sombras solidificadas casi, por lo densas, que envolvían y paralizaban las conciencias y los cerebros. Campeón de un ideal, una vez armado caballero por el espaldarazo del dolor, no cesa de lidiar ni abandona su lanza desgajada del opulento árbol cervantino. Arremete contra prejuicios y tiranías, y las flechas de sus fraces, cinceladas como joyas, salen de un carcaj inagotable a clavar-se en los pechos de los déspotas. La Santa Hermandad del

miedo y del odio persigue a este hombre de alma quijotesca y solitaria. Ha violado las costumbres, no ha respetado las creencias; se ha rebelado contra los amos; ha apaleado espaldas venerables de mandones y prelados; y la clarinada aguda de su verbo interrumpe el pesado sueño de los faranduleros del orden. Se le niega el pan y el agua; se prohíbe la lectura de sus obras bajo penas eternas; se le calumnia, escarnece, martiriza; se le arroja, en fin de su Patria, hasta que la muerte recoge en su ánfora piadosa la savia de este espíritu extraordinario.

Mas si Montalvo no fué un moralista ni un predicador de reglas, en el sentido de que hemos hablado, fué, en cambio, apóstol de libertades y derechos. Nos ha enseñado, con enseñanza que dura, lo que valen el carácter, el pensamiento, la auto-disciplina. Y el mismo es paradigma de su moral diamantina. Es todo un hombre este ambateño de estatura descollante y de altanera mirada: un hombre de carne y de alma, tallados por el sufrimiento, por la soledad y por la cólera. Su sangre ha pasado por todos los filtros de la pena; su sensibilidad se ha purificado y resplandecido en diálogos prolongados y sabrosos con la naturaleza pintoresca, perfumada y sonora de las vegas de su Ambato y de las breñas virginales de ese rincón que es nido de hermosura en la áspera fiereza de los Andes: Baños. Ha madurecido su espíritu con las ricas savias de los clásicos antiguos y modernos: ama la razón y la verdad como Sócrates; posee el culto a la belleza y a la armonía de Platón; esgrime con vehemencia aborígen la afilada ironía de Cervantes. El fuego que le abrasa sale de sí transformado en una tempestad de relámpagos que deslumbran y queman. Su frase cautiva; mas su imprecación demuele. Es un demoleedor, principalmente, y su estilo tiene el ímpetu y la fuerza de un aríete. No obstante, en medio del bregar señudo contra protervias y ruindades, gusta Montalvo desviarse momentáneamente por senderos floridos para traernos, en apretado ramo rosas de poesías y lises de bondad, y para regalarnos con el agua fresca de una idea contenida en la copa áurea de su palabra.

No tiene un sistema de moral: su moral se va haciendo, sin norma y sin meta predeterminadas, así como sin norma se va haciendo la vida. Hinchida de lecciones de bondad está su obra, y de sus libros fluye dulce la vena de la piedad y del amor a sus semejantes. Como todo espíritu combatido, tenía el corazón

tierno: sangraba fácilmente por una mujer, por un niño, por un morir de la luz en el lecho de violetas del crepúsculo.

Porque no es un dómine de la moral, su acción y su existencia son profundamente morales. Le embriaga el entusiasmo por las ideas, frases, hechos sublimes, cualquiera que sea la fuente de que procedan. Ya nos cuenta la apacible y dulce vida del Cura de Santa Engracia derramando beneficios y sembrando consuelos; ya nos conmueve y enardece con la narración de alguna gesta heroica de Bolívar y sus tenientes; ya nos encanta trazando precioso esquema moral y espiritual de los hombres antiguos y modernos. Su bondad, como su cultura, no tiene linderos: no hay diques para contener su apasionada devoción a la justicia, a la verdad, a la hermosura; y su frase, pulida siempre, restalla o se eleva en himno para ensalzar la serenidad de los campos, las excelencias de las virtudes o el esplendor de belleza de las mujeres que conoció y que quizás amó.

Hambre de verdad y de justicia; sed de amor y de belleza: he ahí las metas hacia las que asciende, por entre cardos agudos, la vida de Montalvo; he ahí también los cíngulos que muerden su trágico y sensible corazón.

Ciertamente que sus ideales no coinciden ya en sus resultados con las aspiraciones del presente. Hombre de su tiempo, aprisionado por el medio social y político, hubo de tratar y combatir problemas y hechos que pasaron ya y son polvo dispersado por los años; sin embargo, en el claroscuro de su época, su figura mayestática se destaca como el más encumbrado ejemplo de fiero valor combativo y de indomable voluntad renovadora. No quedan ni García Moreno, ni Veintemilla, ni el Obispo Ordóñez; pero llamea aun y vibra la palabra montalvina, y enciende nuevas hogueras revolucionarias en las almas de hoy.

¡Loor y gloria circunden siempre el recuerdo de este apóstol de la libertad, caballero andante deshacedor de injusticias, que no soltó el afilado estilete de su pluma, sino cuando la muerte vino a desarmarle y a llevar su cuerpo a la tumba y su espíritu a la inmortalidad de la gratitud y del amor de los ecuatorianos!

LA EPOCA DE MONTALVO

JULIO TOBAR DONOSO

Nació Montalvo cuando no morían aún los ecos del movimiento casi universal de libertad política de 1830, con el cual coincidió la fundación de nuestra Patria. Para el arte literario aquel año trajo también revolución trascendental: el romanticismo, reacción de independencia contra el seudoclasicismo del siglo anterior. Montalvo, como todos los pertenecientes a una generación en que confluyen dos épocas, fundió en su personalidad rasgos de una y otra; el gusto por la construcción arcaica con la riqueza de fantasía y de color y el sentimentalismo individualista de los románticos.

Un año apenas tenía el eximio prosador cuando en nuestra República se inicia la primera reacción liberal, frente al Gobierno del General Flores. Encabézala un varón inglés, educado en el civilismo constitucional de su noble patria. Por medio de Moncayo, la influencia de Hall y Rocafuerte llegó a Montalvo.

La juventud de éste se desenvuelve entre la trágica lucha que sostiene el elemento civilista contra el feudalismo militar. Sus estudios humanísticos le hablan de la grandeza democrática de Roma. Su educación entera tiene todos los caracteres del ambiente de su país, en que palpitan las más variadas aspiraciones: el amor de la libertad, hijo de la idea cristiana; el sentimiento religioso que, en América, se hermanó siempre con los anhelos republicanos, pero que a la sazón se hallaba como inerte y desvanecido a causa de la aridez jansenista y de la mezcla con las heces del regalismo; la pasión, en fin, del constitucionalismo y de la legalidad, no siempre capaces de encauzar el torrente revolucionario creado por las luchas de la independencia y las ideas rousseaunianas.

El alma arrebatada del ilustre ensayista se enamora de los hombres que, apenas llegado él a la mayoría, enarbolan el estandarte liberal, aunque con fines personalistas. Urbina (Gil Blas de esta República, como le llamaría el mismo Montalvo; Mefistófeles de ella, en frase de Malo), Urbina, decimos, aparece un día como caudillo de los jóvenes liberales: tiene la aureola de redentor de esclavos y como tal representa, pero de manera fugaz y superficial, el pensamiento democrático, sacrificado muy luego en provecho del grosero utilitarismo militar. En el período de Urbina escribe Montalvo sus primeros ensayos; y bajo la protección del afortunado General, parte a Europa donde se fascina con el romanticismo. Lamartine, Hugo, son sus dioses.

Vuelve a su patria; y la encuentra en una de esas grandes vertientes de la historia, en que las cosas públicas toman rumbos no soñados. Un hombre de genio y de fuego, educado (cosa sorprendente) en la misma atmósfera de impura y desvaída ortodoxia, de liberalismo saturado a la vez de la religiosidad y de espíritu revolucionario, rompe repentinamente todos los moldes de su tiempo. A la amalgama doctrinaria, de la cual Montalvo no pudo salir jamás, opone la trabazón orgánica de un ideal religioso definido y fuerte. Al sistema legalista y al formulismo constitucional sustituye el régimen de enérgica protección de la paz contra la anarquía, pese a todas las fórmulas de la ley escrita.

Montalvo comprende los méritos de García Moreno; y en él halla el hombre digno de su pluma y de sus odios implacables. Montalvo es la superstición de la libertad; García Moreno la personificación del orden y de la disciplina. Montalvo el genio de la pluma; García Moreno el artista de la acción. Montalvo es sólo escritor; García Moreno, sin dejar de valerse de la palabra escrita y hablada para el ataque político y la defensa doctrinaria, es ante todo estadista. Hombres antípodas, jamás pudieron comprenderse.

"El Cosmopolita" trazó en estilo centelleante la caricatura de la política de García Moreno. Montalvo encendió su enemiga contra el grande hombre en la misma pasión que ardía en el alma de los Mestanzas, de los Urbinas, de los Moncayos; mas, lo que éstos no lograron, lo obtuvo aquél con su pluma. El mismo se preció de la lúgubre hazaña del 6 de Agosto y quiso

consagraria para sombría inmortalidad. Los hechos posteriores vengaron a García Moreno.

Si Montalvo hubiera sido estadista, habría podido recoger el Poder a la caída de su formidable adversario; pero le faltó audacia y programa constructivo de Gobierno; y el país, que se embriagaba con sus escritos y rendía pleito homenaje al arte eximio de sus procedimientos literarios, temió sus odios.

En vez de él encumbró la nación a un probo ciudadano portavoz del sistema legalista. Montalvo ensalzó también a Borrero y contribuyó a exaltarlo; pero Borrero no fue fin, sino simple incidente en el plan liberal. "Si pensó que su candidatura fue afición a su triste persona, dijo, se engañó por la mitad de la barba". Montalvo le apremió para la reforma constitucional; él, legalista antigarciano, le pidió la ruptura del orden legal. El, amigo de los Gómez de la Torre, cuando éstos en la oposición, simbolizaban el republicanismismo liberal, baldonó al Ministro don Manuel y cooperó a su caída. Quiso entonces imponer a Carbo; pero la revolución de Septiembre pareció por un momento realizar en forma más propicia para el liberalismo lo que se había pretendido obtener con una fórmula aparentemente constitucional. "El Regenerador" fue el azote del iluso y apasionado Borrero.

En recemplazo del repúblico azuayo se alzó un militar sin doctrina: Veintemilla. El desenfadado libelista tuvo el dolor de ver que la ansiada reforma liberal degeneraba en sibaritismo político, de matiz personalista, anodino en lo demás. No había caído García Moreno, el grande, para que se irguiese un ídolo pigmeo. Montalvo, doblemente herido, dirigió contra el General traidor los envenenados dardos de sus tremendas "Catilinarias". Su pluma mató moralmente al Dictador en la "horca del desprecio". Urbina, Mecenas de la juventud de Montalvo, cayó también en el fango, ignominiosamente envilecido y denostado.

Amenazado de muerte en tiempo de Veintemilla, no pudo volver a su patria. De lejos contempló la caída del Dictador, preparada con las flechas de sus punzantes escritos. Una vez creyó que su partido le exaltaría a la primera magistratura; pero el grupo liberal de la Constituyente de 1884, pensó en Ramón Borrero, votó luego por don José Manuel Jijón, y arrumbó en el olvido político a Montalvo.

“¿Cuáles son más ruines, escribió en represalia, los terroristas o los liberales?”

Mientras el país organizaba la reacción civilista conservadora, Montalvo daba a luz los “Siete Tratados”, prueba tangible de la incoherencia doctrinal del gran polemista. Alma religiosa, pensamiento heterodoxo, se dijo de él; pero Montalvo no era verdadero pensador: su obra doctrinal tiene carácter fragmentario. Su pensamiento fue también religioso; pero a la manera de su época: individualista e impreciso. El Siglo XIX es un Proteo de inmensas y cambiantes formas.

Para preservar la integridad de la doctrina de muchos católicos ligeros y prevenir la peligrosa fascinación del ilustre escritor, Monseñor Ordóñez prohibió los “Siete Tratados”. El libelista no tuvo valor para sufrir la sanción y se vengó del austero Arzobispo con la “Mercurial Eclesiástica”, donde se da nuevo semblante de verdad a calumnia nefanda, ya juzgada y desechada por los Tribunales de París.

Los últimos años del preclaro escritor y caricaturista político decurrieron en fecunda actividad literaria. A la distancia, por benéfica influencia del notable ciudadano don Clemente Ballén, cobró cierta medida política, para el juicio de los hombres y el consejo a su partido. Era el signo de los tiempos la tolerancia cívica ensayada por los gobiernos conservadores-progresistas. Desde 1884 se inicia en nuestra patria la colaboración de partidos y se renueva el ejercicio de las libertades, especialmente de prensa, sufragio y asociación. Montalvo no debió de mirar con malos ojos aquella nueva forma gubernativa que se armonizaba con sus ideales y favorecía su desarrollo. ¿Cómo habría juzgado los hechos posteriores? ¿Se habría satisfecho con que el movimiento liberal de 1895, fuese casi siempre mera reacción racionalista?

La vida del artífice del estilo decurre, pues, entre la iniciación de las primeras luchas liberales y la constitución del progresismo; y es un signo de la imprecisión ideológica de su tiempo. Pero tiene el inmenso mérito de haber defendido gallardamente su fe en la divinidad de Cristo y en la necesidad de El para la salud de la Democracia.--Su enseñanza en este punto no perecerá.

El país tiene razón de ensalzar, en su primer centenario, a una de sus más grandes glorias literarias, que ha puesto muy en alto el renombre nacional. Nosotros, con las reservas que imponen el respeto de la justicia histórica, la verdad religiosa, y la veneración de otras glorias patrias, no podemos menos de unimos a los homenajes que se le tributan.

ASPECTOS POLITICO Y LITERARIO DE MONTALVO

CARLOS ALBERTO FLORES

Filósofo austero, grave, como Séneca; rebelde a todas las tiranías políticas, y a las tiranías sobre el espíritu, la conciencia, la libertad del pensamiento y la palabra; Montalvo las combatió, no con los eufemismos de los que, estando esclavizados quieren libertarse; sino con la lisura del que no habiendo sido nunca esclavo, le da puntapiés al yugo que le muestran.

Santa rebeldía; augusta, majestuosa; que le dió toda la fuerza incisiva de Juvenal, para sacudir fuertemente a los tiranos y marcar a los esbirros.

De Marcelino Menéndez y Pelayo recibió Montalvo una carta, en la que el famoso polígrafo hispano, sin reserva aplaude las singulares condiciones del estilo de don Juan; y con llaneza manifiesta su desaprobación de los procedimientos de polémica del autor de los "Siete Tratados".

Don Marcelino era un monarquista teocrático, perfectamente aclimatado dentro de su ambiente, en el que su espíritu encontraba la horma de su aspiración mental.

Montalvo era un paladín de las libertades republicanas, que con su pluma de fuego, iba quemando el rostro de los déspotas y flagelando a los sayones, en una época en la que todavía alentaban los resabios de la servidumbre medioeval, en estas Repúblicas nuevas, sojuzgadas por el caciquismo, después de los triunfos de la Independencia.

Miguel Antonio Caro, una de las figuras más culminantes de la literatura colombiana, también en carta dirigida desde Bogotá, le manifiesta a Montalvo, su admiración por la naturalidad y rigurosidad del estilo, por lo correcto de su frase y casticidad de los vocablos; y, como buen conservador, se decide en contra

de la vivacidad de la frase, censurando al fogoso polemista, en cuanto es contundente o matadora.

Pero el señor Caro, no sabía que, sin muertos en la batalla, no hay triunfo, ni libertad ni Patria.

César Dominici, en un artículo publicado en París, y relativo a juzgar el último libro de don Juan, titulado "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", dice, entre otras cosas:

"Juan Montalvo tuvo para el mundo un gran pecado: la franqueza. Le cayeron encima los tiranos y los falsos sacerdotes, y fué desterrado y perseguido; el luchador olvidó que la verdad no puede decirse bajo el palacio de los magnates; que los gobiernos la han desterrado, como fruta vedada, y que en la diplomacia universal se estila la etiqueta, para conservar el derecho de gentes, que es la fuerza de los débiles".

Es, pues, justo y preciso, para que no se equivoque la Historia, defender a Montalvo de los reparos que se ponen a la acritud de su censura, en unos tiempos en que la dominación despótica del Ecuador, apoyada en el fanatismo y servidumbre de las masas populares, requerían el levantamiento siquiera de un carácter fuerte que, como el látigo de Jesús, azotara a los malvados.

Sin la pluma fulgurante, y a las veces caústica del formidable predicador; sin sus gritos enérgicos y condenatorios, como los apóstrofes de Isaías, las bases de la dictadura perpetua que él atacaba con la poderosa tormentaria de sus escritos, no hubieran vacilado hasta venir después a tierra en estruendoso cataclismo: el alma nacional no se hubiera estremecido con violentos impulsos de reacción.

Si la pluma de Montalvo era verdaderamente poderosa, y él solo valía por una resistencia formidable, contra todo un viejo sistema de esclavitud de la conciencia ciudadana, de los derechos políticos, de la libertad individual; del libre examen; muy bien arraigado en el país, y que acosaba al escritor liberal impenitente, irreducible, como las jaurías acosan al lobo en las estepas; como al roedor acósale la garra del milano.

¡Masón!, ¡hereje!, ¡impío! Entredichos, excomuniones, persecuciones, necesidad de escondite en la espelunca: mazmorra, destierro, cuándo no el patíbulo horroroso; todo, por defender la libertad de los pueblos contra la opresión feroz de los gobernantes!

¿Qué mucho que del tintero de don Juan, que era como si dijéramos, su parque de combate, hayan salido de repente esos **cohetes a la Congreve**, con que hería a sus poderosos adversarios; no matándolos con muerte corporal, sino matándolos con el ridículo estupendo?

No: las iras de Montalvo, en las que los viejos gruñones del ultramontanismo cosmopolita, quisieron encontrar los gérmenes de una mordacidad morbosa, no fueron sino hipos contra alcaudones al servicio esbírrico de los tiranos.

La imparcialidad de la Historia, colocada dentro de la respectiva época siniestra, ha de absolver a don Juan Montalvo del cargo de injurioso o de burlesco; cuando esa injuria y esa burla, eran el cuchillo de Dios, hiriendo al pueblo de Amalec..... Y Dios es justo, con una justicia terrible.....

Después del político, el otro aspecto de Montalvo es el exclusivamente literario.

Filósofo a lo Platón, discurría en la entelequia, no en los jardines de Academo, sino bajo los saucedales y alisares de Ficoa, pradera pintoresca, fronteriza de la ciudad de Ambato, cuna del Genio. Allí, sin duda, en las horas en que más brillaba el sol; o en la noche, cuando los fulgores de los astros, envolvían con sus matices varios los perfiles de las sombras; Montalvo arrebatava, casi furtivamente, el arte clásico del bien decir, toda la euritmia, toda la galanura, todo lo castizo, todo lo bello, elegante y armonioso de la flamante prosa castellana, y cual un nuevo Cervantes hiperbóreo, trazó en las páginas diamantinas de sus libros, sus cláusulas en música rompidas; sus giros de artista consumado de la frase; estereotipando allí todas las formas de su vasta sapiencia, toda la excelsitud, todos los atributos propios del Genio.

Al pie de la estatua de la Noche, que para el mausoleo de Julián de Médicis, esculpió Miguel Angel, alguien escribió: "La estatua que contempláis, es obra de un semidiós: está dormida; háblale, y te contestará".

Así, cada una de las obras literarias de Montalvo, es una caja de música exquisita, si entendéis y gustáis de lo magnífico; aplicadles vuestro oído, y de seguro, que os regalaréis con quedas y melodiosas sinfonías.

La ilustre escritora gallega, doña Emilia Pardo Bazán, después condesa de lo mismo, decía en sus crónicas de "La Ilustración Artística":

"En labios y en plumas americanas volvemos a encontrar con frecuencia giros y voces que aquí se dejaron en desuso; acepciones rancias que aquí ha modificado el tiempo; hay autores americanos, como el ecuatoriano José Montalvo (Juan, excelentísima señora), que hasta extreman el arcaísmo y encienden su lámpara en el altar de Cervantes..."

Fuera de que la brillante escritora Pardo Bazán, también usó de tal cual arcaísmo, cuando bien le vino en gana, sin mialja de preocupación por la rancidez de las voces dejadas en desuso, y vueltas a traer en los decires nuevos, es conveniente reconocer como principio de buena filosofía, buena lexicología y dialéctica, y mejor retórica, el uso que hacen los escritores clásicos de las voces rezagadas, y que fueron castizas en el antiguo romance, cuando de ese uso oportuno, atinado y artístico, resulta el delicioso sabor de vino añejo, que el inteligente y primoroso escritor moderno le quiere dar a una frase, modelándola en el patrón histórico del idioma, en honor del abolengo, sin perjuicio del purismo, porque, bien traído un término arcaico, es gala y gracia en el decir del sabio; bien así como una hermosa perla del collar de doña Urraca, no dejara de lucir entre los zafiros y topacios reconstituídos, en nuestros tiempos.

Guayaquil.

LA MERCURIAL ECLESIASTICA

MIGUEL ANGEL ALBORNOZ

Este libro, raro y hermoso, digno de particular estudio, fue escrito bajo la impresión del profundo desagrado que le causara a su autor el anatema eclesiástico recaído sobre los "Siete Tratados", obra maravillosa que hasta hoy no tiene rival dentro del acervo literario latino-americano. Algunos espíritus apasionados han creído encontrar en las páginas de la Mercurial Eclesiástica un desahogo de clerofobia, cuando no el testimonio de la ponderada irreligiosidad de don Juan Montalvo; pero nada más erróneo que esto, porque el gran apóstol de la libertad no era enemigo sistemático del clero ni un odiador de la religión de sus mayores. Al contrario, conceptos tiene, en todos sus varios escritos, llenos de elocuencia y sabiduría en favor del sacerdote virtuoso, fiel al cumplimiento de sus deberes evangélicos, que no los trazara quizá ni el más ferviente padre de la Iglesia. Cualquiera que leyere lo que nos dice del Obispo Yerovi, por ejemplo, habrá de sentirse conmovido y fuertemente dominado de respeto, ante la figura humilde, al mismo tiempo que gigantesca, de aquel manso discípulo de Cristo, adornado de excelsas virtudes. Mansedumbre, caridad, castidad, humildad, grande humildad dignamente sostenida en acciones y palabras, constituyen el bagaje moral con que pasa por en medio de la multitud humana, ese prelado ejemplar, derramando el bien en el corazón de los que sufren. Y no digamos nada del Cura de Santa Engracia, cuya silueta sugestionadora hemos contemplado todos los que admiramos a Montalvo en sus inmortales libros. El Arzobispo de Quito — personaje que figura en el drama "La Leprosa" — es otro sacerdote que se destaca radiante por la austeridad de las costumbres, la resignación en las adversidades y la entereza con que amonesta a

los suyos para recibir con valor el golpe que sobre ellos asestara el destino.

A cada paso encontramos, en las obras de Montalvo, pruebas elocuentes de su veneración y respeto por los ministros del Altar que no se apartan de la doctrina de paz y amor que hace la redención del mundo. Y en cuanto a la religión cristiana, en general, pura, elevada y noble, tal como la pregonó el Mártir de Galilea, son múltiples los testimonios de su acatamiento, considerándola constantemente como doctrina fecunda en bienes espirituales, digna de quien la selló con su propia sangre sobre la cumbre del Calvario. Desde luego, Montalvo no estaba conforme con la hojarasca puesta por la Iglesia Romana en la obra de Jesús, desfigurándola por completo con fines especulativos encaminados a satisfacer combinaciones políticas y a mantener la preponderancia del clero, mediante la sujeción de las conciencias timoratas de los crédulos, que se dejan guiar sumisos por las enmarañadas selvas del misterio, tras la pálida **antorcha de la fe**, que no alumbraba la senda ni permite ver el más allá de las cosas eternas. ¡Valiente **antorcha** que nos mantiene siempre a obscuras!...

En los tiempos de Montalvo, y posteriormente, hasta el advenimiento del partido liberal, la clerecía manejaba la República del Ecuador como cosa propia, como feudo hereditario, y dejaba ver por todos lados el sombrío espectro de la sotana y el bonete. El Poder Legislativo, en manos de obispos y clérigos, dictaba leyes terribles, tales como la pena de muerte, el destierro, el azote en los cuarteles, el tormento para los ciudadanos independientes que no comulgaban con semejantes infamias; adjudicaba al Papa de Roma, a las casas santas de Jerusalén, al santo sepulcro, a la construcción de basílicas y capillas casi todas las rentas del Erario; condenaba y limitaba la libre emisión del pensamiento, y excluía de los derechos de ciudadanía a los que no eran católicos, apostólicos, romanos. Las comunidades religiosas y el clero poseían cuantiosos bienes consistentes en joyas, latifundios y rentas tributarias tales como el cobro de diezmos autorizado por la ley: todo lo cual testimoniaba la poca importancia que solían dar los sacerdotes de aquel tiempo -- y acaso también ahora sucede lo propio -- a las enseñanzas de Cristo, defensor de la pobreza como base cierta para ganar la salvación de las almas.

En este estado de cosas, en este medio ambiente cargado de fanatismo, los pocos liberales de la época hacían grandes esfuerzos por contrarrestar la intromisión de los religiosos en las cuestiones de Estado; y así es como se entabló, a poco menester, la lucha política con el más vivo encarnizamiento. García Moreno, hombre de extraordinaria mentalidad, surgió de un lado, y de otro, Juan Montalvo, luminoso cerebro, alma nacida para el combate, quien asumió la defensa de las libertades públicas. La contienda era desesperada. García Moreno contaba con el apoyo incondicional de la clerigalla y el pueblo; mas su fuerza estaba principalmente en la legislación inquisitorial dictada por tonsurados y frailes de levita. Montalvo, a su vez, contaba con la alianza de la juventud, la santidad de la causa, que él defendía y la pujanza de su pluma. Después de la muerte de García Moreno la situación no se modificó, y así los prelados se valían, unas veces, de las leyes garcianas para la satisfacción de sus aspiraciones políticas o de odios y rencores personales y otras, de las excomuniones; la cruel negativa de la sepultura para los cadáveres de los **herejes** que morían sin confesión; la censura de los libros de autores liberales, y demás medios violentos, tiránicos y contrarios a la sana razón bajo todo concepto.

Los "Siete Tratados" de Montalvo, obra que ha merecido elogios de parte de sabios y moralistas de fuste -- entre ellos el eminente González Suárez -- fue condenada por el Arzobispo José Ignacio Ordóñez. Montalvo recibió en París la pastoral anatematizadora y ella le sirvió de tema fecundo para escribir uno de sus mejores libros: "Mercurial Eclesiástica", "Libro de las Verdades", impreso en la capital de Francia por la "Biblioteca de Europa y América". --Rue de Rennes, 1884; esto es, casi ya medio siglo. La injusticia palpitante en la desacertada pastoral, acaso le irritó menos al autor de los "Siete Tratados" que el espíritu de venganza y odio político del prelado de Quito, quien se arrepintió, sin duda de su ligereza y tal vez lloró a solas al recibir el condigno castigo. Efectivamente, Montalvo le colocó en su sitio al señor Obispo, con aquella severidad propia del sublime panfletario, cuya pluma ha condenado a perpetuo escarnio los nombres de muchas personas de nuestra infortunada política.

Las páginas de la Mercurial Eclesiástica, trazadas con abrumador sarcasmo, en magnífico estilo, encierran grandes enseñanzas. Su autor ha querido llamar a esa obra "Libro de las Verdades", y a fe que las dice grandes como un templo.

"El Arzobispo de Quito — anota en el prolegómeno — ha condenado mi obra titulada "Siete Tratados", y ha prohibido su lectura, por herética, dice, inmoral y blasfema. Ha estado esperando ese desventurado que mi libro merezca la aprobación de esos que no lloran ni se afligen, si no comprenden; ha estado esperando que entidades morales de gran peso como Gobiernos y Academias honren de mil maneras a su autor, para salir él, ente infeliz sin inteligencia ni virtud, a llamarle mentiroso, impío y blasfemo. Pues yo me atengo a los que han visto en ese libro pura moral y profunda filosofía antes que al que no ha hallado en él sino impiedades y perversidades. Este llora y se indigna sin haber comprendido; los otros comprenden, y alargan la mano del hombre de bien, la mano del filósofo, al que los ha convencido con sus discursos, y los ha conmovido con los afectos de su corazón".

En efecto, son conocidos los juicios que emitieron sobre los "Siete Tratados" católicos de talla como César Cantú y otros grandes genios del pensamiento; y habría sido inexplicable la censura lanzada por el Arzobispo Ordóñez contra esa obra plebética de moral y sanas enseñanzas, si no hubiesen estado de por medio la pasión política y el rencor personal. Prohibir la lectura de libros buenos es, a todas luces una injuria grave a la civilización; mas este ha sido, por desgracia, el sistema de la Iglesia católica, desde los primeros tiempos del papado.

El ultramontanismo — añade Montalvo — siempre ha sido una vasta servidumbre: el que quiere pensar con su pensamiento, muere; el que cree, según su convicción, muere; el que alza la voz, muere; que sea santo, que sea sabio. Si no quiere abjurar, si no quiere humillarse, muere: dígalo Savonarola". Y luego agrega:

"El error es enemigo débil y cobarde; vuelve la espalda, huye: si triunfa, es porque los amigos de la verdad no la despiertan, no la llaman: "El triunfo del error es cargo tremendo contra los que combaten por la ley y la justicia, la religión y la felicidad, grandes verdades que ojalá siempre se llevaran de calles a los errores. "El error triunfa". Y por qué triunfa? Pensáis acaso, oh gente errada y oscura, que nosotros nos go-

zamos en ese triunfo, o que sacamos alguna ventaja del predominio de las falsas ideas? Si defendemos nuestros principios, es porque los tenemos por verdaderos; si estamos triunfando es porque la verdad, como vosotros mismos decíais, no puede ser vencida. Prohibir no es discutir; el que me prohíbe no me convence; y lo que yo quisiera fuera que me convenciesen los más inteligentes, los más sabios".

La "Mercurial Eclesiástica" preciada joya de nuestra literatura, se lee invariablemente con la sonrisa en los labios, porque enseña deleitando, como el Quijote de Cervantes. Llena de episodios interesantísimos; de salados comentarios, de argumentación fácil, de lógica contundente en la defensa de la verdad, va tachando todo aquello que significa farsa premeditada, puesta en juego para explotar la tímida conciencia de los ignorantes; por donde resulta, la obra de Montalvo, obra de bendición en favor de la flaca humanidad que necesita creer lo que no entiende, para ocultar en la sombra del misterio una chispa lejana de esperanza sobre la vida de ultratumba, como consuelo y pobre compensación de las miserias y lágrimas del mundo. La espontaneidad de la cita, para vigorizar la réplica dirigida contra el Obispo condenador de los "Siete Tratados", prevalece graciosamente en la "Mercurial Eclesiástica", como en todos los escritos de Montalvo; el episodio de costumbres criollas, sencillas y naturales, surge, de vez en cuando, como flor campesina perfumando el ambiente y embelleciendo con vivos colores los cuadros trazados con mano firme de artista indiscutible. La procesión en el pueblo de Baños, verificada en el momento mismo en que se da el aviso espeluznante de que se acercan tropas **reclutadoras**; la confección de las **santas imágenes** en un apartado pueblo del norte; la fingida sobriedad de cierto glotón que se queja de inapetencia, y otros pasajes semejante, dan a la Mercurial Eclesiástica" cierto delicado sabor de nacionalidad y serranía que la hacen aún más interesante.

Al hablar del ayuno y la abstinencia retrata las costumbres de cuaresma con singular donaire recordando como hacían por la salvación eterna los ayunadores empedernidos de entonces y los que hallaban en la abstinencia de la carne una segura tabla de salvación para redimirse de los tormentos infernales.

"Sabido es, dice, que la comida de queso es cosa de santos: Mientras más queso coma un buen católico, más probabilidades

le corren de ganar la gloria eterna. En Francia los devotos de las escuelas de Luis Veuillot comen **maigre** los viernes, las t mporas y viglias; esto es, comen flaco: En la América española, los que se están criando para bienaventurados comen queso, mucho queso, sin perjuicio de la carne: la bula, los cuatro reales a la iglesia, les quitan a las viandas sus propiedades lujuriantes, como dijimos arriba. Para rehuir los pecados que provienen de la carne, los inteligentes católicos comen queso. Yo quisiera que para evitar las tentaciones del robo, la envidia, la murmuración, comieran algo”.

Del Teatro, como es natural hace la debida defensa y abruma al señor Ord n ez con citas de autores, fechas fehacientes y el testimonio de historiógrafos consp cuos, para demostrar el favorable concepto que los hombres cultos tuvieron en toda época de aquella gran manifestación del Arte.

Censurando una frase de la pastoral en cuestión habla de la vergüenza en esta forma:

“Vergüenza, oh vergüenza, santa vergüenza, vu lveme tímido, s lvame en ese acoquinamiento en que el alma se retrae, cuando tiene miedo de lo  licito, o echa de ver que una de sus obras le acarrea desconsideración o infamia. Así como no podemos vivir vida material sin el fuego, elemento del mundo físico, así la vergüenza es el fuego del espíritu, y uno de los elementos de la naturaleza del hombre. La vergüenza siempre está virgen: los que la violan, la matan; y viven pálidos, aún cuando, viudos desamorados, no ech n lágrimas”.

Todos los puntos de la pastoral, relativos a la prohibición de los “Siete Tratados”, Montalvo los copia textualmente y le dan materia inagotable para defender el libro anatematizado, demostrando a las claras que el error, la falta de caridad, de imparcialidad, de moral cristiana, está; latente en el escrito del Obispo Ord n ez, escrito que bien merecía caer bajo el **Indice** de la conciencia pública y la condenación de la posteridad. El nombre del Obispo José Ignacio Ord n ez queda immortalizado en las páginas de este libro singular, atrayente por la belleza de la forma, y admirable por el vigor de la defensa y el ataque; este libro que resplandece y vibra, como fuego de misteriosa fragua, en cuyo seno los dioses inmortales están purificando de continuo la verdad y la justicia.

EL DIALOGO ETERNO

ALFREDO MARTINEZ

Ficoa: Yerbecillas temblorosas. Pájaros parleros. Céfiros infantiles. Brisas olorosas. Aire: hálito de primavera. Murmurio de fuente. Orquesta de río. Insectos de topacio, zafiro, carbunco. Flores embrujadas. Tierra fecunda. Cumbres apacibles. Perfumes paradisíacos. Una casita, asomándose como un diamante en la esmeralda del campo . . . Y sobre la maravilla de este paisaje andino, el Sol, derramando a torrentes el oro de sus entrañas vivificadoras.

La Grama: -- Yo no lo conocí. Su destino se adelantó a mi vida. Pero me complace tener como almohada de mis sueños el suelo hollado por sus plantas. Se por vosotros, hermanos árboles, que Don Juan Montalvo era bello como un dios. Su nombre es para mí un himno de bienaventuranza. Montalvo, ya no es solamente un nombre; es una espiral que une al hombre con Dios, como el rayo del Sol que se cuelga del infinito para que suba por él la esperanza de la Tierra. Para la juventud debe ser un símbolo de belleza y de energía cósmica; y para la Humanidad, una luminaria, un relámpago que rasga la tiniebla. ¡Don Juan Montalvo! ¿Oís con qué dulzura lo llamo? Mi voz está santificada por la nobleza de su nombre.

Un Arbol: -- Yerbecillas hermanas! Admiro la nobleza de vuestros sentimientos. Sois buenas y humildes como el beso de mi sombra. La humildad es la gota de agua que lustra y labra la piedra disforme del orgullo y la vanidad. ¡Oh, si mi vida tuviera la virtud de vuestra resignación! . . .

La Grama: -- Tu voz tiene el agujijón de la tristeza. Ayer cantabas como un mancebo romántico. Os vi satisfecho cuando el silencio de la noche se recostaba en tus ramas. ¿Qué ha podido lacerar tu corazón, hermano Arbol?

Un Arbol: -- La alegría es el destello de la juventud; la tristeza, la angustia de la vida que se riega como agua turbia en

la arena de los años Ya no recuerdo cuántos soles matizaron mis hojas, ni cuántas lunas se enredaron en mis ramas. La vejez ha caído en mi cuerpo como una sombra maligna. Mi fatalidad lo dicen las hojas que suspiran al caer y mi tronco que ya no puede dar una lágrima.

La Grama: -- No hay razón para tanto dolor, hermano Arbol. Nunca os he visto más florido y melodioso. Parece que la Primavera ha dejado en tus raíces un cántico de amor, una fiebre de florecimiento.

Un Arbol: -- ¡Yerbecillas!... Si midiérais mi dolor y el esfuerzo de mi vida. Ha cien noches y cien días que vengo recogiendo de mis raíces las últimas gotas de savia. Hoy es nuestra fiesta, fiesta de la Naturaleza, y no podía mostrarme con el tormento de mi vejez. El alba del espíritu de Don Juan nos visitará en la centuria de su nacimiento. ¡Cuántos recuerdos me alumbran! Muchas veces pasó cerca de mí, erguido y arrogante, mas hermoso que el roble, y mi sombra se divinizó en su cuerpo. Ahora, si pasa nuevamente, tendrán mis ramas la música de los laureles. Si pudiera ofrecerle como ayer la miel de mis alquitaras secretas en la carne de mis frutos.

Otro Arbol: — Olvida tu pena, hermano. La resignación de las yerbecillas es una virtud que debemos practicar. Yo he vivido mas que vosotros, y, sin embargo, la alegría no me falta; ella es para mí la savia de mis últimos días. Mi tronco está descolorido; tiene más arrugas que un rostro milenario. ¿No has oído que la pena acorta los días? No manches con tu desaliento el claro recuerdo de Don Juan. ¿Olvidaste mi suerte? Yo sentí, cuando Don Juan se reclinaba a mi tronco, el latir de su corazón hecho de llamas; yo escuché el soliloquio de su alma atormentada; yo adiviné en sus pupilas el paso de las águilas y los cuervos de las grandezas y de las miserias humanas. Su ser era la síntesis de un cósmos. Me aterró la soledad oceánica de su alma, de su alma que se daba al mundo en resplandores de belleza, en gritos de rebelión, en horizontes de optimismo Con qué alegría llevo en mi tronco una letra grabada por su mano. ¡Regocijaos, regocijaos, hermanos! La alegría es el tónico insuperable de la existencia. Mirad cómo las flautas de mis ramas, las liras de mis hojas, la melodía de mis flores cantan su apoteosis.

La Fuente: — Si de glorias tratais, hermanos míos, yo os contaré la mía para que el viento, que viene a humedecerse en mis linfas, la pregone por donde no falte una lengua que la repita o unos oídos que la escuchen. Éste ojo de agua, este milagro de la Tierra tienen un prestigio singular. Imaginad la ventura de haber sido yo una escala de plata para su imaginación. Cuando bajó su pensamiento a mis entrañas vírgenes, mis linfas tuvieron un extraño florecimiento de ritmos; y, desde entonces, cuando me riego por las praderas, pienso que las auroras se convierten en agua en el vientre del Mundo; y al darme a vosotros, mi anhelo no es otro que escuchar nuestras pláticas en memoria de Don Juan, cuyo nombre es una semilla de promisión.

El Río: — ¡Cuántos renuevos! Qué dulzura de campo. Es el mismo paisaje con nuevas vidas. Apenas reconozco una centena de árboles. Qué felices estais, hermanos. Yo también vengo a participar de vuestros regocijos. Verdad que han transcurrido algunas décadas desde mi ausencia; pero el tiempo ha pasado por mi vida sólo para admirar mi juventud. Cómo ansiaba llegar a estas vegas embrujadas Mi historia apenas puede encerrarse en una gota de agua. Yo he llevado a los otros continentes el mensaje fraterno de los Andes. La página ondulante de mis aguas está rubricada por los recuerdos de Don Juan. Yo apagué su sed; yo humedecí sus sienas; yo fui para sus poros el beso húmedo de las nieves. ¿Recordáis su imagen? Miradla en mis aguas. . . . En un principio, el océano me abrumó con sus abismos, con sus furores, con su inmensidad. Esa vida dantesca me hizo pensar en el océano tempestuoso del verbo de Don Juan cuyos abismos insondables era el infierno de los déspotas y la tortura de los pequeños. Y al recordar vuestras voces de égloga, un canto de paz nacía en mis olas y añoraba estos vergeles. Mi sueño se ha cumplido, y, ahora, héme aquí de nuevo entre vosotros.

La Menta: — Qué cuento más hermoso acabas de contar, hermano Río.

El Río: — No es un cuento; hermana Menta, lo que os he contado.

La Menta: — Daremos fe a tu palabra si tu bondad os permite terminar el relato.

El Río: — La curiosidad en la mujer es una agradable coquetería. Os complaceré, hermana Menta. Bien. Al recordar que se acercaba el 13 de Abril, busqué la manera de llegar hasta vosotros. Y una tarde de horizontes grises, después de bañar las formas de una virgen costanera y cuando el Sol había borrado sus huellas de oro, tomé la forma de una nube y me elevé muy alto. En las alturas busqué la ayuda del viento, y arrastrado por él llegué, hace diez lunas, a las cumbres de los Andes, en donde tomé mis formas primitivas. El espacio ha purificado mis nieves. Y después de vivir enamorado del vuelo de los cóndores y del silencio vibrante de las estrellas, me volví hilos de agua y comencé a descender de la morada sagrada de las rocas. ¿Qué trecho he recorrido hasta llegar a vosotros? Traía el pensamiento dormido en mis recuerdos Ahora voy a quedarme en estos bados hasta que llegue su sombra. Si su espíritu gusta de las aguas, yo lo invitaré a beber el vino de los espacios.

El Mirlo: -- Oid ahora mi canto, que llegará a vosotros como un baño de rocío, como un beso de sol. Las notas de mi garganta tienen el prestigio del ritmo de los hombres. "Ensalza siempre la herencia de mi voz, díjome mi padre antes de morir, porque ella tiene el acento de Don Juan. Yo lo recogí en las frondas de los capulles, donde vagaba en un vuelo de abejas. Riega por doquiera el tesoro de tu canto. Así sabrán los hombres que su voz vive en tu pecho como un orto de melodías".

El Viracchuro: -- Yo guardo en el metal de mi canto, cual un pedazo de sol, la frase apasionada de los amores de Don Juan. Mi madre oyó el tierno coloquio de su pasión. Y cuando en los labios ardorosos nació la música del beso, ella pudo interpretarla. Siempre que escuchéis mi voz, pensad en el estallido de los besos.

La Tórtola: -- Mi raza se ha vuelto más triste desde que oyó su lamento. Don Juan era un hombre atormentado. Su dolor, dolor de gigante en pecho de dios, se hizo un piélago de lágrimas, lágrimas que se volvieron llamas torturadoras. Los grandes dolores se cambian en grandes tormentas de fuego, de fuego purificador. En este eucalipto, desde donde riego el agua de mi melancolía, le oyó contar a los céfiros y a las plantas la tortura infinita de su alma. Si sus ojos hubiesen dado alguna lágrima, mi raza la habría apurado como si fuese una gota de

néctar. Montalvo no podía llorar. Los dolores gigantes no tienen lágrimas sino sangre que bulle en las entrañas como lava de volcán.

El Ricche: — Parece que vosotros ignoráis que mi canción es en su alma febril la frescura del rocío, el suspiro del viento.

El Gorrión: — Mi voz, que se pierde entre las ramas cual una sombra, pudo apagar su pena. El sabía que el canto de las aves era el himno de la Naturaleza optimista; que el optimismo era la escala del triunfo; y el triunfo, el anhelo, el ideal, la esperanza del hombre.

Una bandada de Gilgueros: — ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Por aquí pasó Don Juan. Busquemos la estela de su sombra.

Las Hojas: — ¿Su sombra? ¡Ciegos! ¿No véis el lustre de nuestras hojas?

El Floripondio: — Si pudiera nuevamente bañarle como ayer con mi perfume. El olor de mi corazón era para él el ósculo impoluto de la Tierra. ¿No habéis percibido en la florresta de su frase el blanco destello de mi estirpe? Su frase ardorosa, sentimental es la flor del Floripondio meciendo su incensario de plata en el azul del cielo.

El Clavel: — La frase de Don Juan es la explosión fragante y sonora de una llama, de un clavel de ritmos. Cuando mis capullos se abren al contacto del alba, pienso en su palabra que se ofrece al mundo en lenguas de fuego, en llamaradas de melodías.

Las Trepadoras: — La angustia secreta que horada el pecho del lector, es el ansia febril de mis raíces. El que penetra en el bosque secular de la obra montalvina, queda aprisionado en sus misterios. Allí, el silencio tiene la voz del trueno; la luz se torna en melodía; la melodía en silencio; el silencio en aurora. Las ramas y las hojas dialogan con los Silfos. Los árboles se fingen filósofos y ascetas incomprensidos; y cuando pasa el viento agitando sus alas, olvidan sus meditaciones, y cada árbol es la trompeta de un órgano maravilloso, cuyos sonos invaden las alturas en cascadas de perfumes. El día queda en los tallos convertido en capullos. El agua que corre oculta en la hojarasca, es la sangre incolora de la Tierra, cuyos glóbulos se nutren de sol, de cielo, de brisa. Allí, el infinito, la eternidad se reclinan para escuchar los latidos del corazón de los

hombres, del corazón de la Naturaleza. Entrad, hombres en el palacio exótico de la obra de Don Juan para que os sintáis abrazados por un fulgor eterno. Si vuestros espíritus tienen resplandores de pasión, gritos de rebeldía, furios de tormenta, anhelos de progreso, quedareis enamorados de su grandeza.

La Palmera: — Cuando él vino a la Tierra, ya fueron mis ramas arcos sobre las cuerdas del violoncelo del espacio. Los horizontes se tiñeron de oro, gualda y zafir para oírme cantar. Si veis que mis hojas se estremecen, levantad los ojos a la altura y vereis pasar la sombra de nuestro dios. La vida me ha reservado el bien de distinguir el espíritu de los mortales si la Gloria los ha ungido con el oleo de los predestinados.

Las Rosas: — Nosotras somos como su frase: perfumada y radiante, castiza y vibrante, elevada y fuerte. La fuerza está simbolizada en el espino. Ahora que pensamos en él y en las rosas encendidas de sus palabras, somos sus incensarios en el tiempo de la fama.

El Céfiro: — Como jugaba yo en el ébano ensortijado de sus cabellos. Hoy no hago otra cosa que mecer las flores pensando en su cabeza.

La Brisa: — Cuando pasé por sus labios, fui ánfora sagrada para recoger su aliento. Hacéis bien, hermanas Flores, en suspirar por mis besos.

El Durazno, el Manzano, el Peral: — ¿Quién no ha gustado nuestro jugo? Nuestro cuerpo es la carne de la Tierra. Pues nuestra sangre, nuestra miel — éxtasis en el banquete de los filósofos — nutrió el cuerpo de Don Juan. Nosotros fortificamos su sangre, dimos calor a sus mejillas, vigor a sus venas. El dulzor que paladean los hombres cuando lo tocan, es el jugo de nuestros frutos.

La Mariposa: — Si el cielo me da su añil brillante; si las estrellas me ofrecen su plata bruñida, si la noche me pinta con su tiniebla, por qué no he de pensar que el áureo polvo de mis alas no es el hálito del genio de Don Juan? Contaba una de mis antepasadas que una mañana fué aprisionada en sus dedos; y cuando se sintió libre, notó que sus formas habían tomado un color fascinante. Dicen que el fulgor de su espíritu quedaba en las cosas como un beso de aurora.

El Insecto: — Cuántas veces me posé en su cabeza o en sus hombros para recorrer con él el verde ajedrez de los sem-

bríos. Hoy, en cambio, llevo en mi cuerpo, como una dulce carga, el diamante de su recuerdo.

El Día: — La diafanidad de mis velos jamás tuvo tanto esplendor como en el cuerpo de Don Juan. Complaciame en ser su túnica: túnica de rey, túnica de dios. Su cuerpo era una brasa para dorar la eternidad . . . Llegada la noche, escondíame en sus ojos y encendía nuevas alboradas en su alma. Su cuerpo, antorcha de la Tierra, purificaba la conciencia de los ciudadanos. Pensad, hermana Naturaleza, en su espíritu cuando mi Jumbre se filtra en las cosas.

Las Cumbres: — Poco nos falta para llegar al cielo. Éste a veces se reclina sobre nuestras frentes. El espacio ha eternizado nuestras formas. Desde este punto, principio y fin del Mundo, puede mirar Dios a los hombres. ¿Sabéis para que se alzaron estas moles de granito y de barro? Para ser el pedestal de los hombres excelsos de América. El espíritu de Don Juan se detiene aquí las tardes y no se cansa de mirar a su querida Ambato.

La Tierra: — Permitidme ahora que el sonido de mis palabras no hiera vuestros oídos. La esfera de mi cuerpo está adornada de estelas invisibles, cuya luz copian los luceros de la tarde. Las huellas de las plantas de Don Juan son ahora senderos de triunfo . . . Con qué regocijo, con qué orgullo le sostenía. El día que su alma se encendió en el barro de su pecho, los poros de mi cuerpo se abrieron como labios amantes para que salga por ellos el alma de mis entrañas. Su palabra es el eco de mi voz: ritmo de llama, ardor de lava, energía cósmica, resuello de volcán, furor de tempestad, anhelo de perfección, esperanza de paz. Su ser, hálito de Dios, flota en su obra como una mañana.

La Casa:—Yo fui para Don Juan el más tierno refugio de su vida. El polvo de mis paredes valen más que las sedas de los palacios. La tierra que cae de mis paredes vale tanto como los granos de oro que arrastran los ríos orientales. En la humildad de mi nido ejercitó sus vuelos más audaces. Sus alas tenían el ruido triunfal de los cometas. Imaginad, imaginad, el vuelo de un astro cuyo seno es la morada de un dios. Bajo esta techumbre vieja, diéronse cita los ingenios más grandes que ha tenido la Humanidad. Los palacios pueden envidiar mi suerte. Cómo vi yo las sombras radiosas de los poetas, de los

filósofos, de los científicos, de los guerreros de la libertad, de los mártires cuando Don Juan los invocaba. Oh si vosotros hubiérais escuchado sus coloquios. Muchas veces me sentí una hoja débil flotando en el aire al soplo de un extraño fulgor. El día que vi entrar la figura radiante de Jesús, mi barro se hizo cristal, perfume, luz. Y cuando acercó sus labios divinos a la frente de Don Juan e imprimió un ósculo, la Tierra y el cielo se estremecieron como dos gotas de fuego en el seno del espacio Cuando pienso en estas cosas bellas, eternas, la nostalgia me abrume y me siento como un corazón enfermo, solitario en medio de la luz verde de este Ficoa maravilloso. . . .

Un ruido de gasas siderales, un vibrar de cristales invisibles, un fluído magnético y sonoro, un derroche de notas apoteóticas, un soplo de astros y cometas, que pasaron rubricando en los espacios signos misteriosos, interrumpió el coloquio de la Naturaleza.

El Sol, en el cenit, derramando a torrentes sobre el Mundo la sinfonía de su lumbré, hizo oír su acento:

¡Tierra, Tierra, hermana mía, levanta tu voz y ensalza el nombre de Don Juan Montalvo. Su espíritu glorioso está abrasando al mundo con su lumbré inmortal! . . .

La Naturaleza, que sintió en su cuerpo el beso de una llama infinita, comenzó a vibrar como un canto que se hiciera para el Universo una alba de oro.

MONTALVO, ENCAUZADOR Y CONSTRUCTOR

REINALDO CABEZAS BORJA

**Del libro inédito
"Sociología Ecuatoriana"**

En medio de este silencio, para honra y resurrección del hombre, no han faltado gritos de rebeldía a lo Juan Montalvo; gritos que tocan a somatén y llaman a movimiento a los hombres; gritos que condenan y laceran el despotismo, sepultan la tiranía, tocan la conciencia y animan a los débiles. Gritos que le golpean a la República para que vote el disfraz monárquico y muestre su cara. Gritos de conjuro y aliento, gritos que animan cadáveres en sus sepulcros, gritos que calcinan lo gastado y hacen vivir nuevas formas de existencia en el amor a la belleza. Es el recuperar de la ruta perdida, el chirriar del encarrilamiento del desvío, el dar la sensación del encuentro del camino del porvenir. Y para esto son indispensables las palabras que calcinan, trituran y abren surco; palabras de lava y de truenos y de rayos que centellean. Es que se ha hecho necesaria la aparición del gigante de la palabra: va a pronunciar los preceptos de la moral cívica. Para esto tiene como pedestal el Tungurahua. Habla el Moisés de la ciudadanía, en el mismo lugar en que apareció la primera imprenta en estas tierras.

Este repúblico gladiador, antes de pelear, le eleva al enemigo, para entendérselas en justa lid. Es el que logra enfrentarse con el pasado y la opresión, trazar una línea con su pluma fulgurante, y saltar al frente. Sobrepasar la convergente timidez del medio y ponerse en el raro entretenimiento de forjador en el yunque, caldeada la faz, animado el pecho, con la concien-

cia límpida de la obra buena que reclama sol y flores, aún en medio de la muerte.

Sabe odiar y odia con fuerza la imposición del estancamiento; sabe elevar sobre sí mismo la dignidad del hombre que nunca se manchara, que se hizo para subir, para seguir adelante, para respirar el oxígeno de la libertad, que no aletarga el pecho sino que lo tonifica, lo extiende, lo espande, lo saca de la forma de oruga en conservación.

Montalvo, el forjador de huracanes, truenos y tempestades, fue el modelo del hombre independiente, sólo, sin séquito, sin contrapeso, sin círculos, sin compromisos, sin claudicaciones: amo y señor de sus ideas y pensamientos. Él es solo como es todo lo grande: siente el valor y el peso de su alma.

Amador de Don Quijote, fue el Quijote liberal. Si le coge García Moreno le hacía subir a un patíbulo; perseguido tuvo que alojarse, como hombre prudente, como hombre racional, sin dejar las flechas que de donde quiera podía disparar en el blanco. El cruel destino del talento: la persecución, la cárcel, la muerte; mientras al Gobierno va muchísimas veces la mediocridad y nuestra señora la Reina Estupidez.

Montalvo hasta en su estilo es la representación del movimiento, de lo que anda, de lo que escudriña y atesora, de lo que empuja y vive en la claridad. Hombre representativo de la América que se sacude y deja el sopor del sueño, en el nombre de la Belleza, del destino, de lo que debe ser.

Montalvo vapula hombres raíces, odia el vicio, ama la virtud. Con su pluma hace brotar agua de las rocas, riega el campo y esparce las semillas; todo esto solo, sin que nadie le acompañe, y contra el desdén y sordo rumor de las multitudes y de académicos de cabeza empolvada y hueca.

Donde va, es él y pronto se le respeta. Hombre que va recto, indicador del camino de la tolerancia, con sonoridades melodiosas y martillazos de gigante.

Es el que despedaza y pulveriza a los críticos españoles que tratan de buscar sombras en Cervantes. Ante Cervantes se presenta, a Cervantes le limita; y es Cervantes quien le arma caballero. Con esta armadura y en ristre una pluma espada emprende combates reales con presidentes y obispos. A García Moreno le mata, a Veintemilla le despanzurra; al Obispo Ordóñez lo revuelca. Emprende contra rebaños de penitentes

con sogá al cuello. Forma con las ideas, hechas cuerpos, carne y acción, ejércitos que alinea, disciplina y ejercita, para al toque del clarín dirigirlos en singular combate contra lo ilícito, lo feo, lo anormal y estancado, y siempre vence. Pero el héroe anda a salto de mata, perseguido, proscrito, sin que le abandone la aureola incrustada en su cerebro, la aureola de su credo, blanco y puro, siempre obsesionado y transparente, en movimiento y marcha hacia adelante, hasta que muere de mejor manera que Cervantes, en un teatro desde donde se hace presenciar por el mundo. Es la idea de Cervantes que ha tomado cuerpo en otro tiempo, otra tierra y el mismo ambiente; es la pluma que no ha quedado colgada y no ha perdido el espíritu que le anima.

Este Quijote es un supremo artista de la prosa y de la fábula. Lo que su ojo ve no son los contornos, ni los colores, sino la profundidad, el peso, la idea. Como artista es piadoso y ama con inflamado amor todo lo bello; la belleza de la naturaleza y la belleza de la virtud: al niño, la mujer, la Patria: los vegetales, los árboles, el paisaje. Como artista arranca la zizaña y maneja un bisturí de oro con el que ilumina y clava luz en la palabra, y con los destellos del brillante ilumina también la herida que sólo con fines de cirugía ocasiona, pudiendo ¡milagro del arte! con la iluminación de la estocada dar luz en la cara del agredido: la inmortalidad de los que con su pluma son atacados.

Consuela a los hombres saber que la muerte, cuando le vino, se puso de pies a contemplarle con ternura, puesta de lado, vestida de blanco, y abriéndole antes de par en par por las ventanas para que entre el sol.

Sus contemporáneos y todas las generaciones venideras siempre le dirán Don Juan Montalvo, con ese Don inseparable de Don Quijote... de los Andes, de la América, hecho carne y hecho gloria en la mezcla de la raza en este suelo.

Éstos hombres han corrido fuertemente la somnolencia e inanición del ambiente social, con la intensidad del grande amor a la Patria y la angustia del que se da cuenta del peligro, señalando la urgencia de enderezar la ruta del progreso, el imperio de la lucha redentora con la naturaleza, desenraizando al propio tiempo la absorción religiosa en la política; el triunfo de la actividad y el trabajo; el advenimiento de la libertad y el

reino de la justicia. El destino les ha señalado para que experimenten sufrimientos, desengaños, y encuentren amargas y obstáculos a cambio solo de su fe, de su confianza, de su amor limpio y desinteresado. El destino les plantó como rocas para hacer frente a la corriente, recolectar las aguas que se van inútiles y desperdician, a fin de fecundizar la tierra.

Son los que señalan la importancia de la lucha con el medio físico, mostrando la belleza de la selva, la armoniosa sublimidad de la cascada, la imponente caída brusca del gran río o del torrente, la verdura cautivadora de la llanura, la elevación del cielo de la altiplanicie, la majestad de la exuberancia tropical, el secreto mágico de la montaña, el gran caudal de porvenir que ofrece la Amazonia; la infinita sublimidad del mar, las nieves de los volcanes, las nubes y diaphanidad del horizonte; las ciudades, los caminos, las aldeas; el oasis de Baños y su árbol; el agua, la luz: todo lo que es naturaleza, lo que está invitando al hombre a la actividad, al movimiento, al trabajo, al aprovechamiento de la fuerza dinámica del agua en sus caídas, al surgimiento de la electricidad, de la química, de las industrias, de las minas, de la explotación del subsuelo, en una palabra, de la tierra, nuestra madre y aliada, sustento y caricia, morada y renovación; por que en ella vivimos, en ella nos renovamos fisiológicamente, en ella crecimos y aspiramos, en ella nos construimos y pensamos, y en ella nos hemos de quedar para que siga el ciclo inmenso de la creación, cambios de formas, juguetes de la inmensidad de un Poder Incógnito con los elementos, en sus encuentros e infinita variación.

Estos hombres han penetrado en la poesía de la naturaleza, no como mera poesía, sino como interpretación luminosa de los destinos, poderío y gloria del hombre. Esto es lo que les ha llevado a ponerse del lado de los débiles, de los oprimidos, de los vejados, de los cautivos, del indio cuya silueta haría llorar a las piedras, de Don Quijote del siglo de oro, de la igualdad y la civilización, hasta producirse en sentimientos piosos y rebeldes que gritan por la solidaridad humana, por la dignidad y concurrencia de todos a gozar del festín que la opulenta naturaleza está poniéndonos al alcance.

Estos hombres han comprendido que las distintas formas recorridas por las culturas no han sido sino series de luchas por el bien colectivo, experimentos que han buscado la afirmación

del bienestar según la comprensión y síntesis como derecho, el que sigue su marcha evolutiva -- en la búsqueda siempre anhelante, como es el pensamiento, de una organización-- hasta ahora no encontrada -- que permita la germinación plena de todas las características distintivas del hombre; luchas contra la imposición, luchas contra el acaparamiento de las tierras y sus materias primas, que forman poder individual, tanto en el feudalismo como en el capitalismo, con su diversa forma típica, pero siempre amparándose en el poder político, lo que no puede impedir que también busque su determinación en el Estado la dispersión de esos acaparamientos para que surja la propiedad basada en el trabajo y la dignidad de todos.

Es el **Cosmopolita**.

Ciudadano del mundo, ciudadano de la tierra.

La ciudadanía que brota o se finca en su raigambre en la tierra. La unión de la **humanidad en el planeta**.

La tierra. ¿Qué es la tierra? Hay una cristalización bíblica que la señala y acentúa como morada del hombre para el hombre. ¡Morada! Albergue, protección, cubierta; enraizamiento, desarrollo, vida; quietud, reunión, compartimiento; concentración, pensamiento y foco de sentimientos. Morada fija, morada estable, morada duradera, puesto que, la que no lo es, deja de ser morada. Y de la tierra recibimos todo, y ella nos fija a su centro; ella nos determina y hace, así como nos ilustra, inspira y enseña.

La tierra es el planeta en que vivimos: es la naturaleza que nos cobija y el ambiente que nos circunda. Con ella se estrella y pierde su ser fisionómico la propiedad inmueble: la tierra está muy por encima de nosotros, dominándonos y cubriéndonos, para que podamos aplicarle, ni en lo infinitesimal, el uso y el abuso con que se reviste la propiedad: solo nos da para la propiedad lo que de la tierra se desprende, lo que podemos coger, aprovecharnos, o herir, destruir, desbaratar, de lo que no sólo hemos usado sino que hemos abusado, hasta irnos contra nosotros mismos, que no es otra cosa la esclavitud, que no es otra cosa el concertaje, el asalariado y todas las formas de explotación sobre la tierra. Pero de lo que es una figura retórica, el tomar por la parte por el todo, hemos hecho un principio, un dogma, una ley. Una ley de la que se burla la tierra apenas quiera entronizarse el uso o no uso al antojo, muy menos el abuso,

pues, basta se haya dejado un campo sin cultivo para que la tierra lo recupere y cubra, como brindándolo al primer ocupante, o no se le haya atendido debidamente con abonos, rotación de cultivos, influencia del agua que corre o de las lluvias, para que retenga los frutos, como si se diera cuenta de que su destino es sostener, por medio de la laboriosidad, a la humanidad entera.

Y esta comprensión de la realidad parece que estuviera más cerca de nosotros, los americanos, por la razón de que aquí la vemos amplia y fecunda, virgen y esperanzada de la acción del hombre, brindándonos sus primorosos paisajes y ofreciéndonos el porvenir.

En esta tierra tuvo su encarnación **El Cosmopolita.**

Montalvo y los niños. Montalvo y la naturaleza. Montalvo rebelde y gigantesco demoledor de tiranías forman el bloque granítico que diseñó Rodó.

LOS VIAJES DE MONTALVO

AUGUSTO ARIAS

Palabras pronunciadas en Guayaquil al entregar la guardia del cuerpo de Montalvo, en la Capilla Ardiente erigida en el Salón Municipal de nuestro Puerto, a los universitarios guayaquileños y ambateños, en las fiestas realizadas con ocasión del primer centenario del nacimiento de Don Juan Montalvo.

Por la estela de argento de la ría fuese una vez nuestro castellano, el ánimo rico con el logro de sus veinte y cinco años e iluminadas las primeras cuartillas con la letra desigual o apretada del luchador y del poeta. La misma ruta hubo de poner más tarde en su mirada de piedades o de relámpagos la quietud del regreso. Y en otro día, asimismo, el borde florido de la Costa siguióle con empeñado cariño, cuando, voluntariamente se expatriaba. La primaria terneza de las Cartas del Padre Joven se había fortalecido con las nuevas plumadas en las cuales se quiso descubrir, y no en vano; el acerado tacto del aguilucho. Si escuchó al silencio en el canto de perfume de su Ficoa y si encontró los ecos más dilatados en el multiforme paisaje de Baños, en el retiro de Ipiales le visitó, por fin, el conocimiento inmensurable de la existencia. Se oyó a sí mismo y le respondió, desde las viejas estancias, desde los campos dilatados, las voces únicas que suelen poblar de música y de sapiencia las más profundas soledades del hombre. No era propiamente la vaciedad concreta de la entonces aldehuela fronteriza la que oprimía

y ensanchaba a la vez el corazón de Montalvo. Era el brusco aislamiento de la víspera, el motivo de silencio que precede a las palabras más valientes y eternas, el pudor de la Belleza.

Mas el mundo de su albedrío llenábase de voces floridas y completas. En otro tiempo se detendrá frente al espectáculo de grave recuerdo de las grandes ciudades o visitará guiándose por la luz de visiones antiguas y fuertemente adivinadas, la Grecia viva y precursora en cuyo rostro se ha de buscar la definición inexpresable de la Calcología. En aquel tiempo, de la contención se alargaba la incontinente; la distancia no limitaba lo inimitable; la vida silente estimulaba, como por contraste, al ritmo elevado de la música y en el fondo de la tarde pueblerina cobraban existencia primorosa y signada para los paseos de la perpetuidad las figuras y los pensamientos, el desfile nuevo de las imágenes, el sentido cósmico que le abrió las rutas del mar y los senderos de la tierra para su tránsito universal: La Nobleza, La Belleza, El Sofista, El Genio, Los Héroes, El Banquete de los Filósofos, El Buscapie. . . Ya, en antes se había revelado Cosmopolita, pero el exilio imprimió en su armadura la reciedumbre del valor y los símbolos de la belleza, para que ya no le fueran difíciles las vueltas de la lejanía y para que se le ofreciera, límpida para el hallazgo de los goces intelectivos, la luz que se para de lo disforme o de lo vago, el contorno puro de la diosa. He ahí como en la soledad se suele cobrar fuerzas para comprender la palpitación del cosmos; como en el silencio se afina y se concierta el oído múltiple y como la pobreza uniforme asiste, como un campo dócil, al crecimiento de la virtud proteica.

Por el mismo camino del mar y luego por la plateada anchura de la ría hubo de regresar inánime para el reposo que le disteis y en el cual le habéis guardado por más de cuarenta años.

Quizá pudo advertir el peregrino del mundo los grandes altos que haría en ese otro tránsito hacia los campos de paz o hacia las arcadas solemnes de la inmortalidad. Tal como en la concepción vastísima y sublime que se formó de Dios, la del héroe, si bien sujeta a los movimientos y a los paseos del humanismo, adquirió luenga figura y proporciones de genial contorno en las páginas de sus libros. Y el mismo, encarnado poder heroico, nos subyuga ahora con la presencia dotada de la forma espiritual que no se descompone. Héroe de nuevo heroísmo es al fin quien soñó para la Patria una suerte mejor, en un ápice platoniana y,

desesperanzado y animoso no obstante, se dio a buscar por el mundo su perdido señuelo de sud americano y su conciencia viril de Cosmopolita.

El os agradece, desde su alcázar hoy resplandeciente, —segura mutación de la jornada a través de la roca negra y el prieto sendero,— por el gentil hospedaje que le habéis dado, repatriando su cuerpo mortal desde la tumba solitaria de París. El que ya os había cantado en sus himnos en prosa, que dedicó madrigal descriptivo y varonil para la belleza de vuestras mujeres y que completó, con ímpetu de audaces giros o con el reposo sabio de la estrofa profana, la epopeya levantada por vuestro Olmedo en la tesitura de la silva. Y así es en verdad. El poeta del Canto a Bolívar, en vuelo pindárico acierta con la justa inicial de la épica y en sus ojos acostumbrados a la eternidad que suele ofrecernos la distancia marina, no se agita la epopeya oceánica como en el milagro verde de Los Lusíadas, sino que más bien cobra homérica presencia en la carga de Junín y virgiliana luz de amanecida en la promesa de Ayacucho. De su evocación despierta el Inca de nuestra tarde vieja y así Olmedo siembra su voz en nuestro recuerdo. Como la raíz de las civilizaciones, la épica surgió casi siempre, cual nueva Venusa, del camino eterno de las aguas e incursionó después, buscando para el asiento de su dicha el granito de la montaña o para el vuelo de su jinete el aire libre del valle. Vuestro Olmedo, tocado en la frente por el dedo de la ardiente musa porteña, llevó a su Bolívar a la llanura de Junín y se vino a nuestra sierra, para levantar de su foso de siglos al fuerte y taciturno Atahualpa. Nuestro Montalvo esculpió en vitalidad de fuego y de victoria las figuras de los héroes de la Emancipación Hispano Americana. Nuestro Olmedo y nuestro Montalvo nos han señalado el camino. El uno escalando el Chimborazo para buscar la sombra de Bolívar, amorosa de las visiones de la cordillera. El otro pidiendoos la libertad del mar, la vitalidad de vuestros alientos.

Por la misma ruta marina, de agitación o de quietismo, pero siempre de verdad, volvió a la llamada de vosotros, a reposar entre vuestros mármoles, a escuchar, como en el ritmo lento de la clepsidra, la fuga de casi un medio siglo. Volvió, como lo querían los griegos antiguos, en la tumba flotante en forma de nave en la cual "viajan las almas con rumbo a la tierra de los bienaventurados". Viajes múltiples y profundos los de nuestro

castellano para que en su memoria y en su apóstrofe, en su recuerdo y en su ruego, en su vaivén y en su inmovilidad, en su partida y en su retorno, no le faltaran jamás el acendrado universo de los seres y de las cosas que se han visto y el poder de acordarlos a la vida que no se lleva como prisma olvidado ni como talismán transeunte fácil para el asombro pero carente de lumbre retentiva. Viajes los suyos de realidad o de pensamiento, pero que supieron iniciarle en los caminos más altos de la humanidad. Cicerón prestóle la música acabada de su período, la sandalia platoniana hizo leve su ascenso a la serena montaña de la Belleza y como aitaño el animador de Encidos en el báculo homérico y como en la Edad Media el florentino en el cayado de Virgilio, apoyándose ayer en la vara cervantina, asistió a los pasos del Quijote de América, infundiendo el alma del lenguaje castellano en el drama criollo, mitad comedia, mitad tragedia frustrada.

La grandeza de su vida y de su destino, la fiera voluntad de su determinación y el gusto de sus amores, no se contrajeron jamás ante el advenimiento de las Moiras. Y tuvo también, como los helenos preferidos, su Cloto hilandera, su Laquesis efímera y su Atropos indeclinable, la cual le visitó en París, cuando el 17 de enero de 1889, sin gesto de temor o de fatiga, se dispuso para el viaje que no acaba. A Laquesis sonriente le dijo de su preferencia por el Cementerio del Padre Lachaise, cuando se le ofrecían las frutas del banquete político; triunfó de la hiladora Cloto dejando en sus libros la inolvidable gracia de sus ideas y al entregarse a la inflexible Atropos pidió la compañía de las flores y sintió como la fuerza apolínea, concentrada en su cerebro, hubiera pedido la medida élega para su canto de resumen, de vitalidad y desprendimiento.

Ha gozado de su Campo Elíseo y hoy no ha de reposar en la orgullosa estancia de Mausolo. Le aguarda, en la casa materna, el monumento tumbal construido de las entrañas mismas del precioso paraje que le fué grato y cuya solemnidad diversa y virgen pudo responder a sus preguntas del comienzo. Piedras de Baños; bloques que se dijera marmóreos y en los cuales hubiera tallado ese nuevo renacentista la figura de sus estatuas; filón de la cantera rosa que vería muchas veces como bañada por el reflejo del sol joven del valle; granito de Tungurahua...

Mas, hoy como antaño, la presencia de su espíritu os hará compañía. El abrir las páginas de sus libros será invocarlo. Siempre os revelará sus secretos y si lo buscáis con la memoria y el afecto, muchas veces os encontraréis en las líneas que quiso dedicar a la gentil estatura de vuestro espíritu. En el mismo sepulcro que habéis declarado sacro y que ha de conservarse como un inmenso voto de recuerdo, vigilará perpetuamente la luz de quien hubo de confiar en la duradera amistad de los guayaquileños, conservada por las generaciones con esa limpidez que sabéis dar a vuestros afectos y con la fidelidad que en todo tiempo se ha impreso en la lisonomía de vuestras acciones y en la franqueza de vuestra plática.

Cuando caído Montalvo corporal quisisteis repatriar su cuerpo, bien comprendíais que de la cesación de la entraña se había levantado el Anteo poderoso. Sabíais también que por su extensa vinculación con el mundo, habíase fundido ya con esa jornada que vence al horario, con la mañana dilatada y sin término. Victorioso de la accechanza del olvido, encontró, entre vosotros, la primera tibieza del regazo patrio.

Su memoria, triunfadora de la Muerte, parece hallar otro símbolo hasta en su cuerpo intacto. No había de ser devorado por el lento trabajo de la descomposición. Se dijera que el vigor del Aselepios parisino dio a su contextura terrena, por la virtud del bálsamo, la incorruptibilidad y la firmeza perdurables. Todo es segura armonía en el Universo y no de otra manera en la faz de los ancianos venerables vemos como la gravidez de la idea o los perfiles del heroísmo parecen anunciar el advenimiento de la estatua.

Los huesos de Montalvo no se han fragmentado en el milagro múltiple de la reliquia, ni ha volado su alma, como en la concepción primitiva de los griegos, exhalándose en la plegaria incorpórea de la cremación, ni está en el áureo cofre que ha de guardar, de la huida terrena de los santos, la ceniza salvada.

Señores Miembros del Ilustre Cabildo Guayaquileño, del Comité Juan Montalvo, de la memorable Sociedad Liberal Republicana de 1889: El I. Concejo Municipal de Ambato y el Comité Montalvo de la cuna del Cosmopolita renuevan sus agradecimientos por la veneración con que habéis guardado el cuerpo del autor de los "Siete Tratados" y por los homenajes, dignos de vosotros, con los cuales honráis su memoria.

Aquí habeis encendido el fuego de las purificaciones y adornado esta solemne Capilla con las hermosas flores que pidier el voluntario proscrito, cuando en la varonil despedida corpor pensaba en vuestro trópico encendido de colores y en las hue tas bordadas del Tungurahua.

Señores universitarios guayaquileños y ambateños: En nombre del Ilustre Concejo Municipal y del Comité Juan Montalvo de Ambato, os entrego la guardia de honor del Cuerpo del Cosmopolita.

El ya os había comprendido en su visión profunda de la posteridad, escribiendo para vosotros esas palabras de augur: "Jóvenes, oh jóvenes, vivid, creced, salvad la Patria".